

EL MUNDO CAERÁ
LAS REINAS SE ALZARÁN



FURYBORN

I. EL ORIGEN DE LAS DOS REINAS



CROSS
BOOKS

CLAIRE LEGRAND

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Mapa

Final y principio

1. Rielle

2. Eliana

3. Rielle

4. Eliana

5. Rielle

6. Eliana

7. Rielle

8. Eliana

9. Rielle

10. Eliana

11. Rielle

12. Eliana

13. Rielle

14. Eliana

15. Rielle

16. Eliana

17. Rielle

18. Eliana

19. Rielle

20. Eliana

21. Rielle

22. Eliana

23. Rielle

24. Eliana

25. Rielle

26. Eliana

27. Rielle

28. Eliana

Elementos de la trilogía del empirio

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

La profecía lo anunció: Llegará una Reina de la Sangre para destruir el mundo, y una Reina del Sol para reconstruirlo. No se sabe cuándo, no se sabe quién. Pero sucederá.

En dos épocas diferentes y reinos separados, las vidas de Rielle y Eliana están vinculadas por lazos aún más poderosos que la magia. Una de ellas es la Reina de la Sangre; la otra, la Reina del Sol: ambas están destinadas a unir el cielo y la tierra, las almas celestiales y los humanos. Pero el camino que tendrán que transitar es duro, repleto de sacrificios y de pruebas inclementes para estas reinas que, al fin y al cabo, son dos chicas tan valientes como vulnerables en cuyos hombros el Destino eligió cargar el peso del Universo.

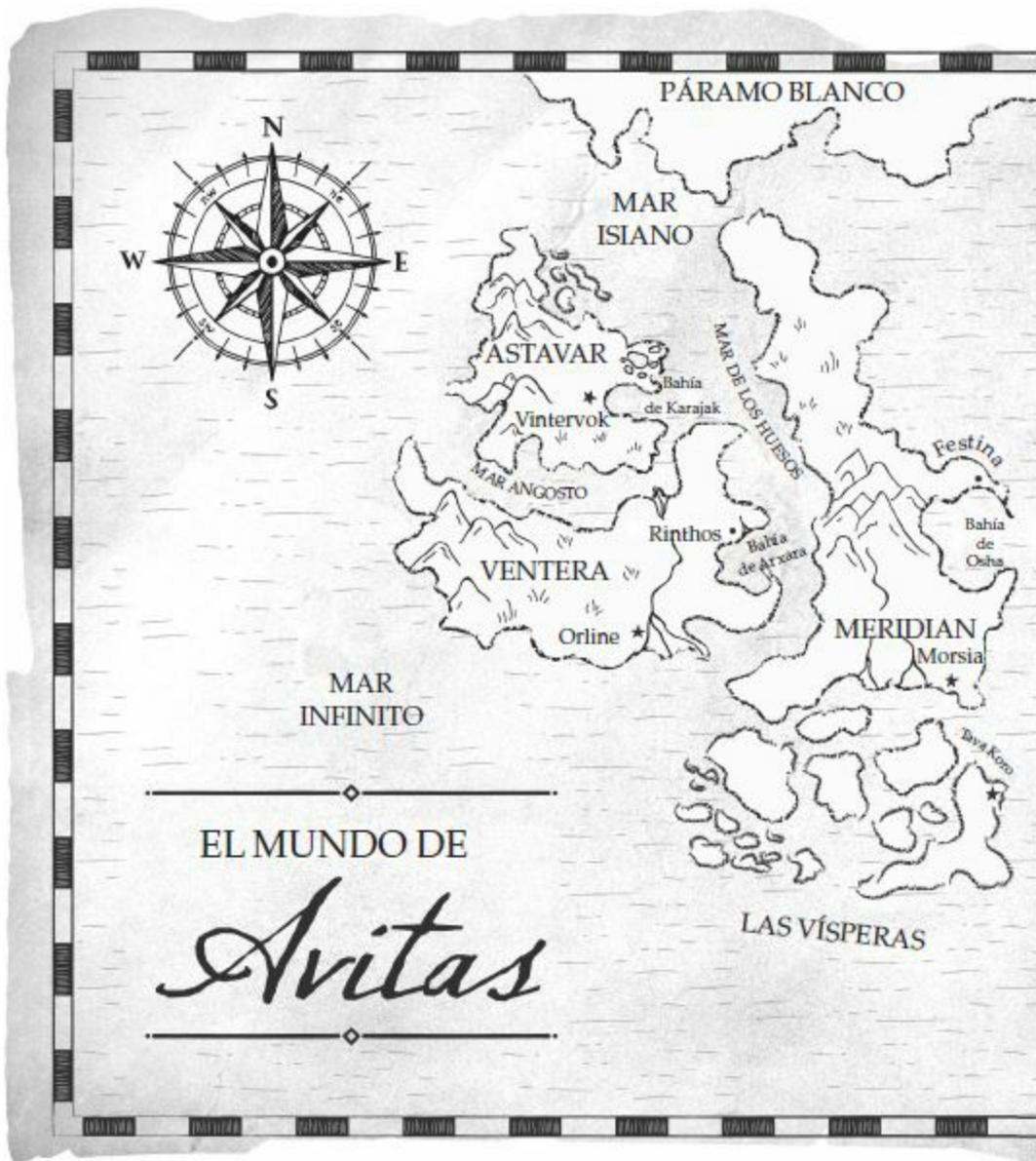
FURYBORN

1. El origen de las dos reinas

Claire Legrand



A Brittany, la primera en conocer Celdaria



PÁRAMO BLANCO

MAR ISIANO

ASTAVAR

Vintervok

Bahía de Karajak

MAR ANGOSTO

MAR DE LOS HUESOS

Festina

Bahía de Osha

Rinthos

Bahía de Arxara

VENTERA

Orline

MERIDIAN

Morsia

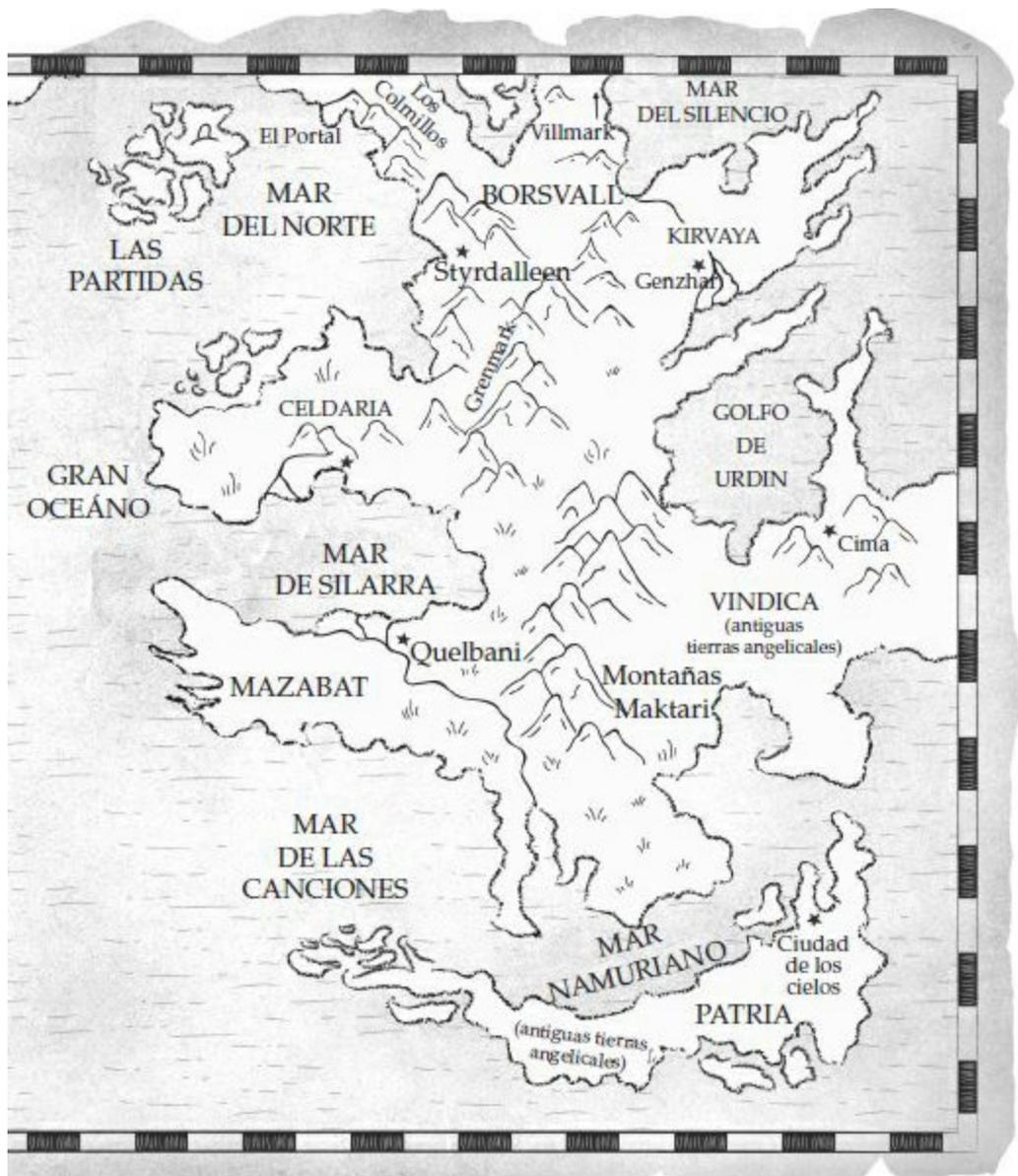
MAR INFINITO

Dax Koro

EL MUNDO DE

Avitas

LAS VÍSPERAS



FINAL Y PRINCIPIO

«Algunos dicen que, en sus últimos momentos, la reina estaba asustada, pero yo prefiero pensar que estaba enfadada.»

Las palabras del profeta

La reina dejó de gritar justo después de la medianoche.

Simon se había escondido en su armario, con los dedos metidos en las orejas para aislarse del ruido. Durante horas, había estado agachado con las rodillas contra el pecho y la cabeza inclinada hacia delante.

Durante horas, los aposentos reales habían temblado a la par de los gritos de la reina.

Ahora, se había hecho el silencio. Simon aguantó la respiración y contó los segundos, como si calculara cuánto tiempo pasaba entre un relámpago y el redoble del trueno: ¿la tormenta se desvanecía o se acercaba aún más?

«Uno. Dos. Tres...»

Llegó hasta veinte y se atrevió a bajar las manos.

Un bebé rompió a llorar en medio del silencio. Simon sonrió y se puso en pie mientras una oleada de alivio le recorría el cuerpo. La reina había dado a luz. ¡Por fin! Ahora, él y su padre podrían huir de esa ciudad sin mirar atrás.

Simon se abrió paso entre los vestidos de la reina e irrumpió a trompicones en su habitación.

—¿Padre? —preguntó con voz entrecortada.

Garver Randell, el padre de Simon, se volvió para mirarlo. Tenía los ojos cansados, pero le dedicó una amplia sonrisa. Tras él yacía la reina Rielle, con

el pelo salvaje y oscuro pegado a la pálida piel. Las sábanas y el camisón blanco que llevaba estaban manchados de rojo. Sostenía en brazos un bulto que lloriqueaba.

Simon, maravillado, se acercó lentamente a la cama, aunque el solo hecho de ver a la reina hizo que una furia ardiente se le abriese en el pecho. La nueva princesa de su reino era una cosita con la cara roja y arrugada, la piel ligeramente más oscura que la de su madre, los ojos grandes y marrones y una mata de pelo húmedo y negro.

Simon se quedó sin aliento.

El bebé se parecía mucho a su padre fallecido.

Rielle miró fijamente a la niña y, a continuación, levantó la vista hacia el padre de Simon. Estaba perpleja.

—Creía que la mataría —dijo la reina. Rio y se secó la cara con dedos temblorosos—. Soñé que lo haría. Sin embargo, aquí está.

Con torpeza, trató de recolocarse a su hija en brazos. No parecía que se le diera demasiado bien sujetar a bebés.

Era extraño ver a la reina así, tan pequeña en su nido de almohadas. Aunque tuviera veinte años, aparentaba ser poco más que una niña. Esa era la reina que se había aliado con los ángeles y los había ayudado a matar a miles de humanos.

La reina que había asesinado a su marido.

—Audric la habría querido mucho —susurró Rielle con el rostro descompuesto.

Simon apretó sus pequeños puños a ambos lados del cuerpo. ¿Cómo osaba hablar del rey si era ella quien lo había matado?

Él sabía solo algunas cosas sobre la noche en la que la capital cayó. Audric había luchado contra Rielle en la amplia veranda que había en el cuarto piso del castillo. La espada del rey había resplandecido con la luz del sol. Su armadura de diamantes, salpicada de espejos, había brillado más que las estrellas.

Pero ni siquiera el rey Audric el Alumbrador, el ruedasoles más poderoso de los últimos siglos, había sido lo suficientemente fuerte como para derrotar a la reina Rielle.

Esta había tallado una espada de aire, un arma cegadora forjada del mismísimo empirio. Rielle y Audric habían luchado espada contra espada, pero la batalla había sido corta.

Cuando Rielle había clavado su mano encendida en el pecho de Audric y le había arrancado el corazón, en sus ojos solo se había visto sed de sangre mientras observaba cómo su marido caía hecho cenizas a sus pies.

Simon no era un niño violento, y aun así pensó que acabaría pegando a la reina si la miraba durante un segundo más.

Así que, en cambio, pronunció la plegaria de la Reina Solar en honor a Audric —«Que la luz de la Reina lo guíe a casa»— y se volvió hacia su padre.

Fue entonces cuando Garver Randell se puso rígido y susurró:

—Lo sabe.

Cayó de rodillas, jadeando.

Simon corrió hacia él.

—¿Padre? ¿Qué pasa? ¿Qué os ocurre?

Garver empezó a tener espasmos y se agarró la cabeza.

—Lo sabe. Que Dios nos ayude. ¡Lo sabe! —gimió. Cuando levantó la mirada, lo hizo con los ojos grises y nublados.

A Simon se le cayó el alma a los pies. Conocía aquellos ojos y sabía lo que significaban.

Un ángel había conseguido entrar al fin en la mente de su padre.

Por la cara aterrorizada del hombre, Simon supo que tenía que tratarse de Corien.

—¡Escuchadme, padre! ¡Estoy aquí! —Simon lo agarró del brazo—. Vamos. ¡Ahora podemos irnos! ¡Daos prisa, por favor!

Simon oyó que, tras él, la reina cantaba bajito para sí misma:

—Así es como sujetas a tu hija. Así es como asesinas a tu marido.

Su risa estaba inundada de lágrimas.

—Sabe lo que soy —dijo Garver con voz ronca.

El terror creciente de Simon hizo que el cuerpo se le volviera de piedra.

Corien sabía que su padre era un marcado y que el niño también. Alguien que no era ni ángel ni humano, pero que albergaba la sangre de ambos.

De repente, Simon presintió que las marcas de su espalda que escondía bajo la túnica eran señales luminosas que alertarían a todos los que se encontraban en la ciudad conquistada de cuál era su escondite.

Durante años, él y su padre habían vivido en secreto en la capital de Celdaria, ocultando sus espaldas marcadas y su magia prohibida. Habían sido unos sanadores honestos y trabajadores. A ellos acudían los plebeyos, los maestros de los templos e incluso algunos miembros de la familia real.

Y ahora... Ahora Corien lo sabía.

Simon tiró de su padre en dirección a la puerta.

—¡Padre, moveos, por favor!

Garver soltó con voz sofocada:

—¡Aléjate de mí! ¡Te encontrará! —Agarró a Simon por el cuello de la camisa y lo apartó de un empujón.

Simon se dio un golpe en la cabeza contra la cama con dosel de la reina. Aturdido, se desplomó en el suelo. Vio a su padre girar, reír un poco y agarrarse las sienes. Lo vio mascullar palabras airadas y extranjeras en una voz que era mitad suya y mitad de Corien. A continuación, el hombre echó a correr, cojeando, hacia la ventana de la terraza.

Entonces, con un grito ahogado, Garver Randell se tiró de la torre de la reina.

Simon intentó levantarse. Se agarró a las cortinas de la cama para conseguir un punto de apoyo, se tambaleó, dio un traspié hacia delante y cayó de nuevo al suelo. Sentía punzadas en la cabeza, pero reprimió las ganas de vomitar y se arrastró por el suelo en dirección a la terraza. Al llegar a la

barandilla, el aire de la montaña le abofeteó las mejillas. No podía soportar mirar hacia abajo. Presionó la cara contra la piedra fría y pasó los brazos alrededor de dos postes. Algo o alguien emitía un horrible ruido de asfixia.

—Simon —dijo una voz tras él.

El niño se dio cuenta, entonces, de que aquel ruido horrible provenía de él.

Se puso en pie de un salto y atacó verbalmente a Rielle:

—¡Vos habéis hecho esto! —gritó—. ¡Nos habéis matado a todos! ¡Sois un monstruo! ¡Sois malvada!

Intentó decir más cosas. Ella había traicionado al reino de Celdaria, a todo el mundo. Se suponía que era la Reina Solar, la salvadora y protectora. Sin embargo, se había convertido en la Reina Sangrienta. La Hunderreyes. La Dama de la Muerte. Pero las lágrimas le bloquearon la voz a Simon. El viento que azotaba las laderas de las montañas le esculpía escalofríos en la piel. Su pequeño cuerpo se agitaba, y apenas podía respirar.

Se abrazó con fuerza a sí mismo, cerró los ojos y los apretó mientras el mundo se inclinaba. No podía dejar de visualizar la imagen de su padre corriendo hacia la terraza y arrojándose por encima de la barandilla.

—Padre —susurró—, volved, por favor.

La reina, aún con el bebé en brazos, se instaló con cuidado en el sofá que había frente a Simon. Iba descalza y tenía los pies ensangrentados. Su camisón estaba empapado en sudor.

—Tienes razón, ¿sabes? —dijo Rielle—. Sí que he hecho todo eso.

Simon se alegró de que no intentara disculparse. Nada de lo que ella pudiera decir mejoraría las cosas.

—Creo —prosiguió la reina lentamente— que él la matará.

Simon resolló y se secó la boca. Le castañeaban los dientes y no podía parar de llorar.

—¿Qué queréis decir?

Rielle se volvió para mirarlo. Tenía los labios cortados y agrietados. Simon recordó que en el pasado había considerado que la reina era hermosa.

—Mi hija. —Rielle tenía la voz hueca—. Creo que Corien la matará. Al menos lo intentará.

Simon espetó:

—Debería mataros a vos en su lugar.

Rielle empezó a reír... y siguió riendo histéricamente. Lo único que podía hacer Simon era mirarla furioso y horrorizado. Al final, la reina se acercó a su hija a la cara y frotó la mejilla de la pequeña contra la suya. El bebé hizo gorgoritos y ella suspiró.

—Así es —susurró Rielle— como sujetas a tu hija. —Emitió un sonido triste y suave—. Audric la habría querido mucho.

Entonces, la reina hizo una mueca y gritó de dolor. Apretó al bebé contra el estómago y, jadeando, se inclinó hacia delante.

Bajo los pies de Simon, el suelo de piedra tembló. Las paredes de los aposentos de la reina se movieron hacia delante y hacia atrás, como si respiraran con ella.

La piel de Rielle empezó a brillar, a cambiar. Durante un momento terrible, Simon creyó ver a través de su piel, creyó distinguir la sangre y los huesos que había debajo... e incluso la luz que había bajo todo eso. Unas relucientes motas doradas la perfilaban; era una criatura luminosa, hecha de chispas y brasas.

Entonces la luz se desvaneció, y Rielle fue de nuevo humana y sombría.

El miedo hacía que a Simon le rugiera la sangre.

—¿Qué ha sido eso?

—Ya no queda demasiado. —Rielle dirigió su reluciente mirada hacia él, y Simon retrocedió. La reina tenía la piel del contorno de los ojos oscura y fina—. No podré mantenerme unida por mucho más tiempo.

—¿Queréis decir... que os estáis muriendo?

—Lo he intentado tanto y durante tanto tiempo... —masculló Rielle.

A continuación, gritó una vez más y se quedó rígida. De los dedos le salieron disparados unos nudos de fuego que atravesaron la noche y se

arquearon sobre la oscura ciudad. La luz dejó tras ella unas vetas carbonizadas sobre el suelo mellado de la terraza.

Rielle levantó la vista; el sudor le resbalaba por el rostro. La luz se le movía bajo la piel, formando olas vibrantes. Simon no podía apartar la mirada: eso era, a la vez, la cosa más hermosa y la más aterradora que había visto en su vida.

—¿Estáis... sufriendo? —le preguntó Simon.

Rielle soltó una risita parecida a un grito ahogado de sorpresa.

—Yo siempre sufro.

—Bien —contestó Simon, aunque sintió una punzada de vergüenza en el pecho.

Ella era un monstruo, sí, pero un monstruo descalzo y exhausto que sujetaba tiernamente a un bebé en brazos.

«Hubo un tiempo en el que la reina era solo una niña —le había dicho siempre su padre cuando el odio cegaba a Simon—. Recuérdalo. Recuérdala.»

Entonces, Rielle se quedó muy quieta.

—¡Dios mío! —susurró—. Viene hacia aquí.

Simon retrocedió. Estaba alarmado y le pitaban los oídos.

—¿Corien?

Rielle se ayudó de la pared para levantarse. El rostro, cambiante, se le contrajo de dolor.

—No puedo permitir que te encuentre. Garver te ocultó bien, pero si él se entera de lo que eres y de que ahora estás aquí...

Simon se tocó instintivamente la espalda, como si así pudiera esconder las marcas.

—¿Sabéis... lo que somos?

Algo brilló en el rostro de Rielle, algo que Simon no pudo leer.

—Me lo contó alguien muy cercano. Solo en caso de que... Bueno, en caso de que yo necesitara saberlo.

—No entiendo por qué...

—No tengo tiempo para explicártelo. Escóndete con ella, quédate aquí fuera. Yo lo distraeré.

Después de decir eso, Rielle dejó a su hija en los brazos de Simon y volvió a entrar apresuradamente a sus aposentos.

Simon miró fijamente al bebé. Los ojos serios y oscuros de la niña se le clavaron en la cara como si fuera la cosa más interesante del mundo. Él, a pesar de que le dolía la cabeza y de que sentía un vacío horrible y doloroso en el vientre, le dedicó una pequeña sonrisa.

—Hola —dijo, y le tocó la mejilla—. Me llamo Simon.

—Toma, coge esto. —Rielle reapareció con un collar en la mano. Se trataba de un colgante de oro liso que tenía un caballo alado tallado en su superficie. Sobre su lomo había una mujer sentada. Esta tenía el pelo oscuro y ondeante y levantaba una espada en actitud victoriosa. Unos rayos de sol se dispersaban detrás de ella.

Era una imagen que había rodado por toda Celdaria durante los últimos dos años, desde que la Iglesia había declarado que Rielle era la tan anunciada Reina Solar.

¡Cuánto la habían querido todos!

Simon observó en silencio cómo la reina metía el collar en la manta del bebé.

—¿Os arrepentís de lo que hicisteis?

—¿Te sentirías mejor si así fuera?

Simon no sabía qué responder.

La reina besó a su hija en la frente.

—No te atrapará —susurró—. A ti no, mi amor.

Entonces se volvió hacia Simon y, antes de que él pudiera protestar, le apartó el pelo rubio ceniza y le plantó un beso en la frente. A él le escoció el trozo de piel que tocaron sus labios, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Sintió que se encontraba al borde de un precipicio que se tambaleaba. Sintió

que algo terrible estaba a punto de ocurrir y que él no podía hacer nada para evitarlo.

—Ve a Borsvall —le dijo Rielle—. Encuentra al rey Ilmaire y a la comandante Ingrid. Muéstrales este collar. Ellos os esconderán.

La puerta de las dependencias más alejadas de Rielle se abrió de golpe.

—¿Rielle? —rugió Corien.

La reina tomó las mejillas de Simon entre sus manos y le buscó los ojos.

—Pase lo que pase, que no os vea.

Cuando se dio la vuelta para irse, Simon le agarró la mano. Sin ella, se quedaría solo con la niña y, de repente, lo único que deseaba era hundir la cara en los brazos de Rielle. Quizá fuese un monstruo, pero ahora también era una madre, y eso era lo que él anhelaba más que nada en el mundo.

—No os vayáis, por favor —susurró.

Ella le dedicó una tensa sonrisa.

—Eres fuerte, Simon. Sé que puedes hacerlo.

Entonces se apresuró a volver dentro y se encontró con Corien en el centro de la estancia.

—¿Dónde está esa cosa? —oyó decir a Corien con voz grave y amenazante.

Simon se desplazó ligeramente hacia un lado y echó un vistazo entre las cortinas de la terraza. Estaba muy asustado, y el corazón le dio un vuelco al ver al líder de los ángeles: era un hombre hermoso, pálido, de cuerpo esculpido, con el pelo negro y reluciente y los labios carnosos y crueles.

—La niña —lo corrigió Rielle—. Tengo una hija.

La mirada de Corien era terriblemente tranquila.

—¿Y dónde está la niña?

—La he mandado lejos, con alguien tan poderoso que jamás la encontrarás.

A Simon le dio un brinco el corazón. ¿Iría alguien en su ayuda?

Corien rio con crueldad.

—¿De veras? ¿Y de quién se trata?

—Puedes intentar descubrir la verdad —dijo Rielle—, pero pronto verás

que ya no eres bienvenido en mi interior.

Corien gruñó y la golpeó con fuerza en la boca. Ella trastabilló, con el labio ensangrentado. La mirada de Simon se encontró con la suya. Los ojos llameantes y dorados de Rielle eran fuertes, triunfales. Su rostro reflejaba una fuerza que él jamás había visto.

«La he mandado lejos, con alguien tan poderoso que jamás la encontrarás.»

«Eres fuerte, Simon. Puedes hacerlo.»

De repente, el niño lo entendió todo: nadie acudiría en su ayuda.

Él era ese alguien poderoso.

Salvar a la princesa dependía de él.

Tendría que usar su magia —su magia de mestizo, de marcado, la magia viajera que había condenado a casi todos los de su raza— para enviarla a cientos de kilómetros de distancia: a la seguridad de Borsvall.

Rielle se volvió de nuevo hacia Corien.

—No deberías enfadarte tanto —le aconsejó—. Cuando te enfadas, cometes errores. Si esto no te hubiera cegado, te habrías quedado a mi lado, la habrías agarrado justo después de que naciera y le habrías rajado el cuello aquí mismo, en el acto.

Corien le sonrió con frialdad.

—Si lo hubiera hecho, me habrías matado.

La reina se encogió de hombros.

—Puede que te mate de todos modos.

Simon se dio la vuelta. El miedo le comprimía el pecho. ¿Cómo iba a hacerlo? Solo tenía ocho años. Claro que había leído y releído sus libros acerca de viajar, pero aún no entendía del todo bien lo que en ellos se decía. Además, por lo que su padre le había contado sobre el pasado, antes de que los marcados fueran perseguidos tanto por los humanos como por los ángeles, muchos de los de su raza no intentaban viajar hasta que no habían alcanzado la edad adulta.

«Puedes hacerlo, Simon», lo alentó una voz. Era una voz femenina, pero no

la de la reina. Le resultaba familiar, no obstante...

Simon se dio la vuelta y buscó en la oscuridad, pero no encontró a nadie.

«Debes hacerlo —dijo la voz—. La niña y tú, Simon, sois los únicos que podéis salvarnos. Hazlo ahora, deprisa, antes de que os descubra. Tu padre te escondió bien, pero ya no puedo protegerte más.»

Un sonido denso y carnoso provino del interior de la habitación de la reina. Un cristal se estrelló contra el suelo. Rielle gritó, y Corien masculló algo lleno de odio.

El castillo gruñó. La pared tras la que Simon se ocultaba retumbó como si algo se estuviera despertando en las profundidades. Del interior de la habitación salió una ráfaga de aire caliente e hizo añicos las ventanas. Simon envolvió al bebé con su cuerpo. La niña intentó liberarse y soltó un apagado grito de enfado.

—Chisss, por favor —susurró Simon.

El aire vibraba a su alrededor y la terraza se sacudía bajo sus pies. El sudor le bajaba por la espalda. Dentro de la habitación creció una luz que brillaba y palpitaba y que cada vez se hacía más radiante.

Él cerró los ojos e intentó olvidar la extraña voz de mujer para concentrarse. Buscó en su mente las palabras que aparecían en los libros prohibidos, ahora abandonados bajo las tarimas de la tienda de su padre:

*El empirio está en todo lo que vive, y todo lo que vive es del empirio.
Su poder no solo conecta la piel con el hueso, la raíz con la tierra, las estrellas con el cielo, sino también los caminos con los caminos, las ciudades con las ciudades.
Los momentos con los momentos.*

Simon sabía que solo los marcados tenían ese poderoso don. El don de viajar. La habilidad de cruzar vastas distancias en un instante y de andar por el tiempo con la misma facilidad con la que los demás andaban por los caminos.

A menudo, Simon había fantaseado con cómo sería viajar al pasado, a la

época previa a la construcción del Portal: antes de las guerras antiguas, cuando los ángeles aún caminaban sobre la tierra y los dragones surcaban los cielos.

Pero no podía pensar en el tiempo, no en aquellos momentos. El tiempo era algo peligroso y resbaladizo. Solo debía pensar en el espacio: la distancia de Celdaria a Borsvall.

—¡No, Rielle! —estaba gritando Corien—. ¡No! ¡No lo hagas!

Simon volvió a mirar hacia dentro y vio a la reina de rodillas, con la cara levantada al cielo, esforzándose por mantenerse erguida mientras un brillante caparazón de luz aumentaba a su alrededor. Corien golpeaba la luz con dureza y se quemaba los puños, pero no podía tocar a Rielle. Arañó, chilló, la insultó y le suplicó.

Pero los gritos no servían de nada. El cuerpo de Rielle se desplegaba en largos raudales de luz, y su piel se escamaba igual que cenizas volando al viento.

Simon apartó la vista y le susurró a la princesa:

—No te preocupes, no te soltaré. Te tengo.

Cerró los ojos, se mordió el labio e ignoró los gritos desesperados de Corien y la luz cegadora de la reina. Dirigió su mente hacia el noreste, hacia Borsvall. Tal como instruían sus libros, guió su respiración a lo largo de cada línea del cuerpo, de cada tendón y de cada hueso.

«Ahora.»

Abrió los ojos de golpe.

Ante él, flotaban en el aire unos serpenteantes hilos de luz, finos y humeantes.

Con el corazón acelerado, Simon sujetó firmemente a la princesa con un brazo y extendió el otro. Escuchó su sangre, ya que ella conocía el camino, al igual que sabía cómo andar, tragar y respirar. Sumergido en la noche, Simon tanteó cuáles eran los hilos correctos del aquí y del allí. El camino estaba en algún lugar ante él, escondido. Sus ojos no podían verlo, pero el poder que le

vibraba en las venas lo conocía con total certeza. Si conseguía encontrar el hilo correcto y tirar de él para desenredarlo y tenderlo a sus pies como una alfombra sinuosa...

«Ahí está.»

Un único hilo, más brillante que los demás, le danzaba en la punta de los dedos.

Simon apenas se atrevió a alargar el brazo para cogerlo. Si se movía demasiado despacio o demasiado deprisa, si su mente deambulaba, se le podía escapar.

Tras él, la reina le gritó a Corien con la voz llena de ira:

—¡Ya no soy tuya!

No había tiempo para dudar. Simon alcanzó el hilo más radiante y se lo pasó con cautela entre los dedos como si fuera un mechón de pelo refulgente.

«Tómate tu tiempo para conocer tu hilo —decían los libros—. Cuanto más familiarizado estés con él, más probable será que te lleve adonde quieras ir.»

Mientras Simon miraba fijamente el filamento que flotaba en su mano, otros se iluminaron y se le acercaron, atraídos por la fuerza de su concentración.

Aunque los hilos le abrasaban la tierna piel de las palmas, los juntó en las manos y los guio a través del frío aire de la noche. Manipulándolos, formó un aro tembloroso. Al otro lado se extendía un camino hacia la oscuridad.

El primer hilo, el más brillante, se deslizó hasta el pecho de Simon y se aferró a él como una zarza. Empezó a tirar suavemente hacia delante.

Simon se sintió un poco tonto, pero no pudo evitar dedicarle un pensamiento al hilo: «Hola».

La presión se aligeró.

A través del paisaje que cambiaba y se volvía más nítido, Simon vio unas formas tenues: un camino sinuoso de piedra negra y una puerta alta y estrecha. Unas montañas cubiertas de nieve. Unos soldados que señalaban con asombro y gritaban en la seca lengua borsvalina.

Todos los músculos del joven cuerpo de Simon se tensaron. El mundo se

volvía borroso a cada respiración. Aun así, la risa burbujeaba en su interior. Era imposible ser más feliz. Ese poder no era algo sencillo, pero no tenía nada de malo y era suyo.

Entonces, detrás de él, Rielle gritó algo que Simon no entendió. La voz de la reina se hizo añicos. Los chillidos frenéticos de Corien eran roncós y angustiosos.

Simon tragó saliva con fuerza. El miedo lo invadía como un enjambre de insectos.

De repente, una gran quietud se tragó todos los sonidos: el llanto del bebé, el zumbido de los hilos... El mundo se quedó en silencio.

Simon miró hacia atrás justo en el momento en el que una columna de luz salía disparada de la habitación de la reina y penetraba en la noche, haciendo que el cielo se volviera blanco como el alba. Simon escondió la cara e inclinó la cabeza sobre la niña que tenía en brazos. La mano que estaba usando para viajar temblaba mientras obraba su magia. Un segundo más tarde, el silencio se convirtió en una explosión devastadora que sacudió las montañas e hizo que Simon casi cayera al suelo.

El castillo se inclinó bajo sus pies. El olor a fuego producía efervescencias en el aire. Una de las montañas que rodeaban la capital se desplomó, seguida de otra... y otra.

«Sujétala bien —le volvió a decir mentalmente la voz femenina, de manera alta y clara—. No la sueltes nunca.»

Los hilos se deslizaban por los pensamientos de Simon. Este sintió que se le estiraba el cuerpo desde los pies hasta el pecho, de donde el cabo principal tiraba de él.

«¡Venga, Simon! —gritó la voz de la mujer—. ¡Ahora!»

Simon se acercó al aro de luz que conducía hacia el este justo en el momento en el que un calor abrasador le crecía en los talones.

Las últimas cosas de las que Simon fue consciente acudieron a él muy despacio.

Un brillante muro de fuego abalanzándose sobre él desde todas partes y crujiendo como un millar de tormentas. El aire moviéndose a su alrededor al entrar en el camino de los hilos, como si fuera agua fría que se le deslizaba por el cuerpo. La princesa llorando en sus brazos.

La imagen de las montañas borsvalinas desvaneciéndose.

El hilo atado a su corazón cambiando. Retorciéndose.

Oscureciéndose.

Rompiéndose y emitiendo el chasquido de un trueno.

Una fuerza estrellándose contra él y arrastrándolo de los huesos hacia delante.

Algo arrancando al bebé de sus brazos, por mucho que él intentara sujetarlo.

Un pedazo de tela rasgándose en sus manos.

Y después, nada.

1

RIELLE

«Lord comandante Dardenne acudió a mí en plena noche con su hija en brazos. Ambos olían a fuego y tenían la ropa quemada. Él apenas podía hablar. Jamás lo había visto asustado. Me puso a Rielle en brazos y dijo: “Ayúdanos. Ayúdala. No dejes que me la arrebaten”.»

Testimonio del gran maestro Taliesin Belounnon
en relación con la implicación de lady Rielle Dardenne
en la masacre de la Carrera Jubilosa,
29 de abril, año 998 de la Segunda Edad

Dos años antes

Rielle Dardenne entró apresuradamente en el despacho de Tal y puso el mensaje del gorrión encima del escritorio.

—La princesa Runa ha muerto —anunció.

Ella no se sentía demasiado excitada, pero su propio reino, Celdaria, y su vecino del noreste, Borsvall, habían vivido en tensión durante tantas décadas que la noticia apenas era más relevante que, por ejemplo, un barco mercante de Celdaria se hundiera en la costa de Borsvall o que las patrullas llegaran a las manos cerca de la frontera.

Pero que una princesa de Borsvall fuera asesinada sí que era algo nuevo, y Rielle quería diseccionar cada detalle.

Tal suspiró, dejó la pluma a un lado y se pasó las manos manchadas de tinta por el pelo rubio y desordenado. La pulida llama dorada que llevaba en la

solapa centelleó bajo la luz del sol.

—Quizá deberías considerar mostrarte menos entusiasmada por el asesinato de una princesa —sugirió Tal, mirando a Rielle con un poco de desaprobación y de diversión a la vez.

Ella se deslizó sobre la silla que había enfrente de Tal.

—No estoy contenta ni nada parecido. Solo intrigada. —Rielle volvió a coger el papelito de encima de la mesa y leyó de nuevo las palabras escritas con tinta—. Así que crees que se trata de un asesinato... Audric también.

—Prométeme que hoy no harás ninguna tontería, Rielle.

Ella le sonrió con dulzura.

—¿Acaso he hecho tonterías alguna vez?

Él arqueó las cejas.

—La guardia de la ciudad está en alerta máxima. Quiero que te quedes aquí, a salvo, en el templo, por si acaso pasara algo. —Le cogió el mensaje de las manos y ojeó el contenido—. Y ¿cómo has conseguido esto? No, espera. Ya lo sé. Te lo ha dado Audric.

Rielle se puso rígida.

—Audric me mantiene informada. Es un buen amigo. ¿Qué hay de malo en eso?

Tal no contestó, pero no hacía falta.

—Si tienes algo que decirme —soltó ella mientras el color le subía a las mejillas—, dímelo y punto. Si no, empecemos la clase.

Tal la miró un poco más y, a continuación, se volvió para coger cuatro libros enormes de la estantería que había detrás.

—Toma —dijo, haciendo caso omiso de la expresión rebelde de Rielle—. He marcado algunos fragmentos para que los leas. Dedicaremos el día de hoy a estudiar en silencio. Luego te haré una prueba, así que ni se te ocurra mirártelo por encima.

Rielle entornó los ojos ante el libro que se encontraba en la parte superior del montón: *Breve Historia de la Segunda Edad. Volumen I. Secuelas de las*

Guerras Angelicales.

—Esto no parece muy breve. —Hizo una mueca.

—Todo es cuestión de perspectiva —contestó él, y se centró de nuevo en los papeles de su escritorio.

En el despacho de Tal, el lugar favorito de Rielle era la butaca que había junto a la ventana que daba al patio principal del templo. Estaba repleta de cojines de color escarlata forrados con ribetes dorados. Cuando se sentaba ahí, bajo el sol con las piernas colgando, casi olvidaba que un mundo enorme separaba el templo de su ciudad natal, un mundo que ella jamás vería.

Se instaló al lado de la ventana, se quitó las botas, se remangó la pesada falda orlada con encaje y apoyó los pies descalzos en el alféizar. La luz del sol de primavera le bañaba las piernas con calidez, y pronto empezó a pensar en cómo Audric florecía en los días brillantes y soleados como aquel. Pensó en cómo su piel parecía resplandecer y crepitar, rogándole que la tocara.

Tal se aclaró la garganta y le hizo perder el hilo.

La conocía demasiado bien.

Rielle abrió el libro y echó un vistazo al texto diminuto y descolorido. Imaginó que lo lanzaba por la ventana al patio del templo, donde los ciudadanos entraban en fila para llevar a cabo las oraciones matutinas. Seguro que pedían que los jinetes por los que habían apostado ganaran la carrera de aquel día. Todos los templos de la capital debían de estar llenos de almas así de entusiasmadas, no solo la Pira —el templo de Tal, donde los ciudadanos veneraban a santa Marzana la empuñafuegos—, sino también la Casa de la Luz y la Casa de la Noche, los Baños y el Firmamento, la Fragua y el Arraigo. Oraciones susurradas en los siete templos para los siete santos y sus elementos.

«Esas oraciones no servirán para nada —pensó Rielle con una emoción leve y sarcástica—. Comparados conmigo, los otros jinetes parecerán niños sobre ponis.»

Hojeó algunas páginas mientras se mordía la parte interna del labio hasta

que se tranquilizó lo suficiente como para poder hablar.

—He oído que mucha gente de la corte de Borsvall culpa a Celdaria de la muerte de Runa. ¿A que nosotros no haríamos algo así?

La pluma de Tal rayaba el papel.

—Por supuesto que no.

—Pero ¿acaso importa que sea cierto? Si los consejeros del rey Hallvard lo convencen de que hemos matado a su hija, nos acabará declarando la guerra.

Tal dejó la pluma y resopló molesto.

—Hoy no podré trabajar, ¿verdad?

Rielle reprimió una sonrisa. «¡Si supieras lo cierto que es eso, querido Tal...!»

—Lo siento si tengo preguntas acerca del clima político de nuestro país — dijo—. ¿Eso también entra en la categoría de cosas de las que no se nos permite hablar, no vaya a ser que mi pobre cerebro vulnerable se agote debido al esfuerzo?

Una sonrisa elevó la comisura de los labios de Tal.

—Es posible que Borsvall nos declare la guerra, sí.

—No parece que esa posibilidad te preocupe demasiado.

—La veo poco probable. Hemos estado al borde de la guerra con Borsvall durante décadas y, aun así, esta nunca ha llegado. Y jamás llegará, porque puede que la gente de Borsvall sea belicista, pero el rey Hallvard no goza de buena salud ni es un necio. Aplastaríamos a su ejército. No se puede permitir una guerra, y mucho menos contra Celdaria.

—Audric dice... —Rielle dudó. Se le hizo un nudo en la garganta—. Audric dice que cree que la muerte de la princesa Runa y la rebelión de los esclavos en Kirvaya indican que ha llegado el momento. Cree que las Reinas van a regresar.

El silencio cayó sobre la habitación como una mortaja.

—La profecía siempre ha fascinado a Audric —convino Tal con una voz

falsamente tranquila—. Hace años que busca signos que anuncien el regreso de las Reinas.

—Esta vez parece bastante convencido.

—Una rebelión de esclavos y la muerte de una princesa no bastan para...

—Pero oí decir al gran maestro Duval que había habido tormentas sobre el océano de Meridian —perseveró ella, buscándole el rostro—. Muy lejos, incluso en Ventera y Astavar. Tormentas extrañas, fuera de temporada.

Tal parpadeó. «¡Ajá! —pensó Rielle—. ¿A que no sabías eso?»

—De vez en cuando hay tormentas fuera de temporada —explicó Tal—. El empirio funciona de un modo misterioso.

Rielle se enrolló los dedos en la falda. La consoló el hecho de que pronto llevaría los pantalones de montar y las botas, con el cuello abierto a la brisa.

Estaría en la línea de salida.

—En el informe que he leído —continuó—, ponía que una tormenta de arena al sur de Meridian había obligado a cerrar el puerto de Morsia varios días.

—Audric tiene que dejar de enseñarte todos los informes que pasan por su escritorio.

—Audric no me ha enseñado nada. Lo he encontrado por mí misma.

Tal enarcó una ceja.

—Quieres decir que entraste a hurtadillas en su oficina cuando él no estaba y hurgaste en sus papeles.

A Rielle se le encendieron las mejillas.

—Estaba buscando un libro del que me había olvidado.

—¡No me digas! ¿Y qué diría él si supiera que has estado en su oficina sin su consentimiento?

—No le importaría. Puedo entrar y salir cuando quiera.

Tal cerró los ojos.

—Lady Rielle, no puedes visitar las habitaciones privadas del príncipe heredero día y noche como si nada. Ya no eres una niña. Y tampoco eres su

prometida.

Por un instante, Rielle se quedó sin aliento.

—Lo sé muy bien.

Tal agitó la mano y se levantó de la silla, dando eficazmente por terminada cualquier conversación sobre la profecía y las Reinas.

—Hoy la ciudad está abarrotada y puede suceder cualquier cosa —dijo, y cruzó la habitación para servirse otra taza de té—. Está corriendo la voz sobre la muerte de la princesa Runa. En tales circunstancias, el empirio puede comportarse de un modo así de imprevisible. Quizá deberíamos empezar una ronda de oraciones para calmar nuestras mentes. En medio del caos del mundo, la llama ardiente nos sirve de ancla y nos sujeta, manteniéndonos en paz con Dios y con el empirio.

Rielle lo miró con furia.

—No uses tu voz de maestro, Tal. Te hace parecer viejo.

Él suspiró y tomó un sorbo de té.

—Soy viejo y, gracias a ti, también un cascarrabias.

—Tener treinta y dos años no es ser viejo, y menos aún para el gran maestro de la Pira. —Se detuvo. Debía proseguir con cuidado—. No me sorprendería que te nombraran arconte. Si yo tuviera a mi lado a alguien tan portentoso como tú, podría ver sin peligro la Carrera desde tu palco...

—No intentes halagarme, lady Rielle. —La miró con ojos chispeantes. Ese era el Tal que le gustaba a ella: el feroz empuñafuegos, no el profesor piadoso—. Ahora mismo, no es seguro para ti andar por ahí fuera. Por no mencionar lo peligroso que sería para la gente si algo te provocara y perdieras el control.

Rielle cerró la *Breve Historia* de golpe y se levantó de la butaca de la ventana.

—¡Maldito seas, Tal!

—En el templo no, por favor —la amonestó él por encima del borde de su taza.

—No soy una niña. ¿En serio crees que todavía no sé lo que hago? —Puso

voz burlona—: «Rielle, recemos juntos para que te calmes». «Rielle, cantémosle a santa Katell la Gloriosa para distraerte.» «No, Rielle, no puedes ir al baile de máscaras porque quizá te distraigas y te lo pases bien, Dios nos libre.» Si hubiera sido por mi padre, me habría quedado encerrada el resto de mi vida con la nariz metida en un libro o rezando arrodillada, fustigándome cada vez que tuviera el más mínimo pensamiento airado. ¿Es ese el tipo de vida que tú también querrías para mí?

Tal la miró impasible.

—Si eso significara que estaríais a salvo tanto tú como los demás, por supuesto que sí.

—Encerrada bajo llave, como una criminal.

La invadió un familiar sentimiento de frustración, pero lo alejó con fuerza. De todos los días posibles, no sería aquel cuando perdería el control.

—No sé si sabes —dijo ella fingiendo una voz alegre— que cuando hay tormenta mi padre me baja a las dependencias de los sirvientes y me da hierbacalma. Me seda, me encierra con llave y me deja ahí.

Después de una pausa, Tal respondió:

—Lo sé.

—Antes solía resistirme, pero él me sujetaba y me abofeteaba, me tapaba la nariz hasta que me quedaba sin aire y tenía que abrir la boca. Entonces me metía el frasco entre los labios y me obligaba a beber. Yo escupía el líquido, pero él seguía forzándome para que me lo tragara y me susurraba todo lo que yo había hecho mal. Justo cuando empezaba a gritarle lo mucho que lo odiaba, me quedaba dormida. Cuando me despertaba, la tormenta ya había pasado.

Hubo una pausa más larga.

—Sí —contestó Tal—, estoy al corriente.

—Cree que las tormentas me provocan demasiado. Dice que me dan «ideas».

Tal se aclaró la garganta.

—Eso fue culpa mía.

—Lo sé.

—Pero lo de la medicina fue cosa suya.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Has intentado disuadirlo alguna vez?

Él no respondió, y su semblante paciente la puso furiosa.

—Ya no me resisto —confesó ella—. Cuando oigo el estampido de un trueno, voy abajo sin que me lo pida siquiera. ¡Qué patética me he vuelto!

—Rielle... —Tal suspiró y negó con la cabeza—. Todo lo que puedo decir ya te lo he dicho.

Ella se le acercó y dejó que la soledad que solía ocultarle —a él y a todo el mundo— le suavizara el rostro. «Vamos, mi buen maestro Belounnon. Ten piedad de tu dulce Rielle.» Al principio, él se ablandó y apartó la mirada. Algo parecido a la pena le cruzó el semblante y apretó la mandíbula.

«Bien.»

—Si pudiera, me dejaría durmiendo de por vida —dijo ella.

—Él te quiere, Rielle. Se preocupa por ti.

De golpe, a Rielle se le calentaron las yemas de los dedos, y la temperatura fue aumentando a la par que su ira. Sintió una terca punzada de furia y dejó que esta creciera. Sabía que no debería hacerlo, que un arrebató tan solo le complicaría más la tarea de escabullirse, pero de repente era incapaz de preocuparse por eso.

«Él te quiere, Rielle.»

Un padre que amara a su hija no la convertiría en su prisionera.

Agarró una vela del escritorio de Tal y observó con sombría satisfacción cómo la mecha se convertía en una llama rebelde y chisporroteante. Mientras la miraba fijamente, imaginaba que su furia era como una riada que se derramaba constantemente sobre las orillas y alimentaba la llama que tenía en las manos.

La llama creció y adquirió el tamaño de una pluma, de una daga, de una espada. Entonces todas las velas la imitaron y crearon un bosque de filos

ardientes.

Tal se levantó del escritorio y cogió el magnífico escudo pulido que se encontraba en la esquina de la habitación. Todos los elementales que habían vivido —todos los esculpeaguas y los silbavientos, todos los lanzasombras y los empuñafuegos como Tal— tenían que usar una forjadura, un objeto físico moldeado únicamente con sus propias manos, para acceder a su poder. Su don singular, el único elemento que podían controlar.

A diferencia de Rielle.

Ella no necesitaba nada, y el fuego no era el único elemento que la obedecía.

Los controlaba todos.

Tal se puso de pie detrás de Rielle. Sujetando el escudo con una mano, posó la otra suavemente sobre ella. Cuando era una niña, cuando aún creía que quería a Tal, ese tipo de contacto la ponía muy contenta.

Ahora se planteaba seriamente darle un puñetazo.

—En nombre de santa Marzana la Brillante —murmuró Tal—, ofrecemos esta plegaria a las llamas para que el empirio oiga nuestra súplica y nos dé fuerzas. Ágil fuego, no ardas con furia ni abandono. Arde firme y sincero, arde limpio y brillante.

Rielle se mordió la lengua para no ser muy dura. ¡Cuánto odiaba rezar! Todas las palabras conocidas le parecían un nuevo barroto que se añadía a la jaula que su padre y Tal habían fabricado para ella.

La habitación empezó a temblar: el tintero que había sobre el escritorio, los cristales de la ventana abierta, la taza de té a medio terminar.

—¿Rielle? —la exhortó Tal, y movió el escudo.

La chica notó que, a su espalda, el cuerpo tenso del maestro subía de temperatura mientras se preparaba para apagar con su propio poder el fuego que ella había avivado. La voz preocupada de Tal hizo que Rielle, a pesar de todos sus esfuerzos, sintiera una punzada de remordimiento. Sabía que él no lo hacía con mala intención y que lo único que quería era que ella fuese feliz.

A diferencia de su padre.

Así que Rielle inclinó la cabeza y se tragó la rabia. Después de todo, lo que estaba a punto de hacer seguramente volvería a Tal en su contra para siempre. Podía concederle esa pequeña victoria.

—No ardas con furia ni abandono —repitió la muchacha, y cerró los ojos.

Imaginó que dejaba a un lado cualquier pizca de emoción, cualquier sonido, cualquier pensamiento... hasta que su mente se convirtió en un inmenso campo oscuro, excepto por el diminuto punto de luz de la llama que tenía en las manos.

Entonces dejó que la oscuridad también penetrara en el fuego, y se quedó sola en el vacío frío y tranquilo de su mente.

La habitación se calmó.

Tal dejó caer las manos.

Mientras él ponía el escudo de nuevo en su lugar, Rielle lo escuchaba. La plegaria la había limpiado, y lo que sentía después de su ataque de ira era... No sentía nada, solo el corazón hueco y la cabeza vacía.

Al abrir los ojos, los tenía secos y cansados. Se preguntó con amargura cómo sería vivir sin tener que pensar constantemente en una retahíla de plegarias que la alertaban contra sus propios sentimientos.

Las campanas del templo repiquetearon once veces. A Rielle se le aceleró el pulso. A partir de entonces, podía oír la señal de Ludivine en cualquier momento.

Se volvió hacia la ventana. Se acabó rezar, se acabó leer. Cada músculo de su cuerpo estaba cargado de energía. Quería cabalgar.

—Preferiría estar muerta a ser la prisionera de mi padre —terminó diciendo, sin poder resistirse a soltar esa última puñalada llena de mal humor.

—¿Muerta como tu madre?

Rielle se quedó helada. Miró a Tal, pero este no apartó la vista. No esperaba una crueldad así. De su padre sí, pero jamás de Tal.

El recuerdo de unas llamas del pasado le ardió en los ojos.

—¿Acaso te ordenó mi padre que sacaras el tema a colación si me descontrolaba? —le preguntó con voz apagada y fría—. Con la Carrera y todo eso.

—Sí —contestó Tal impasible.

—Bueno, me alegra decirte que solo he matado una vez. No tienes por qué preocuparte.

Al cabo de un momento, Tal se dio la vuelta para ordenar los libros de su escritorio.

—Lo hacemos tanto por tu seguridad como por la de los demás. Si el rey descubriera que hemos ocultado la verdad sobre tu poder durante todos estos años..., ya sabes lo que podría ocurrir, sobre todo lo que le podría pasar a tu padre. Pero él se arriesga de todos modos, porque te quiere mucho más de lo que crees.

Rielle rio con aspereza.

—Esa no es razón suficiente para tratarme así. Nunca se lo perdonaré, y algún día dejaré de perdonártelo a ti también.

—Lo sé —admitió Tal, y al oír la tristeza en su voz Rielle casi sintió lástima por él.

Casi.

Pero entonces un gran estrépito provino del piso de abajo, seguido por un inconfundible grito de alarma.

Ludivine.

Tal miró a Rielle de un modo familiar. Era una mirada que solía dedicarle; como cuando, a los siete años, Rielle había anegado su piscina en los Baños, o cuando, a los quince, Tal la había encontrado por primera vez en la taberna de Odo después de escaparse. Era una mirada que decía: «¿Qué he hecho yo para merecer esto?».

Rielle lo observó con ojos inocentes.

—Quédate aquí —le ordenó él—. Lo digo en serio, Rielle. Entiendo que estés frustrada, de veras que te comprendo, pero esto es mucho más importante

que tu injusto aburrimiento.

Rielle se dirigió de nuevo a la butaca de la ventana. Esperaba parecer lo suficientemente arrepentida.

—Te quiero, Tal —dijo, y la verdad de sus palabras bastó para hacer que se odiara un poco a sí misma.

—Lo sé —contestó él.

Entonces se echó encima la toga magistral y se apresuró a salir por la puerta.

—Maestre, se trata de lady Ludivine —dijo una voz asustada desde el corredor. Era uno de los acólitos más jóvenes de Tal—. Justo cuando ha llegado a la capilla, mi señor, ha palidecido y se ha desmayado. ¡No sé qué ha sucedido!

—Llama a mi sanador —ordenó Tal— y envíale un mensaje a la reina. Está en su palco, en la línea de salida. Dile que su sobrina se ha indispuerto y que no podrá acompañarla.

Una vez que se habían ido, Rielle sonrió y se puso las botas al instante.

¿Quedarse ahí?

¡Ni en sueños!

Corrió a través de la sala de espera contigua al despacho de Tal y por los pasillos del templo, cubiertos de mármol vetado de rojo. Las lujosas alfombras tenían bordadas hileras de florituras que representaban llamas resplandecientes. En la entrada del templo, con el suelo de parqué pulido y lustroso como el oro, había mucho ajeteo, ya que los fieles, los acólitos y los sirvientes se dirigían rápidamente hacia la puerta ojival de la capilla.

—Parece ser que lady Ludivine se ha puesto enferma —le susurró un joven acólito a su compañero mientras Rielle pasaba por su lado.

Rielle sonrió al imaginarse a todo el mundo preocupándose por la pobre Ludivine, tendida en el suelo del templo, tan trágicamente hermosa y débil. Seguro que ella se lo estaba pasando en grande recibiendo tantas atenciones y

recordando que manejaba los hilos de toda la capital como si fueran los de una marioneta.

Aun así, después de eso, Rielle le debería un favor enorme.

Fuera el que fuese, porque habría valido mucho la pena.

En el exterior del templo, el caballo de Ludivine estaba al lado del suyo. Lo sujetaba un joven mozo de cuadra que parecía estar a punto de caer presa del pánico. Al reconocer a Rielle, se relajó, aliviado.

—Discúlpeme, lady Rielle, pero ¿se encuentra bien lady Ludivine? —le preguntó.

—Ni idea —le contestó Rielle, y saltó sobre la silla de montar.

A continuación, chascó las riendas, y su yegua salió corriendo por el camino principal que conducía al corazón de la ciudad, haciendo repiquetear los cascos sobre los adoquines. A su alrededor se alzaban una serie de edificios de apartamentos y de templos: paredes grises de piedra con grabados que plasmaban escenas de la creación de la ciudad, tejados de cobre bruñido redondeados, esbeltas columnas cubiertas de hiedras en flor y fuentes blancas coronadas con las representaciones de los siete santos rezando. Habían acudido tantos visitantes de todo el mundo a Âme de la Terre para la Carrera que el aire fresco de la primavera se había vuelto sofocante y pegajoso. La ciudad olía a sudor y a especias, a caballo y a moneda caliente.

A medida que Rielle bajaba embalada por el camino, la multitud, alarmada, se hacía a un lado. Gritaban y la maldecían hasta que se daban cuenta de quién era y se quedaban callados. Ella guio a la yegua a través de las calles tortuosas y se dirigió a las puertas principales de la ciudad con el cuerpo tenso por culpa de los nervios.

Pero aquel día no se rendiría a su poder.

Competiría en la Carrera Jubilosa, igual que podía hacerlo cualquier otro ciudadano. Le demostraría a su padre que podía controlarse, incluso si su vida corría peligro y los ojos de toda la ciudad estaban fijos en ella.

Le demostraría a él, y a Tal, que se merecía vivir una vida normal.

ELIANA

«Eliana dice que cuando el Imperio tomó nuestra ciudad era imposible respirar sin ahogarse en el sabor a sangre. Dice que debería estar agradecido por haber sido solo un bebé, pero a mí me gustaría recordarlo. Quizá entonces sería más fuerte. Sería un guerrero. Como ella.»

Diario de Remy Ferracora, ciudadano de Orlin,
3 de febrero, año 1018 de la Tercera Edad

1.020 años después

Eliana oyó el primer grito cuando estaban de caza.

En la ciudad de Orlin, los gritos no eran algo inusual, sobre todo en los Yermos, donde los suburbios se extendían a lo largo de las dársenas del río y formaban una oscura llanura de miseria.

Pero ese chillido era fuerte y desgarrador —el de una joven—, y se apagó de una forma tan brusca que Eliana pensó que tal vez se lo había imaginado.

—¿Has oído eso? —le susurró a Harkan, que estaba de pie tras ella con la espalda pegada a la pared.

Harkan se puso tenso.

—¿Si he oído el qué?

—El grito de una chica.

—No he oído ningún grito.

Eliana le echó un vistazo a la oscura ventana que se encontraba cerca, se

ajustó la nueva máscara de terciopelo y admiró las esbeltas líneas de su propio cuerpo.

—Bueno, todos sabemos que no oyes una mierda.

—Oigo perfectamente —murmuró Harkan.

—No tan bien como yo.

—No todos podemos ser tan maravillosos como el Terror de Orlin.

Eliana suspiró.

—Triste, pero cierto.

—Creo que hasta yo, que no oigo una mierda, me enteraría de un grito. Te lo habrás imaginado.

Pero Eliana no estaba convencida.

Últimamente, en la ciudad de Orlin habían desaparecido chicas y mujeres. No las habían embarcado en dirección a ningún campo de trabajo del Imperio ni las habían llevado al palacio del Señor de Orlin para que se formaran como concubinas. Esas cosas dejaban pruebas y la gente chismorreaba sobre ellas.

En los casos más recientes, a las chicas las habían secuestrado sin más. Un día estaban ahí y al siguiente habían desaparecido.

Al principio, Eliana no había querido preocuparse. En su barrio no había desaparecido nadie, y no creía que el Imperio empezara a raptar a sus ciudadanos favoritos. Su familia estaba a salvo y, por lo tanto, aquello no suponía un problema.

Pero cuantas más chicas se esfumaban, cuantas más historias se escuchaban sobre mujeres que desaparecían, más difícil resultaba ignorar la situación. Se habían evaporado muchas hermanas y muchas madres habían sido arrebatadas a sus seres queridos, secuestradas mientras dormían. No eran criminales ni rebeldes de la Corona Roja.

Además, en algunos círculos persistían los rumores, a pesar de que fueran absurdos, de que al otro lado del mundo había un agujero en el cielo. Quizá fuera en Celdaria. Tal vez en Las Partidas. Cada rumor contaba un relato

distinto. Algunas personas creían que los dos asuntos estaban conectados: el agujero en el cielo y las chicas desaparecidas.

Eliana no era una de ellas. ¿Un agujero en el cielo? Más bien sería el miedo que hacía enloquecer a la gente. Todos se estaban poniendo lo suficientemente histéricos como para buscar el consuelo y la verdad en las leyendas arcaicas.

Eliana se negaba a unirse a ellos.

Entonces volvió a oírlo: un segundo grito. Más cerca.

Una amarga sensación le recorrió el cuerpo y le produjo escalofríos violentos. El mundo se inclinó, se quedó inmóvil y se enderezó de nuevo. El dulce perfume que desprendían las blancas flores de los árboles gema que había encima se tornó rancio.

Harkan se movió junto a ella.

—¿Estás bien?

—¿No lo notas?

—¿Notar el qué? ¿Qué te pasa esta noche?

—Siento como si... —Los bordes de su campo visual titilaban como un espejismo—. No sé lo que siento. Es como si un adatrox estuviera cerca, pero aún peor.

Cuando oyó mencionar a los soldados del Imperio, Harkan se puso tenso.

—No veo a ningún adatrox. ¿Estás segura?

Oyó un tercer grito. Esta vez sonó más desesperado y se apagó enseguida.

—Sea quien sea —murmuró Eliana con voz férrea e irritada—, no está lejos.

—¿Cómo? ¿Quién?

—La próxima comida de *Arabeth*. —Eliana le dirigió una sonrisa a Harkan y desenfundó a *Arabeth*, la daga larga de hoja dentada que llevaba en la cadera—. Es hora de jugar.

Después de echar una última ojeada a su reflejo, salió disparada de las sombras y se metió en los callejones estrechos y mugrientos de la baja Orlene.

Harkan la llamó, pero ella lo ignoró. Si quería detenerla, que lo intentara, pero en dos segundos lo tumbaría. Sonrió con suficiencia. La última vez, había sido en su cama.

Sinceramente, no sabía qué contexto prefería.

En cualquier caso, no le apetecía empezar a discutir todavía. Tenía que cazar a un secuestrador de chicas.

Entró en los Yermos y pasó sigilosamente entre tiendas remendadas y chabolas de madera combadas y salpicadas de fuegos moribundos. Más allá corría el ancho río Bruvian, cuyas orillas estaban obstruidas por montones de musgo blanco y putrefacto.

A los diez años, cuando había ido a aquellos suburbios por primera vez, el olor casi le había provocado arcadas. Debido a eso, se había ganado que su madre la mirara con dureza.

Ahora, ocho años después, apenas notaba el hedor.

Escudriñó la noche: un mendigo robaba de los bolsillos de un borracho inconsciente, y un joven demacrado, peinado y empolvado intentaba persuadir de algo a una mujer a través de una puerta pintada.

Oyó otro grito. Esta vez era más débil y cercano al río.

La sensación que le recorría la columna vertebral se intensificó. Parecía —no sabía describirlo de otro modo— como si esa sensación tuviera voluntad propia.

Se puso las manos en las rodillas y se presionó los ojos hasta cerrarlos. Tras los párpados bailaban puntos de color. En la maltrecha viga de madera de al lado, alguien había garabateado un dibujo infantil de una mujer enmascarada y vestida de negro que saltaba en el aire con un cuchillo en cada mano.

A pesar de que el malestar le enturbiaba la vista, Eliana no pudo evitar sonreír.

—El, por todos los santos, ¿qué estás haciendo? —Harkan se le acercó por detrás y le puso una mano en el hombro—. ¿Qué ocurre? ¿Estás herida?

—¿Yo? ¿Herida? —Tragó saliva con fuerza para combatir la desagradable

sensación que le oprimía la garganta—. Querido Harkan —dijo, y señaló con pomposidad el dibujo—, ¿cómo puedes pensar tal cosa del Terror de Orlina?

Se alejó corriendo y saltó desde la parte más alta de la dársena a otro nivel que se encontraba unos treinta metros más abajo. El impacto solo le produjo un leve dolor. Al instante volvía a estar de pie y corriendo. Como a Harkan se le romperían las piernas con una caída así, él tendría que tomar el camino largo para bajar.

Si Remy estuviera allí, le diría a Eliana que no fuera tan obvia.

—La gente empieza a darse cuenta —le había dicho justo el otro día—. He oído rumores en la panadería.

Eliana, que estaba haciendo estiramientos en el suelo de su habitación, le había preguntado con inocencia:

—¿Qué tipo de rumores?

—Cuando una chica cae de un tercer piso y vuelve a ponerse en pie de un salto en medio de un jardín público, la gente suele darse cuenta. Sobre todo si esa chica se cubre con una capa.

Eliana había sonreído al imaginarse a esas personas boquiabiertas y atónitas.

—¿Y qué pasa si ella quiere que se den cuenta?

Remy se había quedado callado durante mucho rato. Entonces le había preguntado:

—¿Qué es lo que quieres, que venga Invictus y te aparte de mí?

Eso la había dejado sin palabras. Había levantado la mirada hacia el rostro pálido y enjuto de su hermano pequeño y había sentido que el estómago le daba un vuelco.

—Lo siento —le había dicho con suavidad—. Soy imbécil.

—Me da igual que seas imbécil —le había contestado él—, pero no seas fantasma.

Ella sabía que Remy tenía razón. El problema era que le gustaba alardear. Si tenía que ser un bicho raro con un cuerpo milagroso que no moría al caer de

ningún sitio, entonces también tenía que poder usarlo para divertirse.

Si se mantenía ocupada pasándolo bien, no tendría tiempo para preguntarse por qué su cuerpo podía hacer esos prodigios.

Ni qué significaba.

Mientras corría por los muelles, siguió la traza de maldad que flotaba en el aire como si rastreara el olor de una presa. El nivel inferior de la dársena estaba silencioso, y el aire de verano era tranquilo y húmedo. Dobló corriendo una esquina, luego otra... y se detuvo. Aquel olor, aquella sensación, se agitaba al borde de un embarcadero desvencijado. Se obligó a avanzar a pesar de que su estómago revuelto y cada gota de su sangre que rugía le gritaran que se alejase de ahí.

Dos figuras —enmascaradas y con ropa de viaje oscura— esperaban en una barca larga y pulida al borde del muelle. Eliana deducía que eran hombres por su constitución alta y fornida. Una tercera silueta llevaba consigo a una niña pequeña que tenía la piel tostada y dorada como la de Harkan. La niña se resistía, pero estaba amordazada y tenía las muñecas y los tobillos atados.

¿Se trataba de la Corona Roja? Era poco probable. ¿Para qué querrían los rebeldes a niñas robadas? Además, en el caso de que estuvieran involucrados en los secuestros, Eliana ya habría oído rumores clandestinos.

Podían ser cazarrecompensas, igual que ella, pero ¿por qué pagaría el Imperio Eterno por algo que podía coger sin más? Además, trabajaban en grupo. Eso sí que era poco probable.

Una de las figuras que estaban en la barca extendió los brazos para agarrar a la niña. El suelo de la nave estaba lleno de bultos: otras mujeres y otras niñas, atadas e inconscientes.

La ira prendió dentro de Eliana.

De la bota izquierda sacó a *Silbador*, que era largo y delgado.

—¿Van a algún sitio, caballeros? —preguntó, y corrió hacia ellos.

El hombre que había en el embarcadero se volvió justo cuando Eliana llegaba a su lado. Ella dio una vuelta sobre sí misma y lo enganchó con la bota

por debajo de la barbilla. Él se empezó a ahogar y cayó al suelo.

Una de las figuras de la barca saltó al muelle. Eliana le atravesó la garganta y la empujó al agua, también a su compañero.

Se volvió triunfante y le hizo señas al raptor que aún estaba en la barca.

—Vamos, cariño —canturreó—. No me tendrás miedo, ¿verdad?

En el pasado, matar la estremecía.

Fue seis años atrás, cuando tenía doce. Rozen Ferracora, su madre, se la había llevado a hacer un trabajo —el último antes de lesionarse—, y alguien las había delatado. Los rebeldes estaban sobre aviso y cayeron en una emboscada.

Rozen ya había derribado a dos de ellos, mientras Eliana se escondía en las sombras. Y, aunque su madre siempre le había dicho: «Evitaré que tengas que matar durante todo el tiempo que pueda, mi dulce niña. Por ahora observa. Aprende. Practica. Yo te transmitiré todo lo que me enseñó mi padre», cuando vio que una de las rebeldes la sujetaba contra el suelo, sintió una rabia inmensa.

Salió volando en dirección a la asaltante y le clavó su pequeña espada en la espalda. Después de eso se quedó de pie, con los ojos clavados en la persona que agonizaba en un charco de sangre.

Rozen la cogió de la mano y se la llevó enseguida. Ya en la cocina de su casa, su hermano Remy —que entonces solo tenía cinco años— había observado con los ojos bien abiertos cómo la conmoción inicial daba paso al pánico. Y, con las manos rojas de sangre, había llorado roncamente en brazos de su madre.

Por suerte, ahora le resultaba mucho más sencillo matar.

De entre las sombras salieron disparadas dos figuras enmascaradas. Cargaban dos bultos pequeños. ¿Eran más chicas? Lanzaron los fardos al último compañero que quedaba en la barca y se dieron la vuelta para enfrentarse a ella. Eliana esquivó un golpe, luego otro, y a continuación recibió un puñetazo en el estómago y un gancho en la mandíbula.

Osciló y se los quitó de encima. El dolor se desvaneció tan rápido como había venido. Se dio la vuelta y apuñaló a uno de aquellos brutos, que cayó al agua sucia.

Entonces una oleada de náuseas la golpeó como si le patearan la barriga con una bota. Cayó de rodillas, respirando con dificultad. Sobre los hombros sintió un peso, que le nubló la visión y la empujó con fuerza contra el muelle bañado por el río.

Cinco segundos. Diez. La presión cesó. El aire que había a su alrededor se había alineado de nuevo y ya no se le erizaba la piel. Levantó la cabeza y se obligó a abrir los ojos. La barca se alejaba desliziéndose por el agua.

Eliana, con una ira salvaje y con la cabeza aún dándole vueltas, se puso en pie, tambaleándose. Justo cuando estaba a punto de zambullirse en el agua, un brazo fuerte la agarró por la cintura y la arrastró hacia atrás.

—Suéltame —dijo con firmeza—, o te las verás conmigo.

Le dio un codazo a Harkan en las costillas.

Él la maldijo, pero no la soltó.

—El, ¿has perdido la cabeza? Este no es nuestro trabajo.

—Se la han llevado.

Le pisoteó el empeine, se zafó de él y corrió hacia el borde del muelle.

Harkan la siguió, la cogió del brazo y la hizo volverse para que lo mirara a la cara.

—No importa. No es nuestro trabajo.

Eliana dibujó una sonrisa dura como el cristal.

—¿Cuándo te ha salido a cuenta refrenarme? Ah, espera. —Se le acercó un poco más y suavizó la sonrisa—. Recuerdo un momento o dos...

—Para, El. ¿Qué es lo que me has dicho siempre? —Sus oscuros ojos buscaron los de ella, que estaban fijos en un punto concreto—. Si no es nuestro trabajo, no es nuestro problema.

La sonrisa de Eliana se desvaneció. Hizo un movimiento brusco con el brazo y se liberó.

—Siguen secuestrándonos. ¿Por qué? ¿Quiénes son? ¿Por qué solo a las chicas? ¿Y qué era esa... sensación? Jamás había sentido algo así.

Harkan la miró indeciso.

—Quizá necesites dormir.

Eliana dudó, y la desesperación se apoderó lentamente de ella.

—¿No has notado absolutamente nada?

—No, lo siento.

Lo fulminó con la mirada, haciendo caso omiso de la inquietud que notaba en las entrañas.

—Bueno, aun así, esa niña no era una rebelde. Era pequeña. ¿Por qué se molestarían en llevársela?

—Sea cual sea la razón, no es problema nuestro —repitió Harkan. Inspiró larga y lentamente, quizá para convencerse a sí mismo—. Esta noche tenemos trabajo.

Eliana miró fijamente al río durante mucho tiempo. Se imaginó que tallaba un rostro en un bloque inmaculado de piedra: sin sudor y sin cicatrices. Ese rostro sonreía con dureza solo en determinados momentos, y sus ojos eran como cuchillos en la noche. Cuando terminó, su ira se había disipado, y aquella faz impasible se había convertido en la suya.

Se volvió hacia Harkan y puso la sonrisita insolente que él detestaba.

—Bueno, ¿nos vamos? Esos cabrones me han abierto el apetito.

* * *

El contrabandista conocido como Quill, rebelde de la Corona Roja, sacaba a escondidas de Orlina tanto a gente como información. Además, se le daba bien...; era uno de los mejores. Les había costado semanas seguirle la pista.

Ahora estaban agachados en un tejado que daba a un pequeño patio del Casco Antiguo, donde se suponía que Quill se reuniría con un grupo de

simpatizantes de los rebeldes que intentaban huir de la ciudad. Las rosas que cubrían las paredes del patio emanaban un olor dulce.

Harkan se removió junto a Eliana y puso todos los sentidos en alerta.

Ella vio que unas siluetas oscuras entraban en el patio y se agrupaban en una esquina, bajo un rosal trepador. Esperaban a alguien.

Poco después, por la esquina opuesta entró una figura encapuchada y se les acercó. Eliana cerró los dedos sobre la daga; la sangre le corría rápidamente por las venas.

Las nubes se desplazaron y la luz de la luna limpió el patio.

Su corazón se estremeció.

Quill. Tenía que ser él. En sus andares se percibía una leve cojera, causada por una herida que había sufrido durante la invasión.

Y ahí, esperándolo, una mujer con tres niños pequeños.

Harkan maldijo en voz baja. Hizo señas con las manos hacia los niños: «No. Abortamos misión».

Habían creado un código hacía años, cuando ella había empezado a cazar sin compañía después de que Rozen se lesionara. Le había insistido en que no fuera sola, así que él también había aprendido a cazar, rastrear, matar y darle la espalda a su gente para servir al Imperio. Todo por ella.

Ella sabía a qué se refería. Los niños no formaban parte del trabajo. Quill era una cosa, pero la idea de entregarle unos críos inocentes al Señor de Online... Eso no le sentaría bien a Harkan.

Para ser sinceros, a ella tampoco.

Pero tres rebeldes esperaban en la entrada sombría del patio: el escolta y los guardianes de Quill. No había tiempo, y el riesgo era demasiado grande para salvar a la familia. Debían moverse enseguida.

Ella negó con la cabeza.

«Cógelos», le contestó por señas.

Harkan respiró con tal fuerza que Eliana pudo oír su tristeza airada.

Desde abajo, Quill levantó rápidamente la cabeza hacia ellos.

Eliana saltó del tejado, aterrizó con suavidad y se puso de pie. Durante un breve momento pensó que era una lástima no poder observarse a sí misma luchar. Aunque seguro que desde fuera se vería igual de bien.

Quill sacó una daga. La madre cayó de rodillas y suplicó clemencia. Él se quitó la capucha. Era un hombre de mediana edad, de rostro rubicundo y ojos inteligentes. Mostraba una serenidad que decía: «No temo la muerte, sino la rendición».

En cuatro segundos, Eliana ya le había dado una patada en la pierna mala, lo había despojado del cuchillo y lo había golpeado en la parte posterior de la cabeza con la empuñadura. Quill no se levantó de nuevo.

Oyó que Harkan aterrizaba detrás de ella, y a continuación, los pasos rápidos del resto de los rebeldes, que se apresuraban a entrar en el patio. Juntos acabaron con todos en pocos segundos. Eliana dio la vuelta y lanzó la daga. Esta se clavó en la puerta de madera del patio y logró atrapar al niño mayor por la capa.

Los otros se quedaron helados y rompieron a llorar.

Su madre yacía en el suelo con los ojos vidriosos, sobre una cama de pétalos podridos. Una de las dagas de los rebeldes le sobresalía del corazón.

Eliana la arrancó; ya tenía otra arma para su arsenal.

Se preguntó por qué la habían matado. ¿Para protegerse acaso? O tal vez para concederle una misericordia que sabían que de otro modo no recibiría.

—Ve a buscar a la guardia —ordenó Eliana a Harkan mientras registraba a la madre en busca de objetos de valor. Lo único que encontró fue un pequeño ídolo del Emperador, hecho de barro y ramitas, que sin duda la mujer llevaba encima en caso de que una patrulla de adatrox la detuviera para inspeccionarla. Lo tiró al suelo. Los niños sollozaron más fuerte—. Ya me quedo yo con ellos.

Harkan se paró. Puso esa mirada triste y cansada que a ella tanto la enfurecía; sabía qué significaba: que deseaba poder cambiarla algún día. Hacer que fuera mejor. Hacer que volviera a ser buena.

Eliana enarcó una ceja. «Lo siento, Harkan. Las chicas buenas viven poco tiempo.»

Entonces él se fue.

El niño mayor, con los brazos alrededor de sus hermanos, la observaba; sintió que un impulso se removía en su interior y la instaba a dejarlos ir. Solo por esta vez. Eso no haría daño a nadie. Solo eran niños, no eran nada.

Pero los críos no podían mantener la boca cerrada. Si alguna vez alguien se enteraba de que el Terror de Orlin, la cazadora favorita de lord Arkelion, había dejado libres a unos traidores...

—Teníamos miedo de que los hombres malos también se la llevaran —dijo el chico—. Por eso queríamos irnos.

«Los hombres malos.» Un escalofrío le recorrió el cuello a Eliana. ¿Se refería a los enmascarados del muelle?

Pero el muchacho no dijo nada más. Ni siquiera intentó huir.

«Chico listo», pensó Eliana.

Sabía que no llegaría lejos.

* * *

Al día siguiente por la tarde, Eliana observaba, desde un balcón que daba al patíbulo, a lord Arkelion, en el extremo este de la plaza, reclinado en su trono de respaldo alto y tallado en forma de alas.

Mientras lo miraba, cruzó los brazos y llevó todo su peso a un lado de la cadera. Intentó hacer caso omiso de la figura vestida con el uniforme rojinegro de Invictus que estaba de pie junto al trono de Su Señoría.

Desde tan arriba, no podía saber quién era, pero eso no importaba. Con solo ver esa silueta tan familiar se le revolvía el estómago.

Invictus era una compañía de asesinos que recorría el mundo llevando a cabo las órdenes del Emperador. Desempeñaban los trabajos más peligrosos, los más sangrientos.

Era solo cuestión de tiempo que la reclutaran. Pensaba en ello cada día, solo para ver si alguna vez la idea dejaba de atemorizarla.

Por el momento, no había sucedido.

Seguramente sería Rahzavel quien iría a buscarla. A lo largo de los años, Eliana lo había visto muchas veces en las fiestas de Su Señoría. Él siempre le había pedido un baile. Ella siempre se había visto tentada a rechazarlo al ver su mirada gris y apagada.

¡Cómo le hubiese gustado poder hacerlo!

—Una cazarrecompensas invencible —le había canturreado él al oído el verano pasado, la última vez que habían bailado juntos—. ¡Qué curioso! —Había entrelazado sus fríos dedos con los de ella—. Algún día serás un buen fichaje para nuestra familia.

Probablemente, cuando Rahzavel fuera a buscarla, ni siquiera la dejaría despedirse de sus seres queridos antes de escoltarla al extranjero, a Celdaria, el corazón del Imperio Eterno y del propio Emperador.

«Bienvenida, Eliana Ferracora —decía el Emperador en sus sueños más espantosos, sin que su sonrisa se reflejara en aquellos ojos negros—. He oído hablar mucho de ti.»

Eso sería el fin de la vida que conocía. Se convertiría en miembro de la élite, en un soldado de Invictus.

Se convertiría, igual que Rahzavel, en una nueva raza de monstruo.

Sin embargo, ese día aún no había llegado.

Así que Eliana observó a su alrededor mientras se golpeteaba el brazo con los dedos y esperaba que Su Señoría acabara pronto. Tenía hambre y estaba cansada. Además, Harkan estaba apenado. Cuanto más rato pasasen ahí, más desalentado estaría, esperando de ella algo que no podía darle.

Arrepentimiento.

La Guardia Imperial condujo a Quill y al niño mayor hacia el patíbulo, construido sobre las ruinas del templo de santa Marzana, la venerada

empuñafuegos del Viejo Mundo: el anterior a la muerte de Rielle, la Reina Sangrienta, y al surgimiento del Imperio.

Cuando los soldados imperiales se apoderaron de Orline, demolieron el templo casi por completo. De lo que un día había sido un gran despliegue de pasillos abovedados, aulas y santuarios que se abrían a la brisa del río y patios cubiertos de enredaderas en flor, solo quedaban unos cuantos pilares derruidos. La estatua de santa Marzana, que antes custodiaba la entrada del templo, había sido destruida. En su lugar, se erguía la efigie amenazante del Emperador, con el rostro enmascarado, el cuerpo envuelto en una capa y la cabeza flanqueada por estandartes dorados, negros y carmesís.

La plaza que había debajo estaba abarrotada, aunque silenciosa. Los ciudadanos de Orline estaban acostumbrados a las ejecuciones, pero Quill era popular en algunos círculos, y ni siquiera Su Señoría solía ajusticiar a niños.

Cuando Eliana y Harkan entregaron los niños cautivos a lord Arkelion, este sonrió con amabilidad y, tras examinar los dientes a los más pequeños, los mandó con una de sus amantes. Los niños extendían los brazos hacia su hermano y gemían mientras se los llevaban de la sala del trono, y finalmente, por suerte, alguien cerró la puerta.

El mayor no había llorado. Tampoco hoy, ni al ver al verdugo levantar la espada.

—¡El Imperio arderá! —gritó Quill, con el pelo pegado al cráneo sudoroso.

La espada descendió y su cabeza rodó por el suelo. Una inquietante ola sonora se extendió entre la multitud.

Solo entonces, con la cara salpicada de sangre fresca, el chico empezó a llorar.

—El —pronunció Harkan con dificultad.

Con la mano sudorosa, cogió la de Eliana y le frotó la palma con el pulgar. Su voz sonó tensa. No había dormido.

Ella sí había dormido, como un tronco. Dormir era importante. Sin una

buena noche de sueño, no se podía cazar.

—No tenemos por qué mirar —le dijo ella de la forma más paciente de la que fue capaz—. Podemos irnos.

Harkan le soltó la mano.

—Puedes irte si quieres. Yo tengo que verlo.

Ahí estaba de nuevo: aquel tono exhausto, como si fuera un sabueso de ojos tristes, resignado a recibir un nuevo golpe.

Para evitar contestarle mal, Eliana jugueteó con el maltrecho colgante de oro que tenía bajo la capa, alrededor del cuello: conocía de memoria sus desgastadas líneas: el arco del cuello del caballo, los intrincados detalles de las alas y la figura montada a horcajadas sobre él, con la espada levantada y el rostro ennegrecido por el tiempo. Era Audric el Alumbrador, uno de los reyes muertos del Viejo Mundo. Eliana era incapaz de entender por qué su hermano estaba tan obsesionado con él. Sus padres le habían dicho que, cuando todavía era un bebé, habían encontrado esa baratija en la calle y se la habían dado una noche de desvelo para que dejara de llorar. Lo llevaba desde que tenía uso de razón, aunque no sintiera ningún aprecio por el Alumbrador. Los reyes muertos le importaban un bledo.

No, lo llevaba porque algunos días sentía que el peso del collar sobre el cuello era lo único que le impedía hacerse añicos.

—Me quedo —le indicó a Harkan con suavidad. ¿Demasiada? Era posible—. Tengo tiempo.

Él ni siquiera la regañó. El verdugo levantó la espada. En el último momento, el chico alzó la mano en un saludo: se llevó un puño al corazón y luego lo elevó en el aire. Era el signo de lealtad a la rebelión, a la Corona Roja. Le temblaba el brazo, pero miró fijamente al sol sin pestañear.

Empezó a recitar la plegaria de la Reina Solar: «Que la luz de la Reina me guíe...».

La espada descendió.

Las lágrimas sorprendieron a Eliana. Parpadeó para alejarlas antes de que

cayeran. Harkan se cubrió la boca con la mano.

—Que Dios nos ayude —susurró—. El, ¿qué estamos haciendo?

Eliana le agarró la mano y lo obligó a mirarla.

—Sobrevivir —le dijo—. No deberíamos avergonzarnos.

Tragó saliva una vez. Tragó de nuevo. Le dolía la mandíbula. Fingir desinterés era un trabajo duro, pero también lo era la guerra. Si ella se hacía pedazos, Harkan se desmoronaría aún más rápido.

El Señor de Orlin alzó una mano.

Abajo, los ciudadanos amontonados en la plaza cantaron las palabras que a Eliana le daban vueltas en la cabeza como si fueran aves carroñeras:

—Gloria al Imperio. Gloria al Imperio. Gloria al Imperio.

RIELLE

«Después de que las Partidas se separaran, los Siete volvieron al continente, pero seguían sin poder descansar. Su pueblo había pasado décadas en pie de guerra y anhelaba tener un lugar seguro al que llamar hogar. Así que los santos empezaron por la tierra natal de Katell y usaron sus poderes para convertir las montañas alpinas en un paraíso. A ese refugio, protegido por altas cumbres y teñido con el verde de bosques y campos, le pusieron el nombre de Âme de la Terre, que se convirtió en la capital de Celdaria. Construyeron la ciudad real a los pies de la montaña más alta y la rodearon de un lago de cristal que parecía estar tallado del cielo más claro.»

*Breve Historia de la Segunda Edad. Volumen I.
Las Secuelas de las Guerras Angelicales,
de Daniel Riveret y Jeannette d'Archambeau,
miembros de la primera Cofradía de Eruditos*

La línea de salida era un caos.

Algunos jinetes competían en nombre de los templos. Los de la Pira, el templo de Tal, iban vestidos de dorado y escarlata. El negro y el azul ultramar eran los colores de la Casa de la Noche, el templo de los lanzasombras y de Sloane, la hermana de Tal. El pardo y el verde claro eran del Arraigo, el templo de los sacudetierras.

Las grandes casas celdarianas también habían enviado a sus representantes.

Rielle pasó al lado de los jinetes de la Casa Riveret, vestidos de lila y salvia, y de los de la Casa Sauvillier, con ropa ocre y plateada. Había jinetes que provenían incluso de los lejanos reinos de Ventera y Astavar, que se encontraban al otro lado del Gran Océano.

A muchos jinetes, como a Rielle, los habían contratado los comerciantes que ansiaban ganar el premio en metálico. Sin embargo, ninguno era tan rico como su patrocinador, Odo Laroche.

Además, ningún otro había tenido el privilegio de entrenar con los mejores profesores de equitación desde que había alcanzado la edad para sentarse en una silla de montar.

Con una sonrisa, Rielle guio a su yegua bajo el laberinto de pilares que soportaban los palcos de los espectadores. Le zumbaban los oídos del barullo: gente que gritaba sus apuestas, niños que corrían entre la multitud mientras chillaban de emoción... El humo que provenía de los puestos del mercado en los que se vendían bocadillos de cerdo asado y brochetas carbonizadas de gallina hacía que le picaran los ojos.

Al fin, llegó a la tienda que estaba reservada a los jinetes de Odo. El vestido que llevaba era uno de sus favoritos: era de un color verde bosque que le hacía juego con los ojos. Tenía unas enredaderas iridiscentes cosidas al dobladillo y un escote caído que le resaltaba las clavículas. Aun así, el sol de mediodía hacía que solo tuviera ganas de arrancárselo. Dejó el caballo con los guardias a sueldo que estaban en la entrada y fue a cambiarse.

Se quedó helada.

Audric ya estaba ahí, ataviado solo con unos pantalones y unas botas de montar. Su fina túnica esmeralda y su chaqueta bordada estaban cuidadosamente colocadas sobre el respaldo de una silla. En las manos llevaba una sencilla camisa de montar de lino.

Él le sonrió.

—Has tardado bastante —dijo, y le tiró la camisa.

Rielle la agarró por poco.

—Hay muchísima más gente de la que esperaba —se justificó, aunque de repente tuviera la garganta seca. Le asombró haber sido capaz de hablar.

Hacía mucho tiempo que no veía al príncipe heredero con tan poca ropa.

Como habían crecido juntos, eso no tendría que importarle. Rielle había pasado horas jugando con él y con Ludivine en los jardines que había tras el castillo. Habían nadado juntos en el lago que rodeaba la ciudad y habían rezado juntos en los Baños.

Pero eso era antes.

Antes de que Audric y Ludivine estuvieran prometidos, un acuerdo que estrechaba aún más los lazos que unían las casas de Courverie y de Sauvillier. Antes de que Audric —su amigo tímido, raro y desgarbado— se convirtiera en el príncipe Audric el Alumbrador, el ruedasoles más poderoso desde hacía siglos.

Antes de que Rielle se diera cuenta de que amaba a Audric y de que él jamás sería suyo.

Ella se empapó de su visión: los músculos esbeltos de los brazos, los anchos pectorales, la cintura estrecha... No tenía la piel tan oscura como la de su padre ni tan pálida como la de su madre, la reina. Sus rizos, de un color castaño oscuro, estaban mojados por el calor y le enmarcaban ligeramente el rostro. La moteada luz del sol penetraba a través de la malla de la tienda y le pintaba la piel de un tono radiante.

Cuando Audric levantó los ojos, Rielle se ruborizó al ver su cálida mirada.

—¿Lu se encuentra bien? —le preguntó él.

—Sí, y estoy segura de que le encantará recibir tantas atenciones. ¿Y tu madre?

—Le he dicho que yo me ocuparía de Lu y que se relajara y disfrutase de la carrera. —Sacudió arrepentido la cabeza—. Cree que soy un hijo solícito...

—En cambio, te escabulles para jugarle la vida. —Rielle le sonrió con picardía—. Ha sido una mentira piadosa. Si supiera dónde te encuentras, estaría histérica.

Audric rio.

—A mi madre le vendría bien un susto de vez en cuando. De lo contrario, se aburre; si se aburre, empieza a entrometerse, y, si se entromete, empieza a darnos la lata a Lu y a mí.

«Sobre cuándo nos casaremos.» Esas palabras no pronunciadas se quedaron flotando en el aire, y Rielle no pudo seguir mirándolo.

Se puso tras el biombo que les había proporcionado Odo, se desabrochó el vestido y se lo quitó por los pies. Vestida tan solo con la enagua, agarró los pantalones que Audric le lanzó.

—Si no te conociera —dijo aclarándose la voz—, diría que hablas como un rebelde. ¡Y yo que creía que tú no eras de los que incumplen las normas!

Él rio de nuevo.

—Tú me obligas.

Ella empezó a darse cuenta de que aquello había sido una muy mala idea. Le tendría que haber pedido a Odo una tienda aparte. Desvestirse a un metro de Audric era el tipo de locura deliciosa para la que nunca estaría preparada.

Que Dios la ayudara. Oía la tela de la túnica de montar deslizarse sobre su torso. Casi podía sentirla en su propia piel, como si él estuviera tras ella, levantándole el vestido, quitándoselo, liberándola de la última barrera que los separaba.

Mientras intentaba ponerse su propia túnica negra, maldiciéndose a sí misma y maldiciendo su vívida imaginación, que le resultaba de tan poca ayuda, se le quedó el brazo atascado en el cuello laboriosamente bordado.

—¿Rielle? —dijo la voz de Audric—. Date prisa, ya han empezado a anunciar a los jinetes.

«Mierda, mierda, mierda.» Rielle se contoneó tirando de la camisa.

Al otro lado del biombo, la tienda se abrió de golpe.

—Empieza la carrera, y parece ser que mis dos jinetes no están localizables —indicó el suave barítono de Odo con un leve deje de irritación—. ¿Debo recordaros que he apostado una buena cantidad de dinero por

vosotros, además de que arriesgo mi cabeza si sois lo bastante estúpidos para que os descubran o, peor aún, para partiros el cuello?

—Ahora vamos —exclamó Rielle—. ¿Te he dado alguna vez razones para que dudes de mí?

—En muchas ocasiones, la verdad —replicó Odo. Hizo una pausa—. ¿Quieres que te las enumere?

—Un momento, Odo, por favor —pidió Audric con voz risueña.

La entrada de la tienda se cerró.

—¿Puedo acercarme? —preguntó el muchacho.

—Sí, pero... ¡Ay! Espera. —Con un giro violento, Rielle logró liberarse. Tiró de la túnica hacia abajo y toqueteó con nerviosismo los lazos dorados del escote—. Sí, de acuerdo, ya estoy visible.

Audric pasó al otro lado del biombo. Llevaba en una mano la chaqueta de cuero y la gorra de montar de Rielle.

—¿Cómo es posible que estemos a punto de colarnos en una carrera que puede resultar mortal y que seas tú la que esté nerviosa?

—Que hayas intentado echarte atrás una docena de veces no importa. —Rielle le arrancó la gorra de la mano—. Que no hayas roto ni una norma hasta ahora, tampoco.

—Pero convendrás conmigo en que este es un buen desafío inaugural. —Se le acercó para ayudarla a abrocharse el cierre de la túnica, que le quedaba entre los hombros. Sus dedos le rozaron la nuca—. A ver, mi rebeldía podría haber empezado con algo más simple. Llegando tarde a la corte matutina, saltándome las plegarias, acostándome con una sirvienta...

Ella estalló en carcajadas. Sonó más estridente de lo que le habría gustado.

—¿Tú? ¿Acostarte con una sirvienta? No tienes ni idea de cortejar a una mujer.

—Eso es lo que tú crees.

—Lo dudo.

—¿Tan poco preparado me ves?

—Para empezar, tendrías que sacar las narices de los libros de vez en cuando.

—Lady Rielle —dijo él con voz burlona—, ¿te estás ofreciendo para educarme en el arte de la seducción?

Se hizo un silencio espantoso. Rielle notó que Audric se ponía tenso detrás de ella. Se le sonrojaron las mejillas. De todas las conversaciones posibles, ¿por qué se había metido justo en esa? Desconocía por completo cómo cortejar a alguien.

Su padre se había asegurado de que no aprendiese.

Una vez, a los trece años, Rielle había llegado a casa después de ver a Audric, de quince, entrenando con la espada en el patio del cuartel. Se sentía inquieta y a punto de salirse de su propia piel.

Aquel día, su padre y los tenientes habían hecho que el muchacho ejercitara mucho. La maestre Guillory estaba sentada no muy lejos y daba su opinión siempre que lo veía conveniente. Al ser la gran maestre de la Casa de la Luz, esa mujer anciana y feroz había supervisado durante años los estudios de Audric para ser un ruedasoles. Su padre y ella lo habían ayudado a canalizar la llamada de su poder, que a veces podía resultar abrumadora, y a usarla para luchar con espada, una actividad física segura.

Rielle había visto entrenar a Audric muchas veces, pero esa en concreto había sido distinta. Más tarde, no había podido quitárselo de la cabeza. Pensaba en cómo se movía bajo la luz del atardecer, en cada uno de sus embates firmes y seguros, en cómo fruncía el ceño a causa de la concentración mientras la espada bañaba su piel de destellos solares... Aquella noche, después de cenar, estaba tan agitada que al llevarle a su padre la bebida de costumbre se le había caído el vaso.

Él enarcó una ceja.

—Esta noche estás muy rara.

Ella no dijo nada; no estaba segura de qué contestarle.

—Te he visto en el patio —remarcó su padre con suavidad—. Últimamente

vas mucho por allí.

Rielle se agachó para barrer el estropicio, el pelo le tapaba el rostro ardiente.

Entonces su padre la obligó a levantarse con la fuerza suficiente como para hacerle daño en la muñeca.

—Sé lo que estás pensando —le dijo—, y te lo prohíbo. Algún día podrías perder el control y herirlo. Tiene un don especial, ¿lo entiendes? Tiene el poder más grande que se haya visto desde hace siglos. Para el reino es importante saber que Audric es quien lo domina y no al revés. Lo último que él necesita es a alguien como tú merodeando por ahí.

A Rielle se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Alguien como yo?

Su padre la soltó, impasible.

—Una asesina.

Después de eso, lord comandante Dardenne le prohibió asistir a los entrenamientos de Audric.

Ahora, con dieciocho años, Rielle aún no había besado a nadie. Era cierto que se lo había imaginado, y a menudo. Sabía que era hermosa —si no en un sentido convencional, sí de una manera que, como mínimo, hacía que los demás la miraran fijamente—. «Despampanante» era la palabra que solía usar Ludivine. O «llamativa».

Su padre solo una vez había hecho un comentario sobre su aspecto:

—Tienes cara de mentirosa. En tus ojos veo todas las maquinaciones de este mundo.

Sin embargo, Rielle cultivaba su belleza como podía y se vestía con los atuendos más extravagantes que era capaz de conseguir: atrevidos y tímidamente reveladores, confeccionados con telas exóticas que Ludivine encargaba en secreto para ella y que la hacían destacar en la corte como si fuera un pavo real entre palomas. Cada vez que se atrevía a mostrarse con

tales vestiduras, notaba las miradas hambrientas que se posaban sobre ella y sentía que su propio deseo, ansioso y ardiente, se le agitaba en el vientre.

Pero, incluso entonces, las palabras de su padre le colgaban del cuello como un yugo de espinas, así que suprimía todo instinto voraz.

Además, ella no deseaba a cualquier persona, al menos no lo suficiente para correr el riesgo.

Debido a eso, se mantenía al margen, y sus frustraciones se manifestaban en unos sueños escurridizos y agitados. A veces soñaba con Audric, otras veces, con Ludivine o con Tal..., pero sobre todo con Audric. Después de esas noches en las que el Audric de sus sueños la había arrastrado hasta la cama, se despertaba y veía que los espejos de su habitación estaban agrietados y que las velas que ya había apagado volvían a estar encendidas y chisporroteando.

Su padre tenía razón: era peligrosa e impredecible. No quería llevar eso a la cama de otra persona.

Y menos aún a la cama del prometido de su amiga.

Rielle cometió el error de mirar a Audric por encima del hombro, y los ojos oscuros de él se encontraron con los suyos durante un breve instante antes de que ambos miraran hacia otro lado.

—Debemos irnos —dijo ella.

Le quitó la chaqueta de las manos, se recogió el pelo bajo la gorra y salió a montar sobre su caballo. Se cubrió la cara con el velo de la gorra y metió el extremo en el cuello de la chaqueta. Cuando Audric se unió a ella, cubierto con sus propias capas protectoras, no hablaron, y Rielle se alegró.

Esa carrera no la trataría bien si estaba distraída.

* * *

Juntos, siguieron a los demás jinetes hasta la línea de salida.

Audric montaba uno de los caballos de Odo, una yegua celdariana de pelaje castaño proveniente de las meridionales tierras de los ríos. La montura de

Rielle, de los mismos establos, era más pequeña: una yegua gris de Kirvaya llamada *Maliya* que mantenía en alto su excepcional cola.

En la línea de salida, Rielle ocupó su lugar: cinco puestos a la izquierda y dos detrás de Audric. El pregonero, situado en un lugar elevado, anunciaba a cada jinete a través de un pequeño amplificador circular que había sido fabricado en la Fragua.

Cuando Rielle oyó que este anunciaba su nombre falso, saludó a la multitud y recibió un generoso aplauso. Aunque Audric y ella hubieran adoptado unas identidades que no significaban nada para esa gente, el nombre de su patrocinador —el rico comerciante Odo Laroche, propietario de la mitad de los negocios de la ciudad— tenía un peso enorme.

En las alturas, el rey Bastien se puso ante el amplificador para dar comienzo a su discurso de apertura:

—Para celebrar otro año de paz en nuestro reino —resonó la voz del rey —, con la esperanza de que tengamos una abundante cosecha, amén de unas alegres fiestas, y para dar las gracias a Dios por haber bendecido a Celdaria con tantos regalos, ¡os doy la bienvenida a la Carrera Jubilosa!

El rey Bastien regresó a su asiento, y los tambores empezaron a sonar.

Las filas de los jinetes se movieron. El aire crujía sobre la piel de Rielle.

Los heraldos de la carrera soplaron los cuernos una vez, y otra.

Rielle enrolló los dedos enguantados en las riendas de *Maliya*. Le vibraba cada milímetro del cuerpo.

Los últimos jinetes ocuparon su lugar. Eran los árbitros, doce enmascarados ataviados con los colores reales: ciruela, esmeralda y dorado. Cabalgarían con ellos para controlar que no hubiera juego sucio.

Los redobles se aceleraron al compás de los latidos de Rielle.

Los heraldos soplaron los cuernos por tercera vez.

Con el clamor ensordecedor de la multitud, los jinetes se precipitaron hacia los Llanos, la gran extensión de praderas que había fuera de las puertas de la ciudad.

La Carrera había empezado.

* * *

Los primeros minutos fueron un frenesí deslumbrante de sonido y color. Los cascos de las cinco docenas de caballos levantaron nubes de polvo.

A la derecha de Rielle, un hombre con protección metálica en los dientes agarró un guante de púas, empujó con fuerza a otro jinete y lo derribó de su montura. Los demás participantes lo pisotearon, y sus gritos pronto cesaron. El caballo abandonó la carrera arrastrando las riendas.

Rielle condujo a *Maliya* hacia delante, mirando alarmada a su alrededor. Un árbitro debería haber descalificado al atacante. Pero en medio de aquella tormenta de polvo no podía identificar los colores de los árbitros. Era como si se hubieran desvanecido.

Guiando a su yegua entre multitud de codazos y latigazos, cruzó los Llanos. Los jinetes les gritaban a sus monturas que se movieran y proferían amenazas en una docena de idiomas. Cuando Rielle llegó a la falda del monte Taléa, aminoró la marcha y se dirigió hacia la subida más empinada del bosque. A través de los árboles, vio destellar unos colores familiares: negro y dorado. Los de Odo.

«Audric.»

Se inclinó sobre el cuello de su montura y la urgió a subir la ladera. Emergieron de entre los árboles y entraron en el primer puerto de montaña. Ante ella, una amplia extensión de hierba temblaba bajo el viento, flanqueada a ambos lados por unos muros de roca.

A Rielle le dio un brinco el corazón. Murmuró las palabras kirvayanas que Odo le había enseñado para que la yegua la obedeciera:

—¡Cabalga sobre el viento, halcón de mi sangre, alas de mi corazón!

Maliya salió disparada.

El viento las azotaba y le arrancaba lágrimas de los ojos. Cuando alcanzó a

Audric, emitió un sonido triunfal.

Él miró en su dirección, con el pañuelo suelto, y le sonrió. A Rielle le dio un vuelco el corazón. Aunque la carrera fuera tan peligrosa, lo único que deseaba era que se quedaran ahí —lejos de la corte, lejos de la gente— para siempre.

Segundos más tarde, Audric cambió de rumbo y se alejó para tomar el atajo de la montaña. A su yegua celdariana la habían criado para recorrer esos senderos rocosos y empinados.

Sin embargo, *Maliya* estaba preparada para correr. La condujo a través del puerto y ella obedeció. A Rielle el viento le aullaba en los oídos tan fuerte que apenas oía su propia respiración. Las figuras de los demás jinetes, dispersos por el puerto, eran manchas coloridas. Estaban a punto de alcanzarla.

Hizo que la yegua virara a la derecha, hacia un desfiladero estrecho. Aquella no era su primera opción, pero le haría ganar tiempo. Aunque se ordenó no hacerlo, no pudo evitar mirar al abismo que se abría debajo. Empezó a tener escalofríos y se le nubló la vista. El más mínimo cambio de peso o el más mínimo traspie de su caballo la enviarían directa a la muerte.

Oyó tras de sí un estrépito de rocas y cascos. Cuando el desfiladero se ensanchó y se inclinó sobre las laderas boscosas, Rielle miró hacia atrás.

Un jinete pasó volando a su lado, y luego tres más; lo hicieron tan cerca que olió su sudor. Detrás de ellos, un participante embistió el caballo de otro, y tanto el animal como el hombre cayeron por el desfiladero que Rielle acababa de cruzar. El caballo caído soltó un grito terrible y, a continuación, se quedó en silencio.

Rielle se volvió con el corazón desbocado. Los ojos le picaban a causa del polvo que saturaba el aire. Salió del bosque cercano al sendero y entró en el segundo paso de montaña que daba la vuelta al monte Taléa y volvía a la ciudad.

Allí encontró por fin a los árbitros: había siete y estaban un poco más adelante. Se habían quitado las máscaras, y su pelo rubio y trenzado volaba en

libertad. Emitían unos gritos de guerra estridentes que Rielle identificó de inmediato gracias a una de las interminables charlas que Audric había dado sobre Borsvall.

Se estaban aproximando al jinete más cercano a ellos: un hombre vestido de negro y dorado, con la capa y el pañuelo sueltos y el viento surcándole los rizos oscuros.

Rielle sintió que el mundo entero se condensaba en aquel momento concreto y terrible. El pavor le arrebató el aire de los pulmones.

No sabía quiénes eran los árbitros, pero seguro que no se trataba de soldados de su padre. Eran de Borsvall.

Y ahora rodeaban a Audric con las espadas levantadas y listas para matar.

4

ELIANA

«Pero cuando las fuerzas del Imperio llegaron a Orlina, la capital de Ventera, una brillante luz las cegó. Era la Reina Solar, brillante y vengativa. Capitaneaba el ataque con el rey Maximilian a su lado, y todos los que ella tocaba sentían despertar su magia olvidada desde hacía mucho tiempo. De nuevo existían los ruedasoles, los empuñafuegos y los sacudetierras. Aquella mañana, el río se tiñó de rojo con la sangre del Imperio.»

El triunfo de la Reina Solar
(Historia alternativa del reino de Ventera).
Escrito en el diario de Remy Ferracora,
14 de junio, año 1018 de la Tercera Edad

Después de las ejecuciones, Eliana vio que Harkan volvía a su pequeño apartamento, que se encontraba en el piso más alto de un edificio cercano al suyo.

Cuando se dio la vuelta para irse, Harkan la llamó con suavidad:

—¿El?

Eliana dudó. Si se quedaba con él, acabarían compartiendo cama, como de costumbre. El tacto de Harkan sería una absolución para ella: sus brazos fuertes y oscuros, la manera en la que la abrazaba después y le acariciaba el pelo... Por un breve período de tiempo, olvidaría quién era y lo que había hecho. Pero entonces Harkan querría hablar. La miraría a los ojos y buscaría a la niña que había sido.

Se agotó solo de pensarlo.

—Por favor, El —le rogó Harkan con voz tensa—. Te necesito.

Apenas podía mirarla. ¿Lo abochornaba no ser capaz de estar solo? ¿O lo avergonzaba anhelar las caricias de un monstruo?

Una imagen afloró sin permiso en la memoria de Eliana: el rostro desafiante y lleno de lágrimas del niño antes de que cayera la espada del verdugo.

Se le contrajo el estómago. Le apretó la mano a Harkan.

—De acuerdo, pero solo quiero dormir.

Él respondió con delicadeza:

—Yo también.

Treparon por la ventana de la terraza y entraron en la pequeña y sencilla habitación de Harkan; tenía ropa arrugada esparcida por todos lados. El resto del piso familiar estaba cerrado y permanecía en silencio.

Desde que su madre y su hermano mayor habían muerto en el muro, durante la invasión del Imperio, diez años atrás, Harkan no había tocado ninguna de sus cosas, ni se había apoyado en los muebles en los que ellos se habían sentado ni había usado las ollas y las sartenes de su madre.

El piso era una tumba, y Eliana no se atrevía a entrar en él por miedo a inhalar fantasmas. Sin embargo, ese espacio desordenado de la habitación de Harkan sí lo conocía. A lo largo de los años, había pasado tantas noches en ella como en su propia casa.

Se metió en la cama y esperó. Él cerró las cortinas y dejó abierta la ventana de atrás; encendió los cuatro cirios que tenía en una mesilla, uno por cada miembro de la familia perdida, y, después de quitarse la camisa y las botas, se acostó a su lado y la atrajo hasta el cálido nido de sus brazos.

Ella sonrió y se le acercó más.

—Siempre duermo mejor cuando estoy contigo.

Harkan rio con suavidad. La habitación se llenó de silencio mientras él jugueteaba con la trenza de Eliana.

—Algún día tendremos el dinero suficiente para irnos de aquí.

Eliana cerró los ojos. Ese era el comienzo de la historia favorita de Harkan, una que ya le había contado innumerables veces. No tenía valor para decirle que no podía soportar oírla de nuevo. Esa historia les había servido de consuelo cuando eran más jóvenes y no tenían ni idea de la vida, pero ahora era cruel e inútil.

Así que, en lugar de gritarle, esperó a ser capaz de hablar y le preguntó, como siempre hacía:

—¿Adónde iremos?

—Hacia el norte, cruzaremos el mar Angosto y llegaremos a Astavar.

Astavar. Eliana solía soñar con cómo sería: montañas cubiertas de blanco, valles de un verde exuberante... Un mundo de hielo y nieve y de cielos nocturnos repletos de hebras zigzagueantes formadas por luces de colores.

Ahora tan solo era un punto en el mapa. Era el vecino norteño de Ventera y la última región libre que quedaba en el mundo.

—Nadie puede entrar ni salir de Astavar —replicó Eliana, dejándose llevar por el ritmo de su habitual tira y afloja.

—Encontraremos a un contrabandista —continuó Harkan—. Uno de los buenos. Pagaremos lo que haga falta.

—Astavar caerá un día de estos. Todos sucumben al Imperio. Mira lo que nos pasó a nosotros.

—Puede ser. Pero, mientras tanto, podríamos tener algunos años de paz. Tú, yo, tu madre y Remy. —Le apretó la mano—. Una familia como es debido.

Justo como la que Eliana había destruido hacía tan solo unas horas. De repente, se le hizo difícil tragar saliva y sintió los ojos llenos y ardientes.

«Mierda.» Eso es lo que pasaba por intentar ser una buena amiga.

—No sabía que yo pudiera comportarme como es debido —bromeó Eliana. Sonó poco convincente incluso para ella.

—Piénsalo, El. —Harkan le dibujó círculos con el pulgar en el interior del codo—. El mar no es muy ancho. Llegaríamos a Astavar en una hora, quizá

dos. Encontraríamos un lugar pequeño, quizá junto a un lago. Yo cultivaría y Remy hornearía. Tu madre seguiría cosiendo. Y tú...

—¿Y yo? —Eliana se sentó. No podía seguir jugando a eso—. Si cruzáramos nuestra frontera, donde están las tropas imperiales, y si encontráramos a un contrabandista que no nos delatara al Imperio, y si pudiéramos convencer a los astavarianos de que nos dejaran atravesar su frontera... Si consiguiéramos hacer todo eso, con el dinero que no tenemos, ¿qué haría yo, entonces, en tu mundo de fantasía?

Harkan hizo caso omiso al tono de su voz. Le besó la muñeca.

—Nada. Puedes cazar animales. Te enseñaría a cultivar tomates. Podrías llevar un sombrero de paja. —Le puso los labios en el hombro—. Supongo que no es necesario que te lo pongas. Aunque no me avergüenza confesar que lo he soñado despierto tantas veces que se me rompería el corazón si no lo hicieras.

—No funcionará —acabó diciendo ella.

—¿El sombrero? —Harkan la miró con ternura—. Pues yo creo que te sentaría muy bien.

En aquel momento, ella lo odió casi tanto como se odiaba a sí misma.

Se apartó de sus brazos, se quitó la túnica por la cabeza y le sujetó con suavidad las muñecas contra la almohada.

—Cariño, en tu sueño no hay lugar para una chica como yo —le explicó, sonriendo con coquetería—. Yo solo sé matar, ¿recuerdas?

—Y hacer esto —dijo Harkan, con ojos oscuros y voz grave.

—Y hacer esto —acordó ella, y lo besó tan profundamente que él no tuvo nada más que añadir.

* * *

Al anochecer, Eliana volvió a casa para preparar la cena.

—¡Hola, querida madre! —Le dio un beso en la mejilla.

—¿Qué ha ocurrido hoy? —le preguntó Rozen Ferracora. Ella se sentó a la mesa. Sobre la madera desgastada, había esparcidas algunas de las cosas que su madre había ganado haciendo remiendos. Nueces y rollos de tela. Clavos y cuchillos—. Me he enterado de lo del niño... y de lo de Quill.

—Ah, ¿sí? —Eliana se encogió de hombros y empezó a cortar zanahorias. Notó que su madre tenía los ojos fijos en ella y trabajó más deprisa—. Bueno, ¿y qué esperas? Ha sido otro día excepcional en el glorioso reino de Ventera.

Más tarde, llegó Remy y se sentó. Observó cómo su hermana ponía la cena sobre la mesa: una hogaza de pan fresco, un estofado de verduras y un pedazo de queso curado; todo de gran calidad. Eliana lo había comprado hacía poco en el barrio Ajardinado.

Nunca hasta entonces había sido tan consciente de lo agradable que era su pequeño hogar, de sus provisiones de comida y de lo relativamente seguro que era su barrio.

Todo lo había comprado con las manos manchadas de sangre.

Le llenó el cuenco a su madre y se lo puso enfrente con un ademán ostentoso.

Remy rompió el silencio con voz temblorosa. Los ojos azules le brillaban a causa de las lágrimas contenidas.

—Eres un cobarde.

Eliana ya se lo esperaba. Aun así, el desprecio en su voz fue como un puñetazo en la barriga. Casi se le cayó el plato.

Rozen protestó:

—Déjalo, Remy.

—He oído que hoy han ejecutado a un niño y a ese rebelde llamado Quill, el que sacaba a gente a escondidas de la ciudad.

A Eliana se le contrajo dolorosamente la garganta. Jamás había visto esa expresión en el rostro de Remy. Era como si no la reconociera ni quisiera hacerlo.

Mordió un trozo de pan con deleite.

—Es todo cierto.

—Lo has hecho tú —susurró él.

—¿El qué?

—Tú los has matado.

Ella tragó, bebió un sorbo de agua y se limpió la boca.

—Como ya te he dicho, mi cobardía nos mantiene calientes, alimentados y con vida. Así que, querido hermano, a no ser que prefieras morir de hambre...

Remy apartó su plato de un empujón.

—Te odio.

Rozen se irguió en la silla.

—No la odias. No digas eso.

—Deja que me odie. —Eliana miró a Remy y apartó la vista enseguida. Tenía la mirada fija en el agujero blando que había en su interior, aquella parte hueca que solo le permitía ver a él y que ahora le dolía a causa de sus palabras hirientes—. Que me odie hasta el último de sus días si eso lo ayuda a dormir por las noches.

Los ojos de Remy se le posaron en el cuello, donde la cadena de su collar estaba a la vista. Al niño se le ensombreció la mirada.

—Llevas al rey Audric el Alumbrador alrededor del cuello, pero no te lo mereces. —La miró de nuevo a la cara—. Si la Reina Sangrienta no lo hubiera matado, se avergonzaría de ti. Se avergonzaría de todos los que ayudan al Imperio.

—Si la Reina Sangrienta no lo hubiera matado —dijo Eliana con serenidad—, entonces no importaría, ¿verdad? Tal vez el Imperio jamás se hubiera alzado. Tal vez todos viviríamos en un mundo lleno de magia, de caballos voladores y de bonitos castillos construidos por los mismísimos santos. —Se agarró las manos y lo miró con una paciencia exagerada—. Pero la reina Rielle lo mató. Así que aquí estamos. Llevo esta imagen alrededor del cuello para recordarme que no vivimos en ese mundo. Vivimos en un mundo donde

las cosas buenas mueren y donde matan a aquellos que se rebelan porque son lo bastante ingenuos como para esperar algo mejor.

Después, dejó de hacerles caso a ambos y devoró en silencio su estofado.

* * *

Más tarde, aquella misma noche, su madre la encontró en la habitación limpiando las espadas.

—Eliana —le dijo Rozen, jadeando un poco—, deberías descansar.

Incluso con la pierna protésica puesta, le costaba subir las escaleras sin ayuda. Se apoyaba con fuerza en el bastón.

—Madre, ¿qué haces? —Eliana se levantó y la ayudó a sentarse. Sus dagas y sus bombas de humo estaban desperdigadas por el suelo y formaban una alfombra de muerte—. Tú eres quien debería descansar.

Rozen se quedó mirando el suelo durante mucho rato. Entonces se le descompuso el rostro y se apoyó en el hombro de Eliana.

—Odio verte así —susurró—. Siento haberte hecho esto. Siento haberte enseñado... Lo lamento.

Eliana la abrazó y le acarició el pelo oscuro y enredado. Oyó a Rozen murmurar más disculpas de las que podían contarse con los dedos.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó Eliana al fin—. ¿Que el abuelo te enseñara a matar? ¿Que tú me lo trasmitieses a mí?

Rozen le puso una mano curtida sobre la mejilla y le buscó la mirada con los ojos empañados. A Eliana le recordaban a los de Remy: inquisitivos e incansables.

—Si necesitaras un descanso, ¿me lo dirías? Podríamos pedirle un poco de tiempo a lord Arkelion...

—¿Tiempo para qué? ¿Para hornear galletas y pintar las paredes de colores vivos? —Eliana sonrió y le apretó la mano—. No sabría qué hacer.

Rozen apretó los labios.

—Eliana, no te hagas la reticente conmigo. Tu sonrisa no me engaña. Ese truco lo aprendiste de mí.

—Entonces no te disculpes por haberme enseñado a mantenernos con vida, ¿de acuerdo? Estoy bien.

Eliana se levantó, le tendió los brazos a Rozen y la ayudó a llegar a la cama. Le preparó una taza de té, la besó en la mejilla y la ayudó a quitarse la pierna, un aparato de madera finamente confeccionado que a Eliana le había costado el sueldo de dos trabajos.

Dos ejecuciones. Dos almas masacradas.

Cuando Eliana volvió a su habitación, se encontró a Remy esperándola con las rodillas abrazadas.

Se metió en la cama junto a él mientras intentaba respirar y combatir la repentina opresión que sentía en el pecho. Oleadas de pena se estrellaban contra ella y, con los ojos secos, dejó que la hundieran.

Remy dijo en voz baja:

—No te odio. —Y dejó que lo abrazara.

Ella cerró los ojos e intentó centrarse solo en él: en el olor a harina de su ropa y a tinta de sus manos; en el sonido de su voz entonando la *Canción para el Rey Dorado*. Su nana favorita, una canción dedicada a Audric el Alumbrador.

Las manitas de Remy le acariciaban el pelo. Podría aplastarlo si quisiera. Sin embargo, el pajarillo escuálido de su hermano sería capaz de plantarle cara al Emperador si se le presentara la oportunidad. Aunque muriera.

«Yo tengo la fuerza de una guerrera —pensó—, pero el corazón de una cobarde.»

Era una broma cruel. El mundo estaba lleno de ellas.

—No puedo soportarlo —susurró, amortiguando la voz en la camisa de Remy.

—¿Qué es lo que no soportas? —le preguntó él con suavidad.

—Ya lo sabes.

El niño no dijo nada. Quería que fuera ella quien lo expresara.

Eliana suspiró.

—Matar a gente. Cazar a gente. Que se me dé bien.

—A ti te gusta que se te dé bien —señaló él.

Ella no lo contradijo.

—La cosa se está poniendo fea, y sigo sin tener respuestas.

—¿Te refieres a las mujeres desaparecidas?

—¿Quién se las lleva? ¿Adónde? ¿Por qué? —Cerró los dedos sobre las muñecas de su hermano. Se imaginó que lo arrastraba al mundo oscuro y seguro que había bajo su cama y que no lo dejaba salir nunca más.

—Tienes miedo de que nosotros seamos los siguientes —supuso él.

—Me temo que podríamos serlo. Cualquiera es una víctima en potencia.

—Tienes razón. —Remy, con los ojos brillantes, se tumbó muy pegado a ella—. Pero ahora lo único que importa es que tú estás aquí, y yo también.

Eliana se puso las manos de su hermano sobre el corazón y dejó que le cantara hasta sumirse en un sueño intermitente.

* * *

El siguiente trabajo llegó a la puerta de Eliana unos días más tarde.

El paquete iba envuelto en un papel marrón, y en él constaba la dirección del sastre más caro de la ciudad.

Eliana lo cogió y le dio tres monedas de plata al mensajero, un hombre pálido con una túnica marrón de aprendiz. A primera vista, parecía tan normal como cualquiera, pero enseguida supo que no era un aprendiz de sastre.

Asintió silenciosamente con la cabeza para darle las gracias y volvió a su habitación. Desde la ventana, lo vio alejarse por la calle, abarrotada de compradores del barrio Ajardinado.

Caminaba de una manera casi perfecta. Pero ella había aprendido a detectar la ligera rigidez con que se movía un adatrox: en ocasiones, un tic casi

imperceptible y antinatural acompañaba sus cambios de dirección. Una ligera penumbra les cubría los ojos, y la boca y la frente se les movían con más lentitud que el resto del cuerpo. Esas eran las partes del rostro que te decían sutilmente lo que estaba pensando el individuo que había en su interior.

Parecía que los soldados imperiales no se movían por su propia voluntad.

Eliana esperaba no llegar a descubrir jamás por qué a veces los adatrox parecían normales —riendo, hablando y bostezando— y entonces, sin previo aviso, se quedaban completamente quietos y callados. Como si fueran una estatua. Se les oscurecía la cara y se les nublaban los ojos. Eso podía durar un segundo o varias horas.

Fuera lo que fuese lo que el Imperio les hiciera a sus legionarios, esperaba que no se lo hubieran hecho a su padre, dondequiera que estuviese. Si es que aún estaba vivo.

Puso el paquete sobre la cama y se quedó quieta un momento para mentalizarse.

Solía enterarse de los potenciales trabajos cuando visitaba a Remy en la panadería o cuando asistía con Harkan a las fiestas de Su Señoría. Permitía que alguno de los hijos favoritos del Imperio la besara en algún rincón cortinado y le susurrara información secreta. Después, Harkan y ella se dejaban caer juntos sobre la cama y se quedaban ahí hasta que dejaban de sentirse tan sucios.

Pero, a veces, había trabajos exclusivos para ella que le llegaban en forma de mensajes.

A Harkan no se los mencionaba.

A menudo le llegaban doblados entre buñuelos cubiertos de azúcar y envueltos en papel fino. Eso hacía que Eliana se acordara de Remy y pensara en lo cerca que su hermano había estado de esa nota y de su mensajero. Leía esas órdenes con manos temblorosas.

Hoy, el trabajo iba metido bajo los pliegues de seda de lo que parecía ser un vestido. Este tenía unas largas aberturas a ambos lados de la falda y

brillaba como si lo hubieran sumergido en diamantes. La espalda estaba completamente descubierta, salvo por tres hilos plagados de cuentas. Era de un color que a ella le quedaba bien, y las medidas parecían ser las correctas. Seguro que se le ajustaría muy bien al cuerpo.

Tragó saliva para deshacer el angustioso nudo que sentía en el pecho. Ya hacía bastante tiempo que lord Arkelion le prestaba demasiada atención. Eliana abrió el mensaje y leyó tres veces las instrucciones codificadas:

El Lobo cabalga sobre la luna llena.
Lo quiero vivo.
Gloria al Imperio.
Larga vida a Su Santísima Majestad el Emperador Eterno.

Clavó los ojos en la exquisita caligrafía.
Aunque el mensaje llevara el sello de lord Arkelion, no era su letra.
Era de Rahzavel.

Por lo tanto, esa nota contenía un mensaje dentro de otro: Rahzavel se dirigía a Orlin. Iba tras el Lobo y quería que ella lo ayudara.

Eliana lo comprendía.

Al contrario que Quill, el Lobo no era un lacayo más de la Corona Roja. Era la mano derecha del profeta, el lugarteniente del misterioso líder de la Corona Roja. El Lobo llevaba años eludiendo al Imperio y ahora estaba en su ciudad.

Los ojos de Eliana se fijaron en la cifra escrita al final de la nota con la misma caligrafía meticulosa.

20.000 piezas de oro

Se le aceleró el corazón.

¿Un pago de 20.000 piezas de oro imperial?

Tanto dinero era una pequeña fortuna y, viniendo de parte de Rahzavel, también era la invitación que Eliana tanto temía:

«Entrégame al Lobo y coge tu dinero. Únete a Invictus. Sirve al

Emperador».

Nunca le había contado a Harkan que, durante los últimos dos años, había aceptado más trabajos de los que él sabía y había ahorrado todo lo que había podido.

Nunca le había dicho lo mucho que había llegado a desear que se hiciera realidad su fantasía de vivir en algún rincón tranquilo de Astavar con cabras, pan fresco y tomateras.

En cambio, había ahorrado, matado, cazado y ahorrado de nuevo. Ahora, si juntaba 20.000 piezas de oro con lo que ya tenía...

Oyó sonar la campanilla de la planta de abajo. Remy había vuelto, y su risa iluminaba la casa. Era un milagro que aún pudiera reír con tanta facilidad.

Eliana lanzó la nota al fuego y vio arder las palabras de Rahzavel. Cuando el papel se hubo convertido en cenizas, miró por la ventana hacia el cielo que se oscurecía. Era la primera noche de luna llena.

Si Invictus la quería, la tendría, pero jamás tocarían a su familia.

Tal como se le había ordenado, entregaría al Lobo.

Aceptaría su recompensa y se aseguraría de que Remy, Harkan y su madre pudieran abandonar el país de forma segura.

La caza empezaría esa misma noche.

5

RIELLE

«Ágil fuego, no ardas con furia ni abandono.
Arde firme y sincero, arde limpio y brillante.»

Rito del Fuego.
Pronunciado por primera vez por santa Marzana la Brillante,
santa patrona de Kirvaya y de los empuñafuegos

Rielle vio que los siete árbitros falsos con espadas resplandecientes se dirigían hacia Audric. Eran hombres borsvalinos.

El resto de los jinetes giraban bruscamente y seguían avanzando por el puerto de montaña con los ojos fijos en la carrera y en el dinero que los esperaba en la meta.

Audric miró por encima del hombro y vio que los soldados enemigos formaban una V detrás de él. Uno de ellos llevaba una espada que atraía largas espirales tenebrosas del cielo. Era un lanzasombras que arrojaba la oscuridad hacia delante y cubría a Audric de niebla.

Rielle vio todas esas cosas y no vio nada.

Solo existía Audric. No importaba el compromiso, no importaba Ludivine... La corte real entera podía hundirse en el Abismo.

Él era suyo, y esos hombres querían matarlo.

Una rabia afilada como un cuchillo creció en su interior.

¿Cómo se atrevían?

Chascó las riendas de *Maliya* y soltó un grito agudo. La yegua empezó a correr hacia ellos.

Era imposible que Audric los derrotara a todos desarmado, y Rielle sabía

que hoy lo estaba. Cuando ella le había sugerido que como mínimo llevara escondidas en el cuerpo sus forjaduras secundarias y menos poderosas, él había protestado: «Llevar armas va en contra de las normas, Rielle. Incluso dagas. Ya lo sabes».

Si tuviera a *Ilumenor*, su espada, no habría ningún problema. Pero Audric no podía atraer la luz del sol sin sus forjaduras. Ni siquiera los santos eran capaces de hacer eso.

Rielle sabía que nadie podía, excepto ella.

En un instante, desaparecieron todos los años de estudio en los que había aprendido a reprimir sus instintos. De golpe se abrió una puerta que tenía cerrada a cal y canto en el corazón.

Extendió una mano como si fuera capaz detener a los asesinos solo con su furia. Una ráfaga de calor le inundó el cuerpo. Las yemas de los dedos se le convirtieron en diez puntos de fuego.

Le emergieron llamas a ambos lados del cuerpo. Estas formaron caminos simétricos y flameantes que se proyectaron por todo el puerto de montaña.

El mundo tembló. Un silbido ardiente cortó el aire. Rielle esquivó unos terrones que salieron volando. *Maliya* se tambaleó y soltó un chillido estridente. Rielle estuvo a punto de caer de la silla de montar.

Oyó un grito de pánico y volvió la cabeza para mirar el lugar del que provenía. Parecía que unas garras monstruosas hubieran destripado la tierra carbonizada que tenía tras ella. Lejos del suelo destrozado, los demás jinetes habían detenido en seco a sus caballos y miraban en su dirección.

Los costados brillantes de *Maliya* palpitaban bajo Rielle. Estaba forzando demasiado a su montura. No debería hacerla correr tan deprisa.

Pero Rielle se negaba a detenerse.

Justo enfrente se encontraban los asesinos de Borsvall. Habían entrado en el puerto y atravesaban rápidamente la montaña en dirección a la ciudad. Querían interceptar a Audric antes de que llegara a la meta. A ambos lados, caían enormes pedruscos. Al chocar unos contra otros, salían disparados

trozos de tierra y piedras. Los demás jinetes intentaban esquivar la rocalla, pero solo algunos lo conseguían. Varios cuerpos cayeron y no se volvieron a levantar.

Rielle consideró la opción de parar a ayudar al que estaba más cerca, pero entonces vio el destello de la lanza de uno de los asesinos, que le disparó a Audric unos viscosos nudos de fuego. Era un empuñafuegos. Las llamas se pegaron a la capa y a las botas de Audric. Un rayo candente dibujó un arco sobre su cabeza, pero él lo esquivó y giró el caballo a la derecha. A su alrededor, el aire centelleaba y explotaba. Era evidente que su poder de ruedasoles rabiaba por salir.

Rielle espoleó a *Maliya* con fuerza. Más deprisa, ¡más deprisa!

Si le ocurría algo a Audric, si moría antes de que ella pudiera decirle...

El suelo se abrió de golpe a ambos lados de Rielle. La tierra rasgada escupió nuevas llamaradas. El calor le sacudía el rostro. Las rocas empezaron a volar, y una de ellas golpeó en el hombro a otro jinete que se esforzaba por apartarse de su camino y lo tiró al suelo.

Ella se sintió muy culpable, pero entonces *Maliya* relinchó, desorientada. Algo no iba bien. Su paso era irregular.

Rielle resbaló y estuvo a punto de caer. Haciendo mucha fuerza con los brazos, volvió a colocarse en la silla e inhaló una bocanada de humo.

La yegua emitió de nuevo un terrible sonido. Resollaba, y a Rielle le quemaban las piernas. Hacía demasiado calor.

Más adelante, Audric había llegado al puerto de montaña.

Rielle forzó aún más a *Maliya* para ir tras él. El aire estaba repleto de humo, de llamas y del rugido que las rocas producían al caer. El poder de Rielle le recorría el cuerpo, y eso le hacía sentir una euforia vertiginosa, tan arrolladora que apenas podía mantenerse sobre la silla, pensar o respirar.

Había algo quemándose muy cerca.

Más allá de los asesinos, se produjo un destello de color y se oyó el grito de un hombre: Audric. Estaba fuera del alcance de sus atacantes y urgía a su

caballo a ir más rápido. Pero los hombres de Borsvall estaban a punto de interceptarlo.

Rielle se pasó la lengua por los labios, que tenían un sabor dulce.

No había cogido ningún arma. ¿Por qué?

El jinete borsvalino más cercano a ella se volvió en la silla de montar y gritó horrorizado. Impelió su hacha en el aire y la tiró hacia atrás. La yegua de Rielle aceleró, profirió un relincho agudo y tropezó. Aquel hombre era un dominametales. Su poder le salió disparado del cuerpo a través de la forjadura y arrastró a *Maliya* un poco hacia la izquierda, después hacia la derecha y vuelta a empezar. Un fuerte y ácido olor a metal hizo que a Rielle le entrasen ganas de vomitar. Extendió el brazo en el aire y le arrojó todo lo que sentía al hombre.

El calor se extendió en su interior, del estómago a los dedos. Un nudo de un blanco chisporroteante voló en dirección al jinete borsvalino y lo envolvió en llamas doradas. Él, perfilado de luz, se detuvo. Entonces se retorció de dolor y cayó al suelo mientras su hacha se reducía a cenizas junto a él.

Rielle pasó disparada a su lado. Tuvo arcadas al olerlo, al ver ese revoltijo carbonizado que una vez había sido un cuerpo.

Igual que su madre.

Aquel día se encontraban en casa, rodeados de velas. Una plegaria vespertina, una simple discusión... y una explosión.

Rielle se miró las manos. Sus guantes de montar estaban chamuscados, y tenía las palmas manchadas de sangre. Giró una mano a la izquierda y luego a la derecha. Un brillo blanco y dorado le parpadeó bajo la piel y se desvaneció.

Era luz solar.

¿Acaso la maestre Guillory no estaría orgullosa de ella? Era una verdadera ruedasoles, alguien que podía atraer el sol con sus propias manos.

Soltó una risa desgarradora. ¿Qué le estaba ocurriendo? Su cuerpo era una fogata que se expandía más y más. No podía detenerla.

El instinto le gritaba que cogiera un arma y soltó las riendas. No encontró nada más que aire vacío, pero las palmas le crepitaban de calor. Ciega y desesperada, dirigió las manos hacia los atacantes borsvalinos. Una fuerza invisible los arrojó al suelo. Sus caballos corrieron libres, locos de miedo.

Rielle miró a su alrededor, aturdida, y vio un mundo tembloroso tras ella. Una telaraña de grietas se abría paso a lo largo del camino que había recorrido *Maliya*. Ella también tenía la mente destrozada, como si su poder hubiera evaporado su capacidad de pensar.

¿Dónde estaba Audric? Lo buscó desesperada entre el humo y el polvo.

—¡Rielle! —gritó una voz familiar.

Era Audric, que iba a pie y cojeaba. Seguramente también lo había tirado del caballo. Espoleó a su montura para que se moviera, pero Audric retrocedió cuando se acercaron a él. Una terrible expresión le cruzó el rostro.

¿Qué era lo que había visto?

Una flecha gruesa y negra pasó volando a su lado.

Rielle tiró de *Maliya* y le dio la vuelta con tal fuerza que pudo sentir en su propia piel el corte de la embocadura. Se abalanzó sobre el hombre que la había disparado. Este la miró mientras cogía otra flecha.

La puso en el arco. No la apuntó a ella, sino a Audric.

Rielle le gritó al chico que se moviera y espoleó a su yegua para que se colocara entre él y el arquero.

Maliya dio unos pasos vacilantes, pero entonces se desplomó. Rielle miró hacia abajo. Su yegua era un amasijo pulposo y en carne viva: estaba empapada de sangre, y su pelaje gris tenía partes carbonizadas y humeantes.

El horror hizo que a Rielle se le revolviera el estómago. Soltó las riendas y se reclinó sobre la silla. Tenía que alejarse de esa cosa espantosa que tenía debajo. ¿De dónde había salido?

A *Maliya* se le debilitaron las ancas y le fallaron. Rielle cayó violentamente a su lado. Se arrastró desesperada, clavando los dedos en la tierra para apartarse.

Otra flecha del asesino borsvalino voló por los aires, pero no apuntaba a Rielle ni tampoco a Audric. El proyectil se clavó entre los ojos de *Maliya*, cuyos gritos se apagaron. Sus despojos humeantes quedaron tendidos en el suelo.

Rielle se hizo un ovillo, tenía en la nariz el fuerte olor a piel quemada de la yegua. Una parte lejana de su mente seguía buscando a Audric, pero su cuerpo no cooperó cuando intentó ponerse en pie. Jadeando, se impulsó y se levantó. Tuvo arcadas. Estaba cubierta de barro y de sangre: la suya y la de *Maliya*.

Un ruido de metal contra metal atravesó el aire. Eran espadas.

«Audric.»

Rielle buscó frenéticamente en su borroso campo de visión un arma para ella, alguna de las que se les hubieran caído a los hombres borsvalinos. Incluso una roca le serviría.

¡Ay! ¡Que Dios ayudara a su pobre yegua!

Pero ¿qué había hecho?

Se secó las palmas sangrantes en la camisa. El suelo aún vibraba como si un ejército de diez mil soldados armados marchara sobre la capital.

—Para —susurró.

Sabía que todo era obra suya: la yegua, las rocas desprendidas, las fisuras en la tierra...

Después de todo lo que Tal y su padre le habían intentado enseñar, había perdido el control. Lo único que quería era mostrarles que podían confiar en ella, que merecía tener una vida fuera del templo y de sus propios aposentos.

Ahora su padre la odiaría aún más profundamente.

Todos los participantes en la carrera lo habían visto.

¿Qué era ella?

Ignorando el dolor, golpeó el suelo con las manos.

—¡Para!

Sonó un estruendo y hubo una rápida ráfaga de viento. Todo estaba caliente de pronto.

Oyó gritos distantes que provenían del lugar de inicio de la carrera. Alguien estaba hablando por el amplificador.

Levantó la mirada.

Había llegado gateando al punto más alto del puerto de montaña. Frente a ella, el terreno iba cuesta abajo y desembocaba en los Llanos. Vio la meta, rodeada de palcos. Vio la capital: los tejados de los siete templos y de Baingarde, el castillo real, brillaban bajo el sol.

Dos senderos de fuego se extendían desde sus manos hacia la ciudad como si fueran lenguas largas y hambrientas.

Rielle se puso de pie, tambaleándose. El agotamiento la sacudía. Audric gritó para advertirla de algo. Rielle se volvió y vio que uno de los hombres borsvalinos que quedaban se le acercaba con la espada levantada; el fuego crepitaba a lo largo de su hoja. Tenía la cara macilenta y los ojos blancos y muy abiertos. Ese asesino, ese empuñafuegos con su espada flameante, le tenía miedo.

Rielle se tiró al suelo y rodó. La espada silbó en el aire, en el lugar donde ella había estado. El fuego quemó el aire. El humo le aguijoneó las fosas nasales. Audric se puso frente a ella de un salto, sujetando una daga brillante en cada mano.

Rielle se sintió aliviada. Después de todo, había colado unas dagas.

El rostro de Audric estaba lleno de rabia. Cuando la espada ardiente del asesino chocó con sus dagas iluminadas por el sol, Rielle notó el golpe en los dientes. Las chispas volaron. La espada del empuñafuegos escupía llamas sobre la cara de Audric y lo empujaba hacia abajo. Pero él no flaqueó. Se mantuvo fuerte ante Rielle mientras sus dagas arrojaban rayos solares al suelo. Rugió, arremetió contra el asesino y le quitó la espada. Cruzó las dagas, y dos esferas de luz solar emergieron de ellas y tiraron al asesino al suelo. El hombre se levantó de nuevo, con el rostro y los brazos quemados, y corrió hacia Audric emitiendo un grito gutural y desesperado.

A Rielle le resonaba la cabeza con cada choque de las espadas y se sujetó

el cráneo con las manos. Tenía que controlarse. Si no detenía el fuego, la ciudad ardería.

Audric le devolvía los golpes al asesino. Sus dagas silbaban, y el aire temblaba con el calor. Él se movía de un lado al otro, esquivando los embates mortales. Dio una vuelta y con las dagas arrojó un escudo de luz que cegó al hombre y le atravesó el estómago. Su oponente cayó al suelo y su espada se apagó de golpe. Otro asesino se acercó. Audric se volvió y, con su propia hoja, frenó la espada del segundo hombre. Este era un silbavientos: el aire aullaba y soplabla en ráfagas a su alrededor. El viento formó una espiral que, como un ejército de tormentas, liberó su espada y casi tumbó a Audric.

Las espadas centelleaban, pero incluso Audric tenía sus límites. Ese segundo contrincante era todo un toro. Si al menos Audric tuviera a *Ilumenor...*

—¡Corre, Rielle! —gritó Audric, con los rizos pegados a la frente. Empujó a su atacante y esquivó una violenta arremetida de la espada del hombre.

Rielle miró a su alrededor y vio un destello metálico en el barro. Era una daga con el blasón de la familia real borsvalina, un dragón volando sobre una montaña, grabado en la empuñadura.

Rielle reunió las últimas fuerzas que le quedaban, agarró la daga y, tambaleándose, se puso en pie. Las piernas casi le fallaron, y la vista se le puso borrosa. Combatió el dolor que le atravesaba todo el cuerpo y saltó hacia el atacante. La hoja del arma encontró su hogar en la garganta del borsvalino.

Rielle vio caer al hombre y sintió que el viento que este había reunido desaparecía a la vez que él exhalaba el último suspiro. El mundo era un leve zumbido a su alrededor.

Vio que el fuego incontrolado bajaba rápidamente por la ladera en dirección a la ciudad, encendiendo toda brizna de hierba que tocaba.

«Para —pensó—. Para, por favor. No les hagas daño.» Con el poco control que le quedaba, intentó dominar las llamas, hacer que aquel gran fuego volviera a ella; pero la oscuridad le inundó la visión.

Tal vez ella no hubiera provocado el fuego. Quizá se tratase de un sueño horrible. Se despertaría y sería la mañana de la carrera. Ludivine la ayudaría a escabullirse de la oficina de Tal. Lo tenían todo planeado.

Ganaría y Audric la abrazaría, riendo. Radiante de orgullo, la felicitaría y, a continuación, la dejaría plantada y se iría a cenar a solas con Ludivine. Entonces, una parte de Rielle moriría, como ocurría siempre que algo le recordaba la terrible realidad de su compromiso.

Rielle captó un olor en el viento: pelo chamuscado, carne de caballo quemada.

No había sido un sueño.

¿Cómo había podido hacer eso?

¿Cómo lo había hecho?

Su padre tenía razón. Tal también. Debería pasar el resto de su vida en una habitación aislada, con los sentidos embotados por el veneno. No era de fiar.

La cabeza le daba vueltas y cayó de rodillas, pero unos brazos fuertes la agarraron. Notó una mano en el pelo y unos labios calientes en la frente.

—¡Rielle! —gritó Audric—. Dios mío, Rielle, estás herida. No me dejes. Mírame, por favor.

Antes de que la oscuridad se apoderara de ella, oyó otra voz. Era masculina, agradable y suave como una sombra.

«Creo que ya es hora de saludarte», dijo la voz. Esta era parecida a un beso y provenía de muy lejos y de muy cerca a la vez.

Después, Rielle no supo nada más.

6

ELIANA

«La capital venterana, Orlin, es una ciudad portuaria bien situada en la costa sureste. A pesar de que hace un calor sofocante y de que a veces apesta a causa de las ciénagas que tiene al oeste, me veo obligado a admitir que presume de una belleza única. Es una lujosa ciudad con terrazas de piedra, patios escondidos y musgo colgante, abrazada por un río ancho y marrón que nace unos kilómetros al norte, en las tierras altas de Ventera.»

Informe inicial de lord Arkelion para
Su Santísima Majestad, el Emperador de lo Eterno,
sobre la exitosa toma de control de Orlin,
13 de febrero, año 1010 de la Tercera Edad

La primera noche de luna llena, Eliana no durmió. Se puso la máscara nueva, se pintó los labios de carmesí, se tapó los hombros con su capa favorita —un poco de teatralidad nunca había hecho daño a nadie— y desapareció en la noche.

Se movió por los tejados, por las tiendas de lúpulo que hedían a lágrima y por las habitaciones rojas que pertenecían a amables madamas. Se pasó la noche vagando por los Yermos.

Observó y escuchó.

Buscó a sus informadores habituales: rebeldes asustados dispuestos a traicionar a la Corona Roja o útiles oportunistas que accedían a hacer de agentes dobles por dinero.

Formuló preguntas y exigió respuestas. Amenazó y engatusó.

Sobre todo amenazó.

Pero no encontró nada sobre el Lobo. Ni un indicio ni un rumor.

* * *

La segunda noche de luna llena, Eliana volvió a casa con el estómago en un puño y una docena de preguntas agitándose en su cabeza.

¿Acaso el Lobo sabía que le seguía la pista? ¿Por eso todo estaba tan tranquilo?

¿La estaba observando Rahzavel?

¿Era eso una especie de prueba?

¿Estaba fallando?

Se sentó en la terraza de su habitación y vio cómo el amanecer teñía el mundo de rojo. Una parte de ella anhelaba cruzar de un tejado a otro, colarse en la habitación de Harkan, despertarlo con la boca y dejar que la amara hasta olvidarse de todo.

Pero, en lugar de eso, se quedó quieta como una gárgola, encapuchada y con los guantes puestos. Esperó y reflexionó.

¿Qué le haría Rahzavel si no encontraba al Lobo?

Ella lo perseguía, pero ¿acaso también él trataba de darle caza a ella?

* * *

La última noche de luna llena, Eliana volvió a casa y, al ver que alguien la había allanado, el pánico le hirvió bajo la piel.

Cuando trabajaba, Eliana prefería entrar y salir por la terracita de piedra que había en la tercera planta. Así, la entrada principal que daba a la calle permanecía inalterada.

Pero esa noche su ventana estaba abierta. Una fina línea en la madera marcaba el lugar donde habían raspado la pintura; alguien había forzado la cerradura. El cristal estaba agrietado.

Eliana se quedó de pie, helada, y percibió un olor en el aire, justo igual que la noche en la que habían capturado a Quill. Era la misma sensación de desequilibrio que la había hecho sentirse falta de sincronía con el mundo que la rodeaba. Sentía una presión fuerte y amarga en la lengua y en los hombros.

Había alguien ahí. Eran ellos, aquellos enmascarados de los muelles que secuestraban a las chicas. Lo supo con total certeza. Los únicos momentos en los que había notado esa sensación habían sido aquella noche y ahora.

Eso significaba que ahora su madre...

¿Y Remy?

«Solo cogen a las mujeres —se dijo Eliana a sí misma con el corazón desbocado—. Solo cogen a las mujeres.»

Tenía el nacimiento del cabello lleno de gotas de sudor. Podía ir a buscar a Harkan para que la ayudara, pero para entonces ya sería demasiado tarde.

Se dejó caer a la terraza del segundo piso, donde estaba la habitación de su madre. Las flores del jardín de la azotea de Rozen perfumaban el aire, y a Eliana se le revolvió el estómago.

Vio que la ventana no tenía el pestillo puesto, y eso era muy extraño. Su madre siempre la cerraba antes de irse a la cama. La abrió con facilidad, entró... y se detuvo.

Ella ya no estaba ahí.

La habitación apestaba con el rastro de aquella cosa fantasmagórica y desconocida que los raptores llevaban consigo. Las sábanas estaban medio arrancadas del colchón. Había una taza hecha añicos en el suelo.

La pierna protésica de su madre estaba apoyada en un rincón.

El terror hizo que Eliana se quedara clavada en el suelo.

«Tienes miedo de que nosotros seamos los siguientes», le había dicho Remy la noche de la ejecución de Quill.

No. ¡No! Su madre no. Era imposible.

Quiquiera que estuviese tras los secuestros no se llevaba a las mujeres del barrio Ajardinado. Allí estaban protegidas.

Pero si los secuestros eran parte de algo más grande que los caprichos de lord Arkelion, de algo que quizá se escapase de su control...

Se oyeron unos pasos en la tercera planta que provenían de su habitación. La casa no estaba del todo en silencio. Era una construcción antigua, y los suelos crujían.

«Remy —pensó—, sigue durmiendo en la seguridad de tu cama, por favor.»

Desenfundó la daga y salió discretamente de la habitación de su madre. Pasó lentamente por delante de la puerta cerrada de su hermano y subió por las escaleras al rellano de la tercera planta.

Se pegó a la pared de la puerta de su cuarto y esperó. Esta se abrió, y una figura alta salió de entre las sombras. Se detuvo y se dirigió hacia las escaleras.

Era un hombre.

Bajo la luz de la luna que se colaba por las cortinas, vio que llevaba una máscara de malla y de metal.

El miedo la sacudió.

«El Lobo.»

Él nunca mostraba el rostro y siempre llevaba una máscara. Pero Eliana conocía a una madama que juraba que una vez lo había visto quitársela. Decía que estaba lleno de cicatrices, como si unas garras lo hubieran arañado.

Contaba que tenía unos ojos invernales: despiadados y fríos como el hielo.

«Muy bien —pensó Eliana—. Ya somos dos.»

Corrió hacia él y le dio una patada en el coxis. Esperaba que cayera por la escalera.

Pero no lo hizo.

El Lobo se volvió, la agarró por el tobillo y la tiró al suelo del rellano. Ella lo golpeó en la espinilla con la pierna que tenía libre. Se dio la vuelta

para zafarse de él y, de un salto, se puso de pie. Él fue a darle un puñetazo con la mano enguantada, pero, como ella se agachó, impactó en la pared.

Eso lo ralentizó un poco. Ella le dio una patada detrás de la rodilla. Consiguió doblarle la pierna, pero él era tan rápido que se volvió y la empujó con fuerza. Eliana se desequilibró y cayó por la escalera al rellano del segundo piso.

El Lobo fue tras ella, la levantó por los hombros y la tiró por encima de la barandilla.

Ella cayó dos pisos más abajo y, con un fuerte golpe, aterrizó de espaldas en el suelo del recibidor. Se golpeó la cabeza contra los azulejos y, durante un breve momento, vio las estrellas. Pero entonces apretó los dientes y se levantó de un salto.

El Lobo había bajado corriendo tras ella, listo para atacar. Así que él ya sabía que, a diferencia de cualquier otra persona, ese tipo de caída no la heriría de gravedad... ni la mataría.

Eliana sentía que el terror le palpitaba en la nuca. De repente, la piel no le encajaba sobre sus huesos irrompibles.

La había seguido. Había visto cómo trabajaba. Como mínimo, había oído los rumores sobre el Terror de Orlin y se los había creído a pesar de lo ridículos que podían parecer. En cualquier caso, él estaba ahí. La había pillado.

Era interesante y preocupante a la vez.

A los pies de la escalera, Eliana esquivó un puñetazo y dio un giro y una patada en el aire. Se agarró a la capa del Lobo y se impulsó hacia él. Le propinó un codazo en la barriga y lo oyó gruñir. Se sacó a *Arabeth* de la cadera, dio una vuelta, apuntó al corazón...

Pero él era demasiado rápido, y la daga solo apuñaló el aire. Ella perdió el equilibrio y se tambaleó. El Lobo le dio un empujón, y Eliana chocó de espaldas contra la pared que había junto a la puerta de la cocina. Su cabeza

colisionó contra los ladrillos y, a su alrededor, la habitación se inclinó y se sacudió.

Él la cogió por la muñeca y se la torció para obligarla a soltar la daga. Le dio una patada al arma, que se deslizó por el pasillo, la impulsó violentamente hacia delante y la agarró por el cuello. Ella se sacó a *Silbador* del muslo y lo atacó. No le hizo un corte letal, pero, aun así, él la maldijo y la soltó.

Eliana sacó a *Borrasca* de la bota y levantó la mirada, preparada para atacar...

El Lobo la apuntaba a la cabeza con un revólver.

Todo se detuvo.

—Suelta los cuchillos. —Tenía una voz grave, refinada y cortante como el hielo—. Ponte contra la pared. Despacio.

—Eso es trampa —dijo ella enfurecida—. Has traído un arma de fuego.

Pero obedeció y dio marcha atrás hasta que rozó con los hombros los tablones de madera.

El Lobo, que era más alto que ella, se le acercó. Le arrebató a *Nox* y a *Tuora* del cinturón y le presionó el filo de esta última contra la garganta. Después tiró el revólver y le dio una patada para mandarlo lejos.

Eliana miró fijamente el rostro metálico y vacío que se cernía sobre ella. Buscó unos ojos tras la malla, pero no los encontró.

—Quítate la máscara —le ordenó el Lobo.

Ella lo hizo y clavó la mirada en él, sonriendo con la máxima dureza de la que fue capaz.

—El terror —murmuró él, acariciándole la mejilla con el aliento— no es más que un sentimiento que se puede aplastar con facilidad. Pero los lobos, querida, tenemos dientes.

RIELLE

«Con la sonrisa de Sauvillier ten cuidado, mucho cuidado...

En la noche más infame, la luna te dejará el cuerpo rasgado.

Hasta los ojos más agudos su belleza nublará.

Lo dice el hombre del río que mentir nunca sabrá.»

Canción de viaje celdariana

Rielle se incorporó. Como si algo tirara de ella, emergió de unos sueños llenos de fuego y entró en un mundo de pánico repentino.

—Audric —gruñó. La palabra le raspó la garganta irritada.

Él tenía que estar cerca. Si había muerto... ¡Si había muerto...!

—Chiss. —Unas manos frías le acercaron un vaso de agua a los labios y la ayudaron a beber—. Está vivo y está bien.

Rielle parpadeó y vio el rostro de Ludivine con nitidez. El pelo le caía en bucles largos y dorados. Sus ojos, de un azul pálido, brillaban y eran la única rendija en aquella armadura de serenidad. Con el pelo suelto y la cara limpia y desmaquillada, podía pasar por una chica mucho menor de diecinueve años. Sin embargo, era hija de un hombre muy importante, una señorita de la casa Sauvillier, la prima y la prometida del príncipe heredero y la futura reina de Celdaria. Cada centímetro de ella reflejaba su estatus aunque estuviera en bata.

—Estás despierta —afirmó con una sonrisa—. Llevas dos días perdiendo y recobrando la consciencia. Solo hemos conseguido darte bocaditos de comida

y traguitos de agua. —Ludivine arrugó su pálida frente y le cogió las manos—. Me tenías aterrorizada, cielo.

—Cuéntame lo que pasó —dijo Rielle, intentando sentarse.

Ludivine dudó.

—Deberías descansar.

Pero entonces Rielle recordó a *Maliya* desplomándose y, de repente, le entraron ganas de vomitar. Ludivine le sujetó el cabello —una masa oscura y rebelde— y le frotó la espalda mientras ella vaciaba el estómago en el suelo.

Una de las doncellas de Ludivine se apresuró a limpiarlo y echó una ojeada temerosa a Rielle. Acabó de fregar y salió disparada hacia el cuarto de estar tan rápido como el decoro le permitía.

Rielle la miró irse. Cuando ella y Ludivine estuvieron solas de nuevo, repitió:

—Cuéntamelo.

—Los asesinos están muertos —comenzó Ludivine con suavidad—. Quince de los jinetes fallecieron. No estamos... seguros de cómo murió cada uno de ellos, pero estamos culpando a los asesinos y a las circunstancias de la carrera en sí.

Rielle no podía mirar a Ludivine a los ojos. Apenas soportaba sentir que su cuerpo existía, que era real. Habían muerto quince jinetes. ¡Quince!

Al recordarlo, le hervía la sangre: las rocas que se estrellaban, la tierra en llamas, los jinetes caídos y los relinchos de sus caballos.

Apretó los puños, cerró los ojos y contó las respiraciones.

—Lo siento, Lu.

—Los demás están a salvo —prosiguió Ludivine—. Tal y sus acólitos consiguieron controlar el fuego antes de que se propagara por los palcos y por los campos.

El fuego. Su fuego.

Rielle no recordaba ni cómo lo había encendido. Todo lo que había sucedido desde que había visto a los asesinos rodeando a Audric no era más

que una neblina confusa.

El ardiente puño del remordimiento la apretaba.

—Ya veo... Tendré que agradeceréelo personalmente.

—Es lo mínimo —dijo Ludivine, aunque lo hizo sin severidad—. Tu yegua...

Rielle emitió un sonido leve y ahogado. Aún sentía cómo la piel del pobre animal se llenaba de ampollas con solo tocarla. Los asesinos merecían morir, pero no *Maliya* ni tampoco los quince jinetes.

Cerró los ojos.

—Seguro que Odo está furioso.

—Se alegra de que estés viva.

—¿Y Audric?

Ludivine puso la mano encima de la suya.

—Audric está bien.

—¿No está herido?

—De veras, Rielle. Está perfectamente. Pronto haré que lo llamen. Tiene bastantes ganas de hablar contigo.

Rielle notó un tono remilgado en la voz de su amiga. A veces juraría que Ludivine sabía al mínimo detalle cuáles eran sus verdaderos sentimientos.

—Aún no. —«Si lo veo, diré algo imperdonable. Hablaré más de lo que debo»—. Tengo que explicar muchas cosas y...

—Sí, sin duda. No sabía que eras una sacudetierras, Rielle. ¿Y también una empuñafuegos?

Rielle se puso tensa al notar una falsa amabilidad en la voz de Ludivine. Era un tono que raramente usaba con ella.

—No soy ninguna de esas cosas.

—Es evidente que algo eres. La capital está alborotada. Podemos explicar lo de los cuerpos, pero ¿qué pasa con las laderas alteradas y la tierra quemada y hecha añicos? Mucha gente se hace preguntas.

—Y el rey quiere respuestas.

—Sí.

—Pues tendrá que torturarme para conseguirlas.

—No tiene gracia.

—No estoy...

—¡Deja de mentirme! —Ludivine se levantó y caminó de un lado a otro de la habitación. Cuando se volvió, tenía el rostro enrojecido y los ojos brillantes —. ¿Cómo has podido ocultármelo? Confiamos la una en la otra. Jamás habría dejado que te pasara nada.

—No tenías por qué conocer la verdad —dijo Rielle con firmeza.

—¿Cuál es la verdad? ¿Qué pasó? ¿Qué eres?

Para Rielle eso fue un golpe duro, así que confesó:

—Ojalá lo supiera.

—La profecía dice... —Ludivine se detuvo y se abrazó a sí misma—. «Tendrán el poder de los Siete.» Predice que las dos Reinas serán capaces de controlar todos los elementos, no solo uno.

Rielle soltó una carcajada dura y cansada.

—¿En serio me estás citando la profecía?

—La gente creerá que eres una de ellas.

—Soy muy consciente, Lu.

—Ya corren los rumores. La ciudad entera...

—¿... está aterrada? —Rielle se frotó la cara con manos temblorosas—. No son los únicos.

—Creía que no había secretos entre nosotras.

—Puedo hacer que desaparezca. Solamente necesito... más tiempo.

—¿Hacer que desaparezca? ¿Como si el poder que tienes fuera equiparable al mal humor? Eso será lo que dice tu padre.

Rielle cerró los ojos.

—Mi padre. Que Dios me ayude.

—Ahora mismo está con el rey.

Rielle tembló de miedo, pero se obligó a levantar la barbilla.

—No dejaré que me maten.

Ludivine suavizó la expresión.

—Rielle...

—Pueden intentarlo, estoy segura de que lo harán, pero no lo permitiré. —
Se levantó. Sentía pinchazos en la cabeza.

Ludivine cogió a Rielle por la muñeca con suavidad y, a continuación, le sostuvo la cara con las manos. Esta dejó que se le cerraran los ojos. El perfume de su amiga —olía a aceite de lavanda y a piel limpia— la envolvió de recuerdos: aquellos paseos matutinos que daban, cogidas del brazo, por los jardines, y aquellas noches de la niñez en las que se acurrucaba entre Ludivine y Audric junto a la gran chimenea de sus aposentos.

—Yo tampoco dejaré que te hagan daño —repitió Ludivine con voz firme y clara—. Jamás. ¿Me oyes?

Rielle intentó emplear un tono desenfadado:

—¡Ah! Y ¿cómo exactamente? He oído que la dulce lady Ludivine no le haría daño ni a una mosca.

Ludivine sonrió. Abrió la boca para decir algo, pero Rielle la detuvo. Aquel momento de calma le había traído algo a la memoria.

—Alguien me habló —soltó de golpe.

Ludivine frunció el ceño y pestañeó.

—¿Qué?

—Aquel día. Vi el fuego, no me podía levantar. Audric me agarró, y entonces... oí que alguien me hablaba.

—¿Te refieres a Audric?

—No. Era otra persona. Era... —Rielle se detuvo e intentó recordar lo que había sentido exactamente. La piel se le erizó como si alguien le hubiera pasado una pluma por la barriga—. Provenía de mi interior.

Ludivine enarcó una ceja.

—El curandero de Audric dijo que seguramente tendrías un poco de fiebre.

—No, Lu, te digo que...

Alguien golpeó la puerta exterior de los aposentos de Ludivine. La doncella de antes volvió a entrar apresuradamente en la habitación con los ojos muy abiertos. Dirigió la vista más allá de su hombro.

—Disculpadme, mi lady, pero tenéis una visita...

Ludivine siguió sujetándole las manos a Rielle.

—Lady Rielle aún no está preparada para recibir a nadie.

—Lo siento, mi lady, he intentado hablar con ellos...

—Es el rey —la interrumpió Rielle—, ¿verdad?

La doncella seguía sin mirarla a los ojos.

—Teníamos órdenes de avisarlo en cuanto vos os despertarais, mi lady.

—Su Majestad tiene muchas preguntas, Rielle —dijo una voz que ella conocía muy bien.

Lord comandante Armand Dardenne cruzó con pasos largos el cuarto de estar y abrió la puerta de la habitación de Ludivine sin molestarse en llamar. Iba todo vestido de hierro y acero, impecable. Miró a su hija con la calidez de una estatua.

Ella osó tomar la palabra:

—¿Está Tal...?

—El consejo ya ha interrogado al gran maestre Belounnon —continuó él—, y también a mí. Tú eres la siguiente. Ponte presentable.

Sin mediar ninguna palabra más, detrás de un biombo, Ludivine y sus doncellas ayudaron a Rielle a enfundarse un vestido apagado de color marfil y azul oscuro que tenía el cuello alto y unas cintas en las mangas. Era lo suficientemente bonito como para agradar y lo suficientemente recatado como para no ofender.

—¿Debería enfadarme por que hayas enviado a tus doncellas a husmear en mi armario sin mi consentimiento? —murmuró Rielle, riendo ligeramente.

—No podría importarme menos que estés enfadada —dijo Ludivine mientras le alisaba la falda—. Te llevo asesorando muchos años y aún no confío en que escojas el vestido adecuado para ninguna ocasión.

—Se podría decir que mi estilo es único y atrevido.

—Sí, por eso precisamente no deberías hacer alarde de él durante un interrogatorio real. —Ludivine le hizo un gesto con una ceja a una de sus doncellas—. Necesito las peinetas enjovadas que hay sobre esa mesa.

Ludivine le recogió el pelo largo y oscuro; Rielle observó su reflejo en el espejo: se veía pequeña y extraña. La suavidad de su vestido contrastaba brutalmente con los arañazos rojos que tenía en la cara y con las sombras que le asomaban bajo los ojos verdes y penetrantes.

—Si ya has terminado... —apremió la voz de su padre.

Rielle cerró los ojos y respiró hondo. Antes de que pudiera moverse, Ludivine la atrajo hacia ella, la abrazó con calidez y la besó en la mejilla.

—Recuerda —susurró— que si alguien quiere hacerte daño tendrá que pasar por encima de mí, de Audric, de Tal y de mucha, muchísima gente. El rey no actuará por impulso. Confía en él. Confía en nosotros.

Durante un momento, Rielle siguió abrazada a Ludivine y, a continuación, salió de detrás del biombo. Su padre le ofreció el brazo y ella se agarró de mala gana.

—Padre —empezó a decir—, antes de que bajemos...

Él no le hizo caso.

—En estos momentos, toda la gente del castillo se muere de ganas de chismorrear. No digas nada importante delante de ellos.

—¿«Ellos»? —preguntó, pero, al entrar en el cuarto de estar, lo entendió.

Veinte soldados de la guardia real los esperaban y flanqueaban el camino de salida de los aposentos de Ludivine con las espadas desenvainadas.

Rielle vaciló solo un momento mientras los guardias los escoltaban a través del pasillo lleno de ventanas, donde la luz del sol de la mañana bañaba de oro la piedra pulida.

Alzó la barbilla y apretó la mandíbula. Audric estaba vivo. No se arrepentía de lo que había hecho.

«Muy bien —dijo una voz satisfecha—. No debes arrepentirte de nada. Ya

era hora.»

Tenía fiebre. Estaba exhausta y oía cosas.

Aun así...

«¿Quién eres?», pensó.

No obtuvo respuesta.

El silencio la desconcertó y, aunque fuera pueril, no pudo evitar decirle en voz baja a su padre:

—No tengo miedo.

—Hija mía —contestó él, con un tono nuevo y macilento en la voz—, deberías tenerlo.

ELIANA

«Lo llaman “el Lobo”. Según nuestros informadores, es el favorito del profeta. Dicen que no se lo puede capturar, pero le aseguro, mi señor, que encontraremos a ese tal Lobo, le extirparemos todos los secretos del cuerpo y dejaremos que se desangre.»

Informe escrito por lord Arkelion de Ventera
a Su Santísima Majestad, el Emperador de lo Eterno,
21 de junio, año 1018 de la Tercera Edad

El Lobo le ató las manos a la barandilla de la escalera y le ordenó que se sentara en el peldaño de abajo. Entonces, para sorpresa de Eliana, él también se quitó la máscara y la capucha.

La madama que ella conocía había exagerado muchísimo.

Las cicatrices consistían en unas líneas plateadas que le cruzaban la frente, la nariz y las mejillas. Tenía algunas áreas de la piel dañadas, erosionadas a causa del fuego o del viento, pero el rostro en sí, enmarcado por un pelo enmarañado y de color rubio ceniza, era severo y anguloso. Muy atractivo.

En cambio la madama tenía razón acerca de los ojos: eran de un azul invernal, fríos como diamantes.

—¿Te gusta lo que ves? —Eliana levantó la vista y lo miró a través de las pestañas. Se movió hacia él y arqueó ligeramente la espalda para dar fuerza a sus palabras.

El Lobo se arrodilló frente a ella.

—Eres buena.

Ella lo observó de arriba abajo, sonriendo. Era alto y esbelto y llevaba unos pantalones entallados, chaleco y las mangas recogidas. Las fundas de las armas le colgaban de una banda que tenía alrededor del torso y de un cinturón bajo que le colgaba de las caderas.

—Tú también, Lobo. Es una lástima que tenga que matarte. Si las circunstancias fueran distintas, te pediría que me enseñaras tu espada.

—Sin duda es una amarga decepción. —Ahora era él quien paseaba la mirada por el cuerpo de Eliana—. Eres mucho más divertida de lo que había imaginado.

—¿Divertida? —Ella rio bajito—. No tienes ni idea de lo divertida que puedo llegar a ser. —Se recostó lo mejor que pudo con las manos atadas y fingió estar aburrida—. Ya veo que existes. El poderoso Lobo, temible capitán de la Corona Roja y soldado imparable. La mano derecha del mismísimo profeta. Si te interesa mi opinión, eres más un perro que un lobo. Los rebeldes sois todos iguales.

—Ah, ¿sí? —Su sonrisa relajada la asustaba.

—Dime —prosiguió ella—, cuando compareces ante el profeta, ¿te arrastras sobre la barriga para acercarte a él? ¿Le besas las botas? ¿Te azota por no haber conseguido derrocar todavía al Emperador? Tendrías que empezar a ponerte manos a la obra, ¿sabes? Cada día mueren más rebeldes. —Sonriendo, se inclinó hacia él. Esperaba que no se oyera el latido de su corazón—. Yo me encargo de ello.

Él se acercó a ella. Era alto incluso arrodillado.

—Si estás intentando hacer que me enfade —murmuró, con la boca a unos milímetros de la suya—, me temo que no lo conseguirás.

Cada segundo que pasaba el Lobo agachado frente a ella, observándola fijamente, recorriendo cada línea y cada curva de su cuerpo con la mirada, Eliana se sentía al borde del terror más absoluto. Había una calma en él —un

presentimiento de que algo horrible aguardaba a ser desplegado— que a la chica le presionaba la piel como si estuviera recordando una pesadilla.

Por un momento, perdió los nervios.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó.

Él dibujó lentamente una sonrisa.

—Pues te quiero a ti, señorita Terror.

La extraña ternura que había en su voz hizo que Eliana se estremeciera.

—¿Dónde está mi madre?

—No tengo ni idea.

Ella rio y puso los ojos en blanco.

—No sabía que la Corona Roja tuviera por costumbre secuestrar a mujeres indefensas de sus camas. ¿No se supone que sois unos héroes? ¿No se supone que lucháis contra nuestros opresores y que salváis al mundo de la tiranía?

—La Corona Roja no es la responsable de los secuestros.

—Entonces ¿quién?

—Buena pregunta. Tengo mis teorías.

Seguir acusándolo carecía de sentido. Hacía tiempo que Eliana había descartado la posibilidad de que la Corona Roja estuviera involucrada en las desapariciones.

Pero no podía dejar de pensar que su madre estaba cautiva, sola y asustada, preguntándose cuándo iría a buscarla su hija.

A Eliana le quemaban los ojos. Las manos le rabiaban por sujetar sus dagas.

—O me matas —soltó alegremente— o me desatas para que pueda cortarte esa lengua mentirosa.

—No tengo intención de hacer ninguna de esas dos cosas —dijo él con una sonrisa—. Quiero proponerte algo, pero es mejor que no lo hablemos aquí, ya que es posible que quien se haya llevado a tu madre decida volver. ¿Qué te parece si nos llevamos nuestros secretos a otro sitio, pequeño Terror?

¿«Pequeño»? En cuanto tuviera la oportunidad, le pegaría una tunda.

—¿Estás loco? —soltó ella.

—Mucha gente se hace la misma pregunta.

Le puso dos dedos bajo la barbilla para hacer que lo mirara. Ese contacto la sobresaltó, pero se obligó a apoyarse en su mano.

—Yo cazo a gente, igual que tú —le indicó ella con una fría sonrisita.

—Sí, y se te da muy bien. —El toque de humor en su voz se esfumó—. Dime, señorita Terror, si prometo echarte una mano para encontrar a tu madre a cambio de que tú me ayudes a mí, ¿vendrás conmigo?

Eliana intentó leerle la mente, pero no encontró nada con lo que continuar. ¿Acompañarlo? ¡Qué idea más absurda! Era imposible confiar en él.

Sin embargo, si rechazaba la proposición, si el Lobo huía de la ciudad y ella se presentaba frente a lord Arkelion con las manos vacías, ¿qué pasaría?

Deseaba cerrar los ojos y tener un momento a solas para pensar. «Lo siento, madre. Dios mío, ¡lo siento tanto...! Llegaré lo más rápido que pueda. Te encontraré. Lo juro.»

—Me voy de la ciudad mañana —continuó el Lobo—. Es posible que te den una paliza por haber dejado que me escurra entre tus dedos. Puedes unirme a mí o no, pero, por mucho que lo intentes, no me capturarás. —Sonrió ligeramente—. Quieres encontrar a tu madre, ¿verdad? ¿Acaso no sería más inteligente contar con ayuda?

Eliana estaba hecha un lío e intentaba pensar deprisa.

—¡Madre mía, vaya novecita! ¡El famoso Lobo necesita que una chica lo ayude!

—Mi misión empieza mañana por la noche. ¿Tenemos un trato o no?

—Mañana es el día del nombramiento de Su Señoría. Hay una fiesta en el palacio.

—¡Qué feliz coincidencia!

Ella entornó los ojos:

—¿Solo mañana por la noche?

—No, nuestra misión será más larga.

—¿Cuánto más?

—No sabría decírtelo.

—O no quieres.

—Estas son mis condiciones. ¿Aceptas?

Ella estaba alterada y sentía que sus nervios estaban a punto de detonar. Consiguió hacer una leve mueca de desdén.

—¿Por qué yo?

—Conoces el palacio, así que nos resultará más fácil entrar.

—¿Y después? ¿Por qué quieres llevarme contigo?

—Porque tengo que moverme deprisa y necesito a otro asesino a mi lado. Alguien que sea tan bueno como yo.

—O incluso más.

—Lo dice la que está atada en el suelo.

—Me has apuntado con una pistola. Si no lo hubieras hecho, te habría ganado.

—Es posible.

—Tiene pinta de ser una misión importante —prosiguió ella con sorna— y, aun así, te arriesgas a confiar en mí.

—Seguro que tú no te arriesgarás a perder a tu madre —replicó él.

El Lobo tenía razón y, a juzgar por su mirada, era consciente.

—¿Qué pasa si no acepto la oferta?

—Entonces me iré y no te veré nunca más. Tú seguirás aquí con tu vida, si es que puedes llamarla así. A no ser que te maten por no haber conseguido capturarme.

Eliana se quedó callada para ver qué hacía él entonces.

Al cabo de un momento, el Lobo le desató las muñecas, tiró las cuerdas y se puso en pie.

—¿Y bien?

Ella calculó lo que tardaría en darle una patada, hacer que perdiera el equilibrio, arrebatarse el revólver y disparar. Jamás había usado un arma de

fuego —eran escasas, caras y nunca se había permitido gastarse el dinero en eso—, pero apretar un gatillo parecía bastante simple.

Tardaría unos cinco segundos, quizá seis.

Podía hacerlo. Se levantó.

Entonces vio a Harkan.

Se acercaba hacia ellos desde la cocina, con el cuerpo sumergido en la oscuridad y su daga favorita en la mano. Detrás de él, desde la cocina, Remy lo observaba todo en tensión.

Los ojos de Harkan se encontraron con los suyos y se mantuvieron firmes. «Aquí estoy.»

—Te ayudaré —le dijo Eliana lentamente al Lobo—, pero solo si puedo llevar a mi hermano conmigo.

Remy abrió unos ojos como platos.

—¿El chiquillo de la panadería? —El Lobo frunció el ceño—. ¿No lo dirás en serio?.

El rostro de Eliana era inexpresivo. ¿Cuántas cosas sabía sobre ella?

—Me imagino que robaremos algo del palacio y que luego lo entregaremos en algún sitio. Quizá se trate de información secreta. Adondequiera que vayamos, Remy se viene con nosotros. Le conseguirás un pasaje seguro hacia Astavar y no le harás daño. De lo contrario, no hay trato.

Él la miró furioso.

—Mi oferta no era esa.

—¿Sí o no, Lobo?

Él ladeó la cabeza. Sus ojos captaban la luz de la luna y hacían que pareciera uno de los personajes de los cuentos más fantasiosos de Remy: una criatura de la noche, hecha de secretos y de perspicacia. Uno de los monstruos del Imperio a los que la Reina Solar tenía que matar.

—Solo me llaman así los que me tienen miedo. Tú no me tienes miedo, ¿verdad?

Harkan se aproximó a través de las sombras. Un paso, otro paso...

—Ni un poquito —mintió ella—. ¿Cómo debo llamarte entonces?

Él inclinó la cabeza.

—Puedes llamarme Simon.

—Muy bien, Simon. Una cosa más: mi amigo, Harkan, también vendrá con nosotros.

Detrás de Simon, Harkan levantó la daga para atacar.

Eliana flexionó los dedos.

Como único aviso, Simon apretó los labios. Con un solo giro y un empujón, Harkan se encontró tumbado de espaldas en el suelo con la bota de Simon presionándole la garganta. Este le había arrebatado el arma.

—¿Él? —Simon apuntó a Harkan con la daga. Le lanzó a Eliana una profunda mirada de repulsión—. ¿Tu amante?

Eliana le sonrió con picardía.

—¿Ya estás celoso? Suéltalo.

—El —dijo Harkan con voz áspera. Apenas podía respirar—, no podemos confiar en él.

—No —admitió ella—. Pero él tampoco puede confiar en nosotros. —Alargó la mano para recuperar a *Toura*—. Suéltalo o no hay trato.

Simon se quedó quieto un momento. A continuación, le entregó a *Toura* y se apartó.

Eliana se metió la daga en la vaina del cinturón, se arrodilló al lado de Harkan y lo ayudó a incorporarse.

—Cuéntame más acerca de la misión, Lobo.

—Te iré dando la información a medida que necesites saberla, pequeño Terror —dijo Simon—. Hasta entonces, haz lo que te diga, y te ayudaré a encontrar a tu madre. Te doy mi palabra.

—La palabra de un rebelde no vale demasiado.

—¿Y qué hay de la palabra de un colega asesino? —Se quitó el guante y le tendió la mano—. ¿Tenemos un trato?

Eliana dudó. Aceptar la oferta significaba renunciar a su vida en Online.

Lord Arkelion no tenía miramientos a la hora de castigar a los desertores, y Rahzavel no la dejaría desaparecer en la noche. Si hacía eso, no se ponía en peligro solo a ella, sino también a Remy y a Harkan.

Pero si había alguien que pudiera ayudarla a encontrar a su madre y a hacer que todos llegaran de un modo seguro a Astavar, ese era el Lobo. Él tenía a la Corona Roja a su disposición, que estaba formada por la misma gente que ella había estado cazando hasta el momento.

Si Eliana jugaba bien las cartas, podría alejar a Harkan y a Remy de las garras del Imperio durante unos años más. Eludiría a Invictus, se quedaría con sus seres queridos, encontraría a su madre y los mantendría a salvo.

Miró a Simon a los ojos para ver si este mentía, pero solo se encontró con un frío color metálico.

—Eliana, no aceptes —rugió Harkan, fulminando a Simon con la mirada—. Encontraremos a Rozen de otra manera.

Pero no había otra forma de hacerlo. Eliana se levantó y le estrechó la mano a Simon.

—Tenemos un trato —le dijo, intentando ignorar el escalofrío que le recorrió la piel al tocar a Simon.

Era una sensación parecida a la que se siente cuando te observan desde las sombras o cuando estalla una fuerte tormenta de la que no puedes escapar.

RIELLE

«Los siete santos unieron sus poderes y abrieron un portal al Abismo con viento y agua, metal y fuego, sombra y tierra. Cuando santa Katell, la última de todos, blandió su espada soleada y cegadora, los ángeles cayeron gritando en la oscuridad eterna.»

Libro de los Santos

El Salón de los Santos era la estancia más grande y sagrada de Baingarde.

Unos pilares de piedra sostenían el elevado techo abovedado, adornado con elaboradas tallas que representaban soles, lunas, árboles y llamas. En el artesanado, había un ostentoso mapa del mundo de Avitas, con Celdaria y las otras cuatro naciones del continente oriental en expansión. Al norte de Celdaria estaban Las Partidas y el Portal. Al otro lado del Gran Océano se encontraban los reinos occidentales de Ventera, Astavar y Meridian.

Al frente de la sala, en un estrado alto de mármol blanco, se encontraba el banco de la Corte Suprema. Este estaba compuesto por las sillas grandes y con respaldo alto del rey y la reina, la silla ornamentada y ancha del arconte, el jefe de la Iglesia, y una galería de varios niveles que era lo suficientemente grande para alojar a los miembros de cada uno de los templos y del consejo real.

Sobre el estrado se alzaba santa Katell, la patrona de Celdaria y de todos los ruedasoles del mundo. Con la mano derecha sujetaba en alto una espada — su forjadura— que ahora estaba escondida en algún lugar del reino. Con la

otra mano aferraba un puñado de alas de piedra destrozadas. Los ángeles, diminutos y patéticos, con los rostros retorcidos por la agonía, trepaban por las patas de su yegua blanca, suplicando clemencia en vano. Alrededor de la cabeza le brillaba un halo de luz chapado en oro, bruñido e impecable.

Santa Katell la Gloriosa fue una ruedasoles y, tras las guerras angelicales, fue proclamada reina. Unificó Celdaria. Aunque un ángel se enamoró de ella, esta fue lo suficientemente fuerte para resistirse a la tentación del enemigo. Desde hacía mil años, los hijos de su linaje se habían sentado en el trono.

Los otros seis santos rodeaban el vasto salón, tres a cada lado. Eran gigantescos y solemnes y estaban tallados en piedra y bronce. Cada uno de ellos llevaba su forjadura y estaba enmarcado por un elemento: santa Nerida, esculpeaguas y patrona de Meridian, tenía a su kraken enrollado a sus pies descalzos y blandía su tridente mientras las olas le coronaban la espalda. San Grimvald, dominametales y patrón de Borsvall, se abría paso a través de esquirlas metálicas, martillo en mano y montado a lomos de un dragón.

Santa Katell cabalgaba sobre su yegua blanca y brillante.

A los pies del estrado había veinte guardias con armadura mirando hacia Rielle. Eran gente de su padre, conocía sus nombres. Notó que sus miradas se posaban sobre ella. Miradas de preocupación, de curiosidad... y de miedo.

«Hacen bien en tener miedo —dijo la voz sin previo aviso—. Pero tú, no.»

Rielle se puso tensa. En aquel entorno, era imposible oír la voz sin recordar la verdad: hablar con la mente era algo que los ángeles hacían en el pasado.

Al pensarlo, se le puso la piel de gallina. Había tantísima gente contemplándola que apenas podía estar quieta. Su padre se quedó de pie, rodeado por un contingente de guardias con armadura. Ahí estaban la reina Genoveve, el rey Bastien y Ludivine. El arconte, vestido con una toga, mostraba serenidad. Los miembros del consejo también se encontraban en la sala, con la evidente y alarmante excepción de Tal.

Vio a Audric.

Estaba sentado entre sus padres, colocado al borde de la silla como si estuviera preparado para saltar del estrado en caso de que ocurriera algún desastre. Cuando los ojos de Rielle se encontraron con los suyos, él le dirigió una pequeña y tensa sonrisa que reflejaba preocupación.

Rielle se tranquilizó un poco.

«Audric está aquí —se dijo—. Él no permitirá que me hagan daño.»

Más arriba vio al rey. Por su expresión, parecía muy preocupado; ella jamás lo había visto así. Bastien era un hombre de buen humor. Rielle había crecido oyendo resonar su risa por los pasillos de Baingarde y había gritado con alegría cuando él los perseguía, a Audric, a Ludivine y a ella, en el cuarto de juegos de su niñez, cuando jugaban al gato y al ratón, entre tantos otros.

Ahora no había ni rastro de aquel hombre.

Rielle se resistió a las ansias de secarse el sudor de la frente. Hizo una gran reverencia y su falda se amontonó sobre el suelo impecable.

—Su Majestad.

—Lady Rielle Dardenne —empezó a decir el rey Bastien—, se os ha traído hoy aquí para que respondáis a un interrogatorio acerca de lo ocurrido durante el transcurso de la Carrera Jubilosa de hace dos días. Os haré una serie de preguntas, y vos contestaréis con sinceridad ante los ojos de los santos.

—De acuerdo, mi rey. —La enorme habitación se tragó la voz de Rielle.

El rey Bastien asintió con la cabeza e hizo una pausa. La línea gris que le cruzaba la negra barba y las arrugas de expresión del rostro lo hacían parecer más anciano de lo que Rielle jamás hubiera pensado.

El hombre endureció la mirada. Ahora se respiraba un ambiente peligroso, y Rielle se resistió al deseo de retroceder.

—¿Desde cuándo sois consciente de que poseéis magia elemental? —le preguntó él con voz fría y prosaica.

De algún modo, Rielle había pensado que empezaría con algo menos directo. Una o dos preguntas, o cinco, que la ayudasen a recuperar el habla.

Pero, al menos, cabía la posibilidad de que creyeran que era solo una

elemental y no... lo que realmente era, fuera lo que fuese. Si ese era el caso, quizá su castigo —y el de Tal y el de su padre— no resultara tan severo como había temido.

Las palabras de la profecía le pasaron por la mente: «Tendrán el poder de los Siete.»

—Desde que tenía cinco años —contestó.

—¿Cómo llegasteis a tal conclusión?

Lo preguntó de forma despreocupada, como si no supiera ya la respuesta.

Una silla crujió porque alguien se movió. Rielle echó una ojeada a su alrededor y vio que la hermana de Tal, Sloane Belounnon, se encontraba con el resto del Consejo Magistral que rodeaba al arconte. Estaba muy erguida en su asiento, y el cabello oscuro, que le llegaba a la barbilla, le contrastaba con la palidez de la piel y le daba un aire excepcionalmente severo. Parecía que no hubiera dormido nada.

¿Cómo se sentiría Sloane al saber que su hermano le había ocultado un secreto de tal magnitud?

—Cuando... cuando tenía cinco años —prosiguió Rielle—, incendié nuestra casa.

—¿Cómo?

—Estaba enfadada. Mi madre y yo habíamos discutido.

—¿Acerca de qué?

Sonaba ridículo y terriblemente insignificante.

—No quería ir a dormir. Quería sentarme a leer con mi padre.

—Así que incendiasteis vuestra casa —dijo el rey con calma.

—Fue un accidente. Estaba enfadada, y la ira creció hasta que no pude contenerla. Salí corriendo, porque esa sensación me aterraba. Sentía como si se quemara algo en mi interior. Entonces... me volví —dijo mientras el recuerdo la desgarraba—. Vi que el fuego consumía la casa. Hacía un momento, no había llamas y, de golpe, las tenía enfrente.

—Así que vos fuisteis la causante del fuego.

—Sí.

—¿Cómo lo supisteis?

Cuando ves que tu propia mano se mueve, ¿cómo sabes que está unida a tu brazo, a tu hombro, a tu sangre y a tus huesos? Es lo mismo.

—Lo supe porque lo veía, lo oía y lo sentía como si fuera yo misma —explicó—. Me producía la misma sensación que la rabia. Tenía el mismo olor y el mismo sabor. Me sentía conectada a él. —Dudó—. Desde entonces, el gran maestro Belounnon me ha ayudado a comprender que lo que sentí en aquel momento fue el empirio. La conexión que había entre el fuego y yo era el poder que lo conecta todo. Tuve acceso a él.

Rielle se atrevió a mirar al arconte, sentado junto al Consejo Magistral. Sin pestañear, él clavó en ella sus ojos pequeños y brillantes. La luz de las antorchas hacía que le brillara la piel blanca y el cráneo liso.

—¿Vuestra madre pudo escapar? —continuó el rey.

A Rielle se le cerró la garganta y, por un momento, fue incapaz de hablar.

—No, se quedó atrapada en el interior. Mi padre entró corriendo para sacarla. Estaba viva, pero entonces...

«Dilo, pequeña. —La voz había vuelto, compasiva—. Cuéntaselo. No pueden hacerte daño.»

Los santos de piedra la miraban fijamente con ojos insensibles, fríos y graves. En tal situación, aquella voz extraña no debería consolarla, sin embargo, el mero hecho de oírla hizo que se le calmara el estómago revuelto.

—Cuando vi a mi madre —prosiguió— estaba aterrada. Jamás había visto a alguien con quemaduras. Ella chillaba, y yo le grité que parara, pero no lo hizo. Entonces... yo solo podía pensar en cómo hacer que dejara de chillar. —Rielle contaba la historia deprisa, como si intentara superar el recuerdo de aquellas llamas ascendentes—. Entonces paró. Mi padre la tumbó en el suelo y le rogó que se despertara, pero estaba muerta.

Los movimientos y los murmullos llenaron la habitación.

—Así que nos habéis ocultado ese asesinato durante trece años —declaró

el rey Bastien.

—No fue un asesinato —se defendió Rielle, que estaba desesperada por sentarse. Todavía tenía el cuerpo magullado a causa de la lucha en las montañas—. Yo no pretendía matar a mi madre. Era una niña, fue un accidente.

—Lo que aquí nos concierne son los hechos, no las intenciones. La realidad es que vos matasteis a Marise Dardenne y que durante trece años, con la ayuda de vuestro padre y del gran maestro Belounnon, mentisteis sobre ello.

—Si alguien me hubiera preguntado si había matado a mi madre y yo lo hubiera negado —replicó Rielle, mirando directamente al rey—, estaría mintiendo, Su Majestad. Guardar un secreto no es mentir.

—Lady Rielle, no me interesa la semántica. Ocultasteis el daño que erais capaz de causar mientras comíais a mi mesa, mientras estudiabais con mi hijo y con mi sobrina... De ese modo, los pusisteis en peligro a ellos y a todos los que os rodeaban. Algunos considerarían que tal engaño es una traición.

«Traición.» Rielle, con las manos caídas sobre los muslos, seguía mirando al rey Bastien. Si su intención era asustarla, lo había conseguido.

—El día de la carrera —prosiguió el rey—, no solo prendisteis fuego al atacar a aquellos hombres...

La rabia se abrió en su interior. Si iban a culparla de traición, entonces se ganaría su castigo.

—Al salvar la vida del príncipe Audric, querréis decir.

Un murmullo más fuerte se elevó en la galería, pero el rey Bastien simplemente inclinó la cabeza. Rielle sabía que esa sería la única muestra de agradecimiento que recibiría, pero eso bastó para animarla un poco.

—Cuando atacasteis a aquellos hombres —continuó diciendo el rey—, no solo prendisteis fuego, sino que desgarrasteis la tierra. Cortasteis láminas de roca de las montañas. Uno de los jinetes que sobrevivieron describió cómo recogisteis la luz solar del cielo con vuestras propias manos. Otro afirma que, por lo que él pudo ver, tirasteis a los asesinos de sus caballos sin disponer de más medios. Aunque los asesinos eran elementales, vos los vencisteis con

facilidad. —El rey levantó la vista de sus notas—. ¿Se ajusta eso a lo que vos recordáis?

Entonces sí que sabían lo que había hecho, sabían que no era una simple elemental. Le dolía la mandíbula de tanto apretarla.

—Sí, Su Majestad.

—Así que no solo sois una empuñafuegos, sino que también sois una sacudetierras, una ruedasoles y puede que más cosas. Creo que entendéis lo alarmados que estamos al considerar lo que eso significa. Ningún humano que haya vivido jamás ha sido capaz de controlar más de un elemento, ni siquiera los santos.

Dentro de Rielle se encendió una pequeña chispa de orgullo.

—Lady Rielle —prosiguió él—, si durante la carrera hubierais estado cerca de una masa de agua, ¿habríais hecho que esta se desbordara?

—Es imposible saberlo con certeza, Su Majestad.

—Bueno, pues ¿habríais podido hacerlo?

Hacer que el agua se desbordara. Todos esos años de estudio con Tal solo le habían dado algunas pistas sobre cómo usar ese poder y, aunque nunca hubiera sido tan fuerte con ese elemento como con el fuego...

«Sabes que puedes hacerlo —murmuró la voz—. Puedes inundar el mundo entero. Ese tipo de poder te hierve bajo la piel, ¿no es cierto?»

Un placer cauteloso se desplegó en su interior. «¿Quién eres?», le preguntó a la voz.

No obtuvo respuesta.

Levantó la barbilla.

—Sí, creo que podría hacerlo.

Una nueva persona intervino en voz alta:

—¿Os gustó?

Era una pregunta tan perfectamente astuta y terrible que Rielle no respondió de inmediato. Encontró a quien la había formulado: un hombre de belleza austera, rubio y de mandíbula marcada. Era lord Dervin Sauvillier, el hermano

de la reina y el padre de Ludivine, que estaba sentada detrás de él, serena y perspicaz. Llevaba un vestido de un rosa luminoso con encajes en las mangas.

—Lord Sauvillier —dijo el rey con dureza—, aunque aprecie vuestro interés en lo sucedido, no os he dado permiso para hablar.

La reina Genoveve, de cabello caoba y pálida como su sobrina Ludivine, le tocó el hombro a su marido.

—Sin embargo, es una pregunta razonable si queremos determinar cuál es la mejor manera de proceder.

Rielle miró a la reina y fue recompensada con una pequeña sonrisa que le recordó a Ludivine. Le recordó a una Ludivine que no había crecido al lado de Audric, en las dependencias soleadas y aireadas de Baingarde, sino en los fríos salones montañosos de Belbrion, la sede de la Casa Sauvillier.

La mirada de la reina se deslizó sobre ella y se alejó.

—No estoy segura de haber entendido del todo la pregunta de lord Sauvillier —contestó Rielle.

El padre de Ludivine levantó respetuosamente la ceja hacia el rey, que asintió una sola vez con la cabeza.

—Lady Rielle, os pido que me perdonéis por haber sido tan brusco —dijo Dervin Sauvillier—. Pregunto si disfrutasteis al hacer lo que hicisteis en la pista, si disfrutasteis al infligir dolor a los asesinos... —Se detuvo—. Si disfrutasteis al hacerle daño a vuestra madre.

—¿Que si disfruté? —repitió Rielle, evitando contestar.

Porque era evidente que lo había hecho. No era el dolor que había causado ni la muerte de su pobre madre lo que le había gustado, sino el alivio... Se moría por sentir eso, por notar la ráfaga que le recorría todos los músculos del cuerpo y la calmaba. Se moría por vivir aquellos momentos prohibidos y ardientes —como cuando practicaba con Tal o como cuando había cabalgado en la Carrera— en los que solo era consciente de su poder y de lo que era capaz de hacer. Anhelaba los momentos en los que entendía con luminosa claridad que ese era su verdadero yo.

A veces deseaba tanto volver a sentir eso que no podía dormir.

—Es alarmante que dudéis tanto, lady Rielle —dijo lord Sauvillier.

—A mí no... a mí no me gusta hacer daño a los demás —respondió lentamente Rielle—. No hago más que avergonzarme y arrepentirme de ello. De hecho, me horroriza que alguien pueda pensar que disfruto haciendo tales cosas a un ser vivo, por no hablar de mi propia madre. Pero... ¿acaso los santos no nos enseñan a deleitarnos con el uso del poder que Dios nos ha otorgado?

De refilón, Rielle vio que el arconte se movía al fin y se inclinaba ligeramente hacia delante.

Audric, como si hubiera estado esperando a que ella le diera una señal, no le falló y dijo:

—Mi señor, ¿puedo responder a la pregunta que ella ha formulado? —le preguntó a su padre.

El rey Bastien no parecía muy contento, pero asintió con la cabeza.

—Mi lady, las enseñanzas de los santos nos dicen eso, en efecto —le dijo Audric, mirándola directamente como si estuvieran los dos solos—. También nos dicen que los elementales no deben ignorar ni negar su poder, incluso, y seguramente con más razón, si dicho poder es peligroso. De entre todas las personas, yo sé bien de lo que hablo.

Rielle no dijo nada, aunque se sintió más aliviada y ligera. Con esas palabras, Audric le mostraba que lo entendía, que la perdonaba. La miraba con una firme creencia en los ojos, y ella sintió que la calidez le recorría el cuerpo y le llegaba hasta los dedos de los pies.

—Con todos mis respetos, Su Majestad —dijo lord Sauvillier, simplemente exasperado—, no podemos comparar a esta mujer, que destruyó su entorno de forma negligente, con vuestro hijo. Él ha demostrado constantemente tener una disciplina intachable y no ha sucumbido ni una sola vez a su poder.

Una ola de rabia creció dentro de Rielle.

—Quizá yo me enfrente a un reto mayor, ya que al parecer soy más

poderosa que vuestro príncipe.

El silencio que siguió a eso fue tan absoluto que parecía estar vivo. Lord Sauvillier retrocedió disgustado, enfadado y apretando los labios. El rey perfectamente podría haber estado tallado en piedra, igual que los santos que los observaban.

Rielle esperó con el corazón desbocado. Quería mirar a Audric, pero se resistió a hacerlo.

Al fin, el rey Bastien habló:

—Lady Rielle, ya estáis familiarizada con la profecía que anunció el ángel Aryava y que tradujo la reina Katell.

Claro que estaba familiarizada con la profecía. Como todo el mundo.

—Así es, Su Majestad —contestó Rielle.

—«El Portal caerá —recitó él—. Los ángeles regresarán y arruinarán el mundo. Sabréis que ha llegado el momento porque dos reinas humanas se alzarán: una hecha de sangre, y otra hecha de luz. Una tendrá el poder de salvar el mundo y otra tendrá el poder de destruirlo. Dos reinas se alzarán. Tendrán el poder de los Siete. Tendrán vuestro destino en sus manos. Dos reinas se alzarán.»

El rey se detuvo. Después de pronunciar las palabras de la profecía, parecía que en el salón hiciera más frío.

—Es evidente que la interpretación más popular de la profecía —continuó diciendo el rey Bastien— es aquella que afirma que la llegada de las dos reinas augurará la caída del Portal y la venganza de los ángeles. También dice que las dos reinas serán capaces de controlar no solo un elemento, sino todos.

Sí, claro, todo el mundo lo sabía. Aunque lo cierto era que, en aquellos tiempos modernos, la gente no le daba demasiadas vueltas a las diferentes interpretaciones..., si es que alguien pensaba en la profecía.

Rielle era una de las excepciones. A menudo leía las palabras de la profecía una y otra vez, pasando los dedos por encima de las letras escritas en los libros de Tal.

Una reina hecha de sangre y una reina hecha de luz. La Reina Sangrienta y la Reina Solar a las que habían invocado a lo largo de los siglos.

Ahora, después de tantos años, apenas parecían reales. El Portal aún se erigía fuerte en Las Partidas, en un extremo del mar del Norte, protegido y silencioso, con los ángeles encerrados de forma segura al otro lado. Aquellas reinas de la profecía también podrían haber sido los personajes de un cuento. Los niños escogían bandos, reunían ejércitos para jugar y representaban guerras en las calles.

La reina mala contra la reina buena. La sangre enfrentada a la luz.

«¿Soy una de ellas? —se preguntaba Rielle, aunque nunca había tenido el coraje suficiente como para consultárselo abiertamente a Tal o a su padre—. Si así fuera..., ¿cuál soy?»

—Ya veis, lady Rielle —dijo el rey—, que mi obligación no es decidir si lo que habéis hecho es un crimen ni si debéis ser castigada y, en tal caso, cómo. Nos encontramos frente a un hecho sin precedentes, ya que al parecer no sois solo empuñafuegos, ruedasoles o sacudetierras, sino todas esas cosas y más. Habéis practicado una magia mucho más poderosa que la que se ha visto en siglos, incluso después de pasar trece años aprendiendo a reprimir vuestras habilidades con la esperanza de que estas desaparecieran. Además, lo habéis hecho sin la ayuda de una forjadura, que es algo que ni los santos pudieron conseguir en la cima de su gloria. Mi deber sagrado —prosiguió el rey con semblante grave— es determinar lo que sois exactamente. Debo decidir si sois una de las reinas y, de ser así, cuál.

Rielle oyó con claridad las palabras que el rey no había pronunciado: «Y qué es lo que eso supondrá para vos».

Apretó los puños sobre la falda e hizo una reverencia ante el rey. La sombra de santa Katell le caía como una espada sobre el cuello.

10

ELIANA

*«Cuando negra sea la noche,
cuando pierdas la batalla,
cuando la sangre se derroche,
mira cómo el alba estalla.»*

Canción popular venterana

Siempre que Eliana se vestía para una de las fiestas de lord Arkelion, pensaba en su padre.

Joseph Ferracora había pasado la mayor parte de la infancia de su hija luchando en el frente oriental mientras el Imperio desgastaba la última resistencia que quedaba en Ventera.

—Pondremos lámparas en la ventana por cada noche que él no esté —había decidido su madre.

En aquellos días dorados anteriores a la invasión, anteriores a Remy, aquella guerra distante era igual de real para Eliana que una historia de fantasmas.

—Pero ¿para qué servirán las lámparas? —le preguntó la niña.

—Pertenece a la Reina Solar —le explicó Rozen— y ayudarán a tu padre a volver a salvo junto a nosotras.

Así que cada noche, antes de meterse en la cama, Eliana había encendido una vela en la habitación y había susurrado la plegaria de la Reina Solar: «Que la luz de la Reina lo guíe a casa.»

A medida que crecía, empezó a temer las visitas de su padre, ya que cada

vez eran más cortas y siempre se terminaban. Pero nunca había dejado de contar los días que faltaban para el solsticio de verano, que era cuando Ioseph regresaba para el festival anual y, sobre todo, para la procesión de la Reina Solar.

Antes de la Caída, antes de que la Reina Sangrienta Rielle muriera y lo dejase todo devastado, el mundo estaba lleno de magia. Eso era lo que decían las historias, y cuando Eliana era una niña se las creía de todo corazón. Contaban que la gente del Viejo Mundo usaba escudos y espadas para atraer el viento y el fuego. Veneraban a unos santos poderosos que habían desterrado a la raza angelical al olvido y creían que, algún día, una reina los salvaría del mal. La llamaban la Reina Solar, porque llenaría las tinieblas de luz.

Incluso mucho después de que hubiera terminado la era del Viejo Mundo y de que se diese por hecho que los ángeles y la magia no existían, que jamás habían existido —y que las leyendas del Viejo Mundo eran solo eso: leyendas—, mucha gente seguía yendo a los templos a rezar a los santos. El mito de la Reina Solar seguía vivo.

Cada verano, Ioseph Ferracora regresaba a casa junto a su hija. Siempre le traía algún ornamento nuevo para su disfraz: una trenza dorada de Rinthos o una piel de visón blanca sacada ilegalmente de Astavar.

Eliana y sus padres, juntos, se unían a los desfiles que abarrotaban la ciudad. Los niños, con polvos dorados en las mejillas, se subían a las estatuas derruidas de santa Katell la ruedasoles y le dejaban guirnaldas de flores gema alrededor del cuello. Los músicos golpeaban sus tambores y punteaban sus arpas. Los cuentacuentos, vestidos de blanco, representaban historias de la tan esperada llegada de la Reina Solar.

La procesión terminaba en la curva más elevada del río, que se encontraba en las colinas orientales. Ahí se erigía la estatua de Audric el Alumbrador. Sentado en su caballo alado, llevaba la espada en la mano y fijaba los ojos sombríos en el horizonte del este. Aquella era la estatua favorita de Eliana en toda la ciudad. Cuando miraba el rostro del rey condenado, aquella expresión

valiente y cansada a la vez, se compadecía de él y el corazón le daba un vuelco.

—Lo siento, Alumbrador —le había susurrado aquel último año.

Le había dado un beso en la erosionada bota de piedra y había aferrado su collar, que representaba la misma imagen estropeada de la estatua. Como siempre, había buscado el rostro de Audric en las capas desgastadas del colgante. El caballo alado se veía con claridad, pero, aunque Eliana intentara limpiarlo con esmero, la oscuridad del tiempo había enterrado al jinete.

—Mira el horizonte —le había susurrado Rozen a su hija con el pequeño Remy en brazos—. ¿La ves? ¿Ves a la Reina Solar?

—¿Vendrá este año, papá? —había preguntado Eliana con siete años, eufórica incluso después de pasar en vela una noche tan larga.

—Sigue mirando, pequeña —le había contestado Ioseph, rodeándola con brazos temblorosos—. Sigue mirando hacia la luz.

Al día siguiente, él se había ido a la guerra y no había vuelto jamás.

* * *

Diez años después, Eliana estaba sentada frente al espejo de su habitación mientras Remy acababa de peinarle el cabello castaño y ondulado y le hacía un recogido alto. Las mejillas —no tan pálidas como las de su hermano, sino más cercanas a los tonos aceitunados y cálidos de su madre— le brillaban por los polvos plateados que se había puesto. El negro del lápiz de ojos le delineaba la mirada, y en cada oreja le centelleaban unos diamantes. Terminó de aplicarse un carmín rojo e intenso en los labios y le sonrió a su imagen.

—Estoy guapa —declaró.

Remy puso los ojos en blanco.

—Tú siempre estás guapa.

—Sí, pero esta noche es muy importante, ¿no?

—Seguiré poniendo los ojos en blanco hasta que pares de hablar.

Ella le sonrió a través del espejo.

—Bueno, cuéntamelo una vez más.

Sentado en la cama de Eliana, Remy se enfurruñó y recitó:

—Pase lo que pase, debo quedarme con Harkan. Pase lo que pase, tengo que hacer exactamente lo que me diga. Y, pase lo que pase, que ni se me ocurra volver a preguntarte qué harás esta noche.

Eliana se levantó, y los pliegues brillantes del vestido color vino de lord Arkelion le cayeron sobre las piernas.

—¿Y si le pasa algo a Harkan?

—Te esperaré en el puente del este, al lado de la estatua del almirante.

—Pero a Harkan no le pasará nada —dijo el aludido en persona, entrando en la habitación. Llevaba unas botas altas y marrones, un pantalón oscuro, un abrigo largo que le apretaba el torso esculpido y una capa con capucha. Puso en el suelo una bolsita con provisiones y despeinó a Remy—. Harkan es demasiado listo.

Normalmente, Remy habría puesto los ojos en blanco y le habría dicho a Harkan que lo único guay que podía hacer era eructar como un abuelo viejo y borracho.

Pero Remy estaba pálido y permanecía en silencio. Tenía los labios cortados de tanto morderlos. Desde que su madre había desaparecido, no había dejado que nadie lo viera llorar, incluso había intentado contestarle las bromas a Eliana, pero a ella se le daba mejor.

Si el plan se torcía, si le pasaba algo a Harkan o a él por culpa del trato que ella había hecho con Simon...

Eliana se metió el collar dentro del vestido y sintió la rugosidad de la figurita sobre la piel. A continuación, se suavizó los rasgos con una máscara reluciente.

—Remy —dijo Harkan—, ¿por qué no vas a recoger tus cosas?

—No soy tonto —masculló él—. Puedes pedirme directamente que me vaya para que podáis hablar.

—De acuerdo. Vete para que podamos hablar.

Cuando Remy se hubo ido, Harkan le cogió la mano a Eliana.

—Dime que no estás cometiendo un grave error al confiar en ese hombre —le pidió con suavidad.

Eliana vio que Harkan estaba muy serio, y una ola de nerviosismo la estremeció.

—Sabes que no puedo.

—Bien, porque entonces sabría que mientes.

Aunque Eliana estuviera nerviosa, sonrió, y cuando Harkan le devolvió la sonrisa, le rodeó la cara con las manos y lo atrajo hacia ella con delicadeza para besarlo. Con las manos calientes de Harkan sobre la espalda descubierta, Eliana casi podía creer que aquella era una noche cualquiera en la que irían juntos a una fiesta, bailarían y tontearían y volverían a casa con un trabajo entre manos.

—La encontraremos, El. —Harkan la besó en la sien, la soltó y la miró con ternura—. Pero antes...

—Antes —dijo ella, intentando sonreír— debo asistir a una fiesta.

* * *

En el salón nocturno del palacio de lord Arkelion solo había un puñado de velitas esparcidas por la habitación, y el suelo temblaba y giraba al compás de los bailarines. Las grandes ventanas se abrían a la noche y dejaban entrar la brisa del río.

Eliana fingía dar sorbitos a su vino mientras examinaba la habitación y contaba las figuras inmóviles que había en aquel perímetro: un total de veinte adatrox.

Apretó los labios. En una noche normal, poco más de quinientos adatrox patrullaban por el enorme palacio y sus extensos terrenos, pero en esa en concreto había cerca de mil.

Siguió contando. Treinta. Treinta y cinco. La mayoría eran hombres, solo vio unas pocas mujeres. Los había oscuros y pálidos. Llevaban capas negras y sobrevestes grises. En un instante, sus miradas fijas y vacías podían convertirse en letales.

En una esquina del salón de baile, destacaba un ídolo del Emperador. Al verlo, Eliana le rezó rápidamente a santa Tameryn, legendaria lanzasombras del Viejo Mundo y patrona de Astavar. El Imperio podía derribar los templos hasta los cimientos y demoler sus estatuas, pero no controlaría las oraciones que había en su cabeza.

«Ocúltame, Tameryn —rezó—, señora de la agilidad y de los actos ilícitos. Si es que existen alguna vez, claro.»

Unos repiqueteos llegaron flotando desde la plaza central de la ciudad: el reloj de la torre daba la medianoche.

Eliana esperó cinco minutos antes de vagar por el salón, sonriendo e inventándose excusas cada vez que alguien le pedía un baile. Sin perder de vista a los adatrox que patrullaban por los pasillos, se abrió paso entre el laberinto de cuartos de estar, alumbrados con velas, que rodeaban el salón de baile. Entró sigilosamente a un estrecho pasaje de servicio y siguió las escaleras de piedra serpenteantes que conducían a los pisos inferiores del palacio, donde se encontraban la enfermería, las habitaciones de los sirvientes y las cocinas.

Todos los criados con los que se cruzó la conocían demasiado bien y apartaron la vista.

Cuando doblaba la esquina de un pasillo con cajas de verduras y sacos de harina amontonados, un hormigueo nervioso le recorrió el cuerpo.

Si aquello se trataba de alguna elaborada trampa de Simon, si la traicionaba en el último momento y abandonaba a Remy y a Harkan a una muerte segura... Bueno, ella no se dejaría vencer sin llevárselo a él por delante.

Se detuvo y escuchó el bullicio de las cocinas para asegurarse de que no se

acercaba nadie. Entonces abrió el pestillo de una puerta pesada que conducía a un pequeño patio de piedra lleno de provisiones.

Simon se coló adentro, vestido con el uniforme de adatrox que Eliana había robado. Con el sobreveste ajustado y el escudo alado del Imperio estampado en el pecho, podía pasar perfectamente por uno de aquellos soldados silenciosos. Pero la luz avispada que le brillaba en los ojos y la manera en la que se movía lo delataban. Sus movimientos eran sinuosos y gráciles y no tenían la rigidez propia de los adatrox.

—¡Al fin! —dijo con sequedad—. Ya estaba empezando a preocuparme.

—Lo dudo mucho. —Ella cerró la puerta y pasó majestuosamente a su lado. Sintió un deleite salvaje al ver que él le recorría el cuerpo con la mirada, cosa que más tarde podría resultar de utilidad—. Vamos.

Lo guio a través de los apretados pasajes hasta la tercera planta, donde emergieron en el palacio propiamente dicho. Las tupidas alfombras de pelo amortiguaban sus pasos. La música se deslizaba a través de las ventanas abiertas hacia los enormes jardines que había debajo.

En el ala norte, las paredes se tornaban rojas y las molduras estaban adornadas. Las lámparas quemaban gas dentro de cubiertas enjovadas, y el aire olía a perfume. Doblaron una esquina y entraron en una galería llena de retratos de generales de mirada oscura. En uno de los extremos del pasillo, colgaba una pintura del mismísimo Emperador.

Eliana tenía el corazón desbocado. Nunca había estado en el ala norte. No podía quitarse de encima el miedo infantil de que los negros ojos pintados del Emperador seguían cada uno de sus pasos.

—Bien —dijo—, ya hemos llegado. Es tu turno.

Simon pasó silenciosamente a su lado.

—Mira y aprende, pequeño Terror.

—Vuelve a llamarme pequeña y te doy un puñetazo.

Él dibujó una sonrisa.

—Sabes cómo seducirme.

—¿Has olvidado que mis golpes duelen?

—¿Que si lo he olvidado? De hecho, me encanta recordarlo.

Ella frunció el ceño, pero entonces llegaron a una puerta de madera marcada con el grabado de una mujer desnuda, cuyos cabellos le caían sobre la cara como si fueran olas. Eliana se quedó helada.

—¿La residencia de las concubinas? —Le lanzó una mirada a Simon. Las concubinas vivían en aquella torre, y sus homólogos masculinos, en la del ala sur—. ¿Por qué?

—Hay una chica dentro —le explicó Simon, agarrándole el brazo—. Cúbreme mientras la rescato. Intenta no resultar herida. No esperaré por ti.

Eliana se enfureció. ¡Como si él tuviera alguna posibilidad de atravesar el castillo sin ella!

—Sígueme la corriente —le dijo Simon, y llamó a la puerta.

Eliana asintió con la cabeza, lista para agarrar a *Arabeth* por la abertura de la falda.

Las puertas se abrieron y dejaron al descubierto a dos adatrox. Eran hombres. Uno era pálido, y el otro, oscuro.

Al ver a Simon, arrugaron la frente. Empujó a Eliana hacia el recibidor. Ella, obediente, mantuvo los ojos en el suelo. El corazón le latía con fuerza.

—¿Qué es esto? —preguntó uno de los adatrox.

—Una entrega especial —respondió Simon con soltura antes de sacarse la espada del cinturón y destriparlos a los dos.

Ambos cayeron al suelo. Con una patada, Simon cerró la puerta tras él.

Una chica que pasaba por el recibidor, ataviada con sedas vaporosas, se alejó corriendo y gritando alarmada.

Más adatrox doblaron la esquina. Simon corrió hacia ellos con Eliana pegada a los talones. Con un rápido puñetazo y un golpe de arma blanca eliminó a uno.

Eliana atacó al otro. El adatrox arremetió contra ella, espada en mano. Ella esquivó su embate y lo apuñaló en la garganta. Él, ahogándose, cayó al suelo

con un ruido sordo. Entonces posó sobre el rostro de la chica su mirada nublada, que se oscureció y se agudizó.

Una sensación desagradable la invadió. Perdió el equilibrio y se tambaleó. Se sentía... observada, como si las sombras que tenía alrededor ocultaran unos ojos secretos que se hubieran despertado para mirarla fijamente.

El adatrox se quedó quieto, desangrándose en el suelo, con la mirada ciega y vacía. Fuera lo que fuese aquella oscuridad que le había llenado los ojos, ya había desaparecido. ¿O quizá jamás había existido?

Eliana se volvió y corrió hacia Simon, siguiendo el sonido de metal contra metal por un ancho pasillo forrado de telas bordadas. Lo encontró en un baño iluminado con luz tenue que olía a jazmín y a rosas. Tres adatrox lo rodeaban. Ella se ocupó de uno y le abrió la garganta. Entonces eludió los puños de otro y, a continuación, le puso la zancadilla y le pateó la cabeza con el talón de su sandalia con cuentas. Una chica pasó disparada junto a ellos y salió por la puerta, agarrándose el chal sobre el pecho. Tras ella dejó un rastro de huellas rojas.

En el lado opuesto de la sala, Simon luchaba con otro adatrox. Un grupo de chicas estaban con la espalda pegada a la pared de la esquina más alejada, atrapadas entre ella, Simon y la salida. Una emitió un sollozo agudo.

Eliana examinó el rostro de cada una de las chicas. ¿Cuál era a la que Simon tenía que rescatar? ¿Y por qué? ¿De qué le podía servir una concubina al segundo miembro de mayor rango de la Corona Roja?

Eliana notó que había un adatrox en la puerta detrás de ella antes de que pudiera verlo. Se volvió justo a tiempo para esquivar su espada. Se resbaló con un charco de agua que había en el suelo, cayó y se dio un fuerte golpe en la rodilla.

Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, el adatrox blandió la espada hacia ella..., pero una cadena formada por zafiros y diamantes le rodeó el cuello y lo hizo trastabillar. La persona que estaba detrás del adatrox tiró del

collar con fuerza, y el soldado dejó caer la espada para llevarse las manos a la garganta, asfixiándose.

Eliana cogió la espada del suelo y le atravesó el corazón. Él se desplomó.

Ella levantó los ojos y se encontró con la mirada de la chica que sujetaba el collar, de cuyo extremo pendía un ópalo enorme. Su piel era de un marrón cálido, tenía el pelo negro y los ojos claros, de color avellana. Aunque no llevara nada puesto, salvo una enagua fina y azul salpicada de sangre y la marca dorada de las concubinas en las muñecas, tenía el porte de una reina.

—De nada —le dijo la chica sin aliento.

Simon irrumpió a su lado.

—Bien, ya os habéis conocido. —Cogió a la muchacha por el brazo y se dirigió hacia la puerta—. Por aquí.

Eliana envainó a *Arabeth* y fue tras ellos.

—Me llamo Navi —se presentó la chica sonriendo a Eliana, mientras Simon se apresuraba a salir de la habitación.

Pero ella no contestó, ya que, cuando miró hacia atrás, hacia las ventanas abiertas del baño, vio que una figura caía del techo y aterrizaba en la terraza exterior.

Era alguien alto y delgado que tenía la piel pálida y de color crema. Llevaba el pelo rubio recogido en una larga trenza y vestía todo de negro, salvo por la capa de gala que arrastraba por el suelo, roja como la sangre.

Rahzavel.

RIELLE

«Existen muchas interpretaciones de la profecía de Aryava. Algunas descartan sus últimas palabras porque consideran que solo son las divagaciones absurdas de una gran mente angelical echada a perder. Pero todos los eruditos están de acuerdo en lo siguiente: a pesar de la guerra que dividía a sus pueblos y de la sangre, tanto de humanos como de ángeles, que les manchaba las manos, el ángel Aryava amaba a santa Katell la ruedasoles..., y ese amor nos salvó a todos.»

Disertación sobre la profecía de Aryava,
traducida por la gran maestre Isabeau Bazinet del Arraigo
y transcrita el 6 de octubre, año 12 de la Segunda Edad

Al cabo de dos horas, el rey decretó un descanso, y los guardias escoltaron a Rielle hasta una de las antecámaras del salón.

Se dejó caer en la primera silla que vio; estaba tan cansada que se sintió enfermar. El consejo la había atacado a preguntas. Que qué sentía al manipular tantos elementos a la vez y con el propio cuerpo. Que si silbar el viento era diferente a controlar el fuego o a sacudir la tierra, o que si para ella era lo mismo.

¿Y qué clase de lecciones le había dado Tal a lo largo de los años?

¿La había intentado matar en alguna ocasión para poner a prueba su capacidad de contención?

¿Cómo lo había hecho y cuántas veces?

¿Cómo se había resistido al deseo instintivo de salvarse? ¡Qué maravilloso testimonio de autocontrol! Por supuesto, también le habían preguntado dónde había estado ese control el día de la competición.

Al menos la habían dejado sentarse durante algunas de las preguntas, pero aun así se sentía tan exhausta como si hubiera vuelto a competir en la Carrera. Dos veces.

Justo cuando se le empezaban a cerrar los ojos, las puertas se abrieron, y Audric entró en la habitación.

—Dejadnos solos —les ordenó a los guardias.

Estos no se movieron. Se hizo tal silencio que todo quedó suspendido en el aire.

—Creo que si lady Rielle hubiera querido matarme ya lo habría hecho hace años —soltó Audric—. Dejadnos solos.

Los guardias se fueron al instante.

Ahora Rielle estaba completamente despierta. Se levantó con el corazón a punto de estallar. ¿Por dónde podía empezar?

—Audric —le dijo con voz tensa—. Siento no habértelo contado antes.

—Entiendo por qué no lo hiciste. Por Dios, Rielle... Por favor, no te disculpes. ¿Estás bien?

Ella resopló y rio levemente.

—No del todo.

Audric se le acercó y le tomó las manos. Le rozó la muñeca con el pulgar, como si fuera un beso.

—No puedo perdonarles que te hayan hecho esto.

Cada ligera presión de sus dedos hacía que a Rielle le diera un vuelco el estómago.

—¿Te refieres a Tal y a mi padre?

—Deberían avergonzarse de ser tan cobardes.

—Bueno, estoy segura de que Tal ya está abochornado.

—Me alegro.

—Creían que hacían lo correcto.

Audric frunció el ceño.

—Para el reino.

—Claro.

—¿Y para ti?

Ella dudó. ¿Cuántas veces le había hecho esa pregunta a su padre? ¿Cuántas veces había sufrido en silencio?

—Mi felicidad no importa en comparación con el hecho de que la gente que me rodea esté a salvo.

—¡Que no importa! —Audric la soltó y se pasó la mano por los rizos oscuros—. Eso es lo que llevan diciéndote toda la vida.

De repente, el aire a su alrededor se cargó. Una magia cercana hizo que a Rielle le hormiguearan los dedos. El calor se abrió en el aire. Ella percibió el suave aroma a chamuscado de la magia de los ruedasoles, parecido al aroma del cielo abrasador del mediodía en un caluroso día de verano. Audric la miró intensamente a los ojos y se volvió, con los hombros contraídos y en alto. Se dirigió a la ventana y puso la mano sobre el cristal caldeado por el sol.

Cuando la miró de nuevo, ya no se lo veía tan furioso, y el aire se había calmado.

—Tu felicidad sí que importa, Rielle —le dijo con suavidad—. Siento no haber visto lo que estaba pasando ante mis ojos durante todo este tiempo. De haberlo sabido, jamás los habría dejado...

Se le apagó la voz y apretó la mandíbula. Ella se moría de ganas de tocarlo.

—Lo sé —dijo en su lugar.

—Lo que hiciste durante la carrera me pareció maravilloso. Nunca había visto un poder así. Fue precioso, Rielle.

A pesar de todo, ella no pudo evitar sonrojarse de placer.

—Querían matarte. No podía permitirlo.

Él levantó una ceja.

—¿Acaso no puedo cuidar de mí mismo?

—Sí que puedes, y lo hiciste. Pero... —Se tragó su propia voz y se quedó en silencio.

«Pero, si hubieras muerto, no habría sido capaz de soportarlo.

»Si hubieras muerto, no sé lo que habría podido pasar, lo que habría hecho para vengarte.»

Audric se aclaró la garganta. Parecía que escogía las palabras con cuidado.

—Cuando te vi cabalgando hacia mí, no sabía que la sangre era del caballo, sino que creí que era tuya. Estabas completamente empapada, y creí... —Caminó hacia ella, mirándola a la cara, y luego apartó los ojos.

Para Rielle, la presencia de Audric era como una ligera caricia flotándole sobre la piel. Estaba desesperada por entregarse a ella, por tomarla y disfrutarla.

—Podrías darme las gracias —consiguió decir—. Como mínimo.

—Si me prometes que no volverás a asustarme de ese modo. O, al menos, avísame antes para que pueda prepararme.

—Por supuesto —accedió ella—. Si tú me avisas la próxima vez que planes que unos asesinos te ataquen.

Él sonrió.

—Luchamos bien juntos. No me importaría volver a hacerlo. —Suavizó la expresión—. Gracias, Rielle.

Ella deseó no haber sido capaz de leerle la cara.

—¿Qué pasa?

—Tengo que contarte algo —empezó a decir Audric.

La puerta se abrió para dar paso a Ludivine y a los guardias.

—¿Se lo has dicho ya? —preguntó esta con semblante preocupado.

—¿El qué? —se impacientó Rielle—. ¿Qué es lo que han decidido?

—Solicitan de inmediato vuestra presencia, lady Rielle —dijo uno de los guardias.

—Comuníqueme a mi tío, el rey, que irá en un momento —le indicó Ludivine sin que su sonrisa se le reflejara en los ojos—. Si protesta, puede decirle que

se muerda la lengua si no quiere que su sobrina lo odie hasta el fin de sus días.

El guardia se sonrojó e inclinó la cabeza. A continuación, se retiró hacia el pasillo.

—Muchos miembros del consejo están asustados —le contó Ludivine a Rielle con rapidez—, y el rey se encuentra bajo una presión tremenda. Debe actuar antes de que los rumores empiecen a descontrolarse y a sembrar el pánico. Antes... —Se detuvo—. Antes de que pueda pasar algo más.

«Antes de que vuelva a perder el control», pensó Rielle sombría.

—Si hubiera tenido otra elección, no habría accedido —prosiguió Ludivine.

A Rielle se le cayó el alma a los pies.

—¿Acceder a qué?

—A someterte a siete pruebas —le explicó su amiga—. Una para cada elemento.

—Para comprobar cómo es tu poder —añadió Audric—. El Consejo Magistral las diseñará. Quieren asegurarse de que puedes controlar tus habilidades. —Miró hacia otro lado e hizo una mueca de amargura con la boca.

Ludivine le puso una mano sobre el brazo.

—No solo pondrán a prueba tu control, sino también tu lealtad. No debes titubear, Rielle. Al más mínimo atisbo de desafío o de traición...

—¿Qué es exactamente lo que creen que haré? —estalló Rielle, soltando una leve sonrisa de incredulidad—. ¿Huir a Borsvall? ¿Volverme en medio de una de las pruebas y matar al rey?

—No sabemos lo que hará la Reina Sangrienta cuando llegue —añadió Ludivine con suavidad—. «Una tendrá el poder de salvar el mundo y otra tendrá el poder de destruirlo. Una hecha de sangre y otra hecha de luz.»

—Estoy harta de escuchar esa maldita profecía —masculló Rielle, que se sintió satisfecha al ver que Audric sonreía levemente.

—El caso —continuó Ludivine— es que los miembros del consejo creen

que eres una de las reinas. Si pueden estar seguros de que eres leal, de que solo quieres proteger Celdaria y no destruirla...

Rielle levantó las manos.

—Pero, por el amor de Dios, ¿por qué iba a querer hacer eso?

—Para ellos, eso querrá decir —continuó Ludivine, pisándole la voz— que, diga lo que diga la profecía, tú habrás tomado una decisión. La decisión de proteger, no de dañar. La decisión de servir, no de traicionar.

—¿Y si me niego a someterme a esas pruebas? —preguntó Rielle una vez recuperó la voz.

—Entonces —dijo Ludivine bajito—, no tendrán más opción que considerarte una traidora.

Rielle dio un paso atrás. Una sensación fría y desagradable la invadió.

—Me matarán.

—No mientras yo viva —aseguró Audric con los puños apretados.

—Os ruego que me perdonéis, mi señor —murmuró el guardia que los había acompañado entrando inquieto en la habitación—, le he comunicado al rey el mensaje de lady Ludivine, y él solicita que...

Audric le lanzó una mirada asesina.

—Sé perfectamente lo que solicita el rey. —Cuando al fin se volvió hacia Rielle, la miró con firmeza—. No permitiré que te hagan daño. Superarás las pruebas y, cuando los hayas convencido a todos...

—Entonces serviré a la corona —terminó la frase Rielle.

Todo el mundo sabía que la Reina Solar, si es que llegaba alguna vez, proporcionaría a los gobernantes de Celdaria lo que necesitaran. Lideraría a las tropas del reino en las batallas. Usaría su poder para proteger el país y el Portal.

Protegería al rey.

—Entonces servirás a la corona —confirmó Audric.

Con eso quería decir que, algún día, ella lo serviría a él... y a su reina. Rielle miró a Ludivine y luego apartó la vista.

—Mi señor —instó el guardia desde la puerta.

—Estoy lista —dijo Rielle antes de que Audric pudiera amenazarlo más, y se dirigió hacia el salón.

De nuevo se encontró de pie frente al estrado mientras el consejo debatía y resolvía su caso. Una pregunta le bailaba en la cabeza: «¿Cómo me siento? Me acaban de amenazar de muerte».

Era consciente de que seguramente debería estar más alterada, pero la vida que tenía hacía un par de días había dado un giro tan grande que era incapaz de reaccionar.

«Me pondrán a prueba —pensó—. Es posible que... le haga daño a alguien.»

Entonces, empezó a imaginarse algo distinto: «Les enseñaré de lo que soy capaz».

Lo reflexionó. La gente se acercaría a ella en lugar de ocultarla. Protegería a su país en lugar de vivir con el miedo de que lo único que podía hacer era infligir daño. La querrían en lugar de odiarla...

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

«Me querrán.»

Encontró a su padre, rodeado de guardias, de pie y con rostro inexpresivo bajo la estatua de san Grimvald, un dominametales, igual que él. Se preguntó qué estaría pensando. Todo lo que él y Tal habían construido con cuidado se había derrumbado. Ahora, el futuro —el suyo y el de ellos— estaba solo en sus manos.

Se irguió.

«Me querrán. Todos.»

Rielle escuchó al rey Bastien repetir lo que Ludivine y Audric le habían contado: siete pruebas, una para cada elemento; el Consejo Magistral las diseñaría y la someterían a ellas durante las siguientes siete semanas.

Si en ese tiempo demostraba que sus habilidades y su control eran satisfactorios —si a lo largo de todas las pruebas demostraba

sistemáticamente que era leal y devota a la corona y que no oponía resistencia ni daba muestras de ser volátil—, juzgarían que era la Reina Solar, el símbolo más sagrado de la Iglesia y la protectora profetizada de la corona. Así, se le concederían todos los debidos privilegios y tributos.

Si no...

—En ese caso, lady Rielle —anunció el rey con voz grave—, no tendré más remedio que ordenar vuestra ejecución.

Rielle dejó que el silencio creciera en la sala. Lord Dervin Sauvillier la miraba con gran intensidad. Al otro lado de la galería, el arconte estaba sentado y tranquilo, con las manos cruzadas sobre el regazo.

—No decreto esto a la ligera —añadió el rey—. Os conozco desde que nacisteis, y vuestro padre me ha servido el doble de tiempo. Pero no puedo permitir que eso influya en mi deber de proteger a mi pueblo. Debemos asegurarnos de que no suponéis el peligro que llevamos miles de años temiendo.

«¡Ay, Rielle! —dijo la voz, que volvió con una rápida sacudida airada—. Por favor, dime que no te dejarás atrapar así.»

Pero ella ya había dado un paso adelante para hablar. Se sentía tan brillante y segura como el sol.

Ludivine le había dicho que el Consejo Magistral lo veía como una elección: la de proteger y no dañar, la de servir y no traicionar.

Se trataba de una elección, y ella ya había decidido.

No sería un símbolo de muerte, sino de luz.

—Entiendo vuestros miedos, mi rey —dijo Rielle—. Con mucho gusto soportaré las pruebas para demostraros mi valía y mi fuerza a todos vosotros, mi pueblo y mi país. —Paseó la mirada por toda la sala. Nadie podía acusarla de ser una cobarde. Ver los rostros de Audric y de Ludivine le dio fuerzas—. No tengo miedo de poner a prueba mi poder.

Los susurros se movieron entre los miembros del consejo ahí reunidos. Rielle levantó la barbilla para mirar directamente al rey.

«Os enseñaré de lo que soy capaz.

»Os enseñaré quién soy.»

—Entonces, lady Rielle —acabó diciendo el rey con expresión desgarrada—, que empiecen las pruebas.

ELIANA

«Oirás cosas acerca de los asesinos del Emperador, rumores ideados para aterrorizarte. Oirás que su lealtad les proporciona una fuerza extraordinaria y que, del mismo modo que su amo, son inmortales. Pero te aseguro que los carniceros de Invictus son de carne y hueso, como tú. Se trata de una lucha de creencias. ¿Puede tu fe sobrevivir a la suya?»

Palabras del profeta

—No pareces sorprendida de verme —dijo Rahzavel. Se le acercó con la gracia de un bailarín—. Así que estás loca, pero no eres tonta.

Todos los instintos de Eliana le gritaban que saliera corriendo de la residencia de las concubinas para ir tras Simon y Navi. Pero ¿adónde? Rahzavel la perseguiría hasta los confines de la Tierra. Él, Invictus y el Emperador en persona se tomarían su desertión como un insulto personal.

Tuvo el tiempo justo para desear dos cosas: que Simon y Navi hubieran salido a salvo del palacio y que él encontrara en su corazón una pequeña chispa de compasión y protegiera a Remy y a Harkan.

Entonces Rahzavel atacó.

Con gran rapidez, cruzó el baño y se le abalanzó encima antes de que ella pudiera idear alguna estrategia. Levantó la espada. Eliana vio aquel rostro pálido sonriéndole con frialdad, y todo lo que había aprendido la abandonó al instante.

Se volvió y echó a correr.

Rahzavel la persiguió por el laberinto perfumado de la residencia de las concubinas. La alcanzó e hizo volar su arma. Para defenderse, Eliana blandió la espada del adatrox, cuya pesada empuñadura estaba pringosa de sangre. Rahzavel avanzó, y ella apenas pudo bloquear los embates.

Sus armas se encontraron. Eliana dio un paso atrás, giró la espada con rapidez y lo dejó desarmado. Lo golpeó salvajemente en el torso, pero él fue demasiado rápido. Rahzavel avanzó de nuevo. Eliana dio marcha atrás y tropezó. Sobre una mesa encontró una talla de una mujer ligera de ropa. Se la lanzó y echó a correr.

Oyó que la estatuilla golpeaba el suelo. Los pasos rápidos de Rahzavel la seguían a través de una serie de estrechas habitaciones cubiertas de alfombras.

Los golpes de Eliana empezaron a ser cada vez más desesperados. Rahzavel era demasiado rápido, demasiado meticuloso. Ella jadeaba, mientras que él apenas parecía sudar. Esquivó la espada, cuya hoja le pasó silbando a milímetros del cuello. Tiró a un lado la espada del adatrox y usó las manos para agarrar todo lo que podía encontrar —jarrones, copas, platos dorados— y arrojárselo a su perseguidor.

Este lo esquivó todo y se rio de ella.

De nuevo llegaron al baño. El agua y la sangre hacían que el suelo resbalara.

En un rincón había una chica sola. Estaba acurrucada y gemía.

Rahzavel dibujó una sonrisa.

—Estás asustando a las putas, Eliana.

Ella le asestó una estocada en la barriga con *Arabeth*, pero él la bloqueó con facilidad.

Sin dejar de mirarse, se movieron en círculos. El sudor titilaba sobre la espalda de Eliana, que llevaba el recogido deshecho.

—No deberías haberte convertido —dijo Rahzavel, haciendo que cada una de las sílabas sonara inmaculada—. Podrías haber sido una de las favoritas del Emperador. A tu familia no le habría faltado de nada.

Entonces, sin previo aviso, alguien empujó a Eliana por detrás. Ella perdió el equilibrio sobre el suelo resbaladizo, y Rahzavel usó su espada para golpear a *Arabeth* y mandarla lejos.

Le propinó un fuerte revés en la cara, y Eliana cayó. Se dio un golpe en la cabeza con una mesa baja.

Aturdida, vio colores y movimientos. Una de las concubinas de lord Arkelion se escabullía del baño. La chica había sido quien le había dado el empujón.

—Parece ser que los lazos de hermandad no incluyen a los traidores. —La voz de Rahzavel flotaba sobre ella.

Él se sentó a horcajadas sobre sus caderas y puso la cara a escasos centímetros de la suya. Tenía la mandíbula perfectamente afeitada, la nariz recta y los ojos apagados y distantes.

Ella sintió un dolor agudo bajo la garganta y miró hacia allí, demasiado aturdida como para pelear.

Rahzavel le estaba haciendo un corte.

Un nuevo temor se apoderó de ella e hizo que recuperara los sentidos. Tenía que alejarse de él inmediatamente, antes de que descubriera la verdad.

—Muchos matarían a sus seres queridos —murmuró Rahzavel— por tener la oportunidad de servir al Emperador como hacemos en *Invictus*. ¿Y tú lo echas todo a perder para ayudar al perrito faldero del profeta?

La cortó de nuevo. Le había dibujado una X superficial en la clavícula.

Ella se retorció. Rahzavel le hizo otro corte en la suave piel del brazo.

«¡Dios mío, no! Verá que...»

—Supongo que tendré que reclutar a alguien más agradecido para el Emperador —musitó en voz baja— y guardarte para mí.

Untó uno de sus largos dedos en la sangre fresca de Eliana y le recorrió el brazo y el codo.

Miró hacia abajo y se quedó helado.

Eliana le siguió la mirada. El mundo se ralentizó y se detuvo.

Juntos vieron que el corte que tenía en el brazo se cerraba.

Al momento, volvía a tener la piel como nueva.

Los ojos de Rahzavel se clavaron en los suyos. Por primera vez desde que lo conocía, Eliana vio en ellos la chispa de algo que no era sed de sangre.

Vio sorpresa y confusión.

Vio miedo.

Eliana apenas podía respirar. La sangre le ardía bajo la piel.

—¿Qué eres? —susurró Rahzavel.

Hubo un movimiento repentino justo sobre el hombro de Rahzavel. Una forma alta y oscura apareció, y el aire se movió.

Eliana le dirigió una sonrisa a su atacante.

—Soy tu destrucción.

Rahzavel se levantó de golpe, se volvió y detuvo con su espada la de Simon.

Eliana rodó por el suelo, recuperó a *Arabeth* y se puso en pie de un salto. Estaba a punto de ir a ayudar a Simon, pero al verlos luchar se detuvo en seco.

Las espadas de Rahzavel y de Simon giraban, acuchillaban, golpeaban y cortaban el aire. Ambos viraban, se agachaban, bloqueaban y embestían. Quienquiera que fuese el profeta, estaba claro que se había asegurado de que Simon estuviera lo suficientemente bien entrenado para luchar contra los asesinos a sueldo del Emperador.

Sin saber cómo ayudar, los siguió hasta el extenso cuarto de estar que se encontraba en la parte trasera de la residencia de las concubinas. Ya no tenía la visión borrosa, pero Simon y Rahzavel se movían tan deprisa que a ella le parecía que todo aquello no era más que un elegante caos: las dagas y las espadas, el carmesí y el plateado, la sangre en el suelo y las alas rojas e intensas de la capa de Rahzavel.

Su lucha los llevó a la terraza que rodeaba la residencia. Eliana fue corriendo tras ellos, y la brisa cálida de la costa la envolvió. Abajo, uno de los afluentes del río se arrastraba lentamente hacia el mar.

Rahzavel bloqueó la espada de Simon con su arma y lo acorraló contra la barandilla de piedra. Se encontraban pegados el uno al otro. Los ojos de Simon estaban llenos de una ira fría, y los de Rahzavel parecían vacíos y letales. Al primero le empezaron a fallar las rodillas.

Eliana vio que esa era su oportunidad y se abalanzó con la daga sobre la espalda de Rahzavel. Él se volvió en el último momento y los desarmó tanto a ella como a Simon. Eliana agarró una urna de porcelana de una mesa y la estampó contra los hombros de Rahzavel. Él trastabilló muy levemente, pero con eso bastó.

Simon le pateó el codo, y al asesino se le cayó la espada. Entonces Simon lo empujó hacia la barandilla de la terraza.

Rahzavel empezó a dar patadas y arañazos y golpeó a Simon en la garganta, pero este, casi sin aliento, resistió. Eliana corrió hacia él y lo ayudó a empujar.

Rahzavel rodó por encima de la barandilla y cayó a las tinieblas.

Eliana se asomó y miró hacia abajo para intentar ver si golpeaba el agua del río, pero la noche era demasiado oscura. Se secó la sangre de la cara, jadeando.

Simon se acercó a ella, tosiendo a causa del último golpe que Rahzavel le había dado en la garganta.

Escupió al vacío e hizo una mueca de repulsión.

—¿Creéis que la caída lo ha matado? —preguntó Navi, dirigiéndose hacia ellos.

Entonces las campanas de las torres de vigilancia que rodeaban el castillo empezaron a sonar.

Navi soltó una maldición:

—Razia. Ha desaparecido poco antes de que llegarais. Seguro que os ha denunciado.

Los ojos de Eliana se encontraron con los de Simon.

—Seguidme. Tendremos que hacerlo por las malas.

Guio a Simon y a Navi por el palacio, a través de otra red formada por estrechos pasajes de servicio. Se encontraron con tres adatrox que subían del salón de baile. Navi se pegó a la curvada pared de piedra mientras Eliana y Simon les daban puñetazos y los apuñalaban para abrirse camino.

Pasaron precipitadamente por unas habitaciones del ala este del palacio, cuyos ocupantes, invitados de la fiesta, gritaron a modo de protesta. A continuación, salieron corriendo a otra amplia terraza, esta iluminada con lámparas de vidrio rosado y perfumada con montones de flores. Abajo, los jardines de lord Arkelion eran un mar de luz y de color.

Eliana fue la primera en saltar de la terraza y caer sobre unos arbustos. Fue un aterrizaje violento, y las ramas se rompieron y rodaron a sus pies. Oyó que Simon y Navi aterrizaban junto a ella y que esta emitía un leve grito de dolor.

Los asistentes, alarmados, recularon. Alguien chilló.

Eliana se volvió e inspeccionó el lugar. Un escuadrón de adatrox emergió del salón de día con las espadas en la mano. Dos de ellos llevaban rifles. Se agacharon en la escalera y apuntaron, listos para disparar.

Sonaron dos tiros, pero Eliana los esquivó. Una urna de piedra se hizo añicos justo a su lado. Un grupo de bailarines con sedas y brazaletes huyeron corriendo y gritando.

Eliana condujo a Simon y a Navi a través de los jardines. Golpeaba a su paso a los invitados estupefactos e intentaba ignorar el sonido de los adatrox que los perseguían. No debía pensar en Rahzavel ni en la suerte que había tenido de que él no tuviera la oportunidad de contar aquello tan imposible que había visto.

Pensaría solo en Harkan, en su madre y en su hermano.

«Remy, ya voy. No tengas miedo.»

Más guardias los esperaban en el perímetro del jardín, donde un túnel vigilado llevaba a los campos exteriores. Simon se abalanzó corriendo sobre los adatrox y rajó a dos de ellos. Eliana vio el destello de un revólver y, de un

empujón, apartó a Simon de en medio justo en el momento en el que sonó un disparo. A continuación, se dio la vuelta y le abrió la garganta al tirador.

Salieron a los campos exteriores, atravesaron la Puerta del Señor y entraron en la ciudad. El pánico reinaba en el casco antiguo, y los ciudadanos volvían en estampida a sus casas. Las guirnaldas lacias del día del nombramiento estaban esparcidas por las calles empedradas y desiguales. Los fuegos artificiales explotaban sobre sus cabezas y los bañaban de rojo.

Eliana miró hacia atrás y vio que el palacio se alzaba imponente en la distancia. También vio que una docena de adatrox los perseguía de cerca.

Al fin, emergieron del casco antiguo y pasaron volando por los alborotados mercados públicos que se encontraban a un lado de la ciudad. Ahí, los vendedores y los compradores, que habían planeado pasar la noche de juerga, salían en desbandada en busca de un lugar seguro.

Eliana dirigió la mirada al puente del este que tenían delante. En las torres que flanqueaban el agua, unos fuegos empezaron a llamear vivamente. Pronto todos los soldados de la ciudad sabrían dónde estaban.

Pasaron a toda prisa junto a la imponente estatua del Almirante, donde Harkan los esperaba. Este activó una granada y la arrojó contra los adatrox que se aproximaban. Se oyó una explosión, acompañada de gritos de sorpresa y de dolor. A eso siguió un silencio vibrante.

El espacio del mercado quedó en ruinas. La granada les había hecho ganar un poco de tiempo.

Un peso ligero se estrelló contra Eliana y la abrazó.

«Remy.»

Ella lo besó en la cabeza.

—No pasa nada. Tranquilo, estoy aquí.

Harkan estaba de pie detrás de él y dirigía la mirada más allá de la chica. Se acercaban más adatrox, que bajaban en cascada de las partes elevadas de la ciudad. Él se quitó la capucha y cargó el revólver que Simon le había dado.

—El, cógelo y marchaos —le dijo.

Esta, con Remy cogido de la mano, lo miró fijamente.

—Tú te vienes con nosotros.

—Simon no puede malgastar más granadas. Puedo contenerlos.

—¿Estás loco? No tienes ni idea de disparar —le agarró el brazo a Harkan—.
—. Son demasiados. ¡Te matarán!

De un tirón, Simon le arrancó a Remy de la mano y rugió.

—¡Vamos, Eliana!

Cruzó el puente a toda prisa, protegiendo a Navi y a Remy con su cuerpo. Lo habían bajado para llevar suministros a la fiesta, pero ya lo habían empezado a subir. Remy miró hacia atrás desesperado en busca de Eliana, pero una lluvia de flechas de fuego cayó desde la muralla interior de la ciudad. Pronto el chico se había perdido en la noche.

Eliana le cogió la mano a Harkan. «Vamos...»

Pero él se mantuvo firme y la atrajo hacia su cuerpo para darle un beso tosco y duro.

—Siempre te he querido —le susurró en la boca.

—¿Y me lo dices ahora? —Lo habría abofeteado. Se le escapó un sollozo parecido a una risa temblorosa—. ¡Serás idiota...!

Una explosión cercana casi los tiró al suelo. Los adatrox habían detonado una de sus propias granadas. El puente se movía y gemía tras Eliana.

—Puedo hacerlo. —Harkan la empujó hacia el puente—. ¡Vete!

Ella lo miró durante un momento impotente y frío, absorbiendo su imagen: el pelo negro y caído, el hermoso ángulo recto de su mandíbula. La garganta se le llenó de las cosas que nunca le había dicho y de las que sí.

Nada había sido suficiente.

Se volvió y huyó. Oyó a Harkan abrir fuego, pero no miró atrás. Él gritó, y el pecho le comprimió el corazón a Eliana. Corrió a ciegas por el puente tembloroso. En el punto más elevado, saltó el hueco que separaba las dos mitades y cayó trastabillando al otro lado. Alcanzó a Simon, que estaba

luchando con los guardias de la torre. Navi y Remy se encontraban detrás de él.

La pena la golpeaba a cada paso y a cada estocada que daba. Las lágrimas y el humo la cegaban casi por completo.

Primero su madre, ahora Harkan. Su mejor amigo. Su luz en los días oscuros.

Lo había abandonado. Ella lo había abandonado.

Aguzó el oído tratando de percibir el sonido de su revólver, pero no había nada más que caos. Los adatrox arqueros que estaban en las murallas de la ciudad se gritaban órdenes los unos a los otros. Simon le silbó para que se moviera más deprisa. Él agarró una granada de uno de los adatrox muertos, la activó y la lanzó a la torre de vigilancia.

La explosión los tumbó. Eliana chocó con la barbilla contra el suelo. El dolor le sacudió el cráneo. Pero habían destruido la torre, habían derribado el puente. Eso les daría algunos minutos de margen. Se impulsó para levantarse.

Pasado el puente, cruzaron corriendo por uno de los campamentos dispersos que se habían formado en las afueras de la ciudad. Ahí vivían los refugiados que huían de las peligrosas zonas rurales con la esperanza de poder entrar en la urbe. Los campos eran un pandemonio. La gente huía de las murallas de la ciudad y pisoteaba a los que quedaban atrás. Los animales gemían y salían corriendo como locos de sus jaulas.

Simon, que aún tenía a Remy agarrado por el brazo, le lanzó a Navi su capa de adatrox. Ella la cogió y se tapó la cara con ella. Dos soldados que vestían uniformes harapientos se acercaron a ellos con un par de caballos ensillados. Más hombres pasaron rápidamente a su lado y se dirigieron hacia las murallas. Eliana supuso que eran rebeldes de la Corona Roja, todos dispuestos a morir para protegerlos.

«Bien —pensó—. Sus muertes nos harán ganar tiempo.»

—Coge al chico —ordenó Simon.

Navi asintió con el rostro oculto. Una de las rebeldes le dio una mano para

que montara y luego ayudó a Remy. A continuación, corrió hacia la muralla junto a los otros. La última rebelde se volvió y miró a Simon. Un fuego interior hacía brillar su rostro magullado.

Se llevó un puño al corazón y luego lo alzó en el aire. Ese era el saludo de la Corona Roja.

—El Imperio arderá —dijo.

Simon inclinó la cabeza.

—Que la luz de la reina te guíe.

Entonces la mujer se alejó.

—Ponme los brazos alrededor de la cintura —le murmuró Navi a Remy— y sujétate bien. ¿Cómo te llamas?

—Remy —le contestó este, mirando a Eliana con temor—. ¿Adónde vamos?

—No. —Eliana salió de su conmoción y se alejó de Simon—. Yo cabalgaré con mi hermano.

—Lo siento —dijo Simon—. No puedo dejar que desaparezcas campo a través antes de que cumplas tu parte del trato.

Hacía tan solo unos días, ella era el Terror, la reina de su propio mundo sangriento. Era imparable y no conocía rival.

Ahora corría el peligro de perder a todos los que amaba y no había nada capaz de detenerlo. Lo único que podía hacer era abandonar el único hogar que conocía y poner la vida de su hermano en manos de un extraño que no respondía a sus preguntas.

Se le agotó la paciencia.

Aceptó la mano que Simon le tendía, montó tras él y le puso a *Arabeth* en la garganta.

—Lobo, dime adónde vamos y por qué —murmuró Eliana—. De lo contrario, esto termina ahora mismo.

Navi instó a su caballo a acercarse lentamente a ellos.

—Amiga mía —le dijo a Eliana—, te aseguro que él no es nuestro enemigo.

—Navana es princesa de Astavar —respondió Simon—, y vamos a llevarla a casa.

—El Imperio quiere invadirnos mucho antes de lo que esperábamos, y su ejército es muy numeroso. —Bajo la capa, Navi le dirigió una mirada grave y sincera—. Debo avisar a mi pueblo a tiempo, o Astavar caerá. No podemos confiarles esta información a los clandestinos.

Eliana clavó los ojos en la chica. No podía ser: una princesa haciéndose pasar por una de las concubinas de Su Señoría. Una invasión.

«Astavar caerá.»

Si sucumbía, el último reino libre que quedaba en el mundo caería con él. El Imperio Eterno lo gobernaría todo.

—Por favor, ¿podrías bajar la maldita daga? —le soltó Simon—. Estamos perdiendo el tiempo.

Eliana obedeció. Simon le lanzó una mirada asesina por encima del hombro y añadió:

—Intenta no caerte.

Mientras huían por las colinas orientales y dejaban atrás la ciudad de Orlin, pasaron por la cima donde en tiempos se había alzado la estatua de Audric el Alumbrador. Ahora solo había tierra desnuda, gris y quemada a causa de la guerra.

Aun así, al pasar por ahí, Eliana sintió aquel antiguo pinchazo en el corazón por el rey muerto. Pensó en una plegaria que ella misma no se había permitido pronunciar en años:

«Que la luz de la reina nos guíe a casa».

RIELLE

«De cielo a cielo,
de mar a mar,
firme me mantengo
sin nunca desertar.»

Rito de la Tierra,
tal como lo pronunció por primera vez
san Tokazi el Firme, patrón de Mazabat
y de los sacudetierres

La montaña se derrumbaba a su alrededor.

Rielle deseó que fuera un sueño. Tal vez los últimos días habían sido solo una pesadilla y ahora se despertaría y todo sería como antes.

«Abre los ojos, Rielle.»

Sí. Sabía que debía abrir los ojos, moverse y correr, pero la hierbacalma que le corría por las venas se lo impedía.

La habían drogado.

Lo había decidido el maldito arconte para que, cuando se despertara en el lugar de la prueba, no supiera dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí. Como si arrojara a esos ejercicios justo el día después de su declaración, sin tiempo para entrenar con su padre ni para estudiar con Tal, no fuera ya suficiente castigo a sus mentiras.

Era evidente que el arconte no lo consideraba así.

—Quizá, lady Dardenne —le había dicho sin mostrar ninguna emoción, fijando sobre su rostro unos ojos oscuros y acuosos—, si hubierais decidido

entregaros inmediatamente después de asesinar a vuestra madre hace tantos años, ahora vuestra situación sería distinta.

—Y supongo que, siendo una niña de cinco años —había soltado ella, incapaz de mantenerse callada—, decidir hacerlo era solo responsabilidad mía, ¿no?

El arconte había cruzado las manos sobre el regazo. Siete anillos le brillaban en las manos suaves y blancas.

—Incluso los niños —había contestado— saben que matar está mal.

«Abre los ojos, Rielle.» Su cerebro le gritaba, o quizá hubiera alguien a su lado. Tal vez se tratara de uno de los miembros del consejo que supervisaba la prueba. A lo mejor era Tal.

Quizá aquella voz extraña había regresado.

«¡Abre los ojos!»

Con las extremidades torpes y pesadas, se forzó a erguirse. Su visión se movía violentamente hacia atrás y hacia delante. Se puso las manos enguantadas a los lados de la cabeza, que le dolía a rabiar.

Entonces sintió la fuerte presión de algo que se elevaba sobre ella, algo frío e implacable.

Piedra.

«Prepárate para moverte tan pronto como te despiertes. —Las instrucciones que Tal le había dado aquella misma mañana le vagaban por la mente como si fueran los fragmentos persistentes de un sueño—. No te darán tiempo para recuperarte.»

Él se había negado a mirarla a los ojos, y ella se había negado a suplicarle que lo hiciera.

Un estruendo cercano hizo que la cabeza le retumbara. Como si le diesen una serie de puñetazos en la barriga, sus sentidos volvieron de golpe a su lugar.

Sintió la nítida mordida del hielo.

El aire estaba gélido y enrarecido.

Rielle tenía los dedos entumecidos. El frío se filtraba a través de las botas de cuero y de los pantalones más gruesos que tenía. Nada era lo suficientemente abrigado para esas temperaturas. Pero el arconte había decidido que había perdido el derecho a vestirse con ropa adecuada, por lo que solo podía usar algo que ya tuviera en el armario y no se le permitía ninguna ayuda externa. Así que, doce horas después, ahí estaba, arrojada en medio de...

... la montaña...

... Se estaba desmoronando a su alrededor.

No se trataba de una de las pequeñas colinas por donde pasaba la Carrera, sino que era una de las monstruosas cumbres que formaban una furiosa cresta nevada que se prolongaba hacia el este desde la capital.

«¡Muévete, Rielle!»

Dio un paso atrás, miró hacia arriba, tropezó con unos trozos de hielo y se sujetó a una roca cubierta de nieve.

Vio fragmentos de piedra desprenderse del pico más cercano. Estos se estrellaban contra la nieve acumulada en las laderas y despedían montones de hielo pulverizado. De golpe, Rielle se encontró de nuevo en la Carrera, donde había visto que el puerto de montaña se derrumbaba sin preocuparse por ello. ¿Cómo iban a importarle unas montañas que caían si Audric estaba en peligro?

Pero Audric no estaba ahí. Rielle estaba sola.

Doce lucecitas centelleaban en lo alto, la rodeaban.

Su mente inactiva se acompasó con su cuerpo, que se estaba despertando con rapidez.

No. No estaba sola.

Aquellas luces pertenecían a elementales: a la gran maestra Florimond y a sus acólitos sacudetierras del Arraigo. Tal como había ordenado el arconte, una docena de ellos formaban un perímetro y, forjaduras en mano, hacían caer la montaña para aplastarla.

Esa era la prueba de la tierra, la primera de las siete que decidirían su

destino.

Los elementales le arrojaban cosas —estaban enfadados y, seguramente, le tenían miedo—. No era propio de la Iglesia hacer algo tan chapucero, sin testigos y sin pompa ni ceremonia.

Pero eso apenas importaba. Si no huía, acabaría aplastada.

«¡Corre, Rielle!»

Echó a correr montaña abajo. Pasó disparada entre los árboles, brincando sobre filones de rocas glaciales. Saltó un árbol caído y medio quemado y fue a parar sobre un montón de nieve de un metro de profundidad. Perdió el equilibrio, se tambaleó y se hundió en ella. Al inhalarla, tosió. Buscó a tientas un lugar donde agarrarse en el hielo, se impulsó para ponerse en pie y miró hacia atrás por encima del hombro.

El gran mar de nieve era ahora una agitada ola de centenares de metros de altura que lo devoraba todo a su paso. Los pinos negros se partían en dos; los zorros y los ciervos huían y desaparecían en la furiosa avalancha blanca que se los tragaba. Grandes bloques de roca rodaban en la ola, caían y se sacudían.

El terror atravesó el cuerpo de Rielle y ahogó todo lo que sabía.

Volvió a mirar hacia delante. Ante ella, el paso se inclinaba ligeramente hacia arriba. Si conseguía llegar a un terreno más elevado, quizá podría apartarse de la trayectoria de la avalancha.

«O también podrías...», dijo la voz, regresando abruptamente.

Pero Rielle no oyó nada más debido al rugido de la estruendosa montaña. Le llovían encima ramas de pino y puñados de hielo. Mientras luchaba por abrirse paso entre la nieve, los pulmones le ardían y sentía que, a cada fría bocanada de aire, se le abrasaba la garganta. Se aferró a los árboles para propulsarse hacia delante y se hizo arañazos en los dedos enguantados hasta que quedaron en carne viva.

¡Ahí! Vio una ligera elevación rocosa salpicada de tocones, cuyas raíces larguiruchas caían en cascada sobre las piedras como si fueran serpientes

reptando en sus agujeros.

Rielle saltó hacia la elevación rocosa... y falló.

No, no falló.

De hecho, la tierra se estaba abriendo, y el camino empezó a desaparecer bajo sus pies.

A tientas, alargó el brazo y buscó desesperadamente un asidero. Con una mano se cogió al borde de una roca helada y se estrelló contra ella, golpeándose la frente en primer lugar. Se quedó suspendida, mareada y jadeando.

Con el rabillo del ojo izquierdo vio centellear una luz.

Los sacudetierras no iban a dejarla escapar tan fácilmente.

Los pies le pendían sobre el abismo que crecía cada vez más. Levantó la otra mano y se sujetó a un mejor agarradero. Haciendo fuerza con todos los músculos, intentó impulsarse hacia arriba.

Cuando volviera a casa, tendría que pedirle a su padre que la ayudara a fortalecer el cuerpo.

Si es que regresaba.

¿Ya había acabado? ¿Moriría en la primera prueba? ¿Lo darían todo por terminado en un santiamén como si se tratara de algo sin importancia, como si su vida y los destinos de Tal y de su padre no significaran nada?

De eso nada, no iba a morir.

«Eso es lo que quería oír», dijo la voz.

Con un grito desgarrado y el cuerpo ardiéndole a modo de protesta, Rielle se impulsó hacia arriba. Se preguntó si se le romperían los brazos, pero justo entonces se rascó las rodillas contra la roca y trepó hasta llegar a su cima.

Corrió hacia la izquierda. El aire le entraba y le salía de los pulmones como si unos puños fríos como el hielo la golpearan. Ante ella, las piedras se levantaban y se agrupaban formando unos pilares rodeados de nieve y de barro. El camino era sólido. La esperanza le creció en el pecho.

Entonces, con un crujido fuerte y resonante, como si las placas de la tierra

se hubieran desalineado, el camino que tenía delante empezó a agrietarse. Por el suelo serpentearon pequeñas simas que se fueron ensanchando como bocas de enjambres de criaturas subterráneas ávidas de matar.

El alma se le cayó a los pies. Pero no había tiempo que perder. Cerró los ojos y saltó.

Sus zapatos golpearon el suelo.

Abrió los ojos. Seguía viva, seguía respirando.

Saltó y volvió a saltar por los pedazos de roca movedizos. Las simas se ensanchaban, y el suelo vibraba y se sacudía, tratando de derribarla. Una sacudida violenta la arrojó hacia un lado. Cayó —se rascó el brazo y las rodillas—, pero se obligó a levantarse y a seguir corriendo.

Esquirlas de hielo y rocas se agitaban con el viento. La avalancha no dejaba pasar el sol y absorbía todo el aire. El mundo por encima de ella era blanco y atronador. El que se abría a sus pies se estaba desmoronando como seguramente lo había hecho cuando Dios había insuflado por primera vez la vida en el universo.

«No pienso morir aquí», pensó Rielle.

Se forzó a ir más deprisa. Le ardía todo el cuerpo. Tras los árboles de delante habría un camino que la llevara a un lugar seguro, a un terreno tan elevado que la avalancha no lo alcanzara. Si simplemente conseguía llegar un poquito más lejos...

Entonces se dio cuenta de la verdad.

Tras los árboles no existía ningún camino.

Había una caída completamente vertical. Aquello era un cañón... y no había forma de cruzarlo.

Su mente gritó que había llegado su final.

Su cuerpo decidió que no estaba de acuerdo.

—No —susurró ella.

«No —coincidió la voz—. Ni hoy ni nunca.»

Rielle se volvió para plantarle cara a aquel blanco mar de nieve que rugía

y clavó las piernas congeladas al borde del precipicio. Extendió las manos en el aire y cerró con fuerza los ojos. No pensó en nada, ni siquiera se dijo «para».

Levantó las manos. El calor sólido de su interior gritaba «¡No!» mucho más alto de lo que cualquier voz o palabra podría sonar jamás.

Un muro de piedra, lo suficientemente ancho como para cobijarla, surgió repentinamente del suelo y se elevó en el aire justo unos segundos antes de que la avalancha se estrellara contra él.

Rielle se mantuvo en pie, con la cabeza inclinada y los ojos cerrados. Con las manos abiertas presionaba la roca que se había alzado tan deprisa, y las palmas le chisporroteaban como un pedernal. La avalancha rompió a ambos lados de ella con un aullido atronador. La nieve revuelta y las rocas le arañaban brazos y pies, amenazaban con levantarla del suelo y arrojarla al cañón.

«Sujétate a la roca», dijo la sangre de Rielle.

«Sujétate.»

El estrecho bloque de piedra pareció escucharla. Se mantuvo erguido, sacudiéndose debido a la fuerza de la avalancha que lo golpeaba. El aire tenía un sabor agrio. Unos zarcillos húmedos, hechos con la magia que sacudía tierras y que olía a lodo, se movían con rapidez en el viento y se tensaban al máximo.

Una diminuta llama triunfal se desplegó en los pulmones ardientes de Rielle.

Habían intentado matarla y no lo habían conseguido.

Habían hecho que una montaña se le derrumbara encima y había sobrevivido.

Estaba de pie al borde del precipicio, temblando. La misma montaña que había intentado matarla ahora también la estaba protegiendo.

—Por favor, para —le susurró a la montaña.

Rielle comprendía que estuviera enfadada ante tal abuso. Puso la mejilla

contra el muro caliente de piedra, que ahora se levantaba con rigidez como si siempre hubiera estado ahí, como si siempre hubiera sido un extraño pilar de roca, solitario y tenaz.

Tenía las yemas de los dedos en llamas. Si eso se alargaba mucho más tiempo, se le abriría el pecho, se le saldría el corazón y sus pulmones se rendirían.

—Por favor —susurró. Pronunciar cada palabra suponía un gran esfuerzo —, para.

Estaba exhausta, y las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

Entonces, ya fuera en respuesta a su súplica o simplemente el momento en que la gran maestra Florimond había decidido que ya era suficiente, la montaña se tranquilizó por completo. La avalancha remitió, y las rocas cayeron del cielo con brusquedad.

En un lapso de cinco segundos, el caos se convirtió en tranquilidad.

Un pájaro emitió un triste gañido.

Rielle se dejó caer, desfallecida, a los pies de la roca. La nieve era una almohada fría bajo su mejilla ardiente.

—Solo quedan seis —susurró, con una débil sonrisa en los labios. Entonces el dolor la sacudió de golpe.

«Estaré aquí cuando te despiertes», le dijo la voz.

Y una parte de su mente cansada, que estaba borrosa y daba vueltas, contestó con un susurro: «Gracias».

ELIANA

«Desde que empezó nuestra guerra con los humanos, solo he tenido un sueño. Cada noche se levanta la niebla que lo rodea, y yo entiendo mejor lo que estoy viendo. Veo a una mujer, hecha de un oro más brillante que el sol. Está de pie en un río de sangre, y la luz le cae de las puntas del pelo. ¿Es amiga o enemiga? Mis sueños no me lo han aclarado. Pero lo que sí sé es que vendrá. En esta guerra o en la siguiente, vendrá.»

Escritos perdidos del ángel Aryava

—He oído que cuentas historias —dijo Navi.

Eliana esperó a que Remy respondiera.

Él calló.

Hacía dos días que cabalgaban por la noche hacia el norte. Cuando oían alguna señal que indicaba que una patrulla de adatrox los perseguía, se escondían bajo un tenso silencio. Después, desde el amanecer hasta el anochecer, esperaban entre los árboles a que cayera la noche.

En un momento en que habían podido descansar, escondidos en una zanja rodeada de lodo pestilente y con el sol brillando peligrosamente sobre sus cabezas, Remy le había susurrado:

—¿Qué le ha pasado a Harkan?

—Se ha quedado rezagado para que tuviéramos tiempo de escapar —le había dicho Eliana, intentando que su voz sonara despreocupada aunque

tuviera el corazón hecho pedazos—. Le he dado instrucciones. Nos alcanzará más adelante...

—No me mientas. Está muerto, ¿verdad?

Ella dijo sin mirarlo:

—¿Harkan? Venga ya, sabes que harían falta más que unos simples adatrox para...

—Cállate.

—De veras, Remy. No podemos saberlo con certeza. —Ni siquiera ella era capaz de creerse las palabras que estaba diciendo—. Todavía podría estar vivo...

—Por favor. —Remy se había llevado las rodillas al pecho y le había dado la espalda—. Cállate y punto.

Desde entonces, no había dicho nada más.

Ahora, sin embargo, parecía que Navi estaba decidida a hacerlo hablar.

—¿Qué clase de historias te gusta contar? —le preguntó.

Para montar la primera guardia, Eliana se había apoyado en un roble de plata, con *Arabeth* en una mano y *Silbador* en la otra. Miraba fijamente el bosque. Estaba rodeada de esbeltos robles de plata, cuya corteza resplandecía ligeramente como todos los árboles gema, de hojas cerosas y flores blancas. Aquellos árboles torcidos que estaban por todos lados eran robustas atalayas sin ramas, salvo por los racimos que tenían en la copa y que parecían estar marchitos. Abundaban a lo largo de la muralla exterior de Orlin, ya que tradicionalmente se plantaban para protegerse de los invasores. Eliana los encontraba muy graciosos porque siempre había pensado que parecían ancianos con la barriga fofa y el pelo revuelto.

La primera vez que le había dicho eso a Remy, él había observado el árbol más cercano y, a continuación, había alzado la nariz en el aire, había hecho una reverencia y le había dicho al roble:

—Saludos cordiales, buen señor. ¿Puedo ofreceros un peine?

La risa de Eliana había sido tan fuerte que más bien había sonado como un

chillido.

Apretó la mano alrededor de *Silbador*. «Dios, ¡qué bien me sentaría luchar un poco! En lugar de estar aquí de pie, regodeándome en mi miseria.

»Enfadada.

»Sobre todo enfadada.

»No. —Dio un suspiro largo y lento—. Sobre todo echando de menos a Harkan.

»Y a mi madre.

»Y a mi padre.»

Por un momento, se permitió imaginar que Harkan estaba a su lado, montando guardia con ella, desconfiando de Simon con ella, preocupándose de su madre con ella... La garganta se le comprimió de una forma tan dolorosa que apenas podía respirar.

«Estate atenta, Eliana. Estás montando guardia.»

Fijó la vista en los árboles hasta que los ojos se le secaron. Luego miró de reojo a Simon, que se había puesto cómodo para descansar. Estaba sentado bajo la sombra de otro roble y examinaba el bosque iluminado por la luz del alba.

Eliana lo observó. El dolor y la preocupación la irritaban. Esa calma era exasperante.

¿Qué haría Simon si ella lo embestía con las dagas desenvainadas? La había vencido en casa, pero solo porque tenía un arma de fuego. Si lo destripaba antes de que pudiera alcanzar la funda de la pistola...

Pero, después, ¿qué? El objetivo de esa disparatada aventura era usarlo, no matarlo.

Eliana golpeó la cabeza contra el árbol que tenía detrás y fijó la mirada en el cielo.

—Quizá hablar conmigo haga que te sientas mejor —insistió Navi con voz cálida.

Eliana puso los ojos en blanco.

Pero entonces Remy la sorprendió.

—Me gusta escribir historias sobre magia —contestó roncamente.

A Eliana se le cortó la respiración. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que había añorado el sonido de su voz.

—¿Sobre magia? —Navi parecía intrigada—. ¿Te refieres al Viejo Mundo?

—Me gusta escribir acerca de los elementales. Sobre todo de los sacudetierras.

—¿Los sacudetierras? ¿Por qué?

—A veces desearía que un ejército de sacudetierras viniera a Orlin. Me gustaría que abrieran un agujero en el suelo que se tragara la ciudad entera.

—Ya veo —dijo Navi sin alterarse.

—Lo siento —murmuró Remy—. Eliana dice que no debería decir esas cosas porque no son agradables.

Eso pareció hacerle gracia a Navi.

—¿Y tu hermana es agradable?

«Zorra.» Eliana le dedicó la sonrisa que solía reservar para la gente a la que se proponía llevarse a la cama.

—Cuando quiero —replicó.

Remy le lanzó una mirada irritada.

Navi puso un brazo alrededor de los hombros del niño.

—Entiendo que quieras enterrar tu ciudad —le dijo—. A veces pienso que todo sería más fácil si los océanos se levantaran y hundieran Astavar. Entonces no tendría que pasarme cada momento de mi vida agonizando de preocupación por mi tierra.

Remy asintió con la cabeza.

—Los esculpeaguas podrían hacer eso.

—Claro que podrían, si todavía quedara alguno. Pero, incluso en el pasado, tendrían que haber sido muy poderosos para inundar un país entero.

Hubo un momento de silencio. Entonces Remy dijo muy bajito:

—La reina Rielle podría haberlo hecho.

—¡Ah! —Navi emitió un pequeño suspiro—. La Reina Sangrienta en persona. Sí, estoy segura de que ella habría podido sumergir en las profundidades cualquier montaña que estuviera en pie si hubiera vivido lo suficiente. ¿Escribes historias sobre ella?

—Una vez escribí un relato acerca de lo que podría haber pasado si ella no hubiera muerto. Si hubiera vivido para siempre con los ángeles y el mundo todavía tuviese magia. ¿Crees que los ángeles la habrían aceptado como igual? Eso es lo que escribí en mi historia. Ella los llevaba al cielo, y ellos buscaban a Dios en las estrellas.

—Creo que si la Reina Sangrienta no hubiera muerto —dijo Navi lentamente—, se habría convertido en algo mucho más poderoso de lo que incluso los ángeles, con sus conocimientos acumulados durante milenios, hubieran podido comprender.

Eliana se apartó de golpe del árbol, incapaz de seguir escuchando hablar a Remy cada vez más emocionado. Parecía que no le importara que su hermana estuviera aguardando en las sombras, preparada para rajar las gargantas ajenas que pudieran aparecer.

«La próxima vez que nos ataquen, ¿prefieres que me quede mirando sin hacer nada mientras te cortan en pedazos?»

Ella sabía lo que Remy le contestaría: «Sí».

¡Qué necio era!

«Al menos así no mataría a nadie, ¿verdad, querido hermano?»

—¿Te gusta escribir? —preguntó Remy.

—Me gusta contar las historias que han escrito otros —contestó Navi—. Sobre todo las que hablan de Astavar.

Remy dudó. Entonces dijo con timidez:

—¿Me cuentas alguna?

Eliana se atrevió a mirarlos de nuevo. Remy se había colocado al lado de Navi, junto a un helecho. Ambos tenían la espalda apoyada en un árbol atalaya que había sido talado, y el pequeño había puesto la cabeza debajo de la de

Navi. La chica le acariciaba el pelo enmarañado de una manera lenta y suave. Cuando sorprendió a Eliana mirándolos, su expresión era tan compasiva que esta, durante un momento inmensamente satisfactorio, fantaseó con acercársele airada y golpearla en la mandíbula.

Se dio la vuelta en dirección a Simon...

Pero él ya no estaba.

Se quedó helada. El miedo hizo que el pecho se le rompiera en pedazos.

—Claro que compartiré una historia contigo. Me honra que un artífice de la palabra como tú me lo pida —contestó Navi—. Seguro que sabes que la patrona de Astavar es...

—Tameryn la Astuta —dijo Remy. Se le iluminó la voz—. Era una lanzasombras. Leí que dormía bajo las estrellas con su leopardo negro como almohada.

—¿También leíste que del cráneo le crecían sombras en lugar de pelo? —le preguntó Navi—. Su peine favorito estaba cubierto de perlas negras aplastadas y había sido tallado de los huesos de un lobo que había muerto salvándole la vida cuando era pequeña.

—No conocía esa historia —susurró Remy, fascinado.

Eliana se alejó sigilosa de ellos, y sus murmullos la siguieron bajo el aire matutino como el sonido de una nana desconocida. Con las dagas desenvainadas, dio la vuelta al árbol bajo el que antes se encontraba Simon, pero no halló ni rastro de él.

Supuso que estaría evacuando, pero la ansiedad que poco a poco le subía por el torso indicaba otra cosa.

Mientras se agachaba para pasar bajo una rama de roble caída y usaba la hoja de *Silbador* para apartar una cortina de musgo colgante, era consciente de que se estaba alejando demasiado del campamento. No debía dejar de vigilar a Navi, a Remy y a los caballos, pero sin Simon estaban perdidos. En aquellos bosques plagados de ciénagas se extraviarían en menos que canta un...

Hubo un movimiento en el aire, ligero pero innegable.

Había alguien cerca.

Eliana se agachó bajo la sombra de un árbol gema e inspeccionó el bosque.

Entonces sintió algo frío que le pinchaba un costado del cuello.

—Dame una razón para matarte —dijo una voz de mujer, agresiva y como hecha de gravilla—, y lo haré.

Eliana presionó el cuello con más fuerza contra el cuchillo de la mujer y sintió que la punta de la hoja se le hundía en la piel. El dolor la activó. «Aquí estoy —decía—. Yo no huyo de la muerte..., sino que la busco.»

Eliana rio.

—Me temo que morirías intentándolo.

La mujer emitió un ruido desdeñoso.

—Lo dudo mucho —espetó.

Entonces, con la empuñadura de su cuchillo, la golpeó con fuerza en la cabeza.

RIELLE

«Ya no tengo nombre. Renuncio a mi forjadura y la entrego a su destrucción, abandono la magia con la que nací. Dedico mi mente y mi cuerpo a guiar a la Iglesia y a estudiar el empirio. Ya no tengo nombre. Tan solo soy el arconte.»

Voto de ingreso del arconte,
líder de la Iglesia de Celdaria

La voz siguió a Rielle de vuelta al mundo de la vigilia, amigable y silenciosa.

Era una voz extraña que a veces se mantenía en silencio. Cuando esta no hablaba, Rielle continuaba sintiéndola en su interior, así que no se trataba simplemente de una voz.

Pertenecía a alguien: a un cuerpo, a una persona. Quienquiera que fuese, estaba muy unido a Rielle.

«¿Quién eres?» Ella esperaba que la voz pudiera oírla... y al mismo tiempo que no pudiera. ¿Se había vuelto loca?

Con un tono un poco provocativo, la voz respondió: «Supongo que debería decírtelo. Te lo mereces, Rielle. Al fin y al cabo, has escapado de la montaña».

Los labios de la chica dibujaron una sonrisa. Antes la voz sonaba vaga e indescifrable, pero ahora...

«Eres un hombre.»

«Mmm.» La afirmación fue suave y juguetona, casi como un ronroneo.

La sonrisa de Rielle se amplió, y el calor le subió a las mejillas.

«¿Tienes nombre?», preguntó.

«Claro.»

Entonces Rielle sintió unos ojos sobre ella, aunque lo único que veía era la oscuridad revuelta y aterciopelada de su propia mente que se despertaba.

Unos dedos fríos le tocaron la muñeca.

Rielle se revolvió y se movió.

«¿Me lo dices?» Su voz tenía un deje coqueto que le era desconocido. Había pasado su infancia flirteando cautelosamente con Tal, con Ludivine e incluso atreviéndose a hacerlo con Audric de vez en cuando, pero sentía que esto era distinto. Era algo nuevo... e inmenso.

«Por favor.»

La voz inhaló lentamente y después exhaló aún más despacio, emitiendo un sonido de gran satisfacción. No acababa de ser un gruñido y tampoco un suspiro.

«Me llamo... —dijo la voz, rozándole la curva de la oreja con los labios— Corien.»

* * *

—Veo que estáis despierta, lady Rielle. Además, parece ser que estáis bastante satisfecha con vos misma.

Rielle abrió los ojos.

Una pared de ventanas enmarcadas con cortinas de los colores de la casa Courverie dejaba pasar la luz de la tarde. El techo pintado que tenía encima, enmarcado con molduras doradas, representaba a la reina Katell en todo su esplendor. Primero aparecía como joven acólita en el corazón de Celdaria; después, como santa Katell, haciendo que los ángeles cruzaran el Portal, y por último se la veía coronada y ataviada como la primera reina de Celdaria.

El arconte estaba sentado enfrente de Rielle. Tenía los ojos clavados en ella y la miraba con una pizca de curiosidad.

Detrás de él había diez miembros de la guardia sagrada. Sus relucientes armaduras de oro estaban decoradas con los sigilos de los siete templos, que reproducían los bordados en la toga del arconte. La guardia sagrada no debía lealtad a lord comandante Dardenne, guardia real y de la ciudad, sino que solo pertenecía al arconte y a la Iglesia.

Rielle ignoró la ansiedad que le entumecía los brazos y se sentó. Fijó los ojos en el arconte con una mirada que deseaba que fuera tan exasperadamente despreocupada como la de él.

—En efecto, estoy satisfecha, Su Santidad —dijo con una sonrisa—, ya que parece ser que he completado con éxito la primera de mis pruebas. Si hubierais detenido una avalancha tan solo con vuestras manos y vuestra determinación, seguro que también estaríais orgulloso de vos mismo.

Hizo una pausa. ¿Se habría sobrepasado?

No pudo resistirse.

—Pero, claro —continuó, mirando al arconte a la cara—, debe de ser difícil para vos imaginaros algo así, puesto que renunciasteis a todos los derechos que teníais sobre vuestra magia. Incluso antes de que lo hicierais, necesitabais usar una forjadura para acceder a vuestro poder. A mí no me afectan tales limitaciones.

El arconte seguía sentado y sin pestañear. Su sonrisa era pequeña y apretada.

Rielle siguió mirándolo fijamente.

«Muy bien —dijo Corien—. Hazlo sudar.»

Se abrió una puerta que había en la pared situada a la derecha de Rielle, por donde entró uno de los pajes del rey Bastien.

—Su Majestad está listo para recibirnos, Su Santidad.

—Excelente. —El arconte se levantó—. Seguidme, lady Rielle.

Esta obedeció. Mientras andaba, la guardia sagrada formaba un amplio círculo a su alrededor.

«¿En serio creen que perderé el juicio y que mataré a todo aquel que se me

cruce por delante?», pensó con pesimismo.

«Algunos sí», dijo Corien.

Algo en su tono de voz —¿o de pensamiento?— alarmó a Rielle. «No lo dices por decir. Sabes lo que piensan.»

Entonces se hizo el silencio.

«¿Corien?» De golpe, su corazón se convirtió en un tambor dentro de su pecho. La imposibilidad de lo que estaba pasando se hizo evidente de forma abrupta y terrible. Estaba hablando con una voz en su cabeza como si fuera algo normal. Se había acostumbrado tan deprisa a hacerlo que parecía que fuera un hábito adquirido hacía tiempo.

Eso no era... nada bueno.

La verdad volvió a ella: hablar con la mente era algo que los ángeles hacían en el pasado.

Rielle sintió repulsión —no sabía decidir si hacia ella misma o hacia Corien— e imaginó que huía de él, que lo encerraba tras una puerta y que giraba la llave.

«¿Qué me ocultas?», susurró contra el cerrojo.

La voz de Corien surgió fría y aguda: «Estate atenta, Rielle. Tus carceleros aguardan».

—Lady Rielle —sonó la voz del rey Bastien, en un tono bastante amable—, se os ve bien, a fin de cuentas.

Rielle pestañeó dos veces y volvió en sí. Estaba de pie ante una mesa larga y rectangular de madera pulida. La pared más alejada estaba adornada con retratos enmarcados de los reyes y las reinas del linaje de los Courverie. A su derecha, un amplio ventanal daba paso a una terraza soleada.

Se encontraban en el salón del Consejo Real, donde se reunían los consejeros privados del rey.

Ahí estaba el monarca en persona, con sus asesores de más confianza. La primera era la reina Genoveve, que, sentada a su lado, miraba fijamente a Rielle por encima del borde de su copa de vino. Después estaban la Señora de

las Monedas y el Señor de las Letras, los jueces que el rey había designado para la Corte Suprema.

También estaba ahí la gran maestre Florimond, la sacudetierres más poderosa de Celdaria. Era la mujer que había ideado la avalancha.

El último era el padre de Rielle, que tenía el rostro macilento e ilegible.

Aunque hacía años que ella no lo abrazaba, en aquel momento sintió el extraño anhelo de hacerlo.

Pero duró solo un instante.

Levantó con frialdad una ceja hacia su padre e hizo una reverencia. Al ver sus botas estropeadas, se dio cuenta de que aún llevaba puesta la ropa de la montaña. Su cuerpo aprovechó el momento para hacerse notar, para poner de manifiesto cada rasguño, cada torcedura y cada moratón. Las heridas le provocaban dolor y un placer victorioso a partes iguales.

Había luchado contra la montaña y había ganado.

Se irguió de nuevo. El dolor aumentaba en sus hombros resentidos.

—Gracias por señalarlo, Su Majestad —dijo—. Mi reina. Mi señor padre. Gran maestre. Me alegra ver que están todos bien.

—Nosotros también nos alegramos de que estéis bien, lady Rielle —contestó el rey Bastien.

—¿De veras?

Su padre volvió la cabeza de golpe y la fulminó con la mirada.

Una risita gutural sonó en la mente de Rielle: «¡Ay, querida...!».

La muchacha se mordió la parte interior del labio inferior.

—Perdonadme, mi rey. Ha sido una insolencia, lo admito.

—¿Acaso no es también insolente que os hayáis pasado la vida poniendo en peligro a mi hijo y a mi sobrina sin preocuparos por su seguridad? —murmuró la reina Genoveve.

Rielle, profundamente indignada, dio un paso al frente. Al unísono, la guardia real que había alrededor de la sala y la guardia sagrada que estaba al lado del arconte se movieron y pusieron las manos sobre las espadas.

Ella apretó la mandíbula y se mantuvo firme.

—Mi reina, amo a vuestro hijo y a vuestra sobrina más que a nadie en este mundo. Si creéis que en mi vida ha habido algún momento en el que no me haya preocupado por su seguridad, estáis gravemente...

Un portazo la interrumpió. Rielle se volvió y vio que Audric se acercaba a grandes zancadas. Los rizos oscuros le caían desordenados sobre la frente, y Ludivine iba justo detrás de él.

Una oleada de alivio invadió a Rielle con tal intensidad que tuvo que tocar la mesa del rey para apoyarse.

En un momento, Audric la abrazaba. Le susurró contra el pelo apelmazado y cubierto de lodo:

—No nos permitían verte, Rielle.

Acurrucada bajo la barbilla del chico, dejó que se le cerraran los ojos y aspiró su familiar olor a ruedasoles, el mismo aroma a calor constante que emana una piedra bañada por el sol.

—Aun así, aquí estáis.

—¿Estás bien? —Audric se apartó y le buscó el rostro—. ¿Qué ha pasado?

—He completado la prueba de la tierra con éxito —contestó Rielle, incapaz de reprimir una amplia sonrisa al levantar la vista hacia él—. Solo quedan seis.

Ludivine sonrió satisfecha tras el codo de Audric.

—¡Estupendo, Rielle!

—Sí, la gran maestra Florimond y sus acólitos han creado una avalancha —añadió el arconte— destinada a matar a lady Rielle. Es obvio que no lo ha hecho, y eso es un gran alivio para nosotros. —Se detuvo—. Y parece ser que para vos supone un alivio aún mayor, mi príncipe.

A Rielle le ardieron las mejillas, pero al mirar más allá de Audric y encontrarse con la mirada de Ludivine lo único que vio fue amor y una cálida sonrisa.

Audric se apartó de Rielle.

—Señor arconte, ¿os estáis burlando de la vida y de la seguridad de nuestra Reina Solar? Ayudadme a comprenderlo, por favor. En el mejor de los casos, parece una acción irrespetuosa y, en el peor, una blasfemia.

—¿Debo recordarte, hijo mío —dijo la reina Genoveve—, que lady Rielle solo ha completado una de las pruebas? Además, no es cosa tuya determinar si ella es la Reina Solar o no.

Con los ojos brillantes, Audric puso los hombros firmes.

—No solo completará las pruebas, sino que las superará con creces.

El arconte resolló.

—¿En qué basáis vuestra fe?

—La conozco desde siempre...

—Lo que conocíais de ella era una mentira.

—Ya es suficiente. —El rey Bastien cruzó las manos sobre la mesa—. No estamos aquí para discutir sobre el pasado, sino para hablar del futuro.

—Tenéis razón, padre —dijo Audric, acercándose a él—. No hagáis que lady Rielle complete el resto de las pruebas sola y sin estar debidamente preparada. —Volvió a mirarla con el semblante iluminado de convicción y confianza, de fe en ella—. Debería realizarlas delante de tanta gente como fuera posible.

—Debería ser un espectáculo —coincidió la gran maestra Florimond, y se inclinó hacia delante para mirar al rey. Era una mujer corpulenta, bajita y de piel rojiza. Su cabello grueso y castaño formaba una corona de trenzas sobre su cabeza—. Lo que lady Rielle ha conseguido hacer en la montaña... —Agitó la cabeza y le echó una ojeada a la chica— es digno de ver.

Al percatarse de la expresión sorprendida de la maestra Florimond, Rielle se estremeció con deleite.

—¿Por qué?

La mujer abrió la boca para hablar, pero entonces dudó y, en lugar de eso, miró a Audric.

—Porque cuando el Portal caiga y los ángeles regresen —dijo Audric,

mirando a su padre—, la Reina Solar necesitará que el pueblo de Celdaria la apoye. Tienen que ver lo que hace. Tienen que quererla.

Los jueces, el Señor de las Letras y la Señora de las Monedas, e incluso la reina se revolvieron incómodos, al igual que algunos guardias posicionados alrededor de la sala.

Rielle observó a su padre, que por fin le devolvió la mirada. ¿Se estaría acordando de lo mismo que ella, de las noches que pasaban juntos en secreto en la oficina de Tal después de un día entero de clases? Rielle se sentaba en la rodilla de su padre y leía, lentamente y en voz alta, las palabras de la profecía de Aryava:

Dos reinas se alzarán.

Una hecha de sangre.

Otra hecha de luz.

En aquel entonces, era lo suficientemente pequeña —y quizá no lo suficientemente aterradora— como para que su padre aún la tocara con un poco de afecto.

—Audric —dijo el rey Bastien con severidad—, te pido que no hables ahora de esas cosas.

—Pero este es precisamente el momento de hablar de ellas. —La voz de Audric estaba adquiriendo esa seriedad y aspereza que ponía siempre que daba un sermón sobre algo. Rielle y Ludivine los llamaban sus «arrebatos de erudición».

A pesar de la situación, miró de reojo a su amiga, que estaba intentando no sonreír.

—La muerte de la princesa Runa —prosiguió Audric—. Las rebeliones de esclavos en Kirvaya. Las tormentas sin precedentes en el océano de Meridian y de Ventera. Las montañas movedizas en las antiguas tierras angelicales que desplazan pueblos enteros durante la noche. Y, ahora —dijo, y miró de nuevo a Rielle—, el caso de lady Rielle. Quizá aquellos asesinos supieran algo que

nosotros desconocemos. Quizá su intento de matarme en realidad fuese un pretexto para que ella exteriorizara su poder y todo el mundo lo viese. O quizá fuera solo una coincidencia. Sea como fuere, no podemos ignorar la sucesión cronológica de los acontecimientos.

Audric volvió a dirigir su mirada apasionada hacia el rey.

—El ángel Aryava lo supo hace siglos. Nos advirtió de que este momento llegaría, y ahora el peso recae sobre nosotros.

El semblante del rey Bastien, que solía ser muy abierto, ahora era una puerta con rejas.

—Basta, Audric.

—Padre, estamos ignorando las señales del peligro que...

El rey se puso en pie.

—¡Basta!

El príncipe dio un paso atrás. Miró a su padre a los ojos durante un momento muy caldeado y después dirigió la vista al suelo.

El arconte se aclaró la garganta.

—Tal vez haya algo de sabiduría en las sugerencias del príncipe. Tanto si se están desencadenando como si no los acontecimientos de la profecía ante nuestros ojos, si obligamos a lady Rielle a completar las pruebas ante toda la gente de Celdaria...

—El reto será aún mayor para mí —lo interrumpió Rielle—. Además, veréis que no hay razón para temerme. —Con el corazón convencido y latiéndole deprisa, se colocó en el lugar de Audric, frente al rey—. Porque no solo estaré luchando por mi vida, sino también por la suya.

—Eso supone un riesgo terrible —dijo el rey Bastien.

Con algo de fuerza, la reina Genoveve dejó la copa encima de la mesa.

—Es un riesgo que no podemos correr. Es un disparate, querido.

—La guardia de la ciudad —insistió Rielle—, la guardia real, la guardia sagrada y todos los acólitos del templo pueden estar alerta, a punto para actuar

en caso de que yo flaquee. —Inspiró profundamente—. Pero no flaquearé. Mi padre y Tal me han instruido bien.

—Os han instruido escondidos tras secretos y mentiras —añadió el arconte. Rielle hizo caso omiso.

—Pueden seguir dándome clases con la ayuda de todos los miembros del Consejo Magistral.

Ojeó a la gran maestra Florimond. La mujer asintió.

—Yo, por mi parte, estaré encantada de ayudar a lady Rielle.

La chica le dedicó una pequeña sonrisa.

—Se correrá la voz sobre las pruebas, mi rey, y sobre mí. Hay tanta gente que sabe lo que está pasando que es imposible que no se escapen los rumores. Pensad en cómo reaccionaría nuestra gente si se enterara de que se le ha ocultado un secreto así. Ya se han contado demasiadas mentiras, ya se han guardado demasiados secretos. Yo he participado en eso y no deseo seguir haciéndolo.

El rey Bastien volvió a sentarse y reflexionó en silencio.

—Si se lo contamos todo a la gente... —añadió Audric, poniéndose al lado de Rielle.

—Y si ven por ellos mismos el poder que tiene Rielle y cómo lo controla... —dijo Ludivine al otro lado de la muchacha.

—Les demostraremos que todos confiamos en ella.

—Y ellos lo imitarán —añadió Ludivine—. Vos también, tío.

—Además —acabó diciendo Rielle—, si ocurren sucesos oscuros en algún lugar del mundo, quizá el enemigo se lo piense dos veces antes de posar su mirada sobre Celdaria. Debemos demostrarle que estamos unidos y que no tenemos secretos que nos hagan vulnerables.

—Debemos demostrarle —dijo el rey Bastien lentamente— que tenemos como guardiana a la humana más poderosa que haya existido.

Corien regresó al fin. «No se equivoca —susurró—. Jamás ha habido una humana como tú, Rielle, y jamás la volverá a haber.»

La chica luchó para mantener oculta su sonrisa. Sintió que eso no la ayudaría.

Al fin, el rey Bastien inspiró profundamente y se reclinó en su silla.

—Vosotros tres —dijo mirando a Rielle, a Audric y a Ludivine uno por uno— tenéis demasiada práctica en urdir estrategias juntos. Es difícil discutir con un frente así.

—Querido... —empezó a argumentar con urgencia la reina Genoveve.

—Está decidido. —El rey Bastien puso las palmas de las manos sobre la mesa—. Las seis pruebas que quedan serán eventos públicos y estarán abiertos a todo el mundo. ¿Cómo lo habéis llamado antes, Brydia? ¿Un espectáculo?

La gran maestre Florimond inclinó la cabeza.

—Puede que sea una palabra demasiado frívola.

—No, es adecuada. Es una palabra de celebración, y de eso se tratará: servirá para festejar el poder de Celdaria y de sus ciudadanos. —El rey Bastien miró a su hijo—. Será una clara indicación para toda alma viviente de que nuestra nación no tiene miedo de formas extrañas ni de tierras cambiantes, ni tampoco de las viejas historias sobre muerte y destrucción que no tienen nada que ver con nuestro futuro.

Por un momento, Rielle temió que Audric dijera algo más y provocase aún más la ira de su padre, pero el rey Bastien abandonó la sala, flanqueado por la guardia real. Los otros los siguieron de cerca. El príncipe se apresuró a ir tras su madre, e incluso el padre de Rielle desapareció antes de que ella tuviera la oportunidad de hablar con él.

—¡Bueno! —exclamó alegremente Ludivine. Le cogió las manos a su amiga y sonrió—. No sé a ti, pero después de esto a mí me vendría bien un trago.

ELIANA

*«Alza los ojos hacia los cielos orientales.
Mira el sol... Como él, es hora de que te levantes.
Avanzaremos por los caminos oscurecidos
por los muertos.
Derribaremos sus muros y de rojo sus coronas
pintaremos.»*

Canción de contienda compuesta
por el presunto aliado de la Corona Roja,
Joseph Ferracora, durante el asedio de la Bahía de Arxara

Eliana se despertó bajo un edredón raído, en una habitación pequeña y oscura. Para su desagrado, vio que Simon estaba sentado cerca de ella.

Estaba reclinado en una silla de madera, con una de sus largas piernas recostada sobre la otra, y sujetaba un vaso de alcohol apestoso.

Eliana se sentó. Como si aún persistiera el dolor provocado por el porrazo que había recibido en la cabeza, pensó en apretar los dientes.

—Tienes cinco segundos para decirme dónde estamos y dónde está Remy —dijo con suavidad—, y también para decirme quiénes me golpearon la cabeza y dónde puedo encontrarlos antes de que te destripe.

—Buenos días a ti también, querida Terror —contestó Simon, saludándola con la copa—. ¡Vaya! Debo decir que... tienes una pinta especialmente terrible, si me permites la broma.

—¿Dónde están mis cuchillos?

Sobresaltada, Eliana se dio cuenta de que ya no llevaba su vestido de fiesta

rasgado. De hecho, ya no llevaba nada, salvo el colgante alrededor del cuello.

—Desgraciado de mierda —dijo en voz baja—. ¿Dónde está mi ropa, dónde están mis cuchillos y dónde está mi hermano?

—Remy está a salvo, durmiendo; igual que Navi, por si te interesa. Aunque estoy seguro de que no. —Simon le lanzó una pila de ropa—. Aster quería curarte las heridas y quitarte el vestido empapado de sangre. Tal vez pretendiese compensar el hecho de que su hermana te golpeará en la cabeza y te drogara. Regañé con dureza a Marigold por haber desperdiciado productos de calidad en ti, pero ella no se arrepintió.

Eliana cogió la túnica que Simon le había lanzado. Hizo una mueca al ver los dobladillos deshilachados y las mangas remendadas.

—¿Quién es Marigold?

—La hermana de Aster. Intenta seguirme el hilo, por favor. —Se acabó el resto de la bebida de un trago y dejó el vaso—. En fin, cada vez que Aster intentaba quitarte el vestido, tú la pateabas. Pero no te preocupes, es una mujer dura.

Ella lo fulminó con la mirada hasta que él dijo:

—¡Ah! —Y se volvió de cara a la pared—. Curiosamente —prosiguió—, por lo que Aster pudo ver, no tenías ninguna herida.

A Eliana se le aceleró el pulso. Tiró de la ropa interior, la camisa y los pantalones. Le quedaba todo demasiado holgado, y estaba viejo y desteñido, pero al menos estaba limpio.

—¿Te decepciona que tuviera la suerte de salir ilesa de nuestra valiente huida? —Se puso la túnica de lino manchada—. Seguro que te encantaría ver mi cuerpo marcado de pies a cabeza con unas cicatrices parecidas a las tuyas, ¿verdad?

—Pues mira, no —replicó Simon.

Ella esperó a que le diera una respuesta más elaborada, pero, como no lo hizo, se dedicó a examinar la chaqueta que le había traído. Era un trapo comido por las polillas y con mangas de campana. El cuello, bordado y

apagado, en algún momento debió de haber sido llamativo, pero ahora era simplemente patético.

—Supongo que los rebeldes no se molestan demasiado en conseguir ropa decente, ¿verdad? —murmuró. Aun así, se enfundó la chaqueta.

—Si ya has terminado...

Se trenzó rápidamente el cabello salvaje para tenerlo controlado.

—Dame mis cuchillos, y me abstendré de pegarte durante al menos cinco minutos.

—¿Siempre has sido tan tremendamente irritante?

—¿Siempre has tenido esa cara tan tentadoramente apuñalable?

—Querías saber dónde estamos —dijo Simon, señalando la puerta.

Ella pasó por su lado y salió a un sombrío pasillo de piedra. En el suelo de tierra, unos tablones de madera alineados formaban un camino. Siguiendo el sonido distante de una conversación, Eliana dobló una esquina, pasó por dos puertas colocadas torpemente en la pared y emergió a una plataforma con vistas a un gran hoyo subterráneo. Las paredes brillaban a causa del lento goteo del agua.

El suelo del hoyo estaba cubierto de gente: refugiados vestidos con harapos. Rostros oscuros y pálidos, mayores y jóvenes... Todos estaban manchados de lodo, cenizas y sangre.

Alrededor del perímetro —vigilando desde las plataformas y moviéndose con provisiones y camillas entre la aglomeración de refugiados— estaban los rebeldes. Algunos llevaban rifles amarrados a la espalda, otros, dagas en la cintura.

De repente, Eliana dejó de estar cansada o enfadada.

Simon la había llevado al campamento de la Corona Roja.

Se apoyó inmediatamente en la barandilla de la plataforma, como si aquella visión la abrumara. Soltó un suspiro de pena lo suficientemente alto como para que Simon lo oyese.

Empezó a contar.

Dos soldados rebeldes patrullaban por el suelo del hoyo, y seis más distribuían provisiones. Había cinco plataformas alrededor del recinto, con un vigía en cada una de ellas. Vio una caja de patatas abierta junto a una pared y, debajo, otra docena de ellas.

Simon se puso a su lado. Apoyó las manos llenas de cicatrices en la barandilla, junto a las suyas.

¿El tamaño del hoyo? Eliana lo estimó con rapidez. Tendría unos trescientos metros cuadrados y unos seis metros de profundidad.

¿La cantidad de refugiados que había en su interior? Trescientos, más o menos.

—¿Te has quedado sin palabras, Terror? —le preguntó Simon—. Permíteme que me sorprenda.

Ella se alejó de su lado.

—¿Qué es esto?

Dejó que sus palabras sonaran un poco temblorosas, lo suficiente como para que Simon se preguntara: «¿Puede ser que ver tanta miseria extendiéndose por todas partes le haya tocado el corazón al Terror?».

«Pero, ¡ay! —pensó ella—, el Terror no tiene corazón.»

—Es la Hondonada de la Corona. —Simon se dirigió a una escalera situada a un lado de la plataforma—. Ven, te lo enseñaré.

Ella no lo siguió. Hizo que se le reflejara un poco de miedo en los ojos para que él pensara que estaba nerviosa.

—Cuéntamelo aquí.

—Esto no es Online, Terror. Sígueme, o la Corona Roja te hará la vida tan miserable como tú se la has hecho a ellos.

La risa de Eliana sonó aguda y poco convincente. «Subestímame, Lobo. Te reto.»

—Eso les llevaría algo de tiempo.

—Has convertido esta guerra en un juego personal, pero para esta gente no se trata de un juego. Si alardeas de tus asesinatos delante de ellos, no te

mostraré piedad alguna.

La ferocidad de su voz la sobresaltó. Por un momento, Eliana no supo qué decir.

Entonces añadió con desprecio:

—Crees que me conoces —fue hacia él—, pero te equivocas.

—Y tú no conoces esta guerra —replicó Simon—. Sin embargo, pronto lo harás. Considera esto una introducción.

No dijo nada más, y ella se alegró, porque, a medida que descendían hacia la multitud, solo podía pensar en el hedor y en el zumbido sordo producidos por demasiados humanos que vivían y respiraban hacinados en un espacio tan pequeño. Los niños se acurrucaban en tiendas de campaña improvisadas. Una mujer afilaba unos cuchillos mientras una chiquilla en su regazo la observaba con los ojos bien abiertos. Bajo la luz de un fuego que se extinguía, un hombre joven le leía algo a una persona que dormitaba.

El aire era un mar de sudor, de ropa sucia y de aguas residuales. Aunque lo peor de todo eran las expresiones de los refugiados. Todos tenían un vacío en el semblante —un hambre, un cansancio— que le oprimía las costillas a Eliana y le agriaba la garganta.

No era capaz de imaginar lo que habrían visto esas personas... ni le importaba. Ya tenía que lidiar con su propio pasado lleno de horrores, con sus propias noches de insomnio.

—¿Cómo puedes vivir con esto? —le había preguntado Harkan cuando ambos tenían doce años.

Hacía poco que se había enterado de lo que Eliana estaba aprendiendo. Parecía esforzarse en saber cómo tratarla ahora que era consciente de lo que su amiga podía hacer con un cuchillo.

—¿Con qué? —le había replicado ella, concentrada en limpiar el juego de armas blancas que su madre le había comprado.

«Primero tienes que limpiarlas —le había explicado Rozen—. Tómate tu tiempo para conocerlas. Necesitarán un nombre.»

«¿Un nombre?», había repetido Eliana con una risita.

«Sí —le había respondido Rozen, mirándola con un poco de tristeza—. Serán los amigos más fieles que tendrás.»

—¿Cómo puedes vivir sabiendo que matarás a gente? —Harkan había mirado nervioso lo que estaba haciendo—. A gente buena.

—Es fácil —le había contestado Eliana.

En aquel entonces, la gravedad de lo que hacía le pesaba en la conciencia como una piedra en un mar interminable, pero su madre le había enseñado que si no aprendía a deshacerse de aquel desagradable sentimiento, este la consumiría. Así que Eliana intentó poner la cara que llevaba practicando cada mañana frente al espejo —despreocupada, aburrida y maliciosa— y le dijo a Harkan:

—Es el único modo de sobrevivir.

Harkan había negado con la cabeza y había apartado la vista, como si ya no soportara mirarla.

—No sé qué te está pasando —había susurrado.

No obstante, se había quedado y la había ayudado a limpiar las armas y a ponerles un nombre.

—*Arabeth*—le había sugerido para la daga dentada y maliciosa. Incluso se había permitido sonreír vagamente cuando Eliana había estado de acuerdo.

Una vez que hubieron terminado, se metió en la cama con ella y la abrazó hasta quedarse dormido.

Pero aquella noche Eliana la pasó en vela. Se había quedado tumbada junto a Harkan y había cerrado los ojos con fuerza mientras deseaba que al despertarse por la mañana todo fuera como debería ser. Su padre regresaría a casa, el Imperio se habría ido y el rey Maximilian aún estaría vivo.

Harkan la miraría de nuevo como si fuera su amiga y no algo nuevo y terrible.

«Santa Katell, escucha mi plegaria —había rezado Eliana—. Envíanos el calor de tu sabiduría. Ilumina el oscuro camino que tengo ante mí. Encuentra a

la Reina Solar. Dile que la estamos esperando. Dile que la necesitamos.»

Había puesto la cara sobre la almohada mientras las lágrimas le caían en silencio por las mejillas. «Dile que la necesito.»

En la tenue luz de la Hondonada de la Corona, Eliana se concentró en la nuca de Simon.

«¿Cómo puedes vivir sabiendo que matarás a gente?

»A gente buena.»

Ella ignoró el murmullo de los refugiados que había a sus pies y se dijo a sí misma:

«No los mires.

»No mires.

»No.»

En cambio, escuchó a los rebeldes que se movían afanosamente entre la multitud. Estos empezaron a dejar caer tesoros susurrados mientras repartían comida, vigilaban aburridos en las plataformas o se apretujaban en los espacios estrechos que quedaban entre la pared del hoyo y los altos montones de provisiones metidas en cajas.

—Lord Morbrae llega mañana...

—El asalto... a unos tres kilómetros al noreste...

Lord Morbrae. Eliana conocía ese nombre. Se trataba de uno de los reyes errantes del Imperio que se movía de pueblo en pueblo y de avanzada en avanzada.

Algo le rozó la muñeca. Ella se estremeció y miró hacia abajo.

Una mujer refugiada con un pañuelo negro atado a su pálida y arrugada cabeza alargaba la mano hacia Eliana y le sonreía débilmente. Tenía el brazo salpicado de quemaduras, y la piel tensa le brillaba bajo la irregular luz del fuego.

Eliana apenas pudo contener el impulso de abofetearla.

«No los mires.

»No mires.

»No.»

Sin embargo, Simon agarró la mano de la mujer con amabilidad y se arrodilló para hablar con ella.

Eliana apartó la mirada y cruzó los brazos con fuerza sobre el pecho. Una ardiente oleada de ira le subió por la garganta. Estaba furiosa por que la mujer hubiera osado tocarla, por haber querido abofetearla y por no haberlo hecho.

Furiosa por que aquel espacio estuviera plagado de gente demasiado débil como para garantizarse la vida en el mundo del Imperio.

Furiosa por que Simon la obligara a caminar entre ellos.

Se alejó y se apoyó en una columna de roca. Tenía experiencia en observarlo todo fingiendo desinterés mientras su mente seguía contando: había dos puertas en la parte de arriba, junto a las plataformas, y cuatro más a nivel del suelo. Una estaba a unos seis metros de distancia. ¿Adónde conduciría? ¿A unos túneles?

Un par de rebeldes salieron de la puerta más cercana con los brazos llenos de vendas dobladas.

A medida que ellos se le acercaban, Eliana bajó la cabeza, encorvó los hombros y cerró los ojos. No era más que una refugiada medio dormida, sola y cansada.

—... el lunes por la mañana —susurró uno de ellos mientras pasaban apresurados junto a ella— los mandaremos a todos al Abismo.

—Que los ángeles luchen un rato con Su Señoría. —El segundo rebelde soltó una carcajada.

Nadie hablaba en serio de los ángeles, a menos que estuvieras loco o que fueras un niño que creía en las viejas historias.

«Como Remy.»

Eliana escuchó a los rebeldes con atención mientras pasaban por su lado.

—Creo que ni los ángeles se merecen tener a lord Morbrae entre ellos... —dijo el primero, y entonces salieron de su campo auditivo.

Así que tendría que zafarse de Simon y vagar por ahí hasta que encontrara a

alguien dispuesto a confirmarle la información dispersa que había conseguido. Pero, si aquello era cierto, al día siguiente por la mañana lord Morbrae llegaría a un puesto de avanzada del Imperio situado a unos tres kilómetros al noreste de la Hondonada de la Corona.

Pasado mañana, los rebeldes asaltarían dicho lugar y desmantelarían una de las fortalezas del Imperio.

Eliana no sabía qué haría con esa información, si es que servía para algo, pero tomó nota de aquello con una engreída punzada de satisfacción.

—¿Estás pensando en tu vil pasado?

Eliana abrió los ojos y le lanzó una sonrisa malévola a Simon.

—¿Ya has acabado de hablar con tu novia?

Él le señaló la puerta más cercana, que estaba ligeramente entreabierta.

—Después de ti.

Ella se apartó de la pared.

—Y bien, ¿de dónde vienen vuestros refugiados?

—De todos lados. De Ventera, de Meridian, incluso de tan al sur como Las Vísperas si tienen un bote lo suficientemente resistente.

—¿Y los alojáis y los alimentáis? ¿Les tratáis las heridas y las enfermedades?

En la puerta, Simon le tocó el brazo para que se detuviera. Ella se volvió hacia él con una sonrisa coqueta, pero aquella insinuación se le murió en los labios al ver su semblante. Simon la estaba observando en silencio, como si no solo intentara leerle el rostro, sino también mirar en su pasado y encontrar una verdad más profunda.

«Puedes mirar todo lo que quieras —pensó ella con violencia—. No encontrarás nada.»

—Sí —acabó diciendo él—, les tratamos las heridas y las enfermedades.

Eliana ignoró la inquietud que sentía en el vientre y le sonrió con un poco de dura suficiencia.

—Supongo que hay campamentos de la Corona Roja como este por todo el

país, ¿no?

—Sí.

—Vuestra rebelión tendría mucho más éxito si no perdierais tanto tiempo atendiendo a los que ya están condenados.

La puerta que había ante ellos se abrió.

—Las revoluciones no son nada si sus soldados se olvidan de cuidar a la gente por la que luchan —dijo una voz nueva.

Tenían delante a dos hombres y a una mujer. El hombre que había hablado era bajo, delgado, de piel pálida y de pelo cobrizo y salvaje. Cuando Eliana posó la mirada sobre su cintura, de donde colgaba una pequeña espada a plena vista, el hombre chascó la lengua.

—¡No, no! —exclamó agitando el dedo hacia ella—. Esta noche, nada de violencia.

—Dadme mis cuchillos y a mi hermano, o me temo que me veré obligada a desobedecer. —Eliana chascó la lengua—. ¡Y yo que deseaba que fuéramos amigos...!

El otro hombre, alto y musculoso, con la piel oscura y el cabello negro y muy rapado, se llevó la mano al revólver de su cinturón.

—No te molestes —dijo el primero, poniéndole una mano en el brazo—. Está asustada y por eso nos ataca.

Eliana rompió a reír.

—¿Crees que estoy asustada?

—Todo el mundo lo está, solo que a ti se te da mejor que a la mayoría ocultarlo. —El hombre le echó una rápida ojeada a Simon—. Al menos eso es lo que dice Simon.

Eliana paró de reír, pero la sonrisa asesina persistía.

—Creo que no nos han presentado.

—¡Ay, claro! ¡Qué maleducado soy! Me llamo Patrik, me encargo de supervisar la Hondonada de la Corona. Él es Hob —indicó, señalando al otro

hombre—. Es mi teniente y también mi marido. Y creo que ya has conocido a Marigold —añadió, señalando a la mujer que estaba a su izquierda.

Se trataba de una mujer mayor, de piel morena y curtida. Llevaba unas trenzas canosas, y los ojos le brillaban con malicia.

—Te golpeé en la cabeza.

Eliana le sonrió.

—Pronto te devolveré el favor.

Patrik le cogió la mano a Eliana y se la estrechó con fuerza.

—Y, por supuesto, a ti ya te conozco, Eliana Ferracora. Sí, sé exactamente quién eres.

Él le dedicó una sonrisa amable, pero la chica reconocía el destello de un asesino en cuanto lo veía.

—Si causas problemas en mi casa —le dijo él alegremente—, te rajaré del cráneo al ombligo, por mucho que me guste tu hermano y por mucho que tú le gustes a Simon.

Este emitió un bufido despectivo, pero Patrik ya estaba guiando a Eliana a través de la puerta.

—Bueno —anunció este con una palmada—, ¿quién tiene hambre?

RIELLE

«Estoy preocupada por Rielle. Todos los críos tienen berrinches, pero los suyos van acompañados de una mirada que jamás he visto en niños de su edad o incluso mayores. Su rabia contiene un regocijo, un deseo, que confieso que a veces me mantiene toda la noche en vela. No se lo he comentado a mi marido. A veces pienso que me asusto por cualquier cosa. No debería escribir esto. De hecho, creo que lo quemaré.»

Diario de Marise Dardenne,
confiscado por la Iglesia de Celdaria
en el año 998 de la Segunda Edad

—¡Otra vez!

Rielle sopló con fuerza para apartarse un rizo oscuro y sudado que le caía sobre los ojos, se impulsó para levantarse del suelo y saltó, primero sobre una peña y después sobre un montón de listones de madera. Pasados estos, subió la pendiente rocosa y bajó por el otro lado, que era más empinado.

«No pierdas la vara —se dijo a sí misma—. No. Pierdas. La vara.»

Llegó a la cima, se tumbó boca abajo y se deslizó por debajo de la red que había en el hoyo lleno de barro. Si tocaba el tejido ancho que se extendía sobre ella, tendría que volver a empezar el circuito desde el principio, y su padre le añadiría una piedra más a su mochila.

Al llegar casi a la mitad, le resbalaron las manos y chocó con la barbilla en el barro. Cuando este se le metió en la boca, Rielle empezó a ahogarse y a

tener arcadas.

—¡Arriba! —ladró una voz encima de ella.

Rielle se mordió la lengua. Estaba claro que él iba a aprovechar ese momento para iniciar una pelea. Encontró un agujero en la red y se arrastró a través de él. Consiguió hacer pasar por ahí su larga vara justo a tiempo para recibir el ataque.

El palo de su padre voló con rapidez en dirección a sus hombros. Ella lo esquivó, levantó su vara y la giró para arremeter contra él. Los palos se encontraron, y el choque de madera fue tan fuerte que hizo que a Rielle le dolieran los dientes. El impacto la sacudió de tal modo que perdió el equilibrio y quedó atrapada en la red.

—¡Levántate! —La vara de su padre se balanceó de nuevo y le golpeó los nudillos.

—¡Joder! —Rielle reprimió unas lágrimas de dolor que hacían que le escocieran los ojos y se puso de pie enseguida, tambaleándose muchísimo—. ¡Estaba en el suelo! —Pero los pies se le quedaron enganchados en la red, así que tropezó y cayó con fuerza sobre el coxis.

—Ya vuelves a estar en el suelo. —Su padre emitió un ligero sonido de indignación y lanzó la vara sobre el césped que había al lado del hoyo—. Esta vez ni siquiera has conseguido llegar a la pared de escalada. Levántate y vuelve a empezar.

Rielle se puso de pie, temblando de agotamiento y de rabia. Mantuvo los ojos en el suelo e ignoró a la guardia, que siempre estaba presente. Los soldados esperaban en silencio alrededor de la pista de obstáculos que su padre había ideado. Si pensaban que ella era ridícula..., en fin, no andaban desencaminados.

La pista de entrenamiento que Rielle les había descrito a Audric y a Ludivine como una «sala de tortura en el bosque» estaba en un lugar recóndito de las estribaciones de Cibelline, la montaña más alta de Celdaria. Hacía siglos, los santos habían construido en su ladera el castillo de Katell:

Baingarde. Durante seis días seguidos, Rielle se había reunido ahí con su padre para prepararse para la siguiente prueba. Así fortalecía su cuerpo, tal como él había argumentado, y mejoraba su agilidad.

Hasta el momento, lo único que su padre había conseguido era que le doliera todo y que estuviera tan enfurecida como el rincón más oscuro del Abismo.

—No soy una atleta —le espetó a su padre. Salió del hoyo de barro y tiró su vara lejos—, y tampoco una guerrera.

Él soltó una risa aguda.

—Eso está más que claro.

—¡Aun así insistís en someterme a esto durante horas!

Caminó por el césped mientras se quitaba los guantes empapados de barro, los guanteletes, las espinilleras y, por último, la maldita mochila de piedras, que pesaba un quintal.

—Llevamos aquí desde el alba —murmuró—. Ya debería estar estudiando con Tal o practicando con el gran maestro Rosier. El agua siempre ha sido mi punto débil. O también podría estar confeccionando mi traje con Ludivine.

—¡Un traje! —exclamó su padre con desprecio—. Sí, qué manera tan inteligente de aprovechar el tiempo.

—Se le ocurrió a ella, y es una buena idea. Si pretendo que la gente me quiera...

Él rio de nuevo, bajito y con poca amabilidad.

—... y les demuestro que no tengo miedo...

—Mentir no se te da tan bien.

—¡Dejad de interrumpirme!

Él calló y la fulminó con la mirada. Ella también lo miró con furia mientras el calor le subía por la nuca y por los brazos y se le enroscaba en el vientre.

Su padre le miró las manos, pero ella se las agarró con fuerza. Sabía lo que él estaba buscando: alguna chispa que saltara, el nacimiento de un fuego que se

propagaría con rapidez hasta acabar fuera de control y consumiendo todo lo que se encontrara por el camino.

Con los puños apretados a los costados, Rielle luchó contra las lágrimas y deseó, no por primera vez, haber matado a su padre y que su madre siguiera viva.

—Si quieres tener alguna posibilidad de sobrevivir a las pruebas —acabó diciendo él—, si quieres tener a tu lado algo más que un poder en bruto y la estúpida suerte, entonces tendrás que entrenar para ser más fuerte y rápida.

—Llevo años estudiando, trabajando el autocontrol con Tal...

—¡Puede que no haya sido suficiente!

Rielle se mantuvo firme incluso mientras su padre avanzaba en su dirección. Ella notaba que la trenza se le estaba deshaciendo y sentía lo descuidada, pequeña y tonta que se la veía al lado de lord comandante Dardenne. El hombre parecía imperturbable hasta con el uniforme de entrenar lleno de barro. La chica se mordió la lengua con fuerza.

—Esto no es ninguna broma, Rielle —prosiguió su padre. Le volvió a atar las correas que le sujetaban la fina protección de cuero alrededor del torso, le enderezó el cuello de la camisa y metió el pelo suelto en la trenza con tanta brusquedad que le dolió el cuero cabelludo—. La prueba de la tierra no fue nada comparada con lo que el Consejo Magistral te tiene preparado. Esto solo es el principio de un camino largo y tortuoso. La vida como la conocías ha terminado. Tienes que entenderlo.

A Rielle le ardían las mejillas. ¿Qué estaría pensando la guardia al ver que la regañaba como a una niña pequeña?

—Sí, padre —asintió ella con suavidad—. Lo entiendo.

—Si fracasas, te matarán. Quizá también nos ajusticien a Tal y a mí.

Rielle se miró las botas a través de una cortina de lágrimas.

—Ya lo había considerado.

—¿De veras? No podemos saber qué piensan los miembros del Consejo y tampoco el rey. Las circunstancias en las que nos encontramos son

extraordinarias.

—Sí, padre.

Él se quitó uno de los guantes y con la mano desnuda le hizo subir la barbilla. Ella lo miró fijamente con los ojos llenos de lágrimas hasta que él torció la boca y se alejó. Se sentó en el suelo, junto al hoyo de barro, cogió la cantimplora de encima del césped y tomó un trago de agua.

—Siéntate —le ordenó, pasándole la cantimplora—. Bebe.

Ella obedeció sin decir nada. Mientras bebía, miró furtivamente a su padre y se fijó en las canas de sus sienes, que le salpicaban el cabello grueso y oscuro, y en las arrugas que se le marcaban alrededor de los severos labios. Se dio cuenta, con un atisbo repentino de tristeza, de que era incapaz de acordarse de qué aspecto tenía antes de que la muerte de su madre le robara la sonrisa.

—¿Te acuerdas de la nana que me cantaba mamá? —le preguntó.

Su padre miraba la pista de obstáculos salpicada de barro, el serio anillo de soldados que la rodeaba y la densa pineda que se encontraba más allá. Rielle lo observaba y examinaba su perfil. De repente, se moría de ganas de cogerle la mano y de preguntarle si estaba tan asustado como ella.

En cambio, enrolló los dedos en el césped.

—No recuerdo ninguna nana —le contestó él de forma monótona.

Rielle no estaba segura de si le estaba mintiendo o no, pero de todos modos asintió con la cabeza y, como él, miró al bosque. Inspiró profundamente y empezó a cantar:

*Junto a la luna, junto a la luna,
ahí me encontrarás.*

*Junto a la luna, junto a la luna,
la mano me darás.*

*A las estrellas rezaremos
para que nos liberen, nada más.*

Junto a la luna, junto a la luna,

ahí me encontrarás.

Al cabo de un momento de silencio insoportable, añadió:

—No siempre puedo recordar cosas sobre ella: cómo olía, el tacto de sus manos... Pero recuerdo su voz y esta canción.

En el momento justo en el que las palabras le salieron de los labios, su padre se levantó, se desempolvó los pantalones, recuperó la mochila de piedras y se la alcanzó. Lo único que ella pudo leer en su rostro fue la misma resolución tranquila de siempre: la certeza de que Rielle era malvada y la causante del largo sufrimiento de su padre.

—Otra vez —le dijo—. Vuelve al inicio.

* * *

Rielle no sabía cuántas personas se hallaban esperando para ver la batalla del océano, pero por el ruido que hacían debían de ser muchas.

Se movió con sus botas nuevas y luchó contra el deseo de jugar con el dobladillo de su pesada capa, cuyos cordones se había atado alrededor del cuello y del torso para mantener el atuendo oculto hasta el último momento.

El traje había sido idea de Ludivine; mantenerlo en secreto, de Audric.

La noche anterior, cuando los sastres ya habían hecho los últimos ajustes, Ludivine había arrastrado a Audric hacia sus aposentos y, rebosante de alegría, había proclamado:

—¿A que está espectacular, Audric?

Rielle se había obligado a mirarlo a la cara. ¿Por qué no debería hacerlo? No había nada de raro en mostrarle su nuevo y elaborado traje para las pruebas a uno de sus más antiguos amigos. ¿O sí?

Pero las mejillas le habían ardido, y el corazón se le había desbocado de tal manera que parecía que la ahogaría. Entonces Audric había propuesto:

—Creo que no deberías mostrarlo hasta el último momento.

Ella, sorprendida, había conseguido preguntar:

—¿Por qué?

Él le había sonreído con ternura.

—Porque entonces se pasarán toda la prueba deseando con todas sus fuerzas que sobrevivas para tener la oportunidad de verte de nuevo.

Ahora Rielle se estremecía al pensar en aquellas palabras.

En el exterior, la voz del gran maestro Rosier retumbaba a través del amplificador de la Fragua.

—Hermanos, ciudadanos de Celdaria, os diré tan solo unas palabras antes de que empiece la prueba...

Mientras describía la prueba y sus normas y le recordaba a todo el mundo que no se preocupara por su seguridad —los acólitos de su templo estaban ahí, preparados para amarrar las olas en caso de que la candidata perdiera el control—, Rielle cerró los ojos y recitó el Rito del Agua de forma inaudible:

—¡Oh, mares y ríos! ¡Oh, lluvia y nieve! Saciad nuestra sed, purificadnos de todo mal...

La entrada de la tienda en la que esperaba se abrió.

—¡Y yo que creía que odiabas rezar...!

—¡Tal! —Sin pensarlo dos veces, se tiró a sus brazos, pestañeando para contener una avalancha de lágrimas—. ¿No habías dicho que el arconte no te permitía verme a solas?

—Sloane está fuera. —Le acarició el pelo y la besó en la frente—. Como su generosidad es infinita, nos ha dado dos minutos para que podamos hablar.

—Lo he oído —se oyó la voz seca de Sloane desde el exterior.

Rielle cerró los ojos e inspiró profundamente. Tal olía a humo de empuñafuegos y a incienso de templo. Aquel agradable aroma contrastaba con el hedor salobre del océano. Rielle casi podía sentir que estaban en su despacho, listos para la clase.

—Sí que odio rezar —dijo, y se apartó de él con una sonrisa tensa—, pero ahora probaría cualquier cosa.

Tal le examinó el rostro con atención.

—Tienes miedo.

—¿Yo? ¿Miedo? —Ella se encogió de hombros e intentó que los dientes no le castañearan. ¿Por qué el condenado océano tenía que hacer que el ambiente fuera tan frío?—. Solo lo hago porque un maestro viejo y estirado me dijo una vez que rezar me ayudaría a concentrarme.

Tal rio con tristeza y luego se frotó la barba incipiente con la mano.

—No puedo creer que esté pasando esto. Aún espero despertarme.

—No empieces a quejarte. Soy yo la que está a punto de someterme a la prueba, no tú.

—Tienes razón. —Cogió las manos de Rielle entre las suyas y se inclinó para mirarla a los ojos—. Lo siento, cariño. Desearía que hubiéramos tenido más tiempo.

El sonido de un cuerno estalló en el exterior y le recordó a Rielle la línea de salida de la Carrera Jubilosa. Parecía que aquel día hubiera ocurrido hacía siglos. Pensar que una carrera de caballos la había asustado bastaba para hacerla reír, o quizá llorar.

—¿Lady Rielle? —La cabeza de la guardia personal que le había asignado el rey se asomó por la puerta de la tienda. Era una mujer robusta y de hombros anchos llamada Evylina. Su rostro pálido mostraba un ceño fruncido permanente—. Están listos para que salgáis.

La muchacha miró a Tal por última vez. Sabía lo que él estaba pensando. Ella estaba recordando lo mismo: «¡Vayamos ahí, Rielle! Vayamos bajo el sauce, donde el agua es tibia y tranquila». Tal apretándole las manos alrededor de la garganta y sujetándola con fuerza.

Ella se estremeció y tragó saliva.

—Esta vez no dudes en luchar —le dijo él con suavidad. Tensó las manos sobre los costados como si anhelara alargirlas hacia ella—. No tienes que demostrarte nada a ti misma. Solo has de sobrevivir.

—Nadie lo sabe mejor que yo —contestó ella.

—¿Lady Rielle?

Sin decir nada más, pasó junto a Tal y junto al rostro imperturbable de Sloane, que la sorprendió al agarrarle la mano y presionarle la palma con suavidad.

—Ten cuidado —murmuró Sloane.

Entonces Rielle salió bajo el sol.

Los espectadores estaban sentados en unas plataformas de madera que se habían construido a toda prisa alrededor de la bahía. Las más próximas estaban lo suficientemente cerca como para que Rielle pudiera ver la curiosidad y el recelo en los rostros de la gente. Debía de haber centenares, miles de personas. Prácticamente estaba ahí la capital entera, y cualquiera que se hubiese enterado de las pruebas y hubiera conseguido llegar a tiempo a la ciudad costera de Luxitaine.

Todos la observaban en silencio.

Su guardia la seguía de cerca. Ella se dirigió al borde del muelle y se forzó a mantener la cabeza erguida bajo la capucha de su capa. Una gaviota solitaria chilló sobre ellas. En el borde del muelle había dos acólitos con sus forjaduras en la mano: un sable y un disco metálico con un grabado de olas.

El cuerno volvió a sonar.

Otra vez más y empezaría.

Miró hacia la bahía rodeada de acantilados bajos y negros. El agua estaba tranquila como un cristal.

Pero no seguiría así mucho tiempo.

«Bueno —dijo Corien—, aquí estamos.»

A Rielle casi se le sale el corazón por la boca. «¡Corien! No he sabido nada de ti desde...» Apretó la mandíbula al sentir la esperanza repentina y salvaje de que él pudiera proporcionarle una vía de escape de aquel día tan horrible.

«No puedo sacarte de esta. Te has puesto en sus manos.»

«No quiero que me saques de nada.»

Él soltó una risita. «No puedes mentirme.»

Rielle se aflojó los cordones de la capa. «Les estoy mostrando que no hay razón para temerme. Me querrán por ello.»

«Te matarán por ello.»

«Si lo único que vas a hacer es intentar asustarme, déjame en paz», le dijo ella con frialdad.

«Intento ayudarte a que veas la verdad.»

Ella dio un paso al frente y dejó que la capa cayera al suelo.

La multitud ahogó un grito. Los murmullos estallaron como las olas que se alzaban a lo largo de la costa.

Rielle no pudo evitar dibujar una sonrisita genuina.

Sabía que ese traje era de los buenos. Se trataba de una prenda que se le ajustaba al cuerpo, confeccionada con una tela nueva, elegante y de colores llamativos que Ludivine había encargado de Mazabat. La mantendría caliente dentro del agua, pero era lo suficientemente flexible como para que pudiera nadar con facilidad. Unas olas bordadas con hilo brillante, de los colores del templo de los Baños —azul grisáceo y verde espuma—, se arremolinaban por toda la tela, que se le pegaba a las curvas como una segunda piel. Unas botas de malla, ligeras como el aire y con la puntera un poco alargada, le subían hasta las rodillas. El cuello del traje era alto por la espalda y bajo por delante. Ludivine le había empolvado la piel con maquillaje brillante, y Rielle sabía que, con el cabello recogido en lo alto de la cabeza y sujeto con peinetas de conchas y horquillas de perlas, se parecía a la mismísima santa Nerida.

El cuerno resonó por tercera vez.

El agua empezó a agitarse.

Rielle inspiró profundamente... y se zambulló.

ELIANA

«Mi historia es la misma que la de los demás. Todos aquellos a los que quería están muertos. Todas mis pesadillas se han hecho realidad. Nuestro mundo está perdido, igual que nosotros. Ahí lo tienes. ¿Es una buena historia para tu colección?»

*Recopilación de historias escritas por los refugiados
en la Ventera ocupada,
editado por Hob Cavaserra*

Después de cenar, Eliana ocupó un asiento en una de las áreas comunes de la Hondonada de la Corona más concurridas y se puso a limpiar sus cuchillos.

Desde la banqueta que había junto al fuego, podía ver todo lo que pasaba en aquella sala de techo bajo: soldados de la Corona Roja que se relevaban en las guardias, gente que contaba las provisiones, refugiados que eran llevados al ala de enfermería en camillas improvisadas...

Según lo que le había dicho Simon, se irían de la Hondonada de la Corona por la mañana, cuando les llegaran unos caballos nuevos. Hasta entonces, su lugar junto al fuego era el sitio ideal para instalarse y fijarse en todo lo que valiera la pena observar. Muchos de los rebeldes que pasaban por su lado no reparaban en ella. Tal vez Simon hubiera decidido que era mejor evitar que se corriera la voz sobre su identidad.

¡Qué lástima!

Sus armas tenían hambre.

Remy yacía a su lado y, con la cabeza apoyada sobre su chaqueta doblada, leía lo último que había escrito en su cuaderno. Patrick le había prestado una pluma, y el chico tenía los dedos manchados de tinta fresca.

—¿Podemos irnos ya a la cama? —le preguntó con un bostezo.

—No.

—¿Por qué no?

—Hay mucho trabajo que hacer.

Levantó a *Nox*, que tenía la hoja en forma de media luna, y frotó unas manchas inexistentes.

Remy dejó el cuaderno a un lado.

—Me estás mintiendo.

Ella le sonrió.

—No te miento.

—Entonces no me estás contando toda la verdad.

La muchacha levantó la vista cuando Navi se sentó junto a ellos.

—Eliana —la saludó Navi.

—Su Alteza. —Eliana hizo una reverencia exagerada.

Navi la ignoró y, en su lugar, miró a Remy.

—Hola, amigo mío. ¿Te ha gustado la cena?

Remy asintió con la cabeza y le pasó el cuaderno.

—He escrito la historia que me contaste acerca de santa Tameryn y el lobo. He cambiado algunas cosas.

—Seguro que la has mejorado. —Navi se le acercó y se puso el cuaderno sobre el regazo—. No le hice justicia a la historia.

Remy se sonrojó.

—Pues a mí me gustó.

—¿Sabes qué? Pensándolo bien, sí que estoy lista para irme a la cama. — Eliana enrolló los cuchillos en un trapo que había robado de una caja—. Vamos, Remy.

Él frunció el ceño.

—¡Pero si Navi iba a leer mi historia!

—No me importa.

—Ay, Eliana. —La muchacha le tocó la mano—. Esperaba que pudiéramos conocernos un poco mejor.

Dentro de Eliana, una cuerda tensa y vibrante cedió. Sus esfuerzos por vigilarlo todo habían dejado de ser importantes en comparación con su furia repentina y ardiente.

—Muy bien. De acuerdo. —Se puso de cara a Navi con las piernas cruzadas, como si fueran unas amigas intercambiando confidencias—. Remy y yo estamos arriesgando nuestras vidas para llevarte a Astavar. ¿Qué información portas que sea tan importante?

Navi sonreía con paciencia, y Eliana, con crispación.

—Sabes que no puedo decírtelo.

—¿Adónde se han llevado a mi madre? ¿Qué le ha pasado?

Remy se incorporó.

—El...

—No tengo la respuesta.

—¿Dónde estaba Astavar cuando Ventera cayó?

Navi entrecerró los ojos.

—¿Disculpa?

—¿Dónde estaba Astavar cuando el Imperio atacó nuestras fronteras? ¿Cuando violó a hombres, mujeres y niños? ¿Cuando quemó nuestras bibliotecas y nuestras tierras de cultivo? ¿Cuando ejecutó a nuestro rey y a nuestra reina junto a sus hijos en las escaleras del templo de san Ghovan en Orline?

El cuerpo le vibraba de rabia. Apretó las palmas de las manos contra el suelo.

—¿Dónde estaba Astavar cuando mataron a mi padre?

Toda la actividad de la sala había caído en un silencio tenso. Eliana sentía que una docena de rebeldes tenían los ojos clavados en ella.

—Estabais escondidos —continuó Eliana con una voz tenue—, abasteciéndoos de comida y de armas. Fortificando vuestras fronteras. Nos visteis sangrar. Nos oísteis pedir ayuda a gritos. No hicisteis nada.

—No pienso disculparme por que mi pueblo hiciera lo necesario para mantenerse con vida —acabó contestando Navi—, de igual forma que tú no te disculpas por lo que has hecho para proteger a tu familia. Ni yo te he pedido que lo hagas.

Por un momento, Eliana no pudo decir nada. La verdad que había en las palabras de Navi la había golpeado en el estómago.

«¿Cómo puedes vivir con esto?»

Ignoró el recuerdo de la voz de Harkan, le tendió una mano a Remy y sintió una cruel satisfacción cuando él la obedeció.

—No me hables de mi familia —dijo—. Y aléjate de mi hermano.

Escupió a los pies de Navi. Después, con Remy cogido de la mano, se volvió, pasó a empujones entre los rebeldes y salió de la habitación.

* * *

—¡Ah, Eliana! —En la sala común, Patrik levantó la vista de la mesa—. ¡Qué agradable es verte levantada a estas horas!

Hob, sentado a su lado, la miró y después frunció el ceño ante el cuaderno en el que estaba escribiendo.

Eliana no había podido dormir. Había pasado un rato tumbada en el camastro diminuto e irregular que compartía con Remy, mirando en tensión al techo y sintiendo un puño de hierro en el estómago y contracturas en los hombros. Lo había soportado durante una hora larga hasta que se había dado por vencida.

Ahora... ¿qué estaba haciendo? No lo sabía. ¿Buscaba información? Tal vez aquellos rebeldes descerebrados supieran algo acerca de los que se habían llevado a su madre.

¿Buscaba pelea? Al pensarlo, el cuerpo se le derritió un poco. «¡Por Dios, claro que sí!», una pelea le vendría bien. Anhelaba golpear a alguien hasta que la piel de sus indestructibles puños se quebrara. Quizá podría despertar a Simon y tocarle las narices. Él intentaría atacarla, y ella le haría pagar por ello.

—Patrik. —Eliana entró en la sala y asintió suavemente con la cabeza, mostrándose un poco avergonzada. Era la cazarrecompensas arrepentida que al fin había empezado a aceptar los errores que había cometido. Pensar eso era lo suficientemente divertido para echarse a reír—. Hob. Esperaba que hubiera alguien despierto.

Patrik le hizo señas para que se acercara.

—Aquí siempre hay alguien despierto. Estamos pelando patatas. Bueno, yo pelo patatas. Hob está escribiendo. —Patrik dio un suspiro de resignación—. Aunque ya estoy acostumbrado a tener que hacer todo el trabajo.

—¡Ay, pobrecito mío, qué atareado estás! —dijo Hob, con voz profunda y monótona.

Eliana soltó una risita y se sentó en la banqueta junto a la misma hoguera de antes.

—¿A mí no me saludas?

Eliana dio un salto al escuchar la voz grave de Simon salir de las sombras. No se había dado cuenta de que estaba ahí, repantigado en una silla manchada de respaldo alto, con sus largas piernas apoyadas sobre una caja volcada. Él la miró por encima del borde de su copa; los ojos le brillaban a la luz del fuego.

Eliana, irritada consigo misma por no haberlo visto, espetó:

—¿Hay algún momento en el que no estés bebiendo?

Con una sonrisita, Simon masculló dentro de su vaso:

—Me ayuda a dormir. Me espabila. Mantiene las voces a raya.

—¿Para qué lo usas ahora?

—Para todo. O para nada. —Apoyó la espalda en la silla, cerró los ojos y

emitió un gruñido de satisfacción largo y bestial—. ¿Y tú, Eliana? ¿Qué voces oyes en la profunda oscuridad de la noche?

El sonido de su nombre en los labios de Simon permaneció unos segundos en el aire caliente y crepitante que había junto al fuego. Eliana apartó la vista de su garganta desnuda, donde unas largas cicatrices plateadas se movían cuando él tragaba.

Entonces, de la puerta más cercana provino una voz que rompió el silencio.

—¿Patrik?

Este se volvió y dibujó una gran sonrisa.

—¡Linnet! ¿No deberías estar en la cama, pequeña?

Una niña, de unos ocho o nueve años, salió lentamente de entre las sombras agarrando con fuerza una muñeca raída. Tenía la piel dañada, llena de cortes vendados y de moratones.

—No me gusta dormir —dijo Linnet. Subió al regazo de Patrik y miró con seriedad el cuaderno de Hob—. Creo que ya estoy preparada.

Este último levantó la vista hacia ella.

—Linnet, no tienes que hacerlo si no quieres.

Los blancos dedos de la niña rodeaban la muñeca, y sus delgados labios estaban agrietados.

—Quiero hacerlo. Lo prometo.

A Eliana se le contrajo la garganta al ver la expresión angustiada de la niña.

—¿Qué vais a hacerle? —preguntó con brusquedad.

Linnet miró a Eliana a través de las sombras.

—¿Quién eres?

—Solo es un monstruo al que le gusta llevar máscaras —masculló Simon dentro de su vaso.

Linnet, alarmada, abrió los ojos de par en par.

—Linnet va a contarnos su historia para el recopilatorio de Hob. —Patrik fijó una mirada cortante primero en Simon y después en Eliana—. Y nadie va a

interrumpirla, ¿verdad?

Hob abrió su cuaderno por una página en blanco.

—Tienes nueve años, ¿verdad, cielo?

Linnet seguía echándole vistazos a Eliana con el semblante un poco atemorizado. Posó la mirada sobre su cinturón de cuchillos.

—Sí.

Hob empezó a escribir.

—¿Sabrías decirme tu apellido?

Linnet apoyó la barbilla en la cabeza de su muñeca y no dijo nada.

—¿O dónde vivías? —le preguntó Patrik con suavidad.

Linnet cerró los ojos con fuerza y sacudió un poco la cabeza.

—No pasa nada. —Hob sonrió—. No tienes por qué contármelo.

—No me acuerdo —susurró Linnet.

—Yo no me acuerdo ni de lo que he desayunado hoy —la animó Patrik—. ¿Quizá una manzana? ¿Un sombrero? ¿La hebilla de un cinturón? No, creo que no...

Linnet sonrió con timidez. Antes de empezar a hablar, acarició unas diez veces el pelo enmarañado de la muñeca.

—Los hombres malos nos encontraron por la mañana —acabó diciendo.

La pluma de Hob rascó el papel.

—Mamá me dijo que no hiciera ruido —prosiguió Linnet—, así que me quedé muy callada, como cuando juegas al escondite. Pero entonces Will estornudó justo cuando los hombres malos estaban saliendo por la puerta.

—¿Podrías decirme quién es Will? —le preguntó Patrik.

La boca de Linnet se arrugó y formó un pequeño arco que no indicaba nada bueno. Durante un largo rato, guardó silencio. Entonces...

—Mi hermano —dijo.

Aquellas palabras golpearon a Eliana como un puñetazo en la mandíbula. De repente, Linnet ya no era Linnet, sino Remy, frágil y pequeño, relatando la historia que jamás tendría que contar.

A Eliana le empezó a doler la piel de la muñeca, justo donde la anciana refugiada la había tocado.

«No los mires.

»No mires.»

Se levantó disparada de la silla, a punto de dirigirse hecha una furia hacia la puerta. No tenía por qué escuchar eso. No pensaba escucharlo.

Pero Simon le agarró la mano y la sujetó con fuerza. Él no habló, pero la expresión helada que tenía en el rostro bastó para que Eliana se parara en seco.

Ella lo miró echando chispas. Podría empezar una pelea, darle una patada para liberarse, poner fin a la hora del cuento y ofrecerle un espectáculo a esa pobre niña.

En cambio, se puso cómoda al lado de Simon. ¿Quería, por alguna maliciosa razón que se había inventado, que lo escuchara todo? Muy bien. Lo escucharía. Más tarde haría que se arrepintiera de haberla obligado.

—La puerta ya estaba rota —estaba diciendo Linnet— porque habíamos hecho una fiesta con mamá. Ella había dicho: «Celebraremos una fiesta del desorden».

—¿Una fiesta del desorden? —Patrick silbó bajito—. Suena divertido. ¿Qué es?

—Es cuando ensucias la casa en lugar de limpiarla —le explicó Linnet.

—Debe de ser la mejor fiesta que se pueda imaginar.

Linnet se mordió el labio.

—Prendimos fuego al jardín y liberamos a los animales. Entonces mamá... destruyó las ventanas con un hacha. Al hacer eso, se puso a llorar porque a papá le encantaban esas ventanas.

Hob levantó la vista y la miró con ternura.

—¿Por qué le encantaban?

Linnet agitó lentamente la cabeza, hacia atrás y hacia delante, hacia atrás y hacia delante...

—Porque —susurró al cabo de un momento— las había pintado yo.

Eliana apartó la vista y la dirigió hacia el fuego que se extinguía. El aire estaba viciado y tenía un olor acre. Había demasiada gente con el cuerpo sucio y con heridas purulentas. Al inspirar, notaba el sabor de la muerte en la lengua. El malestar era como un nudo que se le expandía por el vientre y se abría paso hacia el pecho.

Recordó las palabras de su madre: «Si no aprendes a deshacerte de él, este sentimiento desagradable te consumirá».

Cerró los ojos y apretó los puños. El fuego estaba demasiado cerca, calentaba demasiado. La piel se le erizaba, el calor le extraía el aire de los pulmones.

No tendría que haber salido de la cama.

—¿Por qué me obligas a quedarme? —preguntó en voz baja y tensa.

—Porque puedo —le contestó Simon, y se terminó lo que le quedaba de bebida.

—Destrozamos nuestras camas y almohadas. —Ahora Linnet susurraba más deprisa—. Hicimos un tinte rojo con bayas y pintamos las paredes. Mamá dijo... mamá dijo...

Patrik miró a Hob.

—Quizá deberíamos dejarlo por ahora...

—¡No! —Linnet arrojó la muñeca, que golpeó la pared y cayó al suelo—. Mamá dijo que tenía que parecer real. —Respiraba con dificultad, como si sus propias palabras la estuvieran ahogando. Ahora que no tenía nada a lo que agarrarse, se aferró al borde de la mesa y lo miró fijamente—. Mamá dijo que tenía que parecer que ahí había muerto gente. Estábamos escondidos, y los hombres malos vinieron. Will estornudó, porque estornuda cuando se pone nervioso, y yo estaba llorando. No podía evitarlo. Mamá dijo: «Chisss». Me tapó la boca... con las manos...

A la niña le costaba respirar. Miró a su alrededor con los ojos desorbitados y entonces, antes de que Eliana tuviera tiempo para prepararse, Linnet salió

disparada del regazo de Patrik y corrió hacia ella.

Se estrelló contra Eliana, le puso los brazos alrededor del cuello y enterró la cara en su trenza. Se pegó a ella, y su cuerpo de pajarillo temblaba como si estuviera a punto de romperse. Respiraba agitadamente al oído de la chica.

—Mamá dijo... —susurraba Linnet, una y otra vez—. Mamá dijo: «Chisss». Mamá dijo: «Por favor, no hagáis ruido».

Eliana no se podía mover, apenas era capaz de respirar con aquel peso que le colgaba del cuello sin permiso. Quería empujar a la niña y después arrancarle a Hob el cuaderno de las manos y lanzarlo al fuego.

«Te consumiré.»

Respirando débilmente por la nariz, controló el pánico que le subía con violencia por la garganta.

No pensó en Remy, que probablemente estaría al final del pasillo revolviéndose en la cama por culpa de las pesadillas. Nunca había dormido fuera de casa, ni una sola vez en su vida.

No pensó en su padre muerto, en su madre desaparecida ni en cómo se miraban con ternura antes de que la guerra los separara de cuajo.

No pensó en Harkan, en su cálida cama ni en su olor, que era como volver a casa.

Una chica no podía pensar en esas cosas, no podía pensar en niños llorosos ni en sus trágicas historias... No podía hacerlo si también era una asesina.

«Soy el Terror de Orlino.»

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Eliana.

La voz le salió pastosa, no tenía nada que ver con la voz hueca y llana que había intentado poner, y se odió por ello. Tenía que salir de esa habitación antes de que se la comiera viva.

«No me consumiré.»

—Entraron —susurró Linnet—. Vi alas en sus pechos. Es el símbolo del Imperio. —Volvió la cara y la puso en el cuello de Eliana—. ¿Lo sabías?

—Sí. —Bajo la barbilla de Linnet, el collar de Eliana se humedeció. El

calor del fuego le lamía la espalda. ¿Cómo era aquella plegaria antigua? La dedicada a santa Marzana la empuñafuegos. Seguro que Remy se acordaba—. Sí, lo sabía.

Ah, sí. Ya se acordaba: «Arde firme y sincero. Arde limpio y brillante».

Miró fijamente a Hob y a Patrik, que estaban al otro lado de la estancia, y esperó incomodarlos con sus ojos refulgentes e imperturbables.

—Agarraron a mamá por el pelo —dijo Linnet— y la arrastraron hasta la habitación de atrás. Gritaba tan fuerte que me dolían los oídos. Will, que es grande, golpeó a los hombres malos. Tuvo un arranque de ira, se puso a escupir y a gritar. Entonces me miró y... y...

Después de eso, no dijo nada más. Apretó aún más la cara contra el cuello de Eliana, temblando.

—Te dijo que corrieras —terminó la frase Eliana—. Te concedió tiempo para huir.

A continuación, se despegó a la niña del cuerpo y la bajó al suelo. Enseguida Patrik le entregó la muñeca abandonada y le prodigó una actitud serena y afectuosa.

Con un empujón, Eliana pasó a su lado y se dirigió a la mesa de Hob. La rabia le azotaba el cuerpo como un latigazo.

—¿Por qué haces esto? —Señaló a Linnet con la cabeza, que ahora estaba acunada en brazos de Patrik—. ¿Por qué la obligas a revivirlo?

Hob la miró con calma.

—Ella quería que yo lo apuntara para no olvidarlo.

—¿Cuántas tienes?

—Mil trescientas veinticinco. Por ahora llevo doce libros. La gente que pasa por aquí tiene historias que contar. Algunos quieren que las apunte. Otros las escriben de su puño y letra. —Hob inspiró profundamente—. Creo que alguien debería conocer su pasado. El de todos. Aunque solo seamos Patrik y yo.

Eliana miró con desdén el cuaderno y sus páginas arrugadas.

—Es una pérdida de tiempo escribir historias para los muertos en vida — espetó.

Entonces abandonó la estancia mientras Linnet la llamaba débilmente. La niña no sabía ni su nombre.

—¿Mamá?

Eliana salió furiosa a un corredor estrecho y oscuro. Al doblar la primera esquina, se dejó caer contra la pared. Las manos le temblaban y el corazón estaba a punto de salirse por la boca. Se puso los puños dentro de la chaqueta y se mordió la lengua con fuerza.

Había sido un error: dejar Orlin, hacer el trato con Simon, arrastrar a Remy tras ellos. Había sido una decisión imprudente y descuidada.

Tendría que haber ido directamente de la cama vacía de su madre a la puerta de lord Arkelion para pedirle que la ayudara a traerla a casa.

«No me consumiré.»

Había servido con lealtad al Imperio durante años, ¿no?

«No me consumiré.»

Quizá eso fuese suficiente para que la aceptaran de nuevo.

Eso y el mapa de la Hondonada de la Corona que ahora tenía en la cabeza.

—Parece ser que, al fin y al cabo, el Terror tiene corazón —dijo Simon, que apareció por la esquina de una forma tan silenciosa que Eliana se sobresaltó.

Ella consiguió soltar una risita mientras pensaba con rapidez. Si él sospechaba algo, la mataría ahí mismo.

—¿Tanto te sorprende imaginarlo?

Él le tocó ligeramente la parte anterior del codo, y en aquel movimiento había una fragilidad que sorprendió a Eliana. El calor del cuerpo de Simon, calentado por el fuego, impregnó su propio calor.

—Ven —le murmuró él—. Hablemos en tu habitación.

Fue un paseo silencioso. Para cuando llegaron a su puerta, Eliana ya había conseguido que le cayeran las lágrimas adecuadas de los ojos. Levantó la

mirada hacia Simon para que él lo viera bien.

Su madre le había dicho que su belleza haría que trabajar para el Imperio le resultara más fácil y más difícil al mismo tiempo.

En esta ocasión, puso las cosas más fáciles. Cuando Simon la miró, ella vio un cambio en su rostro, un gesto pequeño pero obvio. En él había ternura y deseo.

El triunfo se le desenrolló como un hilo en el vientre.

«Adiós, Lobo. Que la muerte te encuentre en tu momento de máxima alegría.»

—Remy siempre dice que aún hay esperanza para mí, incluso después de todo lo que he hecho —susurró. «Desolada» era la palabra—. No estoy segura de que tenga razón. —Rio con los ojos llenos de lágrimas.

Simon se movió, dudó, y entonces le sostuvo la cara con una mano grande y callosa. La tocó con tanta delicadeza que a Eliana se le estremeció la parte delantera del cuerpo, aunque acabara de decidir que lo aniquilaría.

—Nosotros no luchamos por nuestra propia esperanza —dijo él en voz baja—. Sino por la de los demás.

Después entreabrió la puerta y se apartó.

—Buenas noches, Eliana —se despidió; entonces pasó con rapidez por su lado y se fue.

Eliana entró en la habitación y cerró la puerta tras ella. Una vez dentro, su rostro se volvió duro como una roca, al igual que su corazón. Se secó las mejillas y sacudió a su hermano con suavidad.

—Despiértate, Remy.

Él se volvió, refunfuñando.

—¿El? ¿Qué pasa?

—No hagas ruido. Sal de la cama y ponte las botas.

—¿Por qué?

—Nos vamos. —En la oscuridad, su sonrisa era despiadada, pero mantuvo una voz afectuosa—. Simon necesita que lo ayudemos en una misión muy

importante.

RIELLE

«¡Oh, mares y ríos! ¡Oh, lluvia y nieve!
¡Saciad nuestra sed, purificadnos de todo mal,
haced crecer el fruto de nuestros campos,
ahogad los gritos de nuestros enemigos!»

Rito del Agua, pronunciado por primera vez
por santa Nerida la Radiante, santa patrona de Meridian
y de los esculpeaguas

Las reglas de la prueba eran sencillas.

En la bahía había tres objetos escondidos. Si se unían, formaban un tridente: la réplica de la forjadura de santa Nerida. Rielle tenía que recoger las piezas, montar el tridente y presentarlo ante todos antes de que el océano la engullera viva.

Muy fácil.

Excepto porque el agua estaba gélida.

Además, el gran maestro Rosier y sus acólitos la estaban embraveciendo.

Rielle subió a la superficie para orientarse y fue arrastrada al instante hacia abajo por una ola negra de unos seis metros de altura. Nadando con fuerza, se impulsó hacia arriba y dio una bocanada de aire antes de que otra ola la golpeara y la mandase de nuevo bajo el agua.

Así no llegaría a ninguna parte.

Recordó las palabras de Tal: «No tengas miedo de luchar».

Pero estaba aterrada.

Cuando Rielle era una niña y Tal la había sujetado bajo el agua en los

Baños, al principio ella había forcejeado. Había sabido de inmediato que la estaba poniendo a prueba, pero le habían ardidado los pulmones y había sentido un pánico tan desesperado que había creído que moriría, por lo que habría hecho cualquier cosa para poder respirar de nuevo.

Mirando hacia arriba, hacia la superficie clara y suave del agua, había visto la figura borrosa de Tal encorvada sobre ella. Rielle había recordado su voz, que la guiaba durante las clases:

«El empirio está en todo lo que vive. Imagínatelo como unos cristales diminutos que forman la base de todo.

»El objetivo, entonces, es usar tu poder para llegar más allá de lo visible, para traspasar la superficie de las cosas.

»Se trata de hacerse con el propio empirio, con los granos de la vida, que son más finos que la arena, para cambiarlo».

Con los pulmones ardiéndole como aquel día de hacía años, Rielle cerró los ojos dentro del agua arremolinada y recitó el Rito del Agua. Su cuerpo le pedía respirar a gritos, pero ella lo ignoró.

—Lo siento, Rielle —había dicho Tal entre sollozos después de liberarla. Había abrazado su cuerpecito ahogado y le había practicado el boca a boca para ayudarla a recuperar el aliento. Se había puesto la cabeza empapada de la niña bajo la barbilla—. Perdóname, por favor. Perdóname.

—Lo he hecho bien, ¿a que sí? —Ella le había sonreído y había escupido el agua—. ¡No he perdido el control, Tal! ¡He visto el agua! He visto los trocitos de agua, que eran pequeños y hermosos. ¡Y no he pasado miedo!

Mientras Rielle daba vueltas bajo las olas, mientras el cuerpo le ardía y la visión se le desvanecía, recordó la expresión acongojada y confundida de Tal. Más tarde aquel día, en su despacho, cuando ella estaba sorbiendo té sentada bajo una manta, él le había peinado el cabello y después la había abrazado hasta que ella había dejado de temblar.

—Lo has visto, ¿verdad? —le había susurrado él fascinado.

Rielle, calentita en sus brazos, había murmulado medio dormida:

—¿El qué?

—El empirio.

Ella había arrugado la nariz y había levantado la vista hacia él.

—¿Tú no?

No. Él no lo había visto, ni lo haría jamás. Ver el empirio con sus propios ojos no era algo común. Rielle se había dado cuenta de aquello en la expresión maravillada de Tal, lo había sentido en la manera en la que él la había ayudado con reverencia a volver a casa y la había metido en la cama.

Dentro del agua, al recordar aquel día, a Rielle se le aclaró la mente y se le calmó. «Lo has visto, ¿verdad?»

Sí, lo había visto.

Su poder tenía ganas de salir a la superficie, y ella lo dejó elevarse.

«Debo respirar en el agua, así que lo haré.»

Rielle abrió los ojos y vio que en el agua de la bahía había innumerables manchitas de luz dorada esparcidas por todos lados. Eran tan diminutas que, cuando fijaba la vista en ellas, se unían y formaban un brillo sólido y resplandeciente.

«El empirio.»

Pestañeó, y el oro se disipó.

Pero no estaba sola. El empirio la rodeaba: le rozaba la mente como si de unos zarcillos se tratara, se estiraba para alcanzarla, la llamaba.

Con la mente concentrada y clara, con los pulmones ardiendo, Rielle expulsó sus pensamientos y alejó el agua de su cuerpo hasta que estuvo rodeada de un escudo de aire fino como un cabello.

El cerco aguantó, pero no duraría para siempre. Ella notaba que ya se estaba agrietando bajo el peso de las olas, que lo presionaban como a una hoja de fino cristal. Un dolor sordo le recorría los músculos. La mente se le expandía y se le movía como si alguien hubiera entrado en su cráneo y le estuviera remodelando la zona oscura y profunda que tenía entre los ojos.

«Tu poder es un milagro, Rielle —dijo Corien con la voz teñida de

asombro—. No lo entiendo. Ayúdame a comprenderlo.»

Rielle movió las piernas con fuerza y se sumergió aún más.

* * *

Encontrar el primer objeto fue fácil.

La cabeza del tridente, de plata y con las puntas afiladas, se encontraba entre una mata de algas en el fondo del océano.

Rielle nadó hacia abajo mientras los oídos le palpitaban por la presión arrolladora del agua. Agarró la punta central, y el dolor le encendió la palma de la mano. Su sangre nubló el agua, y el escudo que la cubría tembló.

Rielle recordó la historia de santa Nerida sobre la batalla final en el Portal, recordó que esta había usado su tridente para atravesarle la garganta al ángel Razerak. El grito del inmortal había sido tan fuerte que los pájaros marinos que había a lo largo de la costa norte de Celdaria habían caído muertos del cielo.

«Concéntrate, Rielle», se dijo furiosa por haber cogido la punta del tridente sin pensar. Pero entonces, al ver su mano agarrando la cabeza del arma, tuvo un momento de inspiración. La gente que había arriba, esperando a que se ahogara, seguramente también recordaba las historias de santa Nerida.

Rielle se impulsó desde el fondo del mar y nadó con fuerza hasta que emergió del agua y alzó la cabeza del tridente en el aire. Una cortina de lluvia que caía del cielo, agitado de nubes, le golpeó las mejillas.

Una luz brilló sobre el lugar en el que Rielle se bamboleaba entre las olas. Los acólitos de la Casa de la Luz le arrojaban brillantes rayos de sol desde las cimas de los acantilados.

Rielle dirigió la cara hacia aquella calidez. Al verla —sujetando triunfalmente con la mano cortada la primera pieza del tridente mientras la sangre le resbalaba por el brazo—, la multitud estalló en un rugido de vítores.

Aunque su escudo protector de aire amortiguara el ruido, Rielle oyó lo suficiente como para darse cuenta de la verdad.

Nadie había esperado que emergiera después de estar tanto tiempo bajo el agua. Pero lo había hecho, y ahora... todo era posible.

Rielle sonrió y volvió a sumergirse. Una vez bajo el agua, el escudo de aire se estrechó y la constriñó como un trapo cuando es escurrido. Se le comprimió la garganta y empezó a ahogarse. Cerró los ojos y luchó para calmarse y poder rezar.

«Haced crecer el fruto de nuestros campos.»

Abrió los ojos y miró con furia las profundidades oscuras y bravas.

«Ahogad los gritos de nuestros enemigos.»

Intentó alcanzar el empirio.

«Sígueme.

»Obedéceme.»

El calor le golpeó los dedos de las manos y de los pies.

¿El empirio la escuchaba?

Concentrada de nuevo, nadó y buscó pistas en el agua turbia. Pero solo vio cieno revuelto, sal y, de vez en cuando, la sombra efímera de alguna criatura marina.

Entonces, en las sombras acuosas, una oscuridad descomunal tomó forma. Se trataba de un viejo barco que estaba medio sumergido en la arena movediza y del que salía un débil resplandor.

Merecía la pena intentarlo.

Rielle se acercó nadando al barco. La densa corriente del agua se movía muy deprisa: en un momento la estaba arrojando de forma salvaje a través de remolinos que no paraban de girar y al otro la golpeaba como una sólida pared.

Dentro del casco agrietado de la nave existía un mundo inquietante y poco iluminado. Unos percebes rosas y luminiscentes colgaban de las paredes y del

techo. Rielle nadó por los aposentos del capitán, la cocina, una despensa atestada de peces que salían disparados cuando ella se les acercaba...

«Ahí está.» Una luz centelleante le llamó la atención.

En la oscuridad, una piedra preciosa del tamaño de un puño y de un azul profundo parpadeó desde el suelo del barco. Era el zafiro de santa Nerida. Seguramente iría sujeto al extremo de la vara del tridente.

Rielle agarró el zafiro, se lo metió en el bolsillo y, a continuación, se quedó helada.

De repente, la luz rosa y resplandeciente que bañaba el barco era más brillante que hacía unos minutos.

La muchacha se volvió despacio, y el miedo le contrajo el estómago.

Los percebes luminiscentes que cubrían las paredes y le iluminaban el camino no eran percebes en absoluto. Eran medusas, una nube de medusas del tamaño de un gato, de un rosa intenso y con manchas moradas y brillantes en el centro. Una luz chisporroteante les recorría las puntas rizadas de los tentáculos.

Rielle, aterrorizada, nadó para alejarse de ellas. Algo afilado le punzó la pierna por detrás. Se volvió en el agua.

Estaba rodeada de medusas. Los animales se le acercaban de forma inexorable, como si su miedo creciente los atrajera. Una de ellas chocó levemente con su brazo, y un picotazo ardiente y penetrante la sacudió. Otra le dio en la sien y en la mano sangrante. Formaban una nube que cada vez estaba más cerca. Un ovillo de tentáculos le impedía ver el barco y el mar que había tras él.

Rielle olvidó todas las plegarias y las clases y gritó.

El grito rompió su escudo de aire, y el agua, cruel y fría, se abalanzó sobre ella.

Se dio cuenta del cambio demasiado tarde y, al dar una bocanada, empezó a ahogarse en el mar.

La desesperación la obligó a moverse. Nadó de forma torpe y salvaje

mientras golpeaba las medusas con la cabeza del tridente. Notó que los pinchos perforaban algo grueso y gelatinoso. Un tentáculo se le enrolló en el tobillo, y otro, en el brazo que aún tenía ileso. Blandió el tridente hacia atrás, cortó los tentáculos y tiró de ellos para liberarse.

Dio empujones y arañazos a la nube de luces iracundas que le tapaban la visión. Esperó que su traje le proporcionara algún tipo de protección, pero ya empezaba a verlo todo borroso.

Aire. Aire. ¡Aire!

Consiguió salir del barco y se dirigió desesperada hacia la superficie. Tenía los pies adormecidos y patosos. No sabía lo que estaba haciendo su cuerpo, lo único que sabía era que debía ir hacia arriba, subir, ¡salir de ahí!

Emergió del agua y tosió con fuerza. Una ola la sumergió, la sacudió, la volteó, pero, en un arranque de fuerza, Rielle volvió a subir a la superficie. ¡Dios santo! El aire era glorioso, puro y frío al entrar en los pulmones. Estaba diluviando. Otra ola la arrastró hacia abajo, y luego otra más. Emergió de nuevo y miró como loca a su alrededor. ¿Dónde estaban los acantilados? ¿Dónde estaban los acólitos ruedasoles con sus rayos de luz?

Vio que la oscuridad crecía y se movía a su alrededor. No había cielo ni nubes.

Con un miedo repentino, se dio cuenta de que, en realidad, la oscuridad eran olas.

Se sumergió y se palpó el bolsillo hasta que notó la dureza de la piedra preciosa, que estaba bien guardada. Nadó, inspeccionó el agua, salió a la superficie y se zambulló de nuevo. ¿La estaban mirando desde fuera? ¿La veían? Seguro que estaba ridícula: empapada y sangrando, con el traje rasgado y la piel llena de habones irritados.

«Puedes hacerlo —le aseguró la voz de Corien. Su presencia era tranquila y silenciosa—. Puedes con esto y con mucho más.»

«¿Eso crees?» Lo que ella quería era hundirse hasta el fondo del océano y echarse a llorar. «Si no vas a ayudarme, déjame en paz.»

La voz se desvaneció, y ella se quedó sola.

Le resultaba imposible concentrarse para volver a crear el valioso escudo, así que salía a la superficie y se sumergía, salía y se sumergía. Le ardían los ojos por culpa de la sal y era incapaz de ver nada en aquella agua oscura y revuelta.

Entonces —¿cuánto tiempo había pasado? ¿Minutos? ¿Días? Su cuerpo estaba a punto de estallar a causa de aquel dolor agudo y profundo— lo vio. En realidad, fue un golpe de suerte: el movimiento superficial del rayo de luz de uno de los ruedasoles hizo que algo largo y delgado brillara y desapareciera.

Clavada en el fondo del mar, más cerca de la superficie que los otros objetos, se encontraba la vara del tridente.

Ella buceó hacia ahí, concentrada por completo en ese punto. Una fuerza se elevó en su interior, algo ansioso, ardiente y familiar. Mientras esa sensación le recorría el cuerpo y le encendía la sangre de vida, el océano a su alrededor relució de nuevo con un color dorado.

Entonces Rielle lo entendió. Ahora que el empirio le iluminaba el camino, todo era mucho más sencillo. Tenía que mover el agua y abrir un camino.

Enseguida se dio cuenta de que ya no estaba nadando. Ahora corría, con la mente despejada y en llamas. Mientras Rielle abría camino, el agua se alzaba de repente a ambos lados. Alcanzó la vara del tridente y, jadeando, se quedó de pie en el suelo del océano. A su alrededor, el agua formaba un túnel estrecho y atronador que escupía el agua hacia arriba como un géiser.

Pero ahí, en el fondo del mar, todo estaba sereno, todo flotaba con suavidad, todo era de ligeros tonos negros, azules y dorados. Rielle permaneció en aquella tranquilidad y montó el tridente con manos temblorosas. Juntó los pinchos a la vara y puso la piedra preciosa en el extremo. Lo agarró y levantó la mirada.

Una columna de agua conducía directamente hacia la superficie. Se trataba de un camino que, sin darse cuenta, había creado la última vez que había

nadado desesperada.

Un placer salvaje la invadió.

«Yo he hecho esto.

»Yo, nadie más.»

«¿Cómo te sientes?», le preguntó con suavidad Corien, cuya presencia flotaba en el umbral de su mente.

«Me siento...»

No podía expresarlo bien. Observando aquella agua caótica que controlaba con su poder, tan solo podía admirarlo todo, disfrutarlo y existir.

«Me siento...»

Notó que un miedo ligero se le retorció en el pecho, pero no podía prestarle atención en ese momento, justo cuando todo era tan... tan...

Temblando, cerró los ojos. El aire a su alrededor vibraba con calidez. Más allá, el mar se agitaba, implacable y frío. El agua le rociaba las mejillas.

La voz de Corien era dulce como los abrazos de su padre: «Cuéntamelo, Rielle».

«Me siento... viva.»

«Lo estás. Estás más viva que nadie.»

Pero, entonces, el miedo ligero creció. Se enardeció y gritó. ¿Qué desastres habrían causado sus acciones en la superficie?

El terror le recorrió el cuerpo.

La sensación de triunfo se desvaneció, y Rielle perdió la concentración. El agua regresó enseguida.

La golpeó con la fuerza de mil puñetazos y la arrojó al fondo del océano. Se quedó ahí flotando, aturdida y con un pitido en la cabeza.

«Levántate, Rielle», la instó Corien.

«No... no puedo.»

«Lo has conseguido. Ya casi estás.»

Rielle vio cómo el tridente se hundía junto a ella. Se le cerraron los ojos.

Con gran irritación, Corien dijo: «Tus amigos están muy preocupados por

ti, Rielle. Sobre todo ese chico».

«Audric.» Rielle buscó a tientas el tridente. «Ludivine.»

«Sí —dijo Corien, ahora con maldad—. Ve con ellos, alivia su dolor. Te quieren mucho.»

Rielle se obligó a abrir los ojos. Los pulmones le ardían. Tenía la visión borrosa. Se impulsó hacia arriba. Pateó y luchó para abrirse camino en el agua fría a toda costa. Cuando emergió de las olas, se acordó de alzar el tridente completo por encima de su cabeza.

Los rayos de los ruedasoles cayeron sobre ella. El brazo le temblaba bajo el peso del arma, pero la sujetó con fuerza.

Esta vez, el rugido de la multitud fue ensordecedor.

La lluvia cesó al momento. Las olas se allanaron y se calmaron, las nubes se disiparon y dejaron al descubierto un cielo azul y apacible.

Tras el escozor de sus ojos, Rielle vio que el muelle más cercano estaba lleno de siluetas. Una de ellas se lanzó al agua y se dirigió rápidamente hacia ella. Los que aún se encontraban en el muelle gritaron a esa figura, fuera quien fuese.

Rielle apenas podía nadar, ya que el tridente la ralentizaba. Cuando había avanzado tan solo unos metros, un fuerte brazo la levantó y la sujetó contra un cuerpo que irradiaba tanto calor que solo podía pertenecer a una persona.

—Audric —susurró Rielle, aferrándose a él. Los pulmones le temblaban a causa del agotamiento—. ¡Qué agradable es tocarte!

Él soltó una risa temblorosa.

—Debo llevarte a mi sanador. Estás tan fría como el hielo.

—Gracias a Dios que estás aquí. —Ella lo miró con los ojos entrecerrados mientras él nadaba torpemente en dirección a la orilla con un brazo y, con el otro, la apretaba contra su cuerpo—. Estoy cansada de nadar.

—¿Qué es lo que tienes por todo el cuerpo?

Rielle, agotada, se miró las manos.

—¡Ah! Me han atacado unas medusas. Quizá los esculpeaguas las hayan

provocado.

—Dios mío, Rielle... —A Audric se le quebró la voz—. Lo siento mucho.

—No te preocupes. Les he clavado el tridente. A las medusas, no a los esculpeaguas. —Con poca energía, Rielle dirigió la mirada al muelle, donde aguardaban los acólitos—. Aunque no descarto hacerlo en el futuro.

Él rio de nuevo. Después dijo en voz baja:

—¿Rielle?

—Dime.

—¿Has pasado miedo?

Ella cerró los ojos y susurró:

—Sí.

Audric la rodeó dulcemente con los brazos y le puso su cálida boca en la sien.

—Desearía poder...

—¡Su Alteza! —Un acólito esculpeaguas se arrodilló al borde del muelle y les tendió la mano.

Miraba fijamente a Rielle como si fuera la mismísima santa Nerida que se hubiera alzado de entre los muertos.

Audric ignoró al hombre y se despegó con suavidad de Rielle.

—Vamos, te ayudaré a levantarte.

—No. —La muchacha se agarró al borde del muelle y se volvió dentro del agua para mirarlo a la cara—. Tienen que ver que me mantengo de pie sola.

Él sonrió y le dio el tridente.

—Vuestro premio, mi lady.

Ella le apretó la mano y trepó temblando al muelle. Rehusó la ayuda que le ofrecieron el gran maestro Rosier, sus acólitos e incluso Tal.

Se levantó por su propio pie, tambaleándose ligeramente, y miró a la multitud que ocupaba los acantilados y que agitaba los brazos, moviendo los puños, y gritaba su nombre. Cuando ella levantó el tridente con ambas manos, los vítores se volvieron estruendosos.

Se dio la vuelta para mirar al Consejo Magistral, que se había reunido en el muelle. Tal estaba radiante, con los ojos iluminados de orgullo. Sloane estaba a su lado con los brazos cruzados y con expresión amable. Los cabellos cortos y negros se le pegaban a las pálidas mejillas.

A su lado estaba el arconte. Las gotas de lluvia resbalaban por su implacable rostro.

Rielle le tendió el tridente y le sonrió con indecencia y arrogancia. Fue consciente de ello, pero no le importó en absoluto.

—Es vuestro turno —dijo haciendo una ligera reverencia—, Su Santidad.

ELIANA

«La oscura Tameryn jamás había visto que de la luz del día surgieran cosas buenas. Con sus dagas esculpió sombras en cada esquina y en cada hueco. Les insufló vida en sus bocas jadeantes, se las puso alrededor de los pulmones y del cuello y se ató sus dedos recién nacidos a la punta de los cabellos. Desde ahí, las sombras, agradecidas, le susurraban secretos. Así, ella nunca estuvo sola y siempre se encontró a salvo bajo el manto de la noche.»

Libro de los Santos

Escabullirse de la Hondonada de la Corona durante el cambio de guardia del perímetro había sido desalentadoramente fácil.

Incluso los tensos tres kilómetros que habían recorrido a través de la espesura, pensando que cada hoja que crujía indicaba la presencia de un explorador de la Corona Roja —o, aún peor, de Simon—, habían sido más rápidos de lo que a Eliana le hubiera gustado. Remy se había creído la historia. Ella le había dicho que Simon se había ido a llevar a cabo una misión cerca de un puesto de avanzada del Imperio para conseguir información importante para Navi. Le había dado instrucciones a Eliana: si en dos horas no había vuelto, debían ir en su ayuda.

—¿Incluso yo? —le había preguntado Remy.

—Sobre todo tú.

Él entornó los ojos.

—¿Por qué?

—Porque tienes un aspecto muy dulce y nadie sospechará que estás mintiendo. Puedes moverte furtivamente por sitios muy pequeños. Además, eres un cuentacuentos, así que podrás improvisar siempre que haga falta.

—¿Y no se lo podemos decir a los demás?

—No.

—¿Por qué?

—Órdenes de Simon. No me pidas que te explique sus decisiones. No sabría ni por dónde empezar.

Remy no parecía muy convencido, pero al menos no rechistaba. Hasta el momento, todo iba bien.

Pero ¿cómo conseguiría una audiencia con lord Morbrae sin que la mataran por haber traicionado al Imperio? Eso suponía todo un desafío, incluso para el Terror.

«Quizá no les importe tanto que haya ayudado al soldado más conocido de la rebelión a empujar y tirar de la torre a uno de los asesinos personales del Emperador.»

Qué agradable era pensar eso.

Eliana, cambiando el peso de un pie al otro, escudriñó el bosque iluminado por la luna. Le ardían los músculos por permanecer tanto tiempo agachada, pero era una sensación buena, ya que le recordaba que atrás habían quedado los rebeldes, las historias tristes y las princesas perdidas.

Y Simon.

—¿Es él? —le susurró Remy tras ella.

Habían esperado en el exterior del puesto de avanzada del Imperio dos horas, aguardando a que llegara lord Morbrae. Los árboles a su alrededor tiritaban en la niebla, y el cielo nocturno se movía lentamente hacia el alba gris. Ahora, a través de una red de ramas, Eliana miró hacia el puesto de avanzada y vio lo que Remy había visto.

Un convoy se acercaba al muro perimetral. Estaba formado por diez

adatrox con montura y un coche tirado por cuatro caballos.

Se abrió una puerta en el muro, y del interior emanó la luz de unas antorchas.

La información de la que disponía la Corona Roja era cierta.

O eso esperaba.

—Sí que parece que escolten a un general —susurró Eliana.

Remy se la quedó mirando fijamente bajo la capucha de su capa. Aunque la noche fuera espesa y humeante, él temblaba.

—Tal vez deberíamos volver.

Eliana se volvió hacia él y respiró hondo.

—Escúchame con atención. No hemos venido a ayudar a Simon.

Remy parpadeó.

—¿Qué?

—Voy a negociar con lord Morbrae para conseguir información acerca de mamá y para que nos amnistíen a los tres. Por lo menos hasta que puedas llegar a Astavar. Después no me importa lo que hagan conmigo.

—Que tú... ¿qué? —A Remy se le oscureció el rostro. Dio un paso atrás—. Me has mentado.

Eliana suspiró y echó una rápida ojeada al puesto.

—Sí, y ya deberías estar acostumbrado.

—Les darás información sobre la Hondonada de la Corona.

—Remy...

Ella le tendió mano, pero él la apartó de un golpe.

—Pero ¿qué te pasa? —susurró él—. Toda esa gente...

—¿Los refugiados? Si estuvieran en mi lugar, harían lo mismo. Harían lo que fuera necesario para mantener a su familia con vida y a salvo.

Remy negó con la cabeza y se alejó dos pasos más de ella.

—Te equivocas. Algunos sí, pero no todos. Yo no lo haría.

Una llamada proveniente del puesto de avanzada la distrajo. Eliana se volvió y entornó los ojos para ver entre las sombras.

Entonces Remy le agarró a *Arabeth* del cinturón y salió corriendo.

—¡Remy! —gritó lo más alto que se atrevió.

Detrás de ella, uno de los caballos que tiraban del carro resopló y golpeó el suelo con la pata.

Eliana miró al puesto de la avanzada y después volvió la vista hacia la ciénaga. La diminuta silueta de Remy desapareció en la penumbra, corriendo en dirección a la Hondonada de la Corona. Tenía que alcanzarlo. Si se separaban, el plan no habría servido para nada.

Se levantó, oyó que una ramita se rompía tras ella y se quedó helada.

Una voz masculina le preguntó con suavidad:

—¿Qué pasa aquí?

Poco a poco, ella se volvió. A unos pasos de distancia había un hombre uniformado, cuya figura se perfilaba a la luz de las antorchas del muro perimetral del puesto de avanzada. Tras él había doce adatrox que apuntaban al corazón de Eliana con sus rifles.

Ella levantó las manos.

—Me llamo Eliana Ferracora —exclamó—. Soy el Terror de Orlin. Unos soldados de la Corona Roja me tomaron cautiva y he conseguido escapar. La información que tengo os interesa.

Se hizo el silencio. Los insectos que había en el árbol que se cernía sobre ella se agitaban y zumbaban. El sudor hacía que le picara la frente.

—¿Qué es lo que quieres a cambio de esa información? —se interesó el hombre.

—Un pasaje seguro a Orlin para mi hermano y para mí, una garantía de amnistía y también el regreso de mi madre. La secuestraron de su cama hace dos semanas. La quiero recuperar sana y salva.

Su interlocutor se quedó en silencio otra vez y luego se acercó a ella. Mientras se aproximaba, las sombras se dispersaron temblando y dejaron al descubierto a un hombre flaco y bien afeitado, con la piel ligeramente morena y el pelo corto y oscuro. Al igual que todos los generales del Imperio —y que

el propio Emperador—, los ojos le brillaban tan negros y profundos como un hoyo en el suelo.

Las drogas con las que el Emperador alimentaba a sus perros para alterar su apariencia de una forma tan drástica tenían que ser realmente monstruosas, fueran las que fuesen.

Eliana lo miró a los ojos sin pestañear.

—Lord Morbrae.

Él sonrió y le alargó una mano enguantada con cuero. Los adatrox bajaron las armas.

—Bienvenida a casa, Terror —dijo lord Morbrae con una voz fina y cremosamente suave—. Ven. Cuéntame tus secretos.

* * *

Primero la guio a través de la prisión.

Todos los puestos de avanzada del Imperio tenían una cárcel. Aunque esa fuera pequeña y sencilla si se la comparaba con los calabozos elaborados que había bajo el palacio de lord Arkelion en Orlin, tenía algo que la distinguía de las demás. En lugar de celdas, en las salas largas y estrechas había hileras de jaulas pequeñas y cuadradas que obligaban a los que estaban dentro a sentarse encorvados. Pero no todos eran adultos, también había niños. Estaban repulsivamente delgados, tenían la barriga hinchada, la piel roja de rascarse y los labios llenos de costras de sangre y vómito.

Observaban a Eliana mientras pasaba. Los que eran nuevos, que no estaban tan flacos ni quebrantados, la fulminaban con una mirada llena de agresividad y escupían a través de la reja metálica de sus jaulas. Los que ya llevaban un tiempo allí —con suciedad incrustada en la piel, con el pelo apelmazado y el rostro demacrado— no decían nada en absoluto y miraban al vacío.

Al doblar una esquina, una niña pequeña golpeó la puerta de su jaula y se agarró a la reja con dedos blancos y huesudos. Tenía los ojos llenos de furia, y

la piel que los rodeaba estaba roja y en carne viva.

—¡Ayúdanos! —gritó, sacudiendo la puerta. El metal le cortaba las manos —. ¡Sácame de aquí! ¡Ayúdame a salir!

—¿Hay algún motivo para enseñarme esto? —preguntó Eliana. Sonaba aburrida, pero la sangre le corría con rabia por las venas.

«Que Tameryn la Astuta te proporcione una muerte rápida e indolora, pequeña», pensó.

—Quería enseñarte lo que te pasará —contestó lord Morbrae— si decides hacerme enfadar durante el tiempo que pases aquí.

A continuación, abrió la puerta de una habitación pequeña y sencilla, donde había una silla y una lámpara que titilaba. Él alargó la mano para que le entregara los cuchillos.

—Puedes esperar aquí.

Eliana miró hacia dentro y enarcó una ceja para mostrar indiferencia, pero su mente aterrorizada funcionaba deprisa. No tenía tiempo de esperar en una celda. Remy se lo contaría todo a Simon e irían a buscarla blandiendo las armas. Le dispararían al momento. Tenía que decírselo a lord Morbrae, ayudarlo a preparar a los soldados para que contraatacaran el asalto de los rebeldes, pero no antes de haber conseguido lo que quería de él.

Le puso los cuchillos en las manos tendidas.

—Así que me daréis una habitación de verdad y no una jaula embadurnada de estiércol.

Lord Morbrae dibujó una sonrisa que no se le reflejó en los ojos.

—Solo lo mejor para el Terror de Orlin. Espero que tengas hambre.

Cuando cerró la puerta, Eliana se quedó sola e insegura. Se sentó en la silla que había en medio de la habitación y esperó.

* * *

—Bien, Eliana Ferracora. —Lord Morbrae se reclinó en la silla y se llevó una

copa de vino a los labios. Sus ojos, negros e imperturbables, la miraban por encima del borde—. Soy todo oídos.

Eliana siguió cortando la carne de venado. Cada vez que el cuchillo la tocaba, la sangre se esparcía por el plato. La habían tenido en aquella celda durante al menos dos horas antes de llevarla al comedor de Su Señoría.

Intentaba no pensar en la prisión llena de jaulas ni en la niña gritando con ojos desesperados.

Intentaba no pensar en Remy ni en Simon. ¿Estarían ya de camino? ¿O asumirían que lord Morbrae la mataría con sus propias manos y la darían por perdida? ¿Qué pensaría su hermano? ¿Estaría contento de librarse de ella?

Y ¿qué le pasaría a su madre?

Eliana se imaginó que con el filo de una daga limpiaba sus pensamientos, que no paraban de dar vueltas.

—A unos tres kilómetros de aquí —empezó a decir aburrida—, hay un recinto de la Corona Roja. Lo llaman la Hondonada de la Corona. —Se llevó un pedazo de carne a los labios, lo masticó y se lo tragó. Levantó la vista hacia lord Morbrae y sonrió—. ¡Qué comida tan deliciosa me habéis preparado! Os lo agradezco. A los rebeldes no les interesa la alta cocina, que digamos.

La carcajada de lord Morbrae fue casi inaudible. Chascó los dedos. Uno de los adatrox que montaba guardia en el comedor se acercó a rellenarle la copa.

Eliana observó en silencio cómo lord Morbrae bebía y bebía. Chascó una vez más los dedos. Le sirvieron otra copa. La engulló como si fuera un nómada del desierto, la dejó con un golpe sobre la mesa e hizo una mueca. Cogió el tenedor y el cuchillo, cortó con violencia la carne de su plato y se lo embocó mordisco a mordisco sin pararse a respirar.

Al fin se detuvo, dio otro trago de vino y se quedó mirando su plato con asco.

—Más carne —le dijo al adatrox más cercano—. Esto no. —Empujó la bandeja de venado—. Por una vez, quiero algo que sepa bien. ¿Podéis

conseguirlo?

El adatrox se inclinó y asintió ligera y erráticamente con la cabeza.

Una vez que se hubo ido, los ojos oscuros de lord Morbrae miraron duramente a Eliana con los párpados entrecerrados. El vino le teñía los labios.

—Mientes.

Eliana sintió que un escalofrío de miedo le subía por la garganta. Sonrió con suficiencia e incredulidad.

—No miento. ¿Por qué iba a...?

—Si hubiera un recinto rebelde a tres kilómetros de aquí, lo habríamos destruido hace tiempo.

—Es subterráneo y está muy bien vigilado.

Lord Morbrae pestañeó al fin.

«¡Ah! ¿A que no sabías eso?» Eliana siguió comiendo y examinó el comedor con despreocupación.

—Qué salón tan encantador. La mesa es muy sólida y de una talla excelente. ¿La fabricaron especialmente para vos? —Con el tenedor en la mano, señaló la pared más cercana—. ¿Cambian los cuadros según los gustos de cada general que viene de visita?

—¿Cuántos son? —La voz suave de lord Morbrae fue una explosión en medio del silencio.

—Trescientos dieciséis refugiados. —Tomó un sorbo de vino—. Cincuenta y un soldados rebeldes. Pequeñas bandas, de entre dos a ocho miembros, van y vienen cada día. Diez soldados patrullan en los bosques que rodean el recinto y forman un perímetro. Cinco de ellos se van moviendo, mientras que los otros cinco se sientan en unos escondites que han construido en los árboles.

—¿Municiones y provisiones?

Eliana agarró una manzana roja de un bol plateado y brillante que había encima de la mesa y le dio un mordisco.

—Lo siento, amigo mío. Me temo que no puedo ofreceros más información hasta que no me garanticéis que estamos a salvo mi hermano, mi madre y yo.

Si no —se encogió de hombros—, no hay trato.

La mirada de lord Morbrae viajó por su boca mientras se lamía el jugo de la manzana de los labios, por su garganta mientras tragaba y por su cuerpo después. De repente, Eliana sintió que se le secaba la lengua. El rostro del general no reflejaba deseo, al menos no del tipo que ella estaba acostumbrada a ver.

Se trataba de una fascinación cruda y voraz, como si fuera la primera vez que veía a alguien comer una manzana.

—Si quisiera —dijo, sacando con rapidez la lengua para humedecerse los labios—, podría matarte ahora mismo.

—Pero no lo haréis. Sé muchas más cosas de las que os he contado. —Dio otro mordisco y, a pesar de la aprensión que le recorría la piel, lo miró mientras masticaba—. Ahora que sabéis que un recinto rebelde os ha eludido durante tanto tiempo, no os arriesgaréis a perder esa información. Conozco los planes del Lobo. Se trata de una misión secreta que supera todas las tentativas de la Corona Roja. Podría cambiar el curso de la guerra. —Lanzó la manzana a medio comer sobre su plato—. Dejad que os ayude, mi señor. Lo que os pido a cambio no es nada comparado con la información que poseo.

Lord Morbrae se puso de pie. Se estiró, rotó los hombros y movió la mandíbula como si quisiera deshacerse de un tirón.

Eliana lo observó con el estómago revuelto. Se recostó en la silla y se toqueteó las uñas.

—¿Os encontráis mal esta noche, mi señor?

Él cruzó la habitación, se hundió en una silla roja de respaldo alto junto al fuego crepitante y la miró. Las sombras lo ocultaban y le dibujaban formas oscuras en la cara.

—Todavía tengo hambre. —En su voz había una nota de agotamiento y también de ira, leve pero a punto de estallar—. Siempre estoy hambriento.

Eliana dirigió los ojos a la mesa, que estaba llena de comida.

—Entonces...

—La comida no me alivia —la interrumpió—, nada me sacia.

El silencio cayó sobre la sala. Eliana se resistió a la urgencia de moverse y se quedó quieta como lord Morbrae.

—Ven —acabó diciendo él, tendiéndole una mano temblorosa.

Eliana forzó una risa despreocupada, aunque el corazón le latiera con un miedo repentino y terrible.

—Mi señor, llevo dos capas de barro encima y no he podido bañarme como...

—Cállate —bramó él— y ven aquí.

Ella esperó todo el tiempo que se atrevió. A continuación, se levantó y se le acercó mirándolo fijamente. Se esmeró en poner una expresión arrogante y aburrida para hacerle ver que pensar en lo que él iba a hacerle en esa silla no la asustaba.

¿Acaso no era el Terror de Orlina?

Pero Eliana jamás había tocado a uno de los hombres del Emperador.

Se sentó en el regazo de lord Morbrae e intentó darle la espalda al dolor que sentía en el corazón, donde vivía el recuerdo de Harkan. Pero, de repente, lo único en lo que podía pensar era en sus carcajadas, en su gran sonrisa, en el sonido de sus botas en la terraza que había al otro lado de su ventana. En cómo la había tocado la primera vez con manos temblorosas. En cómo la había abrazado después como si ella fuera algo muy valioso que había que abrigar y mantener a salvo.

«Harkan —pensó. El miedo le zumbaba en los oídos mientras le ponía las manos sobre el pecho a lord Morbrae—. Harkan, Harkan. ¿Qué estoy haciendo aquí?»

Él le había hecho esa misma pregunta muchas veces, y su respuesta siempre había sido la misma: sobrevivir.

Lord Morbrae tenía las piernas largas y huesudas. Los botones de la chaqueta del uniforme le presionaban la barriga protuberante. ¿Cómo era

posible que aún tuviera hambre? Parecía que hubiera ganado más de cuatro kilos desde que se había sentado.

Él se movió junto a la luz del fuego. Tenía migas de pan pegadas a los labios manchados.

—Me he acostado con mucha gente —acabó diciendo, y le dirigió una sonrisa a Eliana. Tenía trozos sangrientos de carne entre los dientes, y su aliento olía a viejo y a rancio aunque acabaran de comer—. Pero nunca he disfrutado. Ni una sola vez, Terror. Tal vez tú...

Le resiguió el brazo arriba y abajo con sus largos dedos, encontró el cuello de la ropa abierto y jugueteó con su piel sucia.

—¿Tal vez yo qué? —Eliana se inclinó hacia él, aunque la garganta se le contrajera de asco. Forzó una sonrisa seductora.

—Tal vez tú consigas hacerme disfrutar al fin.

«Lo haré.» Poco a poco, Eliana se quitó la ridícula chaqueta de mangas con volantes y la dejó caer al suelo. Bajo la túnica, el collar con la imagen deteriorada del rey Audric sobre su corcel volador le dolía y le quemaba el esternón. «Si esto es lo que debo hacer por Remy y por mi madre, entonces lo haré.»

Lord Morbrae observaba cada uno de sus movimientos, con la mirada perdida y la boca apretada debido a la frustración, como si ya hubiera decidido que ahí no encontraría el tipo de experiencia que anhelaba.

Sin embargo, la agarraba con fuerza por las caderas. Con insistencia.

Eliana, con el corazón desbocado, se inclinó sobre él y cerró los ojos. Le ordenó a su mente que se desprendiera de su cuerpo y se escondiera en algún lugar seguro. Era una habilidad excelente, una de las primeras que su madre le había enseñado, y a ella no se le daba nada mal. Lord Morbrae era un objetivo como cualquier otro. Pasaría por eso al igual que tantas veces antes.

Salvo que aquella no era como las demás ocasiones. Cuando lord Morbrae le exhaló en la mejilla, con su aliento pútrido y extrañamente frío, Eliana fue incapaz de soportarlo. Con un estremecimiento, se alejó de él y abrió los ojos.

Dos ojos negros se encontraron con los suyos.

En aquel momento, fue como si algo saliera de la mente de lord Morbrae y entrara en la suya. Sintió que un destello parecido a un rayo cargaba contra ella y la agarraba.

Ella se sacudió en sus brazos, y él se movió debajo de ella.

De repente, Eliana ya no estaba en el puesto de avanzada venterano.

Se encontraba en la veranda de un palacio con vistas a un vasto paisaje salpicado de montañas espolvoreadas de blanco. Tenía la visión borrosa. Unas formas se movían ante sus ojos como si se dibujaran sobre la superficie turbulenta del agua. Se concentró y luchó para no perder el equilibrio. De repente, el mundo se despejó y vio una ciudad brillante e inundada de edificios. En la distancia, los barrios se desbordaban los unos sobre los otros, comprimidos en medio de sinuosos caminos pavimentados con piedras blancas. Unos capiteles de marfil se elevaban hacia el cielo. El alba vertía una luz rosada y dorada sobre un enorme hoyo, del tamaño de una montaña, que se abría en la tierra. Unas luces extrañas, como si fueran diminutas tormentas aprisionadas, emitían destellos a lo largo de las calles de la ciudad.

A Eliana todo aquello le resultaba desconocido, pero, aun así, sintió que una pequeña urgencia le tiraba del corazón.

¿Le era realmente ajeno aquel lugar?

Un movimiento a su izquierda le llamó la atención. Aunque sintiera que su cuerpo estaba totalmente desconectado de lo que la rodeaba, se volvió. No sentía la piedra de la veranda bajo los pies; sin embargo, veía claramente el mundo a su alrededor y olía un ligero aroma que le recordaba a Online: aguas fluviales y sudor urbano. Pero aquí el aire era frío, hiriente.

Ese lugar... No se trataba de un sueño ni de una visión delirante. Al menos ella no creía que lo fuera.

No muy lejos, junto a la barandilla de piedra, había una figura de pie. A su lado tenía la estatua de un hombre con los brazos abiertos hacia el cielo. Había unas cuantas esculturas similares en la veranda. De la espalda les

sobresalían unas alas esplendorosas, hechas con un cristal colorido y fino como el papel, que tenían incrustadas piedras del color del fuego. No eran alas con plumas, sino que estaban esculpidas de llamas y sombras.

Eliana reconoció las figuras de los cuentos de Remy sobre el Viejo Mundo.

«¿Son ángeles?»

Debió de hacer ruido. Algo cambió en el aire. El hombre se quedó terriblemente quieto y, a continuación, volvió de golpe la cabeza y la miró de frente.

El cabello negro y brillante se le rizaba justo debajo de las orejas. Un abrigo liso, oscuro y de hombros cuadrados, que llevaba abrochado sobre el corazón con unos botones de latón, le caía limpiamente hasta los pies. Tenía la piel pálida, los pómulos finos y la boca carnosa. Sus ojos eran todavía más oscuros que los de lord Morbrae.

Eliana podría reconocerlo en cualquier parte. Sus estatuas se erigían en cada esquina de las calles de Orlin. Los enormes retratos de él, altivo y extremadamente hermoso, colgaban por todo el palacio de lord Arkelion.

El Emperador de lo Eterno.

Aunque ella supiera que él vivía en Celdaria y que medio mundo los separaba, el Emperador la estaba mirando fijamente.

RIELLE

«Cuando Audric era solo un niño, podía pasar por alto su debilidad por la hija de Armand Dardenne y considerarla inofensiva. Pero ahora... Veo cómo la mira cuando cree que nadie los está observando. Tenemos que tratar de desalentarlos, hermana. Ludivine debe ser reina. Ludivine será reina.»

Carta escrita por lord Dervin Sauvillier
a su hermana, la reina Genoveve Courverie,
año 994 de la Segunda Edad

La estancia favorita de Rielle en Baingarde —aparte de los aposentos de Ludivine y de Audric— era el salón privado de la reina Genoveve.

La reina tenía muchos cuartos de estar apartados para recibir a sus invitados, pero aquel era su espacio personal, reservado solo para ella y para su familia.

—¿Tenemos que hacerlo? —murmuró Evelyne, tiesa como un palo junto a la puerta del salón de la reina mientras Rielle echaba un vistazo tras las esquinas del pasillo para asegurarse de que nadie se acercaba.

Todo estaba en silencio. Era de noche, y el aire del castillo se había suavizado. La luz de la fina luna creciente se colaba por el colorido vidrio de las ventanas que bordeaban aquel pasillo tan particular. Usar cristal era una tradición del norte; con él se pretendía aportar alegría a los hogares durante los largos meses de invierno. Belbrion, la sede de la casa Sauvillier, tenía

tanto cristal coloreado que se decía que relucía como una corona con joyas incrustadas iluminada por el sol.

Rielle, satisfecha, se acercó de nuevo a la puerta del salón de la reina.

—Mañana me someteré a otra prueba mortal, Evyline. —Le dirigió una mirada inocente a aquella mujer alta y de pelo canoso—. Consciente de lo que me espera al romper el alba, ¿de verdad quieres privarme de un momento de paz?

Evyline suspiró.

—Solo un momento, mi lady.

—Te preocupas demasiado, Evyline.

—Eso espero, mi lady.

Rielle alargó la mano y le dirigió una sonrisa resplandeciente.

—¿Y la llave?

Evyline se sacó una pequeña llave de latón del bolsillo de la chaqueta y la puso en la mano de Rielle.

—Me podrían desterrar por esto, mi lady, o hacerme algo incluso peor.

—Cuando sea la Reina Solar —prometió Rielle—, serás la capitana de la Guardia Solar, mi consejera de confianza y la soldado más venerada de Celdaria. Vale la pena hacer algunas cosas a hurtadillas, ¿no?

Evyline se sonrojó y fijó la vista en la pared que tenía enfrente.

—Si insistís, mi lady...

Rielle metió la llave en la cerradura.

—No tardaré ni diez minutos.

Una vez dentro, se dirigió al centro del salón, se sentó en un escabel y respiró con tranquilidad. Ahí, en aquel silencio, los nervios que sentía por lo que la esperaba al día siguiente le cosquilleaban las entrañas como si fueran pájaros desesperados por salir de sus jaulas.

Había leído todos los libros que debía, había rezado, había estudiado con el gran maestro Rosier bajo la mirada atenta del arconte. Ludivine había colaborado con los mejores sastres de la ciudad para crear otro maravilloso

traje para la ocasión. Durante toda la semana, habían llegado gentes de todo el reino para preparar el acontecimiento.

Rielle pensó que quizá ese fuera el quid de la cuestión. La gente que la estaría mirando era lo que le causaba tantos nervios, ya que, si creía lo que Audric le decía, habría muchos centenares más de personas que en la prueba del agua. Si miraba hacia la ciudad desde Baingarde, veía que los estandartes de la Reina Solar proyectaban parpadeos dorados desde puertas y ventanas. Había estandartes incluso en los templos, que decoraban las bibliotecas, los jardines y las puertas de los dormitorios de los acólitos. En aquella tela ondeante, una corona rodeaba un sol en llamas.

Desde la última prueba, Rielle había empezado a comprender —a sentir con certeza— que se estaba iniciando una nueva era.

Intentó respirar, separar los sentimientos que le causaban emoción de los que le provocaban nervios para encerrar estos últimos en un lugar donde ya no pudieran molestarla. Volvió la cabeza hacia el techo y observó la verdadera razón por la que estaba ahí.

La reina Genoveve tenía debilidad por los animales, particularmente por los divinos que habían vivido en épocas angelicales y que habían muerto hacía mucho tiempo. Al casarse con el rey Bastien, había ordenado que pintaran una extravagante colección de fieras en el techo del salón. Ahí estaban los dragones de hielo con cresta peluda de Borsvall, los pájaros de fuego de Kirvaya, los blancos ciervos gigantes de Mazabat, los feroces krakens de los mares del norte, los unicornios de las antiguas tierras angelicales del este y los animales espirituales de Astavar que cambiaban de forma.

Pero el animal divino favorito de Rielle siempre había sido el chavaile, el enorme caballo alado que —según los cuentos que le contaban de pequeña antes de dormir— vivía en las montañas de Celdaria y volaba incluso más deprisa que los dragones. Al igual que los felinos montañeses, cazaba para subsistir y permanecía saciado durante semanas.

Rielle sonrió al pensar en esas historias. Escuchar a su madre leérselas en

voz alta era uno de los pocos recuerdos que aún tenía de ella. Si cerraba los ojos, podía oír la voz de Marise Dardenne: grave e intensa, que Dios había creado para contar historias. Eso es lo que su padre, junto al fuego, había dicho al ver a Rielle acurrucada en brazos de su madre mientras las dos tenían abierto en el regazo un libro sobre animales divinos.

Rielle inspiró con intensidad a medida que la memoria afloraba. Era algo que no había recordado nunca y, sin embargo, ahora le brillaba en la mente, claro como la luz del día.

«De nada —dijo la voz de Corien, más cálida de lo que Rielle había escuchado jamás—. He pensado que quizá te confortara.»

—¿Cómo lo has hecho? —susurró ella, aún con los ojos cerrados.

—Y ahora también hablas sola.

Rielle abrió los ojos de golpe y se puso de pie de un salto. Junto a las ventanas del extremo más alejado de la habitación, la reina Genoveve se levantó de un diván de respaldo alto y miró a la muchacha arqueando una ceja.

—¡Mi reina! —Rielle hizo enseguida una reverencia—. No... No os había visto... —Tragó saliva e inspiró profundamente—. Lo siento. Si hubiera sabido que estabais descansando, jamás os habría importunado.

—No estaba descansando. Estaba pensando. A menudo vengo aquí a reflexionar. —La reina cruzó la habitación. Iba envuelta en una bata gris con un dobladillo de seda azul—. Parece ser que tú también frecuentas esta sala, ¿no?

No servía de nada fingir.

—Solo a veces.

—Debería castigarte. O al menos a tu guardia. Pero supongo que ya estás padeciendo suficiente castigo.

Cuando estaba en presencia de la reina, Rielle se solía sentir reducida a la niña que había sido, cuando Audric y Ludivine la seguían y jugaban libremente por todo Baingarde. Una vez, los tres habían irrumpido en el cuarto de estar de la reina, chillando alegremente, justo cuando Genoveve estaba tomando té con

unos dignatarios de Mazabat que estaban de visita. Luego, cuando no habían pasado ni cinco minutos, el padre de Rielle había dado con ella, la había llevado de nuevo a sus aposentos y la había vuelto a encerrar.

Nunca había tenido la oportunidad de conocer a Genoveve tan bien como a Audric o al rey Bastien. La reina era una Sauvillier de pies a cabeza y carecía por completo de la calidez de Ludivine.

—Por favor, mi reina —consiguió decir Rielle—, no castigéis a Evyline. Me temo que la he manipulado un poco para que pensara que, si no me obedecía, haría que la ira de Dios cayese sobre ella cuando me nombraran Reina Solar.

La reina Genoveve soltó una oscura risita.

—Rielle, me dejas atónita. Se supone que las pruebas tendrían que amedrentarte y, sin embargo, les quitas importancia como si de un juego de niños se tratara.

La chica dudó.

—Si no les quitara importancia, mi reina, el miedo me haría vulnerable.

La reina inclinó la cabeza y, a continuación, se instaló en un sofá frente a Rielle.

—¿Por qué has venido aquí esta noche?

Rielle levantó la vista hacia las fieras pintadas en el techo.

—Me gusta venir aquí. El chavaile siempre ha sido mi favorito. Me recuerda a mi madre... y a las historias que me contaba.

La reina Genoveve la miró durante mucho rato.

—Lady Rielle, ¿acaso me estás manipulando como lo has hecho con tu pobre guardia?

La muchacha parpadeó sorprendida.

—No, mi reina. Os digo la verdad. Quizá haya sido demasiado sincera.

—En absoluto. De hecho, creo que esta es la vez que más me has agradado.

—¡Ah! —Rielle empezó a reír.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Perdonadme, mi reina. Simplemente me habéis tomado por sorpresa. Supongo que necesito dormir. Tengo los nervios a flor de piel.

—No es que no hayas sido una buena amiga para mi hijo y para mi sobrina —dijo la reina al cabo de un momento—, es que eres... —Se detuvo y pensó—. Astuta. Obstinada y encantadora. Es una combinación muy volátil. Me desconcierta.

—Además, ahora sabéis que os he ocultado secretos durante todos mis años astutos y obstinados.

La reina Genoveve asintió con la cabeza.

—Y me pregunto qué otros secretos quedarán aún por revelar.

Rielle se obligó a mirar a la reina a los ojos. Estos eran amables y se parecían tanto a los de Audric que se le hizo un nudo en la garganta.

—Siéntate a mi lado. —La reina dio unas palmaditas al cojín del sofá—. Rezaremos juntas a san Grimvald para que te ayude a triunfar mañana.

Rielle dudó un momento y luego obedeció. Durante mucho rato, ninguna de las dos habló. La reina Genoveve suspiró con impaciencia y le cogió la mano a la chica.

—Una buena espada forjada con filo y martillo —empezó a orar la reina con un murmullo— vuela segura y veloz.

—Un corazón forjado en la batalla y el conflicto —contestó Rielle— corta con más profundidad que cualquier arma.

—San Grimvald el Poderoso —prosiguió la reina—, por favor, protege a esta niña mañana cuando luche para demostrar su honor y su lealtad frente a mi marido, el rey, y Su Santidad, el arconte. —La reina se detuvo—. Mis pequeños la quieren muchísimo, así que rezo para que no resulte herida y para que ellos, al final del día, sientan alegría y no desconsuelo.

Rielle miró fijamente a la reina.

—Mi reina..., os lo agradezco.

Genoveve mantuvo los ojos cerrados, pero le apretó la mano a Rielle con suavidad.

—A veces me olvido de que, a pesar de todo, sigues siendo solo una niña, Rielle. Una niña no debería pasar una noche como esta sin su madre.

La muchacha no pudo decir nada más, porque la garganta se le encogió y le ardía. Aun así, tenía suficiente con estar sentada junto a la reina, cerrar los ojos e imaginarse que la mano de Genoveve era la de su madre, viva y sin quemaduras.

* * *

Le habían construido una jaula.

Rielle miraba fijamente hacia fuera desde la puerta de su tienda. La sangre le rugía en los oídos.

En el estrecho paso que había entre el monte Crimelle y el monte Peridore, los sacudetierras habían abierto un hoyo limpio y cuadrado en el suelo pedregoso. Este tenía unos ciento cincuenta metros de profundidad. En su interior, los dominametales de la Fragua... le habían construido una jaula.

Era un cubo oscuro y poco acogedor. Dentro tenía unas púas que crujían, se agitaban como un mecanismo de relojería y se movían cada pocos segundos. En cualquier momento, la mitad de las entrañas del cubo se ponían rápidamente en movimiento. Se oían chasquidos mecánicos. El olor a aceite caliente de los engranajes que rechinaban y el hedor agudo de la magia de los dominametales —unas fragancias que a Rielle le recordaban a su padre— se elevaban como bucles invisibles de humo.

Rielle tendría que ir de un extremo al otro de aquel laberinto enjaulado sin acabar aplastada o empalada. Todo eso mientras miles de espectadores la observaban desde el estadio que los maestros habían erigido alrededor del borde del hoyo.

Tragó saliva con fuerza y cerró los ojos.

—Creía que Tal iba a perder la cabeza cuando ha visto lo que habíamos diseñado —dijo una voz apagada detrás de Rielle.

Esta se dio la vuelta y vio a Miren Ballastier, gran maestre de la Fragua y amante de Tal —cuando no estaban enzarzados en una de sus legendarias discusiones—. Bajo el resplandor de las antorchas de la tienda, en contraste con su salvaje mata de pelo rojo, la piel pálida y pecosa de Miren parecía fantasmal.

—Es un laberinto —murmuró Rielle débilmente, aún sin poder creérselo.

—Así es. Lady Rielle... —Miren se detuvo. Tenía el semblante preocupado—. Quiero que sepas que he protestado, porque estoy en contra. Es injusto y cruel. No me sorprendería que, una vez lo descubra, el rey lo reprendiera por ello...

—¿A quién? ¿Cruel? ¿A qué te refieres? —Rielle apenas pudo evitar suplicarle. Miren y ella nunca habían sido demasiado amigas, y ahora que se había descubierto el engaño que Tal había mantenido durante tanto tiempo, Rielle se imaginaba que la situación no cambiaría—. Dímelo, Miren.

Sonó un cuerno, y su lamento solitario resonó en las paredes de la montaña. La multitud que se había reunido para presenciar la prueba empezó a vitorear.

—Lo descubrirás muy pronto —contestó Miren. Luego le dio un beso seco en la frente—. De parte de Tal —dijo sin más.

A continuación se fue y la dejó sola.

«No tienes por qué hacerlo —le recordó Corien—. Puedes irte. Ahora mismo.»

«¿Y qué haría? ¿Adónde iría? —preguntó Rielle irritada—. Siempre me dices que no tengo por qué hacer estas cosas y, sin embargo, no me ofreces ninguna alternativa.»

Hubo una pausa. Y entonces: «Podrías venir a mí. Podríamos empezar».

Rielle sintió que un escalofrío le subía por el cuerpo y la mordisqueaba como dientecitos hambrientos.

«Cuando esto termine, tú y yo tendremos una conversación —pensó ella para él—. Lo he pospuesto demasiado tiempo.»

«Estoy de acuerdo», contestó Corien con voz suave.

Rielle, inquieta y con el alma en vilo, salió de la tienda mientras el cuerno sonaba por segunda vez. Levantó la vista hacia el resplandor del sol que se asomaba por el paso de montaña y dejó caer su capa al suelo.

El rugido de la multitud le sacudió los huesos, y sonrió al escucharlo.

Su atuendo, formado por una docena de telas de un gris oscuro y de un plateado brillante, evocaba la armadura de san Grimvald. Llevaba unos guantes largos y negros estirados hasta los codos. El jubón ceñido y los pantalones a juego hacían alarde de unos diseños bordados que acentuaban sus curvas más favorecedoras, y las largas colas de su chaqueta de hombros cuadrados tocaban el suelo. En la espalda de la chaqueta brillaba el sigilo de la Fragua: dos espadas negras cruzadas sobre una superficie de un naranja fogoso. Llevaba las mejillas y los ojos cubiertos de maquillaje plateado, y Ludivine le había pintado los labios de un coral ardiente que evocaba los fuegos de la Fragua.

Ocho dominametales con rostros solemnes se alineaban en una estrecha plataforma que se extendía hacia el hoyo. Ella levantó los brazos para saludar a la multitud y se acercó al borde, donde el arconte la esperaba con una sonrisita de satisfacción.

Mientras la puerta de la jaula se abría, el arconte extendió el brazo hacia allá.

—Puedes elegir si salvarlos o no. Lo que de verdad importa es asegurar tu propia salvación. —Se volvió hacia ella y pestañeó dos veces—. ¿Verdad?

«Salvarlos.» Rielle se asomó a la jaula y, cuando vio a quién se refería el arconte, un terror repentino la hizo tambalearse.

Tres jaulas diminutas se elevaron lentamente de los numerosos engranajes del laberinto. Dentro de cada una había un niño llorando de miedo.

A medida que la multitud se percataba de su presencia, los gritos de rabia y horror ascendían desde las gradas.

—¿Estáis loco?! —gritó Rielle.

—Son huérfanos de las Calles Bajas —le explicó el arconte—. Nadie los

echará de menos. Bueno, salvo... —Levantó la vista hacia la furiosa multitud —. Salvo todos ellos, supongo.

Como si le hundieran lentamente en la piel una daga y la hicieran girar, Rielle lo entendió todo.

Si ya tendría que luchar arduamente para sobrevivir, salvar a los tres niños parecía imposible.

Pero si no lo hacía...

Levantó los ojos hacia la multitud que vociferaba.

La sonrisa del arconte se ensanchó.

—Vuestro turno, lady Rielle —dijo.

Ella no titubeó. Se volvió, arrojó su rígido abrigo al suelo, corrió hacia la puerta de la jaula que la estaba esperando y saltó a su interior.

ELIANA

«El Emperador es un cazador que nunca se cansa, una tormenta que nunca duerme. ¿Cómo vencemos a tal criatura? La respuesta es simple: no podemos. Si el mundo entero se uniera para destruirlo, él se alzaría otra vez... y otra y otra.»

Palabras del profeta

—¿Quién eres?

Eliana se sobresaltó al oír la voz del Emperador. Se la había imaginado con anterioridad, había tenido fantasías salvajes en las que asaltaba su palacio de Celdaria y le rajaba la garganta antes de que él tuviera la oportunidad de pedirle clemencia.

Por las conversaciones susurradas que había oído en el palacio de lord Arkelion, sabía que la voz del Emperador podía penetrar en tu mente y en tu corazón y hacer que fueras incapaz de resistirte a llevar a cabo cualquier cosa que te propusiera. Hacía mucho tiempo que Eliana había decidido que aquello era una tontería. Una voz no podía controlarte, y cualquiera que dijera lo contrario era idiota.

Pero Eliana ni en sus más sangrientas ensoñaciones habría imaginado que la voz del Emperador sonaría así. Un propósito concreto vivía en su rica entonación, un propósito resuelto e inamovible, antiguo y malicioso.

Ella dio un paso atrás y tropezó con un desperfecto de la terraza de piedra.

—No pretendía entrometerme.

—Y, aun así, lo has hecho. —El Emperador se acercó con las manos en la

espalda—. No te veo demasiado bien. ¿Y tú a mí?

—Más o menos.

Su visión se arremolinaba y parpadeaba. Sintió la tentación de frotar el aire como si quisiera limpiar una ventana empañada.

—¡Qué curioso!

—Voy a... —Quería darse la vuelta y echar a correr, pero la inexorable oscuridad de esos ojos la mantenía con los pies clavados al suelo—. Voy a irme.

—No, creo que no. Me parece que...

Él se quedó helado. Por su cara desfilaron una serie de expresiones que Eliana no pudo descifrar del todo: horror, alegría, estupefacción.

Rabia.

—¡Tú! —susurró roncamente. Su voz ya no era para nada agradable; ahora, en cambio, reflejaba un anhelo rabioso y terrible—. Eres tú.

Eliana chocó de espaldas con la barandilla de la terraza.

—¿Cómo?

Él se aproximó rápidamente a ella y estiró los brazos para cogerla.

—No te muevas. ¿Dónde estás?

Un gran estremecimiento sacudió la terraza, y Eliana cayó a un lado. Presionó las manos contra la pared del palacio para evitar caer y...

De repente, el edificio, la ciudad y el Emperador habían desaparecido.

Las paredes rojas del comedor de lord Morbrae se erguían firmes a su alrededor. El rostro flácido del hombre la miraba fijamente con ojos grises y nublados.

Eran como los de un adatrox.

Eliana se apartó de golpe, cayó con fuerza al suelo y se alejó gateando.

—¿Quién eres? —le preguntó lord Morbrae, y se levantó bruscamente de la silla. Estiró los brazos hacia ella como lo había hecho el Emperador. Su voz se había desdoblado: era la de ambos hombres a la vez—. Ven aquí. Ven a mí.

Sonó una explosión dentro del edificio. Eliana la reconoció: era la

detonación de una granada.

«Simon.»

Remy se lo había explicado todo a la Corona Roja, y ahora esta iba a destruir el puesto de avanzada con ella dentro.

Sin poder evitarlo, Eliana sonrió. ¡Su hermano traidor había resultado ser un rebelde en ciernes!

La habitación tembló, los platos de la mesa tintinearón y lord Morbrae trastabilló. Tres de los cuatro adatrox que se encontraban en la habitación se apresuraron a salir por la puerta mientras desenvainaban las espadas. Una copa de vino cayó al suelo y se hizo añicos.

Eliana cogió el pedazo de cristal más grande que encontró, se puso en pie de un salto y embistió a lord Morbrae. Él la vio demasiado tarde y la esquivó con torpeza. Ella se preguntó si el gris que le inundaba los ojos le nublaría la vista y, a continuación, le atravesó la garganta con la punta afilada del cristal. La sangre salió a borbotones y le empapó la mano y la ropa. Lord Morbrae emitió un sonido espantoso mientras se ahogaba y, a continuación, cayó de rodillas al suelo y se desplomó.

El adatrox que seguía ahí corrió hacia Eliana. Ella agarró un cuchillo de trinchar de encima de la mesa y se enfrentó a él junto al cadáver de lord Morbrae. Le dio un rodillazo en la ingle y le hundió el cuchillo en la barriga. Pasó corriendo a su lado y salió disparada al pasillo, donde se dio de bruces con la boca del revólver de Simon.

Este llevaba el semblante oculto bajo la máscara del Lobo, pero Eliana, aunque no viera su expresión, pudo sentir su ira en el aire como si se tratara de la descarga de un rayo.

Otra granada estalló, esta aún más cerca. Justo cuando parte del techo cedía produciendo un crujido chirriante, Simon la agarró por los brazos, la apretó contra su pecho y la protegió entre su cuerpo y la pared. Una de las vigas cayó junto a un montón de piedras.

—Por aquí —masculló mientras se sacudía el polvo de la capucha.

Eliana tiró de él.

—¿Dónde está Remy?

—Con Navi. Juro que te llevaré a hombros si es necesario.

—¿Por qué no me matas? —Se limpió la arenilla de los ojos—. Soy una traidora, ¿no? Creía que volarías este lugar por los aires... conmigo dentro.

Él rio amargamente.

—¡Ojalá fuera tan sencillo!

Más allá de los muros del puesto de avanzada, se oían gritos y disparos. Eliana supuso que Remy estaría en medio de la batalla. Si no cooperaba, quizá nunca lo encontraría. Le lanzó una mirada asesina a Simon y se tragó la ira antes de seguirlo.

Tras ellos sonó un grito distante, seguido de otro.

Eliana se dio la vuelta. Al inhalar, notó sabor a humo.

«La prisión.»

Corrió hacia allí, pero solo pudo dar unos pasos antes de que Simon la agarrara del brazo.

—Suéltame —gruñó ella.

Él lo hizo con brusquedad.

—Entonces no vuelvas a escaparte.

—Ahí hay gente —dijo—. Refugiados. Prisioneros. Niños. Tenemos que salvarlos.

—No podemos.

—¿Por qué?

—Porque mis soldados han puesto granadas alrededor de todo el edificio. Cuando el fuego las alcance, estallarán. En menos de cinco minutos, ya no quedará nada.

Eliana sintió como si el suelo se abriera bajo sus pies.

—Mientes.

—No.

—Bueno, yo voy a ir.

De nuevo empezó a dirigirse hacia la prisión. Esta vez, cuando Simon la detuvo, ella le dio un codazo en la barriga y le pisoteó el pie, pero él no dejó de sujetarla.

—¡Suéltame! —Forcejeó y se contorsionó violentamente—. ¿A ti qué te importa si muero al intentar salvarlos?

—Aunque esté muy conmovido por tu repentino arranque de heroicidad —espetó Simon—, no tengo por qué darte explicaciones. Venga, muévete.

Otra granada explotó, la más cercana hasta el momento. Un trozo de yeso cayó del techo y le golpeó la cabeza a Eliana. El dolor le recorrió el cráneo; se tambaleó, intentó avanzar y tropezó.

Simon profirió una maldición, la agarró, le puso la pistola en las manos y la cogió sin esfuerzo en brazos.

—Si se nos acerca alguien —le ordenó—, dispárale.

Se puso a correr, manteniendo la cabeza sobre la de ella. Nubes de polvo, humo y arenilla les velaban el camino. Eliana tosió contra el pecho de Simon y pensó en pegarle un tiro en el estómago en aquel preciso momento.

Pero entonces dos adatrox salieron corriendo de entre las sombras. Eliana se volvió en brazos de Simon y disparó cinco veces. No se le daban bien las armas de fuego, incluso cuando no se había dado un golpe en la cabeza, pero la suerte quiso que al menos dos de las balas dieran en el blanco. Los adatrox se sacudieron y cayeron.

Doblaron una esquina y luego otra, pasaron junto a una habitación en la que las llamas crepitaban y otra donde un adatrox yacía en el umbral de la puerta con los ojos vidriosos y los brazos extendidos. Varios papeles marcados de huellas de botas embarradas ensuciaban el suelo.

Entonces sonó un disparo detrás de ellos... La bala no los alcanzó por muy poco. Eliana miró por encima del hombro de Simon y el estómago se le contrajo de miedo.

Lord Morbrae.

¡Estaba vivo!

Los perseguía por el pasillo con un rifle en la mano. Aunque la sangre le brillara en el rostro, el cuello y la chaqueta, Eliana no le vio ninguna herida en el cuello.

«Es imposible.»

Apuntó el revólver hacia atrás y disparó, pero no ocurrió nada.

—¡Mierda! Ya has usado todas las balas.

Simon le dio tres patadas a una puerta que había en el camino hasta que esta cedió. Pasó por ella y la pateó de nuevo para cerrarla. Lord Morbrae volvió a disparar, y la madera se astilló justo detrás de Simon.

Él bajó a Eliana al suelo. Estaban en el exterior. Debía de ser mediodía, pero las nubes y el humo oscurecían el cielo. El muro perimetral del puesto de avanzada estaba en llamas. Eliana oía gritos y a gente que vociferaba órdenes. Simon tiró de ella torpemente mientras corrían, con el brazo alrededor de su cintura.

«Ah, claro —pensó Eliana aturdida. El dolor de cabeza le había desaparecido por completo y volvía a tener las extremidades fuertes y firmes—. Debería estar herida.» Se apoyó en el cuerpo de Simon y dejó que la ayudara a avanzar.

Un coro de chirridos muy agudos empezó a sonar tras ellos. La puerta por la que habían salido se abrió de golpe. Eliana vio que lord Morbrae los buscaba a través del humo, los veía y levantaba el rifle. Los chirridos aumentaron y se hicieron estridentes y disonantes.

Simon empujó a Eliana hacia delante.

—¡Agáchate!

Ella obedeció y se deslizó por una pendiente húmeda hasta llegar a un barranco estrecho y pantanoso. Simon se tiró tras ella y la cubrió con su cuerpo.

El mundo explotó.

* * *

Simon le dio unos cachetes.

Eliana se despertó de golpe con una gran bocanada de aire.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres segundos —fue la respuesta impaciente de Simon—. Levántate.

Ella obedeció y, a continuación, se le heló la sangre. Un sonido terrible flotaba hacia ella por el cielo oscurecido.

Eran gritos.

Patinando por la resbaladiza pared de barro, escaló el barranco y se asomó por el borde para observar el caos. El edificio principal del puesto de avanzada estaba prácticamente en ruinas, los escombros se esparcían hasta donde le alcanzaba la vista. Los gritos, agonizantes y espantosos, provenían de allí.

—Los prisioneros —susurró Eliana. Miró a Simon—. Aún podría haber alguno vivo.

—Sí —coincidió él—, también podría tratarse de adatrox o de algunos de mis soldados que no hayan conseguido salir a tiempo.

Eliana se puso en pie junto a las raíces de un árbol atalaya.

—Podríamos intentar ayudarlos.

Simon tiró de ella para que se agachara y empezó a cargar el revólver.

—No. Cabalgaremos hacia el norte.

—¿No me has oído? —Extendió el brazo en dirección al puesto de avanzada—. En esa prisión hay niños. Los tienen en unas jaulas...

—Sí, y si la Corona Roja hubiera asaltado este lugar mañana, como estaba previsto, los habría liberado. Pero al huir te cargaste el plan. No podíamos arriesgarnos a dejar salir de aquí con vida a nadie que te hubiera visto o que hubiera escuchado cualquier información que hayas dado.

Eliana lo miró horrorizada.

—¿Qué?

Sonó un disparo cerca del puesto de avanzada, y luego otro. Simon señaló hacia allí con un dedo enguantado.

—¿Lo oyes? Son mis soldados deshaciéndose de los supervivientes. Escucha.

Eliana le hizo caso y escuchó un tercer disparo, seguido por un cuarto y un quinto. Volvió a aferrarse a las raíces del árbol, pero Simon tiró de ella hacia abajo y, agarrándola fuerte por los costados, la mantuvo pegada a él.

—Escúchalos morir —siseó, pegándole al oído su boca caliente, que quedaba escondida tras la malla fría y dura de su máscara—. Tienes las manos manchadas con su sangre.

Eliana luchó débilmente para liberarse, pero fue perdiendo la fuerza a medida que los disparos continuaban y que los gritos, uno a uno, cesaban abruptamente.

«Te consumiré», la había advertido su madre.

Tragó saliva para deshacer el asqueroso nudo de vergüenza que le quemaba la parte posterior de la lengua.

—Los añadiremos a tu lista, ¿de acuerdo? —La ira se reflejaba en la voz de Simon—. ¿Acaso recuerdas a cuánta gente has matado, Eliana?

Ella asintió con la cabeza. Tenía los ojos y la boca seca. Se sentía consumida, destrozada. Cerró los ojos. Sí. Sí, se acordaba. ¿Incluso a Harkan?

Él aún estaría vivo si no hubiera intentado salvarla.

¿Qué le había dicho ella a Remy?

«No podemos saberlo con certeza.

»Todavía podría estar vivo.»

Cerró los ojos y se aferró a esa estúpida esperanza para evitar gritar.

—Ochenta y siete —empezó a susurrar mientras los disparos continuaban—. Ochenta y ocho. Ochenta y nueve.

—¿Qué le has pedido? —Simon se quitó la capucha, se subió la máscara y se la dejó sobre el pelo sucio y enmarañado—. ¿Un pasaje seguro para ti y para Remy? ¿La amnistía? ¿Que vuestra madre regresara sana y salva?

Eliana asintió con la cabeza. Sentía como si, poco a poco, se le escapara la vida que tenía en su interior.

—¿Ha merecido la pena? ¿Han muerto en vano? —Dirigió la cabeza en dirección al puesto de avanzada—. ¿Has conseguido lo que habías solicitado?

Eliana no tuvo tiempo de contestar porque el galope de unos cascos los interrumpió. Levantó la mirada y se le cortó la respiración al ver que un caballo marrón lleno de barro salía del bosque más cercano con Remy montado detrás de Navi.

Se encontró con los azules ojos preocupados de su hermano y le dirigió una media sonrisa.

—¡Simon! —gritó Navi desde arriba. El miedo se le reflejaba en el semblante—. ¡Están atacando la Hondonada de la Corona!

Simon empujó a Eliana hacia delante.

—Sube —le espetó.

Ella trepó, y Simon la siguió con agilidad. Su hermano ya estaba desmontando, y Navi lo hizo justo después de él. Remy tropezó con el suelo mugriento y enterró el rostro en la camisa manchada de sangre de Eliana. Ella se aferró a él automáticamente, pero una parte de su mente aún estaba en el puesto de avanzada y en los disparos.

Estos habían cesado, y los gritos, también.

Remy susurró:

—¿Te han hecho daño?

Ella negó con la cabeza y se obligó a mirarlo.

—No, estoy bien.

Simon agarró las riendas del caballo.

—¿Qué ha pasado?

—Poco después de que os fuerais nos atacó un escuadrón de adatrox —le explicó Navi—. Patrik nos sacó a Remy y a mí justo a tiempo, pero hemos sido los únicos. Han tomado todas las salidas, Simon. —Se le cayó la capucha. Tenía una mirada angustiada—. Nadie puede escapar.

Eliana se despegó de Remy y dio un paso atrás. Los refugiados. Patrik. Hob y su cuaderno. La pequeña Linnet...

Trescientos sesenta y siete, más o menos, si nadie había conseguido salir. Más los noventa y tres a los que había llegado antes de que los disparos cesaran.

La sangre de cuatrocientos sesenta cuerpos le cubría las manos de un rojo ardiente y brillante.

Una sensación de entumecimiento se le extendió del pecho a las extremidades y le extrajo toda la razón de las venas.

—El, ¿qué pasa? —le preguntó Remy—. ¿Te encuentras mal?

Pero ella lo ignoró. De reojo, captó un movimiento que le llamó la atención: a menos de treinta metros, cerca de la humeante valla perimetral, había dos soldados de la Corona Roja. Rebuscaban entre los uniformes de los adatrox caídos y recogían cantimploras, papeles y armas.

No muy lejos, pastando entre los escombros, había dos caballos. Ambos estaban embridados y ensillados y aguardaban pacientemente.

Eliana le apretó los hombros a Remy y le murmuró:

—Quédate aquí y no digas nada.

Se alejó de espaldas mientras Simon y Navi seguían hablando bajito y con urgencia. Entonces se volvió y echó a correr. Ignoró los gritos de Navi primero y el rugido furioso de Simon después. Montó sobre el caballo más cercano, chascó las riendas y salió disparada.

«Tres kilómetros al sureste.» Giró hacia aquella dirección. Las ramas húmedas se le enganchaban a la ropa, a las patas del caballo y le marcaban las mejillas con líneas finas y rojas.

El sonido de unos cascos la perseguía. Cuando su caballo despejó un tramo de árboles y salió a un claro, Eliana se atrevió a volverse y vio a Simon. Este la perseguía y se le estaba echando encima. Llevaba la máscara puesta, y su capa volaba tras él como un par de alas oscuras.

Ella se inclinó sobre su montura y la apremió a seguir:

—¡Más deprisa, bestia estúpida!

Más adelante, unas columnas de humo se alzaban en el cielo nublado.

Eliana echó un vistazo a través del bosque al que se aproximaba y tiró de las riendas del caballo, que se detuvo en seco. Desmontó, ató al animal a una rama y se dirigió sigilosamente hacia un grupo de árboles gema cubiertos de musgo.

Ante ella, quizá a unos ciento ochenta metros, se extendía la zona de tierra que cubría la Hondonada de la Corona. El humo se alzaba desde cinco puntos distintos, y lenguas llameantes salían de las aperturas ocultas excavadas en el suelo. Eliana reconoció aquella por la que había escapado con Remy. ¿Cómo podían haber pasado tan solo unas horas?

En cada fuego había tres adatrox, con las armas preparadas junto a las llamas. Un grupo numeroso —incluido un teniente que llevaba una banda ancha y gris en el bíceps izquierdo— se encontraba a unos metros del recinto, esperando.

Estaban ahumando a los rebeldes para que salieran.

«Han tomado todas las salidas —había dicho Navi—. Nadie puede escapar.»

Al darse cuenta de lo que parecía haber pasado, Eliana se apoyó firmemente en un árbol gema. De alguna manera, lord Morbrae les había comunicado a sus soldados todo lo que Eliana le había contado acerca de la Hondonada de la Corona, a pesar de que no lo hubiera perdido de vista después de la conversación en la mesa del comedor.

«Pero, al fin y al cabo —pensó Eliana—, a mí no me hecho falta estar en Celdaria para encontrarme en una terraza con el Emperador, ¿no?»

Las náuseas se le enrollaban fríamente en el vientre. ¿Podía ser que el Emperador —y sus generales, sus tenientes, incluso todos los adatrox— fuera capaz de enviar mensajes y visiones de una mente a otra?

¿Cómo era eso posible?

Simon llegó, frenó el caballo junto a Eliana y bajó de un salto.

Le agarró el brazo.

—¿Estás loca, Terror?

—Lo siento, creí que podría ayudarlos, no... no... no lo pensé.

—Ni que lo digas. Ahora no podemos hacer nada por ellos. —Tenía la voz apagada—. Volveremos junto a Navi y cabalgaremos hacia el norte lo más rápido que seamos capaces. En Rinthos hay un contingente importante de rebeldes. Nos darán refugio durante un tiempo.

Eliana le cogió dos granadas puntiagudas que llevaba atadas al cinturón y salió disparada. Simon intentó alcanzarla, pero ella lo esquivó y corrió en dirección a los adatrox reunidos detrás de su teniente. Mientras el humo negro se iba volviendo más denso, esperaban a que los rebeldes y los refugiados, desesperados, salieran en estampida para intentar respirar.

Eliana apretó las manos alrededor de las granadas. Por su mente, llena de ruido, naufragaban imágenes empapadas de sangre que avivaban llamas rabiosas en su pecho. No sentía nada más, ni siquiera una pizca de miedo, mientras les quitaba la tapa a las granadas y salía en estampida de detrás de los árboles.

«Santa Marzana —rezó, abriéndose camino a empujones por las últimas filas de adatrox y corriendo hacia el corazón de su ordenado escuadrón—. Si te importan las plegarias de los monstruos como yo, escúchame.»

Las granadas le vibraron y le gimieron en las manos. Rodeada de adatrox confundidos y de gritos, derrapó hasta detenerse.

El teniente, al frente del grupo, se volvió. Al verla, abrió los ojos de par en par. Exclamó una orden. Los adatrox más cercanos a ella empuñaron las espadas, y los demás levantaron las armas de fuego para disparar.

Ella terminó su plegaria: «Quémalos».

Lanzó las granadas al suelo, se volvió y echó a correr.

Esta vez, cuando el mundo explotó, Eliana fue lanzada hacia los árboles. Se golpeó violentamente contra algo, y la parte posterior del cuerpo le ardió con fuertes pinchazos de dolor.

Entonces la oscuridad se apoderó de ella.

RIELLE

«Una buena espada forjada con filo y martillo
vuela segura y veloz.
Un corazón forjado en la batalla y el conflicto
corta con más profundidad que cualquier arma.»

Rito del Metal, pronunciado por primera vez
por san Grimvald el Poderoso, santo patrón
de Borsvall y de los dominametales

La abertura de la jaula arrojó a Rielle por una rampa lisa hasta una diminuta plataforma, tan pequeña que estuvo a punto de caerse por el borde.

La multitud que había arriba gritó consternada.

Ella se tambaleó y recuperó el equilibrio. Una ráfaga de calor salió disparada bajo sus pies. Miró hacia abajo y vio una masa de metal revuelto: poleas que silbaban, espadas que volaban y ventiladores que zumbaban, grandes placas de acero que se estrellaban las unas contra las otras, escaleras que se plegaban y que, en un abrir y cerrar de ojos, se transformaban en largas rampas empapadas de aceite.

No podía salir de esa horrible creación sin los tres niños. Si no, todo su esfuerzo hasta el momento no habría servido para nada: la gente se volvería contra ella.

Pero había mucho más.

Miró hacia arriba a través de los barrotes de la jaula, hacia la multitud agitada.

«Deseas que te quieran», observó Corien con voz sorprendida.

Rielle levantó los brazos por encima de la cabeza y cruzó los antebrazos para imitar el sigilo de la Fragua. Como respuesta, estallaron vítores entre la multitud.

«Sí —pensó ella—. Deseo que me quieran.»

Entonces se dio la vuelta y empezó a correr, no hacia la esquina opuesta del laberinto, donde le parecía haber vislumbrado una puerta que le permitiría escapar. En lugar de eso, se dirigió hacia el niño más cercano, que apretaba el rostro de piel morena contra los barrotes de la jaula.

Rielle saltó por encima de un estrecho abismo que había junto a la plataforma y empezó a bajar por unas escaleras. A medida que avanzaba, cada peldaño se allanaba y desaparecía bajo sus pies. Casi consiguió ser lo suficientemente rápida.

Casi.

Al final, los escalones desaparecieron por completo. Resbaló en el último tramo y cayó de rodillas contra el suelo, sobre una plataforma de rejas metálicas que se bamboleaba de un lado a otro. Al aterrizar, unos pinchazos de dolor le subieron por las piernas. Se aferró a la reja y apretó los dientes mientras el estómago se le agitaba con violencia.

—¡Por favor! —gritó el niño, no muy lejos—. ¡Por aquí! ¡Por favor, mi lady!

Rielle cerró los ojos. Le costaba respirar. Casi podía oír la voz paciente de Tal al oído: «El empirio está siempre presente en cada momento, en cada respiración, en cada pizca de vida que tocas. Te espera».

Corien remarcó con suavidad: «Tu maestro no anda desencaminado».

Rielle apretó la mandíbula.

«Pero el empirio no solo te espera, Rielle —prosiguió él—. Tiene sed de ti. Nadie lo entenderá jamás como tú. Te desea igual que un amante anhela a su pareja.»

Rielle abrió de golpe los ojos. A su alrededor, el mundo empezó a brillar. Cerró los dedos. «Yo también tengo sed de él.»

«Ya lo sé, querida. No te resistas. Cógelo y hazlo tuyo.»

Ella se estremeció. El sudor le anegaba las extremidades.

—Deteneos —susurró, dirigiéndose con la mente a los engranajes que se agitaban.

La plataforma que tenía debajo se sacudió y se ralentizó. Ella golpeó la reja, notó su fuerte sabor a metal en la lengua y sintió que sus vibraciones le subían por los brazos. Una ola dorada de energía le surgió de las manos y rebotó por todo el laberinto.

—¡Para! —ordenó.

La plataforma chirrió con brusquedad y se detuvo. Con un grito ahogado, Rielle perdió el punto de sujeción y cayó. En el último segundo, sus ávidos dedos se agarraron al borde de la plataforma.

—¡Aquí! —gritó el niño tras ella, abajo y a la derecha.

Rielle, con los pies colgando, miró por encima del hombro. Los hilos de concentración que había conseguido tejer se rompieron. Con el rabillo del ojo, vio que algo plateado brillaba. ¿Se trataba de la magia de los dominametales?

Siguió su rastro hasta un sinuoso conjunto de escaleras que se separaron y se convirtieron en placas metálicas rotatorias. Estas empezaron a dar vueltas en su dirección, cortando el aire como si fueran cuchillos. La desesperación le dio fuerzas. Balanceó el cuerpo una vez para darse impulso y se lanzó hacia la jaula del niño.

Esquivó las placas de metal por muy poco, y estas se estamparon en la plataforma de la que ella colgaba hacía apenas unos segundos.

Rielle temblaba, y los ojos le escocían por culpa del sudor y del aceite. Buscó a tientas el candado de la jaula. El hecho de que las placas hubieran estado a punto de alcanzarla la había abrumado, y apenas era capaz de ver o pensar.

El niño, sollozando, le gritó:

—¡Rápido! ¡Rápido, por favor!

—¡Lo estoy intentando! —espetó ella.

Entonces vio la razón por la que el pequeño estaba tan aterrorizado: ¡su jaula se estaba encogiendo!

En pocos segundos, acabaría aplastado.

Si conseguía salir de esta con vida, le arrancaría la piel a tiras al arconte y se deleitaría con cada uno de sus gritos agonizantes.

Chilló con furia y golpeó el candado con la palma de la mano. Un poder bruto le crepitó en el brazo y le salió del cuerpo. El niño cayó al suelo, y el candado se hizo añicos. Fragmentos de metal salieron disparados por doquier.

Rielle se esforzó para abrir la puerta.

—¡Vamos!

El niño se abalanzó sobre ella y le rodeó el cuello con los brazos.

Sobre sus cabezas, la multitud estalló en salvajes aclamaciones. En medio de aquel estruendo, Rielle oyó un crujido metálico y levantó la vista. Una puertecilla se estaba abriendo en el techo de la jaula. Dos dominametales agachados extendieron los brazos hacia el niño.

«Quedan dos más.» De un empujón, Rielle lo puso a salvo y no esperó a oír la puerta cerrarse. A la niña que estaba más cerca se la oía llorar nítidamente al otro extremo del laberinto.

Entre ellas se extendía una serie de pasillos cambiantes hechos con bloques de metal que chocaban entre ellos y que tenían el mismo tamaño que el cuerpo de Rielle, lanzas que salían disparadas al azar, escaleras que giraban y se transformaban sin parar, caminos que rotaban sobre su eje como si fueran asadores... Había tantas partes móviles que Rielle perdió la cuenta. Al ver todo eso, se sintió muy pequeña. Pensar en rezar y controlar la respiración le parecía ridículo y fuera de lugar.

Acabaría aplastada. No tenía el control necesario como para escurrirse por aquel laberinto diseñado con tanta crueldad. Ojalá dispusiera de más tiempo para pensar. Entrecerró los ojos y, con manos temblorosas, miró aquel caos salvaje y brillante.

«No te arriesgues —aconsejó la voz de Corien, que ahora sonaba tensa y

para nada divertida—. Eres poderosa, pero no inmortal.»

«Podría llegar a serlo», respondió Rielle. Eso la sorprendió y la hizo enderezarse y parpadear, estupefacta. No pretendía decir eso, la idea ya era absurda de por sí. Sin embargo, las palabras le habían salido del cuerpo como una oleada, automáticas e instintivas.

«Sí —contestó Corien pensativo—. Creo que podrías llegar a serlo.»

Rielle se agitó para silenciarlo. Ya mantendrían esa conversación más tarde.

Al fin y al cabo, aún no era invencible.

La plataforma que tenía debajo se movió. Inspiró profundamente y corrió hacia delante justo cuando esta se sacudía y cedía. Desesperada, dirigió la vista atrás.

«¡Mira al frente, Rielle!»

La voz de Corien la hizo volverse justo a tiempo. Un gigantesco péndulo de metal se balanceó hacia ella. Rielle extendió el brazo. Los engranajes aullaron y se oyó un golpe sordo, como el de un martillo sobre un yunque. El péndulo, ahora combado y abollado, se paró en seco.

Rielle siguió corriendo, esquivando lanzas que silbaban hacia ella con rapidez. El camino que tenía delante se movió, la tiró al suelo y la hizo caer por un estrecho túnel de malla. Aterrizó como un peso muerto y se mordió la lengua con fuerza. Mareada y notando sabor a sangre, miró a través de la malla del túnel. Se encontraba en una de las muchas jaulas en forma de pasadizo, largas y estrechas, que formaban un nudo rotatorio. Ella se arrastró en busca de alguna salida mientras el lazo de túneles giraba cada vez más deprisa. Se enredaban y se desenredaban como un grupo de serpientes retorciéndose. Ante ella, un trozo de malla se retiró y creó una abertura. Rielle gateó hacia allí, pero no fue lo suficientemente rápida. En un abrir y cerrar de ojos, el orificio se cerró herméticamente. Ella gritó con rabia y, cuando estaba a punto de golpear el metal con las manos, se detuvo.

«Piensa, Rielle. Si destrozas esta trampa... ¿adónde caerás?»

Con los ojos cerrados, esforzándose por despejar la mente, encontró el camino que necesitaba. Vio que el laberinto se recolocaba y se ordenaba para que el retorcido nido de túneles que la tenía atrapada se desenmarañase y se quedara quieto. Vio un recorrido que la guiaba al exterior del túnel y que la hacía bajar unas escaleras robustas que la conducían a la segunda niña enjaulada.

La imagen se desplegó en su mente como un mapa resplandeciente de bordes dorados. Cuando abrió los ojos de nuevo, un mar de minúsculos puntos brillantes parpadeaba bajo el velo cambiante del mundo físico.

Entonces la realidad se rehízo según sus instrucciones.

El poder le salió disparado de los dedos y serpenteó por la malla de la jaula. Ella sintió cómo este progresaba a medida que el calor le reptaba por debajo de la piel. Sintió el rugoso metal que había bajo los zarcillos de su poder como si lo estuviera tocando con sus propias manos. Cerró los ojos con placer. Los nudos de su cuerpo se aflojaron y desaparecieron. Un calor líquido y tembloroso le caía en cascada por las extremidades, se le acumulaba en el vientre y le descendía tiritando por los muslos.

A su alrededor, el laberinto se movió y gruñó como si protestara. Los dominametales luchaban desde arriba para mantenerlo bajo control.

Rielle sonrió satisfecha. «Buen intento.»

Tal como había imaginado, el túnel que la tenía presa se desenredó dócilmente. La abertura quedó fija en una amplia plataforma que conducía a unas escaleras. Ella salió arrastrándose y se quedó de pie durante un momento para recobrar el aliento. Se sentía llena de energía, como si acabara de despertarse del mejor sueño de su vida.

Dirigió la mirada hacia la multitud, hacia las dos cimas de las montañas que había sobre ella y hacia el sol que estaba más arriba.

Hizo una profunda reverencia, acompañada de un ademán indolente con las manos.

La multitud estalló en vítores. El ruido era tan fuerte que, incluso desde las

profundidades del hoyo, a Rielle le pitaban los oídos.

Sonriendo, subió saltando las escaleras en dirección a la jaula de la segunda niña. Esta tenía la piel pálida y las extremidades delgadas. Sus ojos, en un rostro de mejillas hundidas, eran grandes y oscuros. Lo observaba todo desde debajo de una mata de pelo castaño y enmarañado y lloraba sin control.

Rielle tocó con la mano el candado de la jaula. Durante unos momentos, sintió la euforia de su poder y, a continuación, hizo que este se filtrara en el metal como una droga.

El candado chisporroteó en silencio, cayó al suelo y se fundió. Unas gotas de color plata empezaron a gotear por las escaleras.

Rielle miró a la niña, que tenía los párpados pesados.

—No pasa nada —dijo sin resuello—. He venido a liberarte.

La niña la miró boquiabierta.

—¿Sois la Reina Solar, mi lady?

Rielle le tendió una mano.

—Pronto lo seré.

La niña saltó de su escondite y corrió hacia los brazos abiertos de su salvadora.

Pero entonces, con un gruñido potente y pesado, toda la jaula se sacudió bajo sus pies. Rielle se tambaleó y agarró a la niña con más fuerza.

Una ola de gritos de horror vino desde arriba, donde estaba la multitud.

—Mi lady —susurró la niña. Levantó una mano temblorosa y señaló el laberinto que tenían debajo—. Se está cayendo.

Tenía razón. Rielle observó con terror creciente que la gran jaula empezaba a moverse por la parte de la base más alejada y por la esquina superior más cercana a ellas. Se derrumbaba con rapidez y se doblaba sobre sí misma. El ruido horrible y chirriante que producía sonaba como si todas las hachas del mundo se estrellaran unas contra otras.

Además, el tercer niño aún estaba atrapado muy por debajo de donde se encontraban ellas.

Oyeron el chirrido de una puerta sobre sus cabezas. Sin pensarlo, Rielle empujó a la niña hacia arriba.

—¡Sube!

La pequeña se aferró a ella.

—¡Moriréis! ¡Venid conmigo, por favor!

Rielle le cogió la cara con una mano.

—¿De veras crees que yo, la Reina Solar, dejaré que esta jaula de pacotilla acabe conmigo?

La niña dibujó una sonrisa temblorosa y negó con la cabeza. Rielle le devolvió la sonrisa y la impulsó hacia arriba para que trepara por una escalera larga y delgada. Unos dominametales la esperaban al otro lado. En cuanto estos cogieron a la niña, el suelo que había debajo de Rielle al fin cedió.

La caída ahogó su grito. Descendió unos quince metros y se estrelló contra una de las múltiples barras giratorias que había. Estas giraban desde un mecanismo central como si fueran los radios de una rueda de carruaje. Ella se aferró a la barra que había detenido su desplome. Sentía que tenía el estómago magullado por el impacto y apenas podía respirar.

Pero, de repente, aunque estuviera tan cansada, Rielle tuvo una idea.

Cerró los ojos. «Puedo hacerlo.»

Corien le contestó con firmeza: «Sí que puedes».

Se soltó de la barra y cayó sobre una placa metálica que había pasado zumbando por el aire hacía apenas unos segundos. Cuando las botas de Rielle golpearon la superficie, esta se detuvo y se quedó congelada en pleno vuelo.

Rielle levantó las manos. Sintió que una energía caliente hervía y fluía entre ella y las barras giratorias y, a continuación, las hizo volar por los aires.

Las barras salieron girando en todas direcciones, con tanta rapidez que cualquiera de ellas podría haber cortado a alguien por la mitad. Rielle giró las muñecas bruscamente en el aire. Las barras se detuvieron en seco y se colocaron solas en las cuatro esquinas de la jaula.

La jaula tembló y dejó de derrumbarse. Todas las piezas metálicas vibraron

en su posición y chirriaron de una forma espantosa.

No aguantarían demasiado tiempo.

Rielle corrió por el aire, atrayendo placas metálicas de las paredes a medida que avanzaba. Estas volaban hacia ella desde el suelo, desde las escaleras y desde los laberínticos caminos que se entrecruzaban dentro de aquel cubo. Iba colocando las placas ante ella, las pisaba rápidamente y las hacía caer a medida que avanzaba.

Corien soltó una risa de admiración. «Maravilloso, Rielle. Asombroso.»

El orgullo floreció en el pecho de la chica. A cada paso que daba en su camino flotante de metal, sentía que el poder se le acumulaba en los pies. Cuando aterrizó junto a la jaula del tercer niño y la tocó, esta voló en pedazos. El pequeño quedó en medio de las ruinas, de pie y temblando.

—Ven aquí. —Rielle, impaciente, agitó la mano. Le hormigueaba cada centímetro de la piel. Sintió que, a lo lejos, los músculos le gritaban adoloridos—. Ya casi ha terminado.

—¿Cómo habéis hecho eso? —preguntó el niño con voz entrecortada—. ¡Habéis volado!

Una serie de colisiones metálicas y colosales estallaron a su alrededor. Rielle levantó la mirada y vio ceder las barras que había puesto como calzas en las esquinas.

Pero la jaula no siguió derrumbándose.

En cambio, se levantó en el aire con un gruñido metálico. Rielle cogió al niño, buscó una abertura en la base movediza de la jaula y, a continuación, salió por ella y saltó al suelo. Ella y el niño cayeron con fuerza. El pequeño gritó y se agarró el pie. La jaula se cernía sobre ellos y giraba lentamente.

Entonces, esta se reorganizó. El laberinto de metal se desmontó, se reconstituyó, se afiló...

Una tormenta de espadas, de diez mil hojas afiladas que se movían como si fueran una sola, se dirigió rápidamente hacia el lugar solitario en el que Rielle y el niño estaban agachados.

Rielle clavó los ojos en ellas mientras el pánico le tamborileaba en la garganta. El tiempo se ralentizó y se aceleró a la vez. Oía débilmente a Corien gritándole que hiciera algo, que se defendiera, que se moviera de inmediato.

Pero miles de espadas eran demasiadas. Manipular unas cuantas piezas del laberinto era capaz, pero esto... Las armas oscurecían el cielo. Silbaban y rugían. La cortarían en trocitos... y al niño también.

El pequeño le agarró la muñeca.

—Que la luz de la Reina nos guíe a casa —le susurró con una sonrisa en la cara que no era de resignación, sino de fe.

La plegaria de la Reina Solar. La luz de la Reina Solar.

Su luz.

Su poder.

«Sí —susurró Corien—. Sí, Rielle.»

Entonces atrajo al niño hacia ella y, a continuación, se volvió hacia las espadas, cerró los ojos y extendió los brazos.

«No.»

No aceptaba ese destino.

«No.»

Aún había pruebas que completar, tenía amigos que la esperaban, debía resolver el misterio del asesinato de una princesa extranjera.

«No.»

Aún le quedaban palabras de amor por decir.

Tenía una voz en su cabeza.

Y el deseo, las ansias de responder a la llamada de su sangre que se despertaba.

«No.

»Aún no.»

Esperó en silencio y con el cuerpo temblando. Irradió el poder desde los dedos, desde la marcada curvatura de los hombros, desde las puntas del pelo...

¿Había sido suficiente?

En aquel silencio vibrante, inspiró de forma superficial unas cuantas veces y, a continuación, se atrevió a abrir los ojos.

Una espada flotaba ante su cara. Dos más la apuntaban a los ojos. Centenas. Miles. Todas estaban quietas porque ella las controlaba en silencio. El hoyo se encontraba repleto de espadas que se agitaban y se negaban a matarla. Un zumbido metálico anegaba el aire.

Rielle soltó una exhalación incrédula y llorosa.

Entonces dejó caer los brazos.

Las espadas se abatieron y quedaron planas en el suelo, colocadas de tal manera que formaban un círculo perfecto alrededor del lugar en el que Rielle y el niño estaban arrodillados. Su caída sacudió el suelo. Sus hojas apuntaban hacia ella, situada en el centro de un sol de metal quemado.

Poco a poco, volvió a la realidad. Parpadeó y se secó los ojos. Una ola creciente de voces la hizo mirar hacia arriba.

El pueblo de Celdaria estaba en pie. La gente gritaba su nombre, que sonaba como un canto, como una plegaria:

—¡Rielle! ¡Rielle! ¡Rielle!

Levantó el rostro hacia el cielo y les mostró su sonrisa.

ELIANA

«Algo anda mal con lord Arkelion. Me llevó a su cama y me ordenó que le hiciera daño mientras yacía desnudo ante mí. Lo hice encantada, pero las heridas se le cerraban casi de inmediato. Él rugía, se retorció y lloraba. Está enfermo, quizá demente. Creo que todos los hombres del Emperador están locos. Todos y cada uno.»

Mensaje codificado escrito por
la princesa Navana Amaruk de Astavar,
entregado a la clandestina Corona Roja

Eliana se incorporó con dificultad, jadeando, empapada en sudor y con la ropa pegada a la piel. La habían tumbado boca abajo sobre una manta manchada de barro. Las manos le resbalaban mientras se esforzaba en sentarse.

—Remy. —Miró salvajemente a su alrededor, pero solo vio un bosque oscuro iluminado por el halo de la luna—. ¡Remy!

—Chiss. —Una mano le alisó dulcemente el pelo hacia atrás desde la frente—. Está a salvo, y tú también.

Eliana reconoció la voz.

—¿Navi?

La chica le sonrió desde arriba. Su mirada, aunque reflejara preocupación, era amable.

—Estoy aquí. Estás bien.

Unas nubes oscuras y desagradables se movieron por la visión de Eliana.

Le agarró la mano a Navi.

—Cuéntamelo.

—Estamos a tres días a caballo de Rinthos. Llevas horas recuperando y perdiendo el conocimiento. Simon cree que tienes fiebre. Él, Remy, tú y yo... Todos estamos sanos y salvos. Hob también nos acompaña.

—Hob.

Los recuerdos del puesto de avanzada volvieron a ella a trompicones. Rememoró el humo que se elevaba desde el suelo y se vio a sí misma corriendo, con dos granadas gimiéndole en las manos, hacia las líneas de adatrox que aguardaban.

Solo entonces Eliana notó el dolor agudo en la espalda. Hizo una mueca, y Navi silbó con simpatía.

—Simon y yo hemos hecho lo que hemos podido —dijo Navi—, pero la explosión te ha destrozado toda la parte posterior del cuerpo. Tumbate boca abajo, por favor.

Eliana veía que todo a su alrededor se inclinaba, así que obedeció. Era evidente que las heridas tenían que haber sido terribles. Jamás había sufrido un dolor tan fuerte aún horas después de lesionarse.

—El recinto —recordó—. ¿Han sobrevivido? ¿Patrik y...? —No fue capaz de pronunciar el nombre de Linnet.

Navi se sentó a su lado.

—Creo que la mayoría de los refugiados han escapado, sí. Patrik se ha quedado para ayudar a evacuarlos hacia un nuevo lugar. Hob ha venido con nosotros para reunirse con un contacto que tiene en Rinthos que puede ayudarnos a conseguir provisiones para los supervivientes. El humo ha estropeado gran cantidad de su comida. Pero los has salvado, Eliana. Simon se ha cargado con facilidad a los adatrox a los que tú no has destruido. Lo que has hecho... Jamás había visto algo así.

Eliana yacía muy quieta, con la mejilla apoyada en la manta. En la oscuridad, su visión empezaba a asentarse. No muy lejos, Remy estaba hecho

un ovillo a los pies de un árbol. Incluso dormido, tenía la frente arrugada de preocupación. Detrás de él, Simon se encontraba sentado con los brazos cruzados y los ojos cerrados. Mientras dormía, prácticamente se lo veía en paz. Las líneas plateadas de sus cicatrices temblaban como fantasmas bajo la luz de la luna vacilante. Entonces, Eliana oyó unos pasos en el bosque y se puso tensa.

—Solo se trata de Hob —susurró Navi—. Está montando guardia. Trata de descansar, por favor.

—Es muy poco probable que pueda. ¿Dónde están mis cuchillos? —Entonces, al recordar que lord Morbrae se los había confiscado, emitió un gruñido—. Me he quedado sin ellos, ¿verdad?

—Simon los ha recuperado en el puesto de avanzada. Ahora los tiene Remy. No deja que nadie los toque.

Eliana soltó una risa cansada y aliviada.

—Y estamos yendo... a Rinthos.

—Sí. Ahí encontraremos mejores remedios para tu espalda que los que Hob nos ayudó a reunir. —Se detuvo—. Siento decirte que creo que te quedarán cicatrices permanentes. Pero vivirás.

Eliana cerró los ojos. Unas lágrimas de agotamiento le rodaron mejillas abajo.

—¡Ay, Eliana! —Con una mano suave, Navi le cogió la cara—. ¿Cómo puedo ayudarte? Me siento inútil.

—No puedes ayudarme. Déjame tranquila, por favor.

Afortunadamente, Navi permaneció callada durante un tiempo. Pero incluso en el silencio, tan solo roto por los susurros del viento y, de vez en cuando, por las pisadas constantes de Hob, Eliana fue incapaz de conciliar el sueño de nuevo.

Abrió los ojos, sabiendo que debía decir algo para que aquella muerte, aquel sentimiento oscuro que le inundaba el pecho, no creciera y la hundiera.

—¿Navi?

—Dime.

—No sé, no... no puedo dormir.

—¿Quieres que te cuente un cuento? —La sonrisa de la muchacha se le reflejaba en la voz.

—Tú viste cosas en el palacio de lord Arkelion, ¿no?

Una nueva quietud cayó sobre ellas. La voz de Navi sonó cautelosa.

—¿Qué tipo de cosas?

«Cosas imposibles.

»Hombres con la garganta abierta que, de alguna manera, vuelven a andar.

»Hombres de ojos negros que hablan desde el otro lado de un vasto océano.»

—¿Alguna vez viste... un comportamiento extraño en lord Arkelion? —le preguntó Eliana—. ¿O en los generales que venían de visita?

—No estoy segura de entender lo que quieres decir con «comportamiento extraño».

Pero el tono ligeramente forzado de la voz de Navi le confirmó a Eliana que sí que sabía lo que quería decir.

—Lord Morbrae... Le rajé la garganta y, aun así, minutos después volvió a caminar. Su cuello estaba entero, sin ninguna herida.

—Toma —le ofreció Navi—. Agua.

Eliana dejó que Navi la ayudara a tomar unos tragos con avidez de la cantimplora de Simon y, después, se volvió a tumbar con un gemido.

—Antes de eso —añadió—, estaba en su regazo. Iba a satisfacerlo a cambio de conseguir la amnistía. Me acerqué para besarle, y entonces...

Eliana había bajado tanto la voz que Navi tuvo que inclinarse para poder oírla.

—Y entonces... —la impelió a seguir.

—Tuve... una visión —dijo Eliana—. Clavó sus ojos en los míos y fui transportada a otra parte. Estaba a la vez en el puesto de avanzada y al otro

lado del océano. En Celdaria, en una ciudad hermosa, la más grande que haya visto en mi vida. Estaba en Elíseo.

Navi, asombrada, abrió los ojos como platos.

—¿En la ciudad del Emperador?

—Él me habló.

—No te referirás al Emperador, ¿verdad?

Eliana asintió una vez con la cabeza.

El vivo dolor que le subía por las piernas, la espalda y el cráneo era tan violento que le faltó poco para devolver sobre las botas de Navi.

—Los prisioneros... —susurró Eliana, y cerró los ojos con fuerza. Estaba perdiendo el hilo de la conversación. Las preguntas se dispersaron y se desvanecieron—. En el puesto de avanzada. Estaban en jaulas. El fuego... No pudieron salir. Los oí gritar.

—Chiss. —Navi le presionó la mano con suavidad—. Piensa en la Hondonada de la Corona. Salvaste muchas vidas.

—Soy una asesina, Navi. Dime que no lo soy.

Navi no contestó.

—¡Ah! —murmuró Eliana—. Ese silencio es muy elocuente.

—Lo único que diré —afirmó Navi— es que has hecho lo mejor que has podido con lo que se te ha dado.

—¡Qué decepción! Esperaba que me mintieras. —Eliana fijó su mirada desolada en la noche. Le ardían las mejillas. Las apretó contra el barro frío—. Me reconoció, ¿sabes?

Navi se inclinó más hacia ella.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—Que me reconoció. El Emperador.

Justo antes de que a Eliana se le cerraran los ojos, Simon abrió los suyos y la miró.

—Me vio la cara y me preguntó dónde estaba —balbuceó.

—¿Eliana? —sonó la voz de Simon, ahora cercana y más dulce de lo que

ella jamás había oído.

Casi dormida, se volvió hacia él, como si lo hiciera para mirar al sol.

—Simon. —Sonrió con la mente borrosa—. Estás aquí.

—Eliana, repítelo. Lo que le has dicho a Navi.

—Vi al Emperador. Intentó tocarme. Me preguntó dónde estaba.

—¿Se lo dijiste? —Simon le puso una mano en la mejilla y la otra, con cuidado, sobre la parte posterior de la cabeza que llevaba vendada—. Eliana, escúchame, es muy importante. ¿Se lo dijiste?

—No. —Aleteó los ojos y los cerró—. No le dije nada.

—Bien. —Simon la ayudó a colocar la cabeza en su regazo y le acarició la frente con el pulgar—. Muy bien. Ahora estás a salvo. Estás a salvo. Duérmete.

* * *

Como solía pasar, la muerte estuvo presente en los sueños de Eliana.

Soñó que todos sucumbían, excepto ella.

Con una corona de luz centelleante en la cabeza, reinaba en un mundo de tierra quemada.

RIELLE

«Creo que estamos perdidos. ¿Cómo podemos luchar contra criaturas cuyas vidas se extienden ante ellas como caminos infinitos y que pueden examinar cuidadosamente las mentes con la misma facilidad con que un niño construye castillos en la arena? Cometimos un grave error al enfrentarnos a los ángeles. Todo nuestro poder palidece en comparación con el de sus mentes eternas.»

Diarios conservados de san Grimvald de Borsvall,
25 de septiembre, año 1547 de la Primera Edad

Dos noches después de la prueba del metal, Rielle yacía en la cama y fingía estar dormida por el bien de Evyline, que estaba tranquilamente instalada en la puerta de su habitación.

Pero tenía la mente muy activa, y la sangre le corría vibrante y caliente a causa de los nervios.

«¿Y bien? —tragó saliva. No podía posponerlo más—. ¿Estás ahí, Corien? Es hora de que hablemos.»

«Claro que estoy aquí, Rielle —sonó su voz de inmediato—. Siempre estoy aquí.»

Ella frunció el ceño sobre la almohada. «Eso no me tranquiliza demasiado.»

«Pues debería. Al contrario que tus otros amigos, yo no deseo verte muerta.»

«Así que ¿tú y yo somos amigos?»

Su respuesta provino como un suspiro que le recorrió la piel: «Espero con todo mi corazón que así sea».

Ella se apretó más la manta alrededor del cuerpo. «¿Cómo puedo ser amiga de alguien a quien no he visto nunca? ¿De alguien que ni tan siquiera estoy segura de que exista?»

Una delicada sensación le bajó por la columna, como el roce de un dedo cariñoso, y se desvaneció cerca de donde se le hundía la parte baja de la espalda.

«¿Acaso no te parezco real?», provino la respuesta.

Rielle se estremeció. «¿Eres un espíritu? ¿Un fantasma?»

«No.»

«Entonces ¿por qué puedo sentirte y oírte, pero no verte?»

«Es la manera especial que tengo de hablar contigo desde muy lejos, querida —Rielle notó que algo se le movía en la mente, como un sonido y una sensación a la vez, como si Corien se estuviera poniendo cómodo junto a ella—. Puedo mandarte mis pensamientos, y tú puedes mandarme los tuyos. Puedo transmitirte cómo me siento y también puedo percibir tus emociones. —Se detuvo. Entonces, una pequeña sonrisa le onduló la voz—: Puedo transmitirte la sensación de cómo me gustaría tocarte. Y tú puedes hacer lo mismo conmigo si lo deseas.»

Una guerra interna tenía lugar en el cuerpo de Rielle, que se encontraba entre el miedo frío y el deseo de decir de inmediato: «Adelante, tócame».

«¿Y si no deseo que me toques?», consiguió pensar.

«Entonces no lo haré. He sobrepasado los límites. Perdóname.»

«No vuelvas a hacerlo. —Se detuvo. Le ardían las mejillas—. A no ser que yo te lo pida.»

«Por supuesto. —Él sonó bastante complacido—. Bueno, querías hablar conmigo. Supongo que tienes preguntas.»

«Muchas.»

«Es comprensible.» Rielle notó otro movimiento. Percibía que él estaba sentado en el borde de un diván, un poco inclinado hacia delante, con los codos sobre las rodillas.

Pero tenía la cara borrosa.

«Para empezar, ¿qué aspecto tienes?», comenzó a preguntar ella.

«Si quieres, puedo enseñártelo. Ya estás a medio camino.»

A Rielle se le aceleró el corazón. «Entonces ¿sí que estás sentado en un diván? Puedo distinguir vagamente tu silueta.»

«En efecto. Concéntrate en las líneas de mi cuerpo. Intenta hacerlas más nítidas, como si me trazaras con una pluma.»

Ella obedeció. Poco a poco, la figura borrosa se enfocó. Vio a un hombre pálido, alto y esbelto. El cabello negro y fino le formaba unas ondas suaves y brillantes sobre las orejas. Tenía los pómulos delicados, como si estuvieran tallados en mármol blanco. Los ojos eran grandes y de un color azul pálido y luminoso. Cuando sus miradas se encontraron, sus labios carnosos dibujaron una sonrisa afectuosa.

—Hola, Rielle —dijo, y su voz ya no se encontraba simplemente en su cabeza. Estaba ahí, hablando directamente con ella.

Ella ahogó un grito, pestañeó y perdió la concentración. Corien desapareció. De repente, Rielle se sintió terriblemente sola en su cama, en la oscuridad silenciosa de sus aposentos. Con la boca seca, se esforzó por recuperar el aliento.

«¿Adónde has ido?»

«Sigo aquí», contestó él.

«Te he perdido. Yo...» Tragó saliva. Ahora que él ya no estaba junto a ella, tenía la piel fría y húmeda.

«Por ahora nos resulta difícil llegar a comunicarnos todo lo que podríamos. Con el tiempo, lo dominarás. Requiere mucha práctica y.. —la voz se le oscureció levemente—, ahora mismo hay muchas otras cosas que exigen tu atención.»

«Las pruebas.»

«Sí, entre otros asuntos. —Se hizo un tenso silencio, y entonces él susurró—: ¿Puedo tocarte, Rielle?»

Ella inspiró con fuerza.

«Te prometo que no haré nada inapropiado.»

A través de la ventana, Rielle observó el cielo nocturno jaspeado de estrellas.

«Primero, dime qué eres.»

«¿Que qué soy? —Sonó jugueteón—. Me insultas, querida. Soy una persona de pies a cabeza, con nombre e identidad, ¿sabes?»

«Pero no eres humano. Los humanos no pueden hablar así, usando solo la mente. La noche anterior a la prueba del metal me mostraste un recuerdo. Un recuerdo mío, personal, que había olvidado.»

«Sí, eso hice.»

«Corien..., eso es algo extraordinario»

«Para ti tal vez.»

«Los humanos no tienen esas capacidades.»

«Es cierto.»

Rielle esperó a que él añadiera algo más. Como no lo hizo, se dio cuenta de que estaba esperando a que ella dijera lo que ya sabía, lo que sabía, cada vez con más certeza, desde hacía semanas.

«Eres un ángel.»

Su respuesta, cuando al fin llegó, fue inexpresiva: «Lo soy».

Rielle se levantó de la cama y tiró las sábanas a un lado. Solo al ponerse de pie se dio cuenta de que tenía el camisón pegado al cuerpo, empapado en sudor.

—¿Mi lady? —inquirió Evelyne desde la puerta—. ¿Va todo bien?

—Claro. —Rielle apenas oía su propia voz debido al miedo que le zumbaba en las venas—. Solo necesito un vaso de agua.

No supo bien cómo, pero consiguió ir hasta el baño y cerrar la puerta tras

ella. Dando traspiés, se acercó al lavamanos y se salpicó la cara con agua. Después se sirvió un vaso y lo dejó a un lado sin beber nada.

Se apoyó con todo su peso sobre la encimera de mármol del tocador y se esforzó por calmarse. Se sentía mareada y desconectada de las extremidades.

«Rielle, siéntate, por favor. —La voz de Corien era amable—. Caerás y te golpearás la cabeza.»

«Quiero estar de pie», espetó ella.

«De acuerdo. ¿Puedo hacer algo para ayudarte?»

«Me estás mintiendo», consiguió decir al fin.

«Sabes que no.»

«Ya no queda ningún ángel. Están todos en el Abismo. Los santos los desterraron ahí y los encerraron tras el Portal.»

«Ningún portal permanece en pie eternamente», la interrumpió Corien.

Con paso airado, Rielle cruzó la habitación y se detuvo frente al enorme espejo dorado que estaba apoyado en la pared. Se la veía arrugada y aterrorizada, con los ojos muy abiertos y brillantes y el pelo oscuro recogido en una trenza deshecha. En aquella sala grande y alicatada, parecía aún más pequeña enfundada en el camisón.

«Piensa en qué tipo de habitaciones te darán una vez que te hayas convertido en su esperada Reina Solar —remarcó Corien con voz afilada—. Es asombroso imaginarlo, ¿verdad?»

«Deja de hablarme.»

«No lo dices en serio.»

Rielle empezó a caminar de un lado a otro. «Creo que conozco mi propia mente.»

«Yo también. Y opino que es increíble.»

«Vete. —Se paró en seco, con los puños cerrados a los costados—. Ahora mismo. Sal de mi cabeza y déjame en paz.»

«Te usarán, Rielle —acabó diciendo, ahora con urgencia—. Cada vez te pondrán en un pedestal más alto, te vestirán con joyas y coronas y, cuando se

den cuenta de quién eres, de lo que vive en tu interior, te rechazarán y te quedarás sola...»

—¡Vete! —gritó.

Cuando él obedeció, Rielle sintió que su partida era como si alguien tirara de un hilo de una lona infinita hasta conseguir liberarlo.

La sensación la dejó deshecha. Se sentó violentamente en el borde de la bañera.

Evyline irrumpió en la habitación con la espada en alto.

—¡Mi lady! ¿Estáis herida?

—No. —Rielle se secó los ojos con una mano temblorosa—. Creo que he tenido una pesadilla terrible, Evyline. Es como si no fuera yo misma.

La guardia enfundó la espada y se le acercó con rapidez.

—Vamos, mi lady. Os ayudaré a volver a la cama y pediré que os traigan un poco de té. ¿Os apetece también un pastelito de canela?

Rielle se apoyó pesadamente sobre el cuerpo robusto de Evyline.

—Tal vez tres pastelitos lo arreglen. Normalmente, tres son mucho más efectivos que uno solo, mi lady.

Rielle esbozó una sonrisa leve, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Que los santos te bendigan, Evyline. Te he enseñado bien.

La mujer ayudó a Rielle a ponerse de nuevo en la cama.

—Vuelvo enseguida, mi lady. Enviaré a Dashiell para que os vigile.

«Ya no queda ningún ángel», se dijo Rielle a sí misma, temblando en la cama y mirando fijamente al techo. Si lo pensaba suficientes veces, quizá podría hacerlo realidad, al igual que había reconstruido el mundo de la jaula de metal para convertirlo en uno que ella pudiera controlar.

Cerró los ojos con fuerza e intentó no pensar en el dolor dulce y solitario que aún sentía sobre la piel que Corien había tocado.

«Ya no queda ningún ángel.

»Ya no queda ningún ángel.»

* * *

Pero la plegaria no la ayudó.

Rielle no consiguió dormir en lo que quedaba de noche, y eso hizo que, al día siguiente, estuviera desconcentrada y fuera descuidada durante los ejercicios de preparación a los que su padre la sometía sin piedad. Incluso cuando la noche siguiente se tumbó en la cama, con los músculos doloridos, el sueño la eludió.

Aparentemente, Corien se había tomado su petición muy en serio. No podía oírlo ni sentirlo. Le parecía que su mente estuviera hueca como una cueva.

Una parte de ella se alegró.

Pero la parte que yacía nerviosa en aquel lecho demasiado grande, inquieta y con el alma en vilo, anhelaba tener compañía.

Cuando pensó en las últimas palabras que él le había dirigido —«Te rechazarán y te quedarás sola»—, el vacío de su mente se expandió hasta su corazón y la hizo sentirse desesperada e infinitamente triste.

—No quiero estar sola —susurró contra la almohada.

Contuvo la respiración y esperó. ¿Le contestaría Corien? ¿Le transmitiría algún tipo de consuelo?

Cinco respiraciones. Diez.

Él no dijo nada.

Echó a un lado las sábanas, cogió de un tirón la pesada bata de color ciruela y dorado que había en la silla junto a su cama y se dirigió a la puerta de sus aposentos.

Evyline le llamó la atención.

—¿Vamos a algún sitio, mi lady?

—En efecto, Evyline. Necesito un poco de aire fresco.

Pensó en acudir directamente a Tal y confesárselo todo: Corien, los ángeles, la frustración que le abría ardientes caminos en el cuerpo...

En cambio, Rielle penetró en el oscuro castillo en busca de consuelo,

ansiando compañía.

A cada esquina que doblaba de los pasillos de Baingarde, pintados por la luna, deseaba, de forma secreta y temeraria, ver a Corien de pie, con una disculpa en los labios y un beso pícaro para ella.

ELIANA

«Mucha gente cree que la creación del Portal, que acabó con las guerras angelicales, inició el final de la magia tal como se conocía entonces. Si el Portal fue el principio del fin, la caída de la Reina Sangrienta fue el verdadero final. Con su muerte, la Reina Sangrienta borró de la faz de la tierra cualquier chispa que quedara del poder antiguo y dejó el mundo devastado y sombrío.»

Prólogo de una recopilación de cuentos
infantiles venteranos,
Historias de la edad olvidada

—¿Puedes andar?

Eliana se levantó con cuidado y asintió levemente con la cabeza en dirección a Simon.

Esperaba estar fingiendo la cantidad adecuada de dolor. Remy le apretó la mano, y ella bajó la vista hacia él e intentó tranquilizarlo con una sonrisa.

Era evidente que él descubriría la verdad al mirarla a los ojos. Aunque las lesiones causadas por la explosión de las granadas no hubieran sanado por completo, ahora estaban lo suficientemente bien como para que Eliana no sintiera dolor, salvo un ligero malestar en los músculos. Parecía que, durante las últimas horas de sueño, las heridas se habían cerrado. La piel se le había reparado sola.

Eliana sabía que, la próxima vez que Navi o Simon insistieran en cambiarle las vendas, tendría que mentir. O huir. O dejar que la descubrieran.

Pero ¿qué era lo que descubrirían? ¿Era uno de ellos? No sabía qué era lord Morbrae, qué era aquella cosa extraña que hacía que sus ojos fueran negros y líquidos, qué era aquella hambre cadavérica de sus mejillas, aquella habilidad de reparar una garganta abierta y de volver a caminar como si nada... ¿Acaso Eliana era también una de esas criaturas?

Sintió que el asco le subía por la garganta.

«No tengo los ojos negros.

»He comido y he tenido amantes. He saciado mi hambre, y el amor siempre me ha hecho disfrutar.»

Pero...

«Pero mi cuerpo estaba cubierto de quemaduras y ahora no.»

Siempre había sabido que la habilidad que tenía su cuerpo de curarse solo, de una forma más rápida y completa que el de cualquier otra persona, era... cuando menos inusual. Era algo imposible e impensable. Sin embargo, siempre había encontrado alguna justificación cuando yacía de noche en la cama, infinitamente preocupada. O cuando se lo había confesado por primera vez a Remy y se había hecho un corte en el brazo delante de él para enseñarle cómo sanaba y cicatrizaba solo casi al momento.

Los ojos horrorizados del niño se habían iluminado con asombro.

—El —había susurrado Remy—, esto se trata de algún tipo de magia.

—No seas ridículo —había contestado. El corazón le latía con fuerza, pero su voz era indiferente—. La magia no existe.

—Pero existió. Quizá algo sobreviviera a la caída de la reina Rielle.

Eliana había resoplado.

—Lo dudo. Esa zorra fue muchas cosas, pero no descuidada. No nos habría dejado nada de magia, ni una pizca tan siquiera.

—Entonces ¿cómo puedes explicarlo?

Ella se había encogido de hombros y había sonreído.

—No voy a negar que mi cuerpo es una maravilla. Seguro que Harkan te garantizaría que...

Remy se había tapado los oídos con las manos.

—Ahórramelo, por favor.

—Será que soy más resistente que la mayoría, nada más.

Incluso entonces, Eliana no creía en aquella vana explicación. Pero ¿qué otra opción tenía? Cualquier otra posibilidad habría sido... demasiado. En el mejor de los casos, habría sido ridícula y, en el peor, peligrosa. Además, hacía años que había renunciado a creer en los milagros.

—En fin —había proseguido—, espero que no se lo cuentes a nadie. Ni siquiera a mamá, porque...

—Porque, si alguien lo descubriera, te usarían como un arma. Aún más de lo que lo hace ya el Imperio.

—Sí —afirmó ella con rigidez después de una pausa—. Exacto.

Él había asentido con la cabeza.

—Aun así, yo seguiré creyendo que se trata de magia. Es mi obligación.

—Remy, las mentiras que te cuentes, sean las que sean, no son asunto mío.

Pero ahora que Eliana había visto a lord Morbrae, el tema de lo que su cuerpo podía hacer —y lo que significaba— permanecía nocivamente en su interior.

«¿Soy uno de ellos? —pensó, y alargó el brazo para poder rascarse el hombro—. ¿O me acabaré convirtiendo en eso?»

De reojo, vio que Hob la estaba observando y recordó hacer una mueca de dolor al moverse.

—Deprisa y en silencio —murmuró Simon—, deslízate entre la multitud junto con el resto. No te alejes.

Su harapiento grupo de cinco personas se dirigió, sin separarse, hacia el camino ancho y transitado que llevaba a la ciudad de Rinthos.

Era una vía atestada de viajeros. Había refugiados que buscaban protegerse de las tierras salvajes que dejaban atrás. Grupos de músicos con violines tocaban canciones de viaje obscenas y cantaban lamentos para los muertos. Había algunos comerciantes que intentaban vender sus artículos: ropa,

medicamentos, drogas e ídolos del Emperador tallados en madera y que eran lo suficientemente pequeños como para llevarlos a modo de colgante.

Eliana andaba como si estuviera dolorida, con paso irregular y con los ojos fijos en las puertas de la ciudad que se encontraban ante ellos. Los adatrox se movían entre la multitud y patrullaban el muro perimetral, pero no impedían que nadie pasara por las puertas. Parecía que ni siquiera el Imperio quería tomarse la molestia de limpiar Rinthos, una extensión enorme y congestionada.

Era el lugar perfecto para esconderse.

Pero también era bastante probable que fuera un lugar nefasto para esconderse. Seguramente el Imperio sabía lo que había ocurrido en el puesto de avanzada y había oído hablar de la chica que había hecho estallar a todo un regimiento de adatrox y que tal vez hubiese sobrevivido. Podía ser que un adatrox hubiera visto a Simon recuperar su cuerpo de entre los escombros y huir con ella a lomos de un caballo. Quizá ese adatrox le hubiese mandado un mensaje a lord Morbrae.

Tal vez las cenizas del general, que habían volado por los aires cuando el puesto de avanzada había explotado, se hubieran fusionado de nuevo en una estructura sólida. Quizá, en ese mismo momento, él los estuviera acechando a medida que avanzaban.

Eliana contó sus respiraciones hasta que los pensamientos dejaron de darle vueltas en la cabeza.

No tenían alternativa, debían detenerse en Rinthos. Hob necesitaba reunirse con su contacto, que ayudaría a reabastecer a Patrik, a sus soldados y a los refugiados que se habían quedado sin techo.

Y Eliana, hasta donde ellos sabían, necesitaba desesperadamente medicamentos.

Al atravesar el muro exterior de Rinthos, la muchacha levantó la mirada hacia la ciudad superpoblada que se elevaba sobre ella y se lamió los labios secos por pura inquietud. Vio una red de caminos de piedra que se cruzaban, puentes de madera y escaleras de caracol que subían muy alto y conectaban los

apartamentos entre ellos y las calles superiores con las inferiores. No demasiado lejos de la ciudad estaba el mar de los Huesos, que se agitaba entre Ventera y el reino ocupado de Meridian. Una delgada capa de arena cubría las calles desmoronadas y, cuando pasaron por uno de los canales que serpenteaban por la ciudad, el olor acre a pescado y desechos bastó para que a Eliana se le revolviere el estómago.

Finalmente, cuando ya llevaban una hora navegando por las calles obstruidas de Rinthos, encontraron la entrada a un santuario. A primera vista, era una puerta ordinaria; la pintura gris que la cubría estaba desconchada y tenía atornillada una cerradura rota.

Pero, al pasar por ella y bajar por una escalera estrecha, desembocaron en una habitación pequeña y húmeda guardada por dos hombres enmascarados. Cada uno de ellos le sacaba dos cabezas a Simon.

El guardia que estaba al mando detuvo a Simon poniéndole la hoja curvada de una espada en la garganta.

Este se quitó la capucha y entonces pronunció algo en una lengua lírica que Eliana no reconoció. No se trataba del venterano tradicional ni de la sencilla habla común.

Tras ella, Remy contuvo el aliento.

Fuera lo que fuese lo que Simon hubiera dicho, había sido lo correcto. Los guardias se hicieron a un lado, y uno de ellos descorrió el cerrojo de una pesada puerta de metal que había en la pared más alejada.

Simon inclinó la cabeza y, a continuación, los guio hacia las habitaciones oscuras y de techo bajo que había más allá.

Estaban en Santuario.

El hedor de los infames agujeros de apuestas de la ciudad abofeteó a Eliana como una mano fétida: carne cocida, humo de pipa, aceites esenciales, cerveza y vino, cuerpos manchados de sudor y un fuerte olor a sangre.

—¿Qué idioma era? —le susurró Eliana a Remy mientras seguían a Simon y entraban en la sala.

—Celdariano antiguo —le contestó Remy con un susurro y apretando los dedos alrededor de los suyos.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Eliana.

—La lengua de la Reina Sangrienta.

—Y del Alumbrador —añadió Navi.

Eliana la miró y se resistió a la urgencia de tocar el collar que llevaba bajo la camisa.

Santuario era una ciudad dentro de la ciudad, un lugar abarrotado y estridente. Cinco plantas circulares, alumbradas por lámparas de gas situadas en las bases de las columnas, daban al suelo del piso inferior, que estaba a rebosar. La gente se agrupaba en las mesas, con las manos llenas de cartas, o alrededor de unos fosos donde unos perros violentos se descuartizaban entre sí. En unas jaulas cuadradas de alambre, unos hombres con pantalones harapientos hacían papilla a sus oponentes mientras los espectadores gritaban sus apuestas y lanzaban puñados de dinero al aire.

Arriba, en cada una de las plantas que daban a la zona de lucha, las sombras estaban atestadas de figuras: parejas que murmuraban sobre sus bebidas y bailarines ligeros de ropa que se contoneaban sobre las mesas. Gente que, sentada en cojines alrededor de mesas bajas y oculta en nubes de humo, jugaba a las cartas. Un hombre, tan corpulento que Eliana no le veía los ojos bajo los pliegues de la piel, gritaba con una risa húmeda y asfixiante mientras otros dos luchaban a sus pies. En la tercera planta, una mujer, tan pálida que tanto su piel como su cabello eran de un blanco reluciente bajo la penumbrosa luz de las velas, recibía atenciones en una sala privada con cortinas. Un hombre hermoso, que llevaba tan poca ropa que apenas le cubría el cuerpo, estaba recostado a su lado, con los músculos empolvados y brillantes.

Ellos pasaron junto a la pareja y desaparecieron en la oscuridad de un pasillo estrecho flanqueado por dos figuras encapuchadas y con el rostro oculto. Los dedos de Eliana rabiaban por agarrar a *Arabeth*.

La cortina se cerró tras ellos y los sumergió en el silencio. Sus pasos desaparecieron en la alfombra afelpada del pasillo. Unas diminutas lámparas de gas iluminaban tenuemente el camino.

—Qué lugar tan encantador —observó Navi con suavidad.

Los labios de Eliana dibujaron una sonrisita.

—Quizá podríamos apuntar a Simon a una de las luchas que hay abajo. Ganaríamos algunas monedas para vuestros refugiados, Hob.

El aludido se detuvo frente a la puerta que había en la pared.

—Solo si tú eres mi oponente, Terror. Podríamos recrear nuestro primer encuentro ante todos.

—¿Te refieres a cuando te habría ganado si no me hubieras apuntado con un arma?

—Me refiero a cuando te di una buena paliza.

A continuación, golpeó una vez la puerta. Un listón de metal que había en la madera se descorrió de golpe y Simon pronunció otra frase en celdariano antiguo.

La puerta se abrió al instante y entraron en una tranquila habitación bordeada de silenciosas figuras togadas. Una mujer musculosa, de mediana edad y con la piel ámbar, salió apresuradamente de una puerta lateral y fue directa hacia Hob.

—¡Gracias a Dios que estás vivo! —Lo abrazó intensamente y le palmeó la espalda—. Nos enteramos del ataque a...

La mujer vio a Navi y, después de quedarse helada por un momento, cayó de rodillas ante ella.

—Su Alteza —susurró—. Disculpadme. Sabía que estaríais aquí, pero veros en persona... —Levantó la mirada hacia la chica, con los ojos brillantes de lágrimas—. Desde que oí que habíais huido de Astavar y después de ver la información que mandasteis desde Orlin a través de la Corona Roja... Mi lady, he rezado cada día para que la luz de la Reina os guiara a casa, hasta nosotros.

Navi, también con ojos acuosos, ayudó a la mujer a levantarse.

—¿También eres de Astavar?

—Lo soy, mi lady. Pero mi lealtad se la debo a la Corona Roja. No he visto mi hogar desde que el Imperio se apoderó de Ventera.

—Dime si puedo llevar algún mensaje a tus seres queridos, por favor.

—No tengo seres queridos, mi lady. —La mujer apretó la mandíbula—. Todos vinieron conmigo a luchar por Ventera. Soy la única que queda.

Navi cerró los ojos.

—Tu coraje me deja sin palabras, hermana.

—¡Bueno! —La mujer resolló con fuerza y se secó los ojos—. Por suerte para vos, mi lady, yo tengo suficientes palabras para todos. ¿Hob? —Le dio una palmada en el hombro. Este hizo una mueca—. Sé que necesitáis mi ayuda, para Patrik y para vuestros pequeños rebeldes errantes. Y la tendréis. Pero, primero, os toca bañaros. Todos oléis a mierda.

—¿Quién es esta? —Eliana señaló a la mujer con la cabeza—. ¿Nos la presentará alguien o la tenemos que oír divagar sin fin?

—Sé quién eres. —La mujer se apartó de Hob y observó a Eliana con los ojos entornados—. Eres el Terror de Orlin. Te cargaste el asalto. Casi provocaste que mataran a todos los de la Hondonada de la Corona. —Miró a Eliana de arriba abajo y, a continuación, le escupió en la cara—. Me llamo Camille. Tengo suficientes espadas pagadas en este lugar como para llenar un templo. Así que no me jodas, niña, o será lo último que hagas.

Después se apartó, les dirigió a todos una sonrisa radiante y dio unas palmadas. Cuatro de las figuras togadas se deslizaron hacia delante.

—Os hemos preparado los baños. Por favor, no habléis conmigo de nuevo hasta que no os sintáis mejor. ¡Ay, pequeño! —Camille le sonrió a Remy—. Eres un joven adorable. ¿Con quién vas?

Remy levantó la barbilla y le cogió la mano a Eliana.

—Con mi hermana.

A Camille se le endureció la expresión.

—Vaya, qué lástima, ¿no?

Él la fulminó con la mirada.

—Para mí no.

Eliana le lanzó una sonrisa tan engreída a Camille que incluso a ella le resultó insufrible.

* * *

Pero, al entrar en la sala de baño, la mente de Eliana fue consciente de la situación y su felicidad murió.

«Mierda.»

Era una habitación primorosamente amueblada. Las paredes eran de piedra blanca y pulida, los biombos para cambiarse estaban cubiertos con telas brocadas de color ciruela y turquesa, en los sofás acolchonados había montones de toallas, cestas con jabones y botellas con aceites y lociones.

Una piscina circular enorme borboteaba en medio de aquel espacio. En su centro, se alzaba una fuente que presentaba una esbelta estatua de santa Tameryn peinándose las sombras del cabello.

Tenían que bañarse ahí. Eliana estaba desesperada por asearse, pero Navi querría cambiarle los vendajes primero. Vería la espalda suave e inmaculada de Eliana. Simon y Hob estaban en otra habitación —«gracias a Dios»—, pero ya era bastante terrible que lo descubriera Navi.

Eliana le soltó la mano a Remy y empezó a alejarse de la piscina.

—¿El? —Su hermano la miró, bostezando, y a continuación se quedó helado—. ¡Ah!

Navi, contenta, observó la piscina y suspiró satisfecha.

—Dios, ¡qué bien sienta recordar lo que es volver a ser humana! Eliana, vamos a cambiarte los vendajes.

—Aquí tenéis, mi lady —murmuró una de las asistentes que se movían afanosamente por la habitación. Le dio una cesta a Navi con telas blancas y

limpias—. El Lobo nos ha avisado de que las necesitaríais. Somos sanadoras cualificadas, mi lady. ¿Podemos ofreceros nuestra ayuda?

—¡Eso sería estupendo! ¿Eliana? —Navi frunció el ceño al ver que esta se dirigía hacia la puerta—. ¿Qué haces?

—No quiero cambiarme las vendas. —Eliana estaba tan aterrorizada que no se le ocurría nada más que decir—. Están bien.

Navi sonreía perpleja.

—Se te infectarán las heridas si no las renovamos. Hace ya demasiadas horas que las llevas. Ven aquí.

Una de las asistentas se acercó a Eliana, hizo una reverencia y alargó el brazo para ayudarla a bajar las escaleras hacia la piscina.

La muchacha la apartó de un manotazo.

—¡Aléjate de mí!

Navi la miró fijamente.

—Pero ¿qué demonios te pasa?

—No os acerquéis más.

—Dime qué ocurre. Quizá pueda ayudarte.

Eliana soltó una carcajada incrédula.

—No necesito la ayuda de nadie.

—Estás delirando. Vuelves a tener fiebre.

—¡Dejadla en paz! —gritó Remy.

Antes de que Eliana, aún paralizada de miedo, pudiera moverse, Navi se abalanzó sobre ella, le dio la vuelta y la inmovilizó de cara a una de las columnas de mármol de la habitación. Una familiar hoja de daga le presionó un costado a Eliana.

«*Arabeth* —pensó ella débilmente—. ¡Serás traidora!» Quería zafarse de ella, pero recordó que estaba supuestamente herida.

—Me haces daño —dijo con voz entrecortada—. Por favor, mis lesiones...

—Este cuchillo tuyo es mi favorito —dijo Navi con firmeza—. No pude resistirme a birlártelo en cuanto tuve la oportunidad. Quizá te lo devuelva si

no me haces enfadar. Me ocultas algo. Dime qué es.

—¡Por favor, Navi! —Remy estaba al borde de las lágrimas—. ¡Suéltala!

—Dulce Navi —murmuró Eliana. Tenía la mejilla de la chica tan cerca de la suya que olía el aliento rancio de su boca—. ¡Y yo que creía que querías que fuéramos amigas...!

—Es lo que quiero. —Navi sonó sinceramente apenada—. Pero si no me contestas, te dejaré inconsciente y haré que Simon te cambie las vendas, así no podrás detenerlo.

Eliana soltó un gruñido desesperado.

—¿Quieres apostar?

—Hace días que te comportas de forma extraña. No es por culpa de la fiebre ni de las heridas. Estás planeando algo. ¿Escaparte de nuevo? ¿Traerás la muerte a Rinthos al igual que casi lo hiciste en la Hondonada de la Corona?

—No estoy tramando nada.

—Entonces ¿de qué se trata?

Eliana se dio cuenta demasiado tarde de que los ojos se le estaban llenando de unas repentinas lágrimas de agotamiento.

A Navi se le suavizó la expresión.

—¿De qué tienes miedo?

—El, déjalo —la advirtió Remy.

Eliana dirigió la mirada más allá de Navi, hacia su hermano y hacia las asistentas que esperaban paralizadas cerca de ellas. Sintió que se le revolvían las entrañas al darse cuenta de que eso era lo que quería. Necesitaba contárselo a alguien que pudiera ayudarla a examinar cuidadosamente sus preguntas —la garganta de lord Morbrae, la visión del Emperador, su cuerpo imposible— y a encontrar una respuesta.

Y si iba a contárselo a alguien... mejor que fuera a Navi que a Simon.

Inspiró temblorosamente.

—Dejadnos solas —pidió en voz baja.

Se hizo el silencio. Navi se volvió hacia las dos asistentas.

—Haced lo que ordena. No digáis nada de esto.

Ellas inclinaron la cabeza y se deslizaron hacia el exterior de la habitación. Una vez que hubieron salido, Eliana cerró los ojos.

—De acuerdo. —Soltó un suspiro largo y lento—. De acuerdo.

La voz llorosa de Remy sonó ahogada.

—No, El. ¡Por favor!

—Quiero hacerlo.

Navi se apartó de ella y bajó a *Arabeth*. Tenía una expresión seria.

—¿De qué se trata, Eliana?

La chica dudó y, a continuación, aún de cara a la columna, se quitó la chaqueta. Tiró de la túnica manchada de sangre y dejó al descubierto los vendajes que había debajo. Vestida solo con las botas y los pantalones, susurró:

—Quítamelos y lo verás.

Navi empezó a retirar con cuidado las vendas que le envolvían el torso a Eliana. Cuando la primera cayó, Navi ahogó un grito.

Temblando, Eliana apoyó la frente contra la pared, cruzó los brazos encima del pecho y esperó a que Navi terminara. Jamás se había sentido tan vulnerable en su vida.

—Eliana... —Navi pasó los dedos por los músculos de su espalda desnuda—. Ya no están. Tus quemaduras... Es como si nunca hubieran existido. No lo entiendo.

—No se lo dirás a nadie... —Se armó de valor y miró a Navi por encima del hombro—. ¿Verdad?

Trás un momento de tenso silencio, Navi murmuró:

—Claro que no. —Y se alejó de ella.

Eliana, aliviada y mareada, recuperó la túnica y se la puso de nuevo.

—Si se lo contases a alguien...

—Entonces tanto la Corona Roja como el Imperio se pelearían para convertirte en un arma muy poderosa, sin preocuparse por tu propia seguridad.

No es un destino que le desee a nadie. —La voz de Navi se endureció—. Esta guerra se ha cobrado la vida y los cuerpos de demasiadas mujeres. —Entonces se volvió, meditabunda—. Cuéntame cómo empezó todo. Supongo que esta no es la primera vez que te sucede.

Eliana inspiró para tranquilizarse.

—Siempre he sido así. Cuando era pequeña no le daba importancia. Caía, me arañaba la pierna y se me curaba casi al instante. Pensaba: «¡Qué suerte!», y seguía con lo mío. Pero, a medida que crecía, me di cuenta de que... era algo inusual.

—Menudo eufemismo —apuntó Navi, sonriendo preocupada.

—Con el tiempo, se lo conté a Remy. —Eliana encontró a Remy acurrucado tristemente en uno de los bancos acolchados que había junto a la piscina. Se sentó a su lado y lo atrajo hacia sí. El pequeño, agradecido, se acercó a su hermana—. Él me ayudó a mantenerlo en secreto a mis padres, e incluso a Harkan. Mi amigo. Mi compañero. —Era la primera vez que pronunciaba su nombre desde que le había dicho adiós aquel horrible día en Orlene. Al nombrarlo, sintió como si le arrancaran algo físico del corazón y le quedara un espacio vacío dentro—. Estoy segura de que Harkan se dio cuenta, estábamos demasiado unidos como para que lo ignorase, pero jamás dijo nada. No sé por qué. Para respetar mi decisión de no confiárselo, supongo. —Negó con la cabeza—. No merecía a un amigo como él.

Navi caminaba de un lado a otro, en silencio. Entonces se detuvo y clavó los ojos en el agua ondeante.

—Estás preocupada porque viste que a lord Morbrae le pasaba lo mismo que a ti. —Navi, con semblante compasivo, levantó la mirada—. Tienes miedo de ser uno de ellos.

—Pero ¡no lo es! —La ira encendió el rostro de Remy—. Ellos tienen los ojos negros. Mi hermana, no. Ellos son malvados, y ella no.

—Estoy de acuerdo contigo, Remy —dijo Navi—. Pasé demasiado tiempo entre los suyos. No eres como ellos, Eliana. Tu rostro no refleja la misma

ansia. El aire no se mueve de forma inconsistente a tu alrededor como si no acabaras de encajar en este mundo.

—Entonces ¿qué son? —preguntó ella en voz baja—. ¿Qué es lo que viste cuando vivías con las concubinas?

Navi se sentó en un banco acolchado con los hombros tensos y levantados.

—Vi a hombres que comían y seguían estando hambrientos, que llevaban a su cama a un amante tras otro y jamás quedaban satisfechos. Yací con generales que me suplicaban que les cortara el cuerpo y que me amenazaban con herirme a mí si no obedecía. Entonces, mientras se retorcían debajo de mí, la piel les cicatrizaba y aullaban desesperados. —Navi inspiró lenta y largamente—. Lord Arkelion tenía cierta fijación conmigo y solía llamarme a sus aposentos. A veces, al mirar dentro de aquellos ojos negros, veía cosas.

—Igual que yo vi al Emperador —murmuró Eliana—. Miré a lord Morbrae a los ojos y, de repente, ahí estaba él, y también Celdaria.

—Sí. —Navi levantó la mirada. Tenía una expresión angustiada—. Muy parecido a eso. Con Su Señoría veía cosas que no entendía. Visiones. Imágenes. Todas de ira y de venganza. Colinas ensangrentadas. Un vacío que cada vez me hacía volverme y alejarme más y más de la luz. Cuando me iba, sentía esas imágenes en mi sangre, como si él me hubiera infectado con el eco del mal que lo atormentaba, fuera cual fuese. Volvía a la residencia de las concubinas y me mantenía alejada del resto hasta que esa sensación se me pasaba. Tenía miedo de mí misma. Temía atacarlas, hacerles daño.

Navi negó con la cabeza.

—Esos hombres están hechos con una violencia que jamás hubiera imaginado.

—No son hombres —dijo Remy con firmeza en medio del silencio—. Son ángeles.

RIELLE

«He animado a nuestro joven príncipe para que reparta su tiempo entre la Casa de la Luz y la Fragua, ya que no debe estudiar solo la luz del sol, sino también moldear una forjadura que sea lo suficientemente fuerte para contener su considerable poder, aunque no le entusiasma demasiado la idea de hacerse una espada... El chico preferiría que su forjadura fuera un mamotreto polvoriento tan grande como su torso.»

Diario de la gran maestra Ardeline Guillory,
de la Casa de la Luz, año 983 de la Segunda Edad

Los jardines que había tras Baingarde eran el lugar favorito de Rielle en todo el mundo. Audric, Ludivine y ella habían pasado muchas horas de su infancia corriendo por los silenciosos caminos de tierra, construyendo escondites secretos en agujeros cubiertos de hierba y arrastrándose junto a los estanques que rodeaban las catacumbas reales.

Rielle sonrió al recordar el juego de saltar piedras que tanto les gustaba. Este consistía en cruzar saltando los estanques usando como camino las rocas cubiertas de musgo. Los fantasmas de los reyes y de las reinas muertos perseguirían para siempre a cualquiera que cayera ahí.

A Rielle, el agua tranquila y oscura de los estanques siempre le había recordado a unos crueles espejos. Se preguntaba si, en algún lugar bajo el agua, existiría algún túnel secreto por el que podría desaparecer para siempre.

«En ese mundo secreto —solía pensar la joven Rielle—, ¿estaría bien

haber asesinado a tu madre? ¿A la gente de allí le importaría?»

Por un instante, pudo sentir que tenía a Audric y a Ludivine a su lado. Uno le sujetaba la mano con calidez, y la otra se mantenía siempre, siempre, a una distancia prudencial.

Cuando sus pies desnudos alcanzaron el camino que llevaba a los estanques, Rielle se detuvo e inspiró. Imaginó que el frío aire nocturno de los jardines se filtraba en sus pulmones y limpiaba su preocupado corazón.

—¿Estáis segura de que no necesitáis zapatos, mi lady? —le preguntó Evelyne—. Hace un poco de frío.

Rielle se volvió para mirar a su guardia.

—¿Me dejarías deambular sola durante un rato? Deseo estar en silencio.

Evelyne emitió un ruidito desaprobatorio.

—Puedo ser extraordinariamente silenciosa, mi lady.

Rielle se cruzó de brazos y la fulminó con la mirada.

Al cabo de un largo momento, Evelyne suspiró.

—De acuerdo, mi lady. Si oigo que gritáis porque estáis en peligro, acudiré a vos corriendo heroicamente.

—No esperaré menos de ti, querida Evelyne.

A continuación, Rielle se deslizó entre los árboles y siguió uno de los estrechos caminos de tierra. Las suaves agujas de pino tapaban el suelo, y los helechos relucientes por el rocío le rozaban el dobladillo de la cola de la bata. Siglos antes, la reina Katell había plantado árboles de la melancolía en los jardines de Baingarde en honor a Aryava, su amante, el ángel caído. Ahora, aquellos antiguos árboles se extendían a baja altura a lo largo del suelo, con sus anudadas ramas negras llenas de racimos de pálidas flores rosas.

Finalmente, Rielle emergió cerca de los estanques. Estos se expandían oscuros y tranquilos hasta el montículo cubierto de hierba que servía de entrada a las catacumbas reales. Dos antorchas flanqueaban las grandes puertas de piedra, que estaban marcadas con los sigilos de los siete templos.

Rielle se arrodilló al borde del estanque más cercano y con los dedos se

tocó la frente, la sien, el pecho, la garganta, la palma de la mano, la nuca y, finalmente, ambos ojos cerrados.

«Que la luz de la Reina os guíe a casa», rezó en honor a los santos, a las reinas y a los reyes que descansaban en esas catacumbas.

Entonces se puso de pie, con la bata húmeda por el rocío, y oyó un gruñido grave.

Entrecerró los ojos para mirar a través de la niebla que se elevaba sobre los estanques y vio a Audric al otro lado, abrazado por un grupo de árboles de la melancolía. Solo llevaba pantalones y botas, y el torso moreno y desnudo le resplandecía por el sudor. Con *Ilumenor* en una mano, corría de ejercicio en ejercicio: cortaba el aire con la hoja, giraba sobre los pies y esquivaba a unos atacantes imaginarios.

Verlo así, alumbrado por la luna desde arriba y por el brillo vibrante de *Ilumenor* desde abajo, bastó para que Rielle se quedara sin aliento. Tenía una expresión de completa concentración, con la frente arrugada y los ojos oscuros y serios.

—¿Tú tampoco podías dormir? —preguntó Rielle en voz alta.

Él se dio la vuelta y bajó la espada. Una gran sonrisa se le dibujó en la cara.

—Últimamente no duermo demasiado.

Ella se acercó por el camino suave y cubierto de hierba que había entre los estanques.

—¿A qué se debe?

—Bueno, no sé. —Envainó a *Ilumenor* y se secó la frente con un paño—. Cuando amigos muy queridos se ven obligados a enfrentarse a situaciones mortales semana tras semana, suelo padecer insomnio.

—Esas amistades que tantas molestias causan tal vez no merezcan la pena.

—Para nada. —Audric caminó hacia ella. La luz de la luna cayó sobre él y le iluminó las sombras que tenía bajo los ojos y las líneas de preocupación

alrededor de la boca—. Soportaría mil noches en vela si eso significara que mis amigos están a salvo.

Ella tuvo que apartar los ojos de él. El pulso le palpitaba en la garganta. Estar cerca de Audric hacía que la soledad pareciera más vasta e inexorable que nunca.

—Dime —comenzó ella con ligereza—, ¿cómo te sientes cuando haces magia?

Audric contestó con voz pensativa:

—Me siento como si todas las piezas de lo que soy se juntaran como deben. Como si en ese momento todo fuera posible, ya que entonces mi concentración es plena y está controlada. Como... como si estirara muy bien el cuerpo.

De inmediato, Rielle se imaginó a Audric en la cama, desnudo y con los rizos enmarañados, estirando de manera soñolienta aquel cuerpo largo y esbelto bajo un baño de luz solar.

Se lamió los labios secos y pasó por su lado. Al estar cerca de él, notó que el aire crepitaba, se revolvía y la calentaba.

—Tienes un control excepcional —murmuró ella—. ¿Alguna vez... lo pierdes?

—No estoy seguro de lo que quieres decir.

«Pues claro que no», pensó ella con irritación. Pero no era justo. Solo por que ella estuviera con el alma en vilo, sin dormir y aterrorizada de pensar adónde podría haber ido Corien, qué estaría haciendo, si existirían más ángeles y si él volvería algún día... Todo eso no era excusa para pagar su rabia con Audric.

Él no había hecho nada malo. Nunca.

—Nunca haces nada malo —soltó ella con más severidad de la que hubiera querido. «Para no estar enfadada con Audric, te has pasado.»

—Bueno, claro que sí —dijo él riendo—. ¿Debo recordarte cierta carrera de caballos prohibida?

—No me refiero a escabullirte y a romper las normas de nuestros padres.

Me refiero a cosas realmente malas. Eres poderoso y, aun así, ¿jamás has...? Déjalo. Está claro que no. —Rielle se apartó para sentarse en el suelo mojado—. No sé lo que digo —murmuró, y se abrazó la cintura con las manos—. Necesito dormir, pero no puedo. Mi mente no para de dar vueltas.

Al cabo de un momento, levantó la mirada y vio que Audric se colocaba sobre la hierba a su lado. Rielle advirtió, con gran pesar, que se había puesto la túnica de nuevo.

—Puedes intentar explicármelo —dijo él con suavidad—. Te escucho.

Durante un largo rato, ella se miró fijamente los dedos de los pies enroscados en la hierba húmeda. Era necesario que volviera a la cama e intentara descansar como era debido. La esperaba otro día de entrenamiento con su padre y de atenta lectura en la biblioteca de la Casa de la Luz con Ludivine para prepararse para la próxima prueba. También tenía una cita con el arconte por la tarde. Este había insistido en hacerle entrevistas entre prueba y prueba. En ellas le formulaba preguntas sobre su salud, su estado mental, lo que había comido y bebido, cómo dormía y cómo eran sus sueños.

«Si lo supierais, Su Santidad...»

Audric le puso una cálida mano sobre la suya.

—Rielle, ¿qué te pasa? Cuéntamelo.

Lentamente, ella levantó la mirada hacia él. Lo tenía tan cerca que podía contar las gruesas pestañas que le rodeaban los ojos. De repente, se imaginó a sí misma besándole la delicada piel que había bajo ellas.

—Durante la prueba del metal —susurró—, cuando me di cuenta de lo que había hecho el arconte, de que había puesto a los niños en las jaulas... —Tragó saliva y cerró los ojos—. Quería hacerle daño.

—¡Por Dios, Rielle, pues claro! ¡Yo también! —Audric se revolvió el pelo con la mano y emitió una risa leve y dura—. Y supongo que todo el mundo. ¿Eso es lo que tanto te preocupa? Por favor, cielo, que no te quite el sueño.

—¡No es solo eso! —Rielle, frustrada, arrancó una mata de hierba del suelo—. Son... muchas cosas.

«Aunque mi madre se estuviera quemando, yo estaba contenta de sentir el poder hirviendo en mis dedos.

»Aunque sepa que Corien es un ángel, quiero que regrese a mi lado.

»Aunque tú pertenezcas a Ludivine... Te quiero para mí.

»Quiero... ¡Quiero! Anhele. Deseo.»

—Quiero muchas cosas —susurró—, y ninguna es demasiado buena.

Audric le sujetó la cara con la mano y se la volvió para que lo mirara. Por un momento, ninguno de los dos se movió. Rielle tenía la boca de Audric tan cerca que, con solo levantar la barbilla, sus labios se encontrarían.

Entonces Audric bajó la mano y apartó la mirada.

—Todos tenemos oscuridad en nuestro interior, Rielle —dijo con voz ronca—. Es lo que significa ser humano.

Ella sacudió lentamente la cabeza.

—Creo que ser humano significa ser capaz de superar esa oscuridad y hacer el bien. Y tú, Audric —rio un poco—, me jugaría todo lo que soy a que nunca has experimentado unos pensamientos como los míos. A veces tu bondad brilla con tanta intensidad que quiero devorarte. Tal vez, si me saciara lo suficiente, esa luz que irradias mantendría a raya la maldad que vive en mí. —Se frotó la frente—. No puedo creer que esté diciendo estas cosas. ¿Qué pensarás de mí?

—Pienso lo mismo que desde que te conozco —Audric alargó la mano y le sujetó la suya con firmeza—: que soy feliz de que estés a mi lado y que deseo que nunca me abandones.

Ella se atrevió a mirarlo y, cuando lo hizo, emitió un sonido suave y susurrante. Se inclinó hacia él como si una cuerda que conectara sus cuerpos tirase de ella. Él le sujetó la cara con una mano y, con la otra, le recorrió el brazo dulcemente con los dedos. La calidez de su cuerpo invadió a Rielle, que se estremeció y se volvió para estar más cerca de él.

—Audric —murmuró, y cerró los ojos.

Le tocó la mejilla con la suya y se deleitó en el suave roce de su mandíbula.

—Si hay maldad en tu interior, Rielle —dijo Audric con voz ronca y con los labios en su pelo—, entonces la apreciaré igual que cada parte de ti.

Rielle notó que le tocaba levemente las costillas y la nuca y sintió un trémulo escalofrío. Se fundió con él, deslizándose en sus brazos con tanta facilidad como si ese fuera su lugar en el mundo.

Pero entonces se acordó de Ludivine.

Cerró los ojos.

—No deberíamos —susurró. El cuerpo le gritaba que dejase de hablar y que lo tocara—. Yo... Audric, ¿qué pasa con Lu?

Él se apartó un poco. El rostro se le inundó de pena.

—Lo sé. Tienes razón, lo sé.

Rielle se apoyó sobre los codos y lo miró con detenimiento.

—¿La quieres?

—La aprecio, pero... no. No como debería.

—Entonces... —Ella alargó las manos y le volvió el rostro hacia sí. La vergüenza hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas, pero no podía apartarlos por culpa de la necesidad ardiente que se reflejaba en la mirada de Audric—. ¿Quizá solo esta vez? Para tener el recuerdo.

Él dudó y miró hacia Baingarde a través de los árboles.

—El recuerdo —dijo lentamente— puede hacer la vida más difícil.

—No me importa. —Ella le sujetó la cara con las manos y negó con la cabeza—. Quiero hacerlo de todos modos.

Por un momento, él se quedó callado, mirándola. Entonces dibujó una tierna sonrisa y le puso los labios en la palma de la mano.

—Mi picarona —murmuró, y descendió dulcemente la boca hasta la suya.

El beso fue tan prudente, tan delicado, que a Rielle le dolió el corazón de ternura hacia Audric. Emitió un suave grito contra su boca y le puso los brazos alrededor del cuello. Al tocarlo, él tembló e intensificó el beso con un gruñido. El momento pasó de ser algo cauteloso, algo frágil y lento, a ser una necesidad ardiente e irresistible. Él le deslizó las manos por el cuerpo, y ella

se arqueó bajo sus caricias. Cuando lo notó duro contra su pierna, le apretó las manos alrededor del cuello y le jadeó en la mejilla.

—Audric —susurró, cerrando los ojos—. Sí. Sí, por favor.

La mareaba tenerlo tan cerca: su lengua abriéndole la boca, sus suaves murmullos diciendo su nombre, sus jadeos desesperados mordisqueándole la piel.

Él apretó el cuerpo de Rielle contra el suyo, le buscó bajo la bata el delgado algodón del camisón y le agarró las caderas con las palmas de las manos. Parecía que no se decidiera sobre dónde tocarla, y Rielle disfrutaba de cada uno de sus instantes de indecisión, se retorció debajo de él y tiraba de su camisa para ponerlo donde ella quería. Rielle serpenteó los dedos bajo su túnica, codiciando la piel caliente y desnuda de su espalda musculosa. Él era tan cálido, tan sólido y seguro... Ella cerró los ojos y presionó los labios en su clavícula. Inhalarlo era como respirar un día de verano.

—Más cerca —murmuró ella, y sonrió tiernamente contra su piel.

Él le metió una mano temblorosa bajo el camisón y se la pasó por el muslo desnudo. Emitió un sonido grave y roto y presionó su frente contra la de Rielle. Subió la mano para dibujarle círculos lentos en la barriga y, a continuación, la deslizó hacia abajo y se la puso entre las piernas. Ella soltó un grito agudo cuando Audric la tocó en el lugar que ella más deseaba. Arqueó el cuerpo sobre el suelo y se agarró a la hierba con las manos para anclarse. Bajo ella, la tierra húmeda se expandía y temblaba. Una suave neblina humeante había empezado a alzarse alrededor de sus cuerpos. La brisa que le refrescaba la piel a Rielle se avivó y empezó a soplar en ráfagas.

—No lo aguanto más —susurró ella. Puso una pierna alrededor de la suya y acercó los labios a los de él—. Por favor, Audric.

Él bajó la boca hasta su cuello y soltó una risa temblorosa.

—¿Sabes cuánto hace que te deseo, Rielle? —le susurró en el hueco del cuello de una forma intensa, caliente y dulce—. ¿Sabes cuánto hace que...?

Un perro emitió un fuerte aullido y, luego, otro.

Audric se quedó helado, se apartó y clavó unos ojos consternados en Rielle. A continuación, miró por encima de su hombro, y ella notó que se ponía tenso.

Rielle se apoyó sobre los codos y tiró del camisón para taparse las piernas desnudas. Cuando vio quién estaba de pie bajo los árboles en el extremo más alejado del estanque, el terror le cerró el estómago.

Bajo la luz de la luna, había un hombre flanqueado por sus perros cazadores: lord Dervin Sauvillier.

El padre de Ludivine los miraba fijamente.

Tenía el semblante serio y emblanquecido por la furia.

ELIANA

«Aunque los humanos y los ángeles estuvieran en guerra durante siglos, siempre tuvieron al menos un enemigo común: los marcados. Los hijos impuros de los traidores que se acostaban con el enemigo. Su magia no era ni de la mente ni del mundo físico, sino algo completamente distinto. ¿Hicimos bien en perseguirlos? Seguramente no. Pero hicimos bien en temerlos.»

Marcados: una investigación sobre la raza masacrada,
de Varrick Keighley, erudito venterano

Eliana cerró los ojos, agotada.

—Remy, no empieces de nuevo con esas tonterías.

—¿Acaso los humanos se parecen a ellos? —insistió Remy.

—¿Ves? Esas son sus teorías favoritas —le explicó Eliana a Navi.

—Sus ojos negros —prosiguió él—. Todo el mundo habla de ellos. He oído que apenas puedes ver el blanco que los envuelve.

Eliana agitó una mano de forma desdeñosa.

—¿Quién sabe a qué tipo de drogas tienen acceso los generales del Emperador?

—Entonces ¿cómo explicas las visiones que tú y Navi tuvisteis al estar cerca de ellos? Los ángeles hablaban con la mente. Todas las historias antiguas lo dicen.

—Y las historias antiguas son solo eso: leyendas de un mundo que acabó

hace tanto tiempo que nadie puede recordarlo —soltó Eliana—. Además, la mayoría de la gente inteligente cree que ese mundo nunca existió tal como lo recrean las historias. —Inspiró profundamente, con más inseguridad de lo que le habría gustado—. En los tiempos que vivimos, la gente busca consuelo donde sea, Remy. Puedes creer en un mundo de ángeles, de magia, de mentes que hablan y de viajeros que saltan de un tiempo a otro, pero, por favor, prométeme que recordarás que no es más que eso: una creencia. No es un hecho, no se ha demostrado...

—¿Y qué me dices de que tu cuerpo se cure solo? —la interrumpió Remy—. ¿También es una creencia? ¿O es un hecho?

Eliana lo fulminó con la mirada, pero no dijo nada, ya que era evidente que él tenía razón. No podía ignorar la realidad de su propio cuerpo.

—¿Por qué no me crees? —preguntó al fin la voz de Remy, ahora con más suavidad—. Después de lo que habéis visto, es lo único que tiene sentido, ¿no?

—Porque si los ángeles fueran reales y estuvieran vivos, entonces todos estaríamos realmente jodidos, y nada de esto tendría sentido —espetó Eliana, y se puso de pie—. Sería inútil estar aquí y también buscar a nuestra madre.

—No tendría sentido que hubieras matado y traicionado a tanta gente —acabó diciendo Navi.

Eliana se dio la vuelta y le lanzó una mirada asesina.

—No tendría sentido que hubieras malgastado tantos años siendo la putita del Imperio.

—¡Para, El! —siseó Remy.

—Prefiero la palabra «espía» —replicó Navi con suavidad—. Me ayuda a ahuyentar las pesadillas.

Eliana, ofendida, se alejó unos pasos con los brazos cruzados. De repente, deseaba que apareciera Simon, aunque solo fuera para arrojarle sus cuchillos a alguien que contraatacara y que no tuviera piedad.

—Lo siento —masculló, negándose a mirar a Navi—. No debería haber

dicho eso.

—No, no deberías —dijo Navi—. Pero acepto tus disculpas.

—Tal vez no sean ángeles —admitió Remy al cabo de un momento—. Nunca he leído historias sobre ángeles con los ojos firmes y negros. Pero lo que habéis visto... tiene que significar algo.

—Si no son ángeles, ¿qué son? —Eliana cerró los ojos—. ¿Qué soy yo?

—Quizá —dijo Navi al cabo de un momento— seas una marcada.

—¿Mitad humana, mitad ángel? —Eliana se volvió hacia ella y emitió una dura carcajada—. ¡Dios mío! Eso es aún mejor. Me quedo mucho más tranquila.

—No, creo que no —meditó Remy, y se mordió el labio. La emoción le iluminaba los ojos y calentaba, a regañadientes, el corazón oscuro y furioso de Eliana. Enseguida se pondría a pasearse por la sala y a darles una lección como si fuera un erudito en miniatura—. Los marcados tienen señales en la espalda en el lugar donde deberían estar las alas. La mayoría de ellos fueron asesinados durante las guerras angelicales, antes incluso de que la reina Rielle hubiera nacido. Creo que, si El fuera una marcada, tendría algún tipo de señal.

Un golpe seco en la puerta los hizo dar un brinco.

Navi se volvió de inmediato encima de su asiento.

—Simon.

—No le digas ni una palabra —la advirtió Eliana—. O te juro que te arrancaré...

—Eliana, ¿podrías dejar de amenazarme cada cinco minutos? Ya te he dicho que no se lo contaré a nadie y no faltaré a mi palabra. —Navi dudó, entonces se le acercó lentamente con el brazo estirado. Tenía a *Arabeth* en la palma de la mano—. Cógela, por favor.

Eliana obedeció y le arrebató el cuchillo antes de que Navi pudiera cambiar de opinión. Cuando tuvo a *Arabeth* firmemente sujeta entre los dedos, algunos de los nudos que se agitaban en su pecho se deshicieron.

—Me gustaría que nuestra relación no fuera siempre así —dijo Navi con

una pequeña sonrisa—. Me encantaría que fuéramos amigas y que confiáramos la una en la otra. —Se detuvo y miró a Remy—. Si realmente hay ángeles en el mundo, como tu hermano cree..., necesitaremos todos los amigos que podamos encontrar. ¿No estás de acuerdo?

Sonó otro golpe seco en la puerta.

—Ignoradme bajo vuestra responsabilidad —indicó la voz de Simon.

—¡Mira que eres imbécil! —gritó Eliana por encima del hombro.

—Nunca lo he negado —contestó él.

Navi rio bajito.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

Eliana negó con la cabeza.

—No se me da bien tener amigos.

—Yo también he perdido un poco la práctica. ¿Quieres que intentemos recordar cómo funciona juntas?

—No, tranquilas. Estoy encantado de esperar aquí fuera para siempre —intervino la voz irritada de Simon.

Remy estalló en carcajadas y, por primera vez en meses, sonó realmente como un niño. Eso derritió lo último que a Eliana le quedaba de determinación.

—Lo intentaré —dijo ella, y le estrechó la mano a Navi—. Es todo lo que puedo prometerte.

Esta le dedicó una cálida sonrisa.

—Es un regalo, y te doy las gracias. Y ahora... —Enarcó las cejas en dirección a la puerta—. ¿Le dejamos entrar?

—Sí, por favor. Ya voy yo.

Después de decir eso, Eliana se dirigió a la puerta de la sala de baño y la abrió de par en par con una sonrisa burlona. Pero esta le desapareció rápidamente del rostro al ver a Simon. Unos pantalones de lino le descansaban sobre las caderas. No llevaba nada más, salvo una toalla azul marino colgada del hombro. Tenía el pelo rubio ceniza enmarañado y revuelto, y la piel

dañada... Eliana no podía dejar de mirarla. Tras la capa de suciedad que lo cubría, le brillaban unas finas líneas plateadas y algunas delgadas zonas de piel con quemaduras que le serpenteaban por el pecho y le bajaban por el abdomen hasta meterse bajo la pretina.

Por un momento, Eliana se preguntó qué le podría haber pasado —qué lo había quemado, quién le había hecho esos cortes— y cómo debía de haber sido de niño, antes de que los horrores del mundo lo hubieran encontrado.

—¡Vaya, vaya! —murmuró él, y sus ojos azules destellaron con un regocijo desenfrenado—. Nunca había visto al Terror quedarse sin palabras. Debo admitir que sabes adular a un hombre.

Eliana, con las mejillas ardiendo, abrió la boca y la volvió a cerrar. Se esforzó en pensar algo inteligente que decir, pero su mente nerviosa no encontró nada mejor que:

—Has venido a echarle una ojeada a mi cuerpo desnudo, ¿verdad?

Hizo una mueca.

Pero Simon simplemente sonrió.

—¡Ay, Eliana! —murmuró. Su voz había dejado de ser burlona—. Quiero mucho más que echar una simple ojeada.

Con una última y persistente mirada, pasó por su lado y entró en la sala de baño. Eliana se quedó de pie en la puerta, sola e insegura, sintiendo un hormigueo en la mano por el roce de los dedos de Simon contra los suyos.

Era extraño que eso la hubiera trastornado tanto, más allá de la reacción que su cuerpo solitario tenía junto al de él. Era un sentimiento que a veces la invadía cuando él estaba cerca y que no podía explicar. Una sensación de familiaridad.

Así se había sentido en aquella terraza con vistas a Celdaria, cuando había tenido la visión del Emperador. Se trataba de una sensación irracional de pertenencia y de exactitud.

«La sensación —pensó, aturdida y ligeramente irritada— de estar en casa.»

ELEMENTOS DE LA TRILOGÍA DEL EMPIRIO

En Celdaria, el reino de Rielle, la Iglesia es el principal organismo religioso. Los ciudadanos rezan en los siete templos elementales que se encuentran en las ciudades celdarianas. Los tipos de templo varían desde los formados por una sola habitación pequeña con un altar simple hasta los elaborados y lujosos edificios de la capital, Âme de la Terre. En todas las naciones del mundo de Avitas existen instituciones religiosas similares. En la época de Eliana, la mayoría de los templos elementales han sido destruidos por el Imperio Eterno, y muy poca gente sigue creyendo en las historias del Viejo Mundo que hablan de la magia, de los santos y del Portal.

ELEMENTO	NOMBRE ELEMENTAL	SIGILO	TEMPLO	COLORES
<i>sol</i>	<i>ruedasoles</i>		<i>la Casa de la Luz</i>	<i>dorado y blanco</i>
<i>aire</i>	<i>silbavientos</i>		<i>el Firmamento</i>	<i>azul celeste y gris oscuro</i>
<i>fuego</i>	<i>empuñafuegos</i>		<i>la Pira</i>	<i>escarlata y dorado</i>
<i>sombra</i>	<i>lanzasombras</i>		<i>la Casa de la Noche</i>	<i>negro y azul ultramar</i>
<i>agua</i>	<i>esculpeaguas</i>		<i>los Baños</i>	<i>azul grisáceo y verde espuma</i>
<i>metal</i>	<i>dominametales</i>		<i>la Fragua</i>	<i>carbón y naranja vivo</i>
<i>tierra</i>	<i>sacudetierras</i>		<i>el Arraigo</i>	<i>pardo y verde claro</i>

SANTO	SANTO PATRÓN DE	FORJADURA	ANIMAL ASOCIADO
<i>santa Katell la Gloriosa</i>	<i>Celdaria</i>	<i>espada</i>	<i>yegua blanca</i>
<i>san Ghoan el Valiente</i>	<i>Ventera</i>	<i>flecha</i>	<i>águila imperial</i>
<i>santa Marzana la Brillante</i>	<i>Kirvaya</i>	<i>escudo</i>	<i>pájaro de fuego</i>
<i>santa Tameryn la Astuta</i>	<i>Astavar</i>	<i>daga</i>	<i>leopardo negro</i>
<i>santa Nerida la Radiante</i>	<i>Meridian</i>	<i>tridente</i>	<i>kraken</i>
<i>san Grimwald el Poderoso</i>	<i>Borsvall</i>	<i>martillo</i>	<i>dragón de hielo</i>
<i>santa Tokazi la Firme</i>	<i>Mazabat</i>	<i>báculo</i>	<i>ciervo gigante</i>

AGRADECIMIENTOS

Hace catorce años, tuve una idea para un libro y decidí que quería ser escritora.

Catorce años es mucho tiempo, y necesito darle las gracias a mucha gente por haberme ayudado a conseguir mi sueño y a que *Furyborn* se haya convertido en el libro que tienes en tus manos.

Primero, a Diana Fox, que sacó mi propuesta original de *Furyborn* del montón de manuscritos y, con generosidad —y delicadeza—, me explicó qué era lo que debía mejorar y me ayudó a iniciarme en esta industria. A ti, Diana, te estaré siempre agradecida.

A mi editora, Annie Berger, con quien es un auténtico placer trabajar. Es paciente, perspicaz y valiente. Gracias por embarcarte conmigo en este viaje.

A mi agente, Victoria Marini: tu entusiasmo me inspira, y tu valor auténtico me hace sentir sabia y segura. Me honra poder llamarte mi agente... y mi amiga.

A todo el equipo de Sourcebooks Fire, incluyendo a la editora de mesa Elizabeth Boyer, a la directora editorial Annette Pollert-Morgan, a la correctora Diane Dannenfeldt, a Alex Yeadon, Katy Lynch, Beth Oleniczak, Margaret Coffee, Sarah Kasman, Kate Prosswimmer, Heidi Weiland, Valerie Pierce y Stephanie Graham. Gracias a todas por acogerme a mí y a *Furyborn* con tanta pasión y emoción.

A Michelle McAvoy, Nicole Howler y David Curtis, que hicieron que *Furyborn* tuviera un aspecto tan bonito, por dentro y por fuera. Gracias.

Antes, este libro era el triple de largo y ocupaba tres cuadernos enormes. De hecho, hay personas que se leyeron ese tocho y que aún me hablan. Gracias

a Erica Kaufman, Beth Keswani, Starr Hoffman, Ashley Cox y Cheryl Cicero. También quiero agradecer a los que, a lo largo de los años, leyeron las partes cruciales de este libro: Kait Nolan, Susan Bischoff, Justin Parente, Kendra Highley, Gabi Estes, Britney Cossey y Amy Gideon.

A Jonathan Thompson, el Lysol de mi Monica, el Simon (Tam, no Randell) de mi River, el Brit-Brit de mi Cate. Gracias por creer siempre en mí.

A mi dulce hermanastra, Ashley Mitchell, que hace muchos muchos años elaboró la primera lista oficial del elenco ideal de este libro. Aún tengo el documento de Word y jamás dejaré de adorarlo (¡ni a ti tampoco!).

A Brittany Cicero: tú leíste el primer borrador de la primera versión de *Furyborn*, semana tras semana, capítulo a capítulo, como si yo planeara sobre tu hombro y te observara el rostro para detectar cualquier minúscula reacción. Te quiero. Sin ti, este libro no existiría.

A Michelle Schusterman: tú leíste el primer borrador de esta versión de *Furyborn* a medida que lo escribía, día tras día, capítulo a capítulo. Si no hubieras estado a mi lado, yo no habría conseguido vencer a este salvaje monstruo. Siempre te lo agradeceré.

A Diya Mishra: no creo que nadie más en este mundo entienda este libro tanto como tú. Eres mi brillante reina bruja de Slytherin, mi cómplice en *liar* a personajes entre sí, y estoy contentísima de que *Winterspell* nos uniera.

A Alison Cherry, cuya mente maravillosa mejoró mucho esta novela. Ella me ayudó a bajar de muchos —demasiados para contarlos— acantilados de ansiedad y de falta de confianza en mí misma. Gracias, amiga, por ser mía.

A Lindsay Eagar (por inspirarme constantemente y por tu corazón salvaje e imparable), Heidi Schulz (por Marky Mark y por ser una de las mejores personas que conozco), Lindsay Ribar (por ese paseo por el bosque), Sarah Maas (por el *ballet*, por *Alien(s)* y por tus generosas notas), Sara Raasch (por nuestra fiesta invernal de lanzamiento por partida doble y por las generosas notas que me redactaste), Lauren Magaziner (por tu amor, tu apoyo y las citas de escritura), Isaiah Campbell (¡ídem!), Ally Watkins (por estar siempre

pendiente de mí y por tu corazón amable), Katie Locke (por tus notas, tu perspicacia, las citas de escritura y los ánimos), Mackenzi Lee (por tu extrema amistad) y Kayla Olson (por las galletitas saladas, por nuestros sitios en aquella mesa perfecta, por animarme siempre). Gracias.

También muchas gracias y muchos abrazos en la distancia para: Emma Trewayne, Kat Catmull, Stefan Bachmann, Megan McCafferty, Sammy Bina, Anna-Marie McLemore, Sarah Enni, Caitie Flum, Adam Silvera, Leigh Bardugo, Corey Ann Haydu, Nova Ren Suma, Anne Ursu, Phoebe North, Serena Lawless, Shveta Thakrar, Laini Taylor, Sarah Fine, Amie Kaufman, Brooks Sherman, Anica Rissi, Navah Wolfe, Cat Scully, Shannon Messenger, Nikki Loftin, CJ Redwine, Eugene Meyers, Ellen Wright, Jay Kristoff, Zoraida Cordova... A lo largo de los años, me habéis apoyado e inspirado de innumerables maneras. Estoy impaciente por ver lo que os depara el futuro a todos y cada uno de vosotros.

A mi familia: todos me habéis aguantado mucho a lo largo de los años. Leísteis todos los archivadores gigantes. Me escuchasteis cuando me preocupaba conseguir un agente. Nunca dejasteis de decirme que lograría hacer realidad mis sueños. Anna, Drew, papá, mamá... Os quiero a todos, os quiero muchísimo.

Por último, te agradezco a ti, intrépido lector, que le hayas hecho un hueco a este libro —y a estos personajes a los que tanto quiero— en tu corazón.

Furyborn. El origen de las dos reinas
Claire Legrand

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Furyborn*

© del texto: Claire Legrand, 2018
© de la traducción: Paula Fernández Espriu, 2019
Diseño de interior y cubierta: Sourcebooks, Inc.
Ilustración y diseño de la cubierta: David Curtis

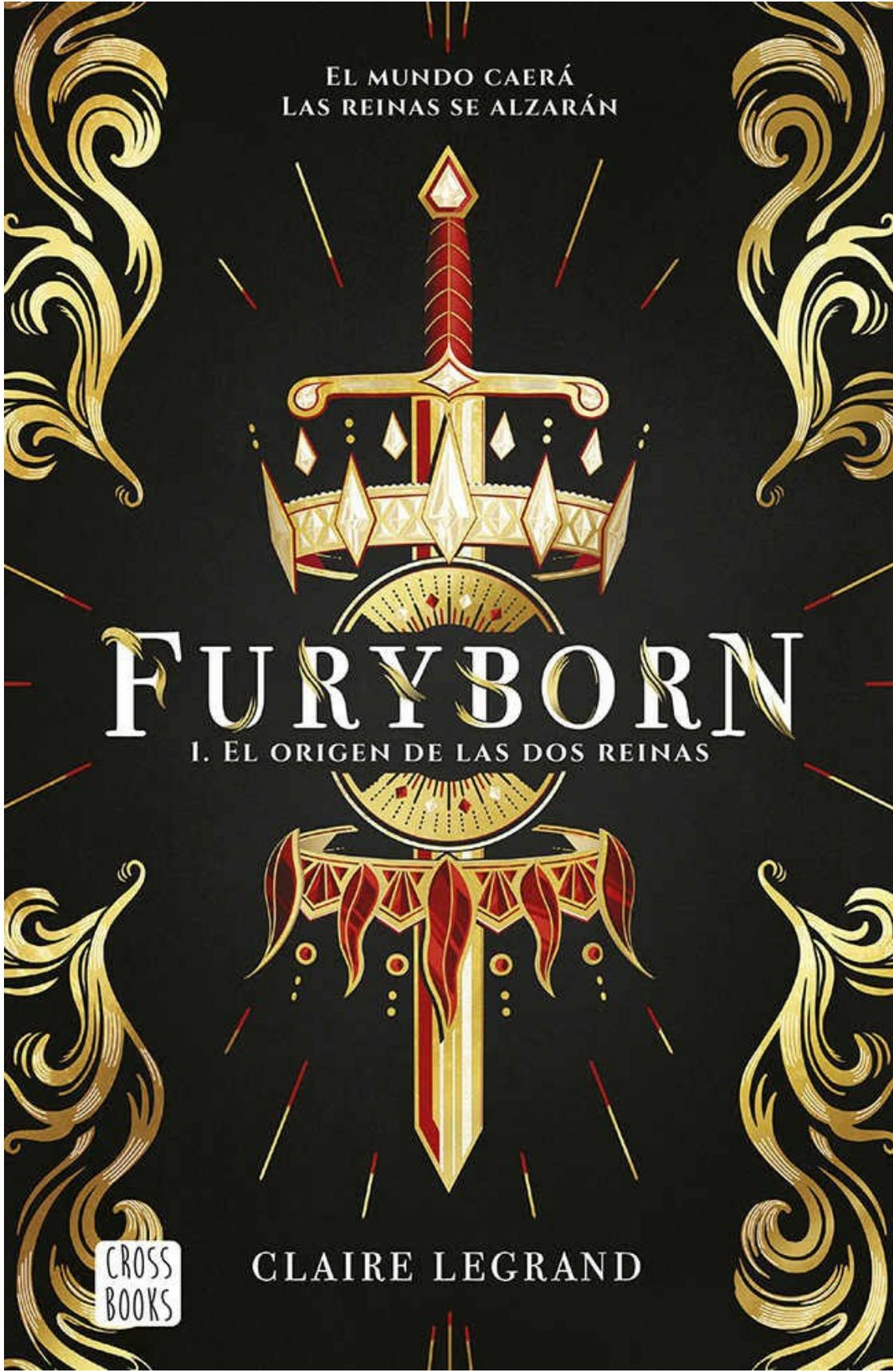
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2019

ISBN: 978-84-08-20867-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

EL MUNDO CAERÁ
LAS REINAS SE ALZARÁN



FURYBORN

I. EL ORIGEN DE LAS DOS REINAS

CROSS
BOOKS

CLAIRE LEGRAND